

El Hechicero de Meudon

Éliphas Lévi

Los devotos, por rencor,
Al brujo gritaban ellos todos,
Diciendo: a la luz de la luna
Saca a bailar a los lobos.

BÉRANGER

A SEÑORA DE BALZAC
NACIDA CONDESA ÉVELINE BZEWUSKA

Permítame, Señora, depositar a sus pies este libro al que sus estímulos hicieron por anticipado todo el éxito que ambiciono. Será gustado por todas las almas elevadas y por todos espíritus delicados, si no es indigno de serle ofrecido.

ÉLIPHAS LÉVI

(Alphonse-Louis-Constant)

PREFACIO

Idiotas muy ilustres, y ustedes, torneros muy preciosos de mesas, aun que ocurrase reconocer en la persona sagrada del alegre cura de Meudon, uno de nuestros Maestros más grandes allí en la ciencia oculta por los magos. El caso es que sin duda ustedes no leyeron ni convenientemente, ni meditado bien a punto su Pantagruel pronosticación, incluso este enigma en manera de profecía quién comenzaba el grimorio de Gargantua. El Maestro Francisco no fue menos el hechicero más ilustre de Francia, y su vida es un tejido verdadero de maravillas, más aun cuando él mismo fue en su época la maravilla única de la gente. Protestante del sentido común y del buen espíritu, en un siglo de locura furiosa y de discordias fanáticas; mago de alegre ciencia en días de fúnebre tristeza, buen cura y ortodoxo si fue de allí, él mismo concilió y supo reunir las calidades más contrarias. Probó por su ciencia enciclopédica la verdad del arte notoria, porque, mejor que Pico de Mirándola, hubo poder disputar *_de omni re scibili et quibusdam aliis_*. Monje e ingenio, médico del cuerpo y del alma, protegido de los grandes y que guardan siempre su independencia de hombre honrado; galo ingenuo, pensador profundo, orador encantador, escritor incomparable, mistificó a los tontos y los perseguidores de su tiempo (eran como siempre los mismos personajes), haciéndoles creer, no es que vejigas fueron faroles, pero muy al contrario que faroles fueron vejigas, tanto y si aunque el cetro de la sabiduría fue tomado por ellos por una manía, los florones de su corona de oro para cascabeles, su rayo de luz doble, semejante a los cuernos de Moisés, para las dos grandes orejas del gorro de la Locura. Era, de verdad, Apolo vestido de la piel de Marsopas, y todo pies de cabrío de risa y de dejarlo pasar en el prensil por uno de los suyos. ¡Oh! El gran hechicero que ése el que desarmaba los graves sorbonistas forzándolos por reírse, el que desfondaba el espíritu a toneles llenos, lavaba las lágrimas de la gente con vino, tiraba oráculos de los costados redondeados del divina botella; sobrio por otra parte y bebedor mismo de agua, porque ése sólo encuentra la verdad en el vino que la hace decir a los bebedores, y por su parte jamás se embriaga.

También, tenía como divisa esta sentencia profunda que es uno de los grandes arcanos de la magia y del magnetismo:

*Noli ire, fac venire.
No vayas, haz que se venga.*

¡Oh! ¡La hermosa y sabia formula! No en dos palabras toda la filosofía de Sócrates, que no supo no obstante cumplir bien el mirífico programa, porque él mismo no hizo venir a Anitus a la razón y fue forzado por ir a la muerte. Nada de allí este mundo se hace con la diligencia y la precipitación, y grande obra de los alquimistas no es el secreto de ir a por oro, sino muchos de hacerlo muy amablemente y muy suavemente venir. ¿Vea el sol, se atormenta y sale de su eje para ir a, uno tras otro, por nuestros dos hemisferios? No, los atrae por su calor imantado, los hace amorosos de su luz, y por turno vienen para hacerse acariciar por él. Es lo que no sabrían comprender los espíritus borradores, promotores de desórdenes y propagadores de novedades. Van, van, van siempre y, nada viene. Producen sólo guerras, reacciones, destrucciones y estragos. ¿Somos bien adelantados en teología desde Lutero? No, pero el sentido común tranquilo y profundo del Maestro Francisco creó desde él el espíritu verdadero y francés, y, bajo el nombre de pantagruélico, regeneró, vivificó, fecundó este espíritu universal de caridad desde luego, que no se asombra de nada,

no se apasiona para nada dudoso y de pasajero, observa tranquilamente la naturaleza, gusta, sonrío, consuela y no dice nada. Nada; entiendo nada de exceso, como fue recomendado por los sabios hierofantes a los iniciados de la alta doctrina de los magos. Saber callarse, es la ciencia de las ciencias, y es para esto que el Maestro Francisco no se dio, de su tiempo, para un reformador, ni sobre todo para un mago, él que sabía entender tan perfectamente y tan profundamente sentirse esta maravillosa y silenciosa música de las armonías secretas de la naturaleza. Si usted es tan hábil que usted querría hacerlo creer, dicen de buena gana los papamoscas y los curiosos, sorpréndanos, diviértanos, escamotee la moscada mejor que una, plantáis árboles en el cielo, marcháis con la cabeza abajo, herráis las cigarras, hechas lección del libro mágico a los ansarones retenidos, plantáis espinos y cosecháis a rosas, sembráis higos y recogéis uvas... ¿Vayamos, quién le retrasa, que le detiene? No ardemos más manteniendo a los hechiceros, nos contentamos con bufonear los, de injuriarlos, de llamarles charlatanes, afrontados, saltimbanquis. Usted puede, sin temer nada, desplazar las estrellas, sacar a bailar la luna, sonar la vela del sol. ¡Si lo que usted opera es verdaderamente prodigioso, imposible, increíble pues bien! ¿Que arriesga? Hasta después de haberlo visto, hasta en el vidente todavía, no lo creemos.

¿Por quién nos toma? ¿Somos cepporros? ¿Somos tontos? ¿No leemos los informes de la Academia de las ciencias? He aquí cómo se desafían los iniciados a las ciencias ocultas, y, por cierto, hay que convenir que deba tener allí prensa para satisfacer a estos bellos señores. Tienen razón sin embargo, son demasiado perezosos para venimos, quieren hacernos irles, y encontramos por muy buena esta manera de hacer que queremos devolverles en total el igual. ¡No iremos en absoluto, vendrá quién querrá!

En el mismo siglo vivieron dos hombres del bien, dos grandes sabios dos enciclopedias parlantes, a sacerdotes ambos por otra parte y hombres buenos a fin de cuentas. Uno era nuestro Rabelais y el otro se nombraba Guillermo Postel. Este último dejó divisarles a sus contemporáneos que era gran cabalista, sabiendo el hebreo primitivo, traduciendo el sohar y reencontrando la llave de las cosas escondidas desde el comienzo de la gente.

¡Oh! ¿Buena persona, si después si mucho tiempo son escondidas, no sospecha que debe tener allí alguna razón perentoria para que le sean? ¿Y cree que usted nos acerca mucho ofreciéndonos la llave de una puerta condenada desde hace seis mil años? También Postel fue considerado maníaco, hipocondríaco, melancólico, antojadizo y casi herético, y viajó a través de la gente, pobre, deshonrado, contrariado, calumniado, mientras que el Maestro Francisco, después de haber escapado de los monjes sus colegas, después de haber hecho reírse al papa, despacio viene a Meudon, mimado por los grandes, gustado por el pueblo, curando a los pobres, instruyendo a los niños, cuidando su cura y bebiendo recién, lo que particularmente les recomienda a los teólogos y a los filósofos como un remedio soberano contra las enfermedades del cerebro.

¿Es decir que Rabelais, el hombre más docto de su tiempo, ignora la cábala, la astrología, la química hermética, la medicina oculta y todas las demás partes de la alta ciencia de los antiguos magos? Usted no lo creerá, por cierto, no, si usted considera sobre todo que el *Gargantua* y el *Pantagruel* son libros de ocultismo perfecto, donde bajo símbolos tan grotescos, pero menos tristes que las diabluras de la edad media, se esconden todos los secretos del bien pensar y en el bien vivir, lo que constituye la verdadera base de la alta magia como lo convienen todos los grandes Maestros.

El Docto abad Trithemo, que fue el profesor de magia del pobre Cornelio Agripa, lo sabía cien veces más que su alumno; pero sabía callarse y cumplía el buen monje todos los deberes de su estado, mientras que Agripa hacía gran ruido de sus horóscopos, de sus talismanes, de sus palos de escoba muy poco diabólicos al fondo, de sus recetas imaginarias, de sus transmutaciones fantásticas; también el discípulo aventurado y jactancioso fue puesto en el índice por todos los cristianos buenos; los curiosos lo tomaban en serio y muy ciertamente se lo hubieron consumido del corazón más grande. Si viajaba, era en compañía de Belzebuth; si pagaba en los hostales, era con monedas de plata que se cambiaban hojas de abedul. Tenía dos perros negros, podían ser sólo dos grandes diablos disfrazados; si fue rico algunas veces, es porque Satanás guarnecía su escarcela. Murió, por fin, pobre en un hospital, un castigo justo de sus malas acciones. Lo llamábamos sólo el archihechicero, y los pequeños libros bobos de magia falsa y negra que vendemos todavía a escondidas a los malignos del campo, invariablemente son sacados de obras del Gran Agripa.

¿Amigo lector, a quién tiende este preámbulo? Tiene que decirle lisa y llanamente que el autor de este pequeño libro, después de haber estudiado a fondo las ciencias de Trithemo y de Postel, sacó de eso este fruto precioso y saludable, de comprender, de estimar y de gustar por encima de todo el sentido derecho de la sabiduría fácil y de la buena naturaleza. Que las clavículas de Salomón sirvieron para él para apreciar bien a Rabelais, y que le presenta hoy la leyenda del cura de Meudon como el arquetipo de la inteligencia más perfecta de la vida; a esta leyenda se agrega y se enreda, como la hiedra alrededor de la vid, la historia del valiente Guilain, que, a decir sobre nuestro Béranger, fue violinista de pueblo de Meudon al mismo tiempo del Maestro Francisco. Por qué y cómo estas dos figuras alegres son reunidas aquí, cuales misterios alegóricos son escondidos bajo esta aproximación del músico y del cura, es lo que usted comprenderá fácilmente leyendo el libro. Entonces, comprende vos, mis amores, como decía el Maestro alegre, y crea que no es escrito grimorio ni de hechicero ni tratado de filosofía que pueda sobrepasar en profundidad, en ciencia y en abundantes te recargas, una página de Rabelais y una canción de Béranger.

ÉLIPHAS LÉVI.

EL BRUJO DE MEUDON

PRIMERA PARTE

LOS HECHIZADOS DE LA BASMETTE

I

LA BASMETTE

Entonces, usted sabrá, si usted ya lo sabe, sólo Basmette era bien tranquila y abundante hermosa pequeña abadía de franciscanos, en el fértil y devoto país de Anjeo. Tranquila y

despreocupada, como los hermanos buenos mejor adoraban la oración dicha sobre San Pedro de Roma, que tan bien dormitaba al jardín de las Aceitunas a toda la preocupación del estudio y a la vanidad de las ciencias; abundante en botones, tanto sobre las vides como inclinado sobre la proa de sus monjes, si aunque la vendimia y los franciscanos buenos parecían florecer a quién mejor, con emulación de prosperidad y de mérito; los hermanos que son risueño, bermejo y lustrados como uvas maduras; y los racimos del monasterio y del cercado cercanos, rollizos y rollizos, dorados al sol y totalmente melosos de azucarera agridulce, como los monjes buenos.

Cómo y por quien primero fue fundada este tan santa y plácida casa, las cartas viejas del convento lo dicen bastante para que me dispense de repetirlo; ¿pero de donde le venía el nombre de Basmette, o baumette, como quien dice, a pequeña bálsamo? Es de la leyenda de señora Santa Magdalena, que, durante años largos, expió, por locuras rigurosas de santo amor, las locuras demasiado dulces de amor profano cuya sola palabra del buen salvador le había hecho sentir el sinsabor y la amargura, tanto y si aunque murió de querer a Dios, cuando hubo sentido el amor de los hombres demasiado raros y demasiado rápidamente agotados para alimentar la vida de su pobre corazón. Y esto fue en una cueva maravillosa de Provenza, llamada desde la Santa-bálsamo, a causa del perfume de melancolía piadosa y de sacrificio misterioso que la santa había dejado allí, cuando Jesús, tocado por fin por suspiros largos de su amante triste, le envió a querer por el más dulce a ángeles del cielo.

Entonces, la Santa bálsamo se había vuelto célebre por toda la Cristiandad, y el convento de los Franciscanos de Anjeo, poseyendo una pequeña cueva donde se encontraba una representación de Magdalena arrepentida, había tomado por esto el nombre de Baumette o *Basmette*, como se decía entonces, más aun cuando *Basme*, en viejo francés, era la misma cosa que *El bálsamo*.

Había entonces en Basmette, y la historia que aquí cuento está del tiempo del rey Francisco I, había, digo, en este abadía, o más bien en este prior, veinticinco o treinta religiosos, tan profeso como novicios, incluido los hermanos simples resalvo. El prior era un pequeño hombre calvo y chato, un hombre muy-eminentemente en barriga, y que se esforzaba por marchar gravemente para asegurar el equilibrio de sus quevedos, porque quevedos tenía, a consecuencia de la indisposición lacrimosa de sus pequeños ojos que le debilitaba la vista. ¿Esto era para haber sentido demasiado sus pecados o para haber saboreado demasiado las lágrimas del racimo? ¿Era compunción espiritual o reacción espiritosa? Las malas lenguas lo decían bien posiblemente: pero nosotros, en cronista concienzudo y de buena fe, nos limitaremos a comprobar que el prior tenía los ojos enfermos y que encontraba en su nariz chata de muy-notables obstáculos que llevan decentemente y sólidamente sus quevedos.

¡Nada es tal como el ojo del amo, dice el viejo proverbio, y el convento es digno de compasión del que el prior no ve más lejos que su nariz, sobre todo si tiene la nariz chata! También, en el convento de Basmette, iba todo mismo al abandono, según el buen placer del maestro de novicios, gran monje, largo, seco y enclenque, mejor favorecido en orejas que en entendimiento, preocupado, y por lo tanto desabrido, como si le haya querido ponérselo a otras de su insuficiencia y de su aburrimiento: retorcido en materia de monería, escrupuloso en materia de breviario, gran campanero de campanas, grande instigador de maitines, durmiendo sólo de un ojo y siempre préstamo que hay que chillar como los gansos del Capitolio, estas buenas centinelas romanas a las que los papas deberían dar para blasón en la monjería monjista, esta maestra del mundo monjil.

Hermano Paphnuce, era el nombre del Maestro de novicios, se creía el alma del monasterio porque hacía allí más ruido; y era, en efecto, como la piel de asno es el alma de un tambor. También era sobre él que derribaban, abundantemente como lluvia, las pullas clandestinas y las vueltas burlón a novicios; lo que les hacía rendir el santo varón en golpes menudos de disciplina, que el prior, con clase por él, les imponía para penitencia cuando venían las correcciones del capítulo.

También los novicios, que tanto lo temían que lo amaban poco, procuraban oponerse a las severidades caprichosas del hermano Paphnuce, la influencia del hermano Francisco, e iban a contarle sus penas. Diremos en seguida lo que era que el hermano Francisco; pero, ya que estamos de allí sobre el capítulo de los novicios, es uno sobre todo el cual debemos primero conocer, y esto para causas que usted conocerá en seguida.

Hermano Lubin era el mayor hijo de un buen granjero de los alrededores de Basmette. Su vocación religiosa era toda una leyenda, la que los monjes se prometían enriquecer bien un día su crónica. Su madre que estaba en trabajo de niño para darle a una hermanita, se había encontrado reducida a la extremidad; y, de común acuerdo con Juan Lubin, su buen hombre, le había consagrado a San Francisco a su primer hijo, Leandro Lubin, de edad entonces de seis años y medio.

Qué San Francisco tuviera o no de la influencia sobre los partos, no es aquí el lugar debatirle. Sea pues protección del santo o ayuda totalmente simple de la naturaleza, la madre afortunadamente fue librada, y el joven Lubin abandonado a la disciplina de los discípulos de San Francisco.

Entonces, desde hace doce años ya, el joven Lubin era el comensal de los habitantes de la Basmette. Era un noviciado largo. Pero el hermano Francisco había conseguido al padre a prior que ningún novicio haría sus votos definitivos que tuvo por lo menos sus diecinueve años dados, expresión que, esto me parece, conviene sobre todo los años de esta vida claustral, entre las que cada instante y cada hora se miden al sonido de la campana.

Hermano Lubin tenía pues dieciocho años y algunos meses, y mejor parecía hecho para los arreos que para el hábito. Grande, bien hecha, la tez morena, la boca bermeja, los dientes bien arreglados y blancos que hay que darse el gusto, el ojo bien hendido y sombreado de pestañas muy surtidas y muy negras, daba más de una distracción durante el oficio en el bachelettes que venía los domingos y celebrar cumplir sus deberes en la iglesia de los padres buenos. Hasta aseguramos que el bribón sacaba provecho más de una vez, para echar una mirada furtiva de lado, de la sombra de su capucha, donde sus grandes ojos chispeaban como lámparas de cortadura en el fondo de una capilla oscura.

Este frailecillo encantador era el niño mimado del padre prior y el principal objeto del celo de hermano Paphnuce. Uno no lo dejaba apenas, y el otro lo buscaba siempre. Era él quien arreglaba y mantenía limpio la celda del prior, él que sacudía el polvo de los in-folios que el padre jamás abría, él todavía que frotaba y aclaraba los quevedos. Decía las horitas con reverendo cuando una indisposición cualquiera lo había impedido ir al coro. El padre prior, entonces, se adormecía un poco bajo la influencia de la salmodia; su barbilla ancha se apoyaba muellemente en su pecho, los quevedos caían sobre el libro de pergamino graso a los caracteres góticos e iluminados; entonces hermano Lubin se esquivaba sobre la puntilla y salía despacio en el corredor, donde, casi siempre, encontraba a hermano Paphnuce.

¿Dónde va? Le pedía éste.

En nuestra celda, respondía hermano Lubin; el padre prior reposa, y temo despertarle. Venga a la iglesia, repetía al maestro despiadado de novicios; el oficio sólo comienza; observé su ausencia, y le buscaba.

Pero, pero, mi padre...

Vayamos, siendo punzado por réplica. Usted cenará hoy en rodillas en medio del refectorio.

Pero, no replico, mi padre, quería observarle solamente que dejé nuestro breviario...

¿En casa del padre prior? Vaya a tomarlo y no haga ruido.

No, en casa del hermano médico.

¿En casa del hermano médico? ¿Y qué todavía iba a hacer allí? Le prohibí entrar en la celda del Maestro Francisco; ¡le prohíbo ahora hablarle! No es una sociedad conveniente para novicios. El estudio de la medicina arrastra a una muchedumbre de conocimientos contrarios en nuestro santo estado... Y luego por fin, se lo defiende; ¿esto es entendido?

El novicio daba la espalda y hacía el mohín.....

.....

De momento un ruido de pasos lentos y graves midió las escaleras y la longitud del corredor: un monje alto, teniendo grandes rayas regulares, una boca fina y espiritual, rodeada de una barba rubia que se rizaba en hijo de oro, ojos pensativos y maliciosos, se acercó a la puerta del prior: la figura picona del hermano Lubin se abre en el vidente, y le hizo un signo alegre de cabeza, poniendo un dedo sobre su boca, como para darle a entender al recién llegado que no debían hablarse.

Era el hermano médico.

Le sonríe a el aspecto confuso del novicio y le hizo a hermano Paphnuce una reverencia profunda ligeramente plegando la esquina de los ojos y levantando los rincones de su boca, lo que se le hizo hacer el más burlón y más espiritual mueca que sea posible imaginar.

Hermano Paphnuce no fingió verlo, y empujando delante de él al novicio, que todavía miraba al Maestro Francisco por encima su hombro, descendió a la capilla y todavía llegó a tiempo para una siesta un largo descanso con el que el chantre lo gratificó desde su vuelta al coro. En cuanto a hermano Lubin, forró sus manos en las mangas de su vestido, bajó los ojos, apretó los labios y soñó con lo que quiso.

II

MAESTRO FRANCISCO

El padre prior era pues, así como lo dijimos, en oración de paz mental; su barbilla rellena de grasa que asegura el equilibrio de su cabeza, dormitando a intervalos y babeando los labios, como si haya rumiado alguna respuesta, a manera de los niños que se duermen chupando una peladilla: su grueso breviario resbaladizo poco a poco superior sus rodillas, como un pequeño que echa de menos caricias de una vieja mujer, y los quevedos bienaventurados tan aventurados sobre el grueso libro que Dindenaut le fue más tarde agarrándose a la lana de su grueso ariete.

Todas estas cosas eran de allí cuando el Maestro Francisco, después de haber golpeado previamente dos o tres pequeños golpes, entreabrió discretamente la puerta, y llegó muy a propósito para coger los quevedos y el breviario. Tomó uno doctoralmente, calzó magistralmente otros sobre su nariz, donde se asombraron de resistir mucho, y girando la página, continuó el salmo donde el prior lo había dejado:

Vanum est vobis ante lucem surgere; surgite postquam sederitis, qui manducatis panem doloris, quum dederit dilectis suis somnum.

Terminando este versículo, hermano Francisco le extendió gravemente la mano en la cabeza del prior y le dio una bendición cómica.

El buen padre era bermejo sin motivo, roncaba a dar envidia y removía despacio los labios.

El hermano médico, como hombre que conocía los buenos escondites, levantó la cortina polvorosa de la biblioteca a la cual la butaca del dormilón fue adosada, sumergió la mano entre dos secciones y lo devolvió victoriosa, armado de un frasco ancho de vino; sin soltar el grueso breviario, descorchó el frasco con los dientes, husmeó el contenido, meneó la cabeza de una cara satisfecha, luego que acercaba despacio el gollete de los labios del padre, hizo gotear allí divina licor.

El prior entonces grande dio, y, sin abrir los ojos, trastocó su cabeza para atrás para no perder nada, luego con tanto fervor que un niño de pecho en ayunas toma y estrecha la ubre de su nodriza, levantó los brazos y tomó en dos manos el frasco, que el Maestro Francisco le abandonó, luego bebió, como se dice, sin tasa.

¡_Beatus vir! _ continuó al hermano médico repitiendo la lectura de su breviario.

El grueso prior abrió entonces ojos totalmente asombrados, y mirando alternativamente su frasco y al Maestro Francisco de un aire boquiabierto no podía comprender nada a su posición y se consideraba hechizado.

Tragúese, buen padre, son hierbas; ¡y grande bien le haga! Dicho el hermano Francisco, de la seriedad más grande. La crisis es pasada, a lo que me aparece, y comenzamos a llevarnos mejor.

¡Mi Dios! ¡Diciendo el monje palpándose el vientre, soy pues enfermo!

Beba el resto de esta poción, dice el hermano llamando sobre el frasco, y la enfermedad pasará.

¿Que quiere decir esto?

Que cambiamos de breviario. El suyo le adormece, el mío le despierta. Digo para usted el culto divino, y usted hace para mí el oficio del vino: ¿no eres el mejor compartido?

¡Maestro Francisco! ¡Maestro Francisco! Ya se lo dije a menudo, si el padre Paphnuce nos oía, usted nos haría pasar un mal rato: a usted, para hablar así, y a mí para escucharle. Sus declaraciones sienten la herejía.

¡Eh qué! ¿Se exclamó el hermano, el buen vino es herético? ¿Esto sería porque no es bautizado? ¡Qué perezca en este caso, el traidor, y qué nuestro gznate sea su tumba! Pero cálmese, buen padre, no enturbiará en absoluto nuestro estómago; puede dormir allí en tierra santa; es católico y amigo unos católicos buenos; aun que fue excomulgado del papa, pero al contrario recibido y mimado a su mesa. Punto necesita ser bautizado,

ser cristiano para, desde las bodas de Cana; ¡pero al contrario, siendo el agua pura más divina perfeccionada y devuelta, debe servir para el bautismo del hombre interior! El agua es el signo de arrepentirse, el vino es el de la gracia; el agua purifica, el vino fortifica. El agua, son las lágrimas, el vino, es la alegría. El agua riega la vid, y la vid riega a los monjes que son la viña espiritual del Señor. Usted aunque ve pues los amigos de la perfección debe preferir el vino al agua, y el bautismo interior al bautismo exterior.

¡He aquí una buena intención de borracho, dice el prior, la mitad que se ríe, la mitad que quiere moralizar!

¿Sobre esto, dice hermano Francisco, permite que le haga quinaut?

¿Dígame, le ruego, lo que es que un borracho?

La cosa bastante misma se comprende. Es el que sabe beber demasiado bien.

Usted no está allí de ninguna manera y no toca a eso más que un rabino a una rebanada de jamón. El borracho es el que no sabe beber y el que, además, es incapaz de enterarse de él.

¿Y cómo esto? Hizo al padre prior alargando la mano para avisar que se le rendía sus quevedos, porque la cosa le parecía bastante curiosa para ser contemplado a través de gafas.

He aquí, repitió a Maestro Francisco presentando el objeto solicitado. ¿Están allí? El bien; creo que valoran más o menos; ahora, escuche mi argumento, que no estará en *barbara* ni *celarunt*...

¿Será pues de allí *darri*?

No.

¿En *ferio*?

No.

¿En *baralipton*?

No.

¿Será un argumento cornudo?

No estoy casado en absoluto y usted no es él en absoluto, al que sepa, sin embargo mi argumento cornudo será si usted quiere: cornudo como Sileno y el buen padre Baco, cornudo a manera del pobre diablo de quien Horacio habla diciendo, a propósito del padre Liber (era el padre general de los franciscanos del paganismo): *Addis cornua pauperi*. Esto no es materia de breviario.

Ergo, esto no es en absoluto intención de monje.

Distingo, como ciencia, *concedo*; como burrada, *negó*.

Burrada, o; ¿pero cómo prueba que el borracho es el que no sabe beber?

¡Paciencia! Buen padre, estaba allí, y usted va por la tarde conocer el *silencio tu autem*.

¿Pero, primero, dígame, si bueno le parece, a cuales signos usted reconoce a un borracho?

¡Por San Francisco! La cosa es fácil conocer. El borracho es el que es habitualmente ebrio, tembloroso de piernas, dibujando el camino zigzagueando, codeándose con las murallas, acarreado y dando cabezadas de la cabeza, pronunciando guturalmente la letra r de la lengua; y siempre este hipo maldito y luego no escuche, señor sueña toda altura: ¡llévese la candela, se acuesta totalmente vestido, y deshonorado sea quién mal piensa en eso! Es asunto a su ama de casa si su colchón se embarra tanto o poco sus vestidos.

¡A las mil maravillas, padre prior! Usted lo dibuja con mano maestra. ¿Pero de donde le vienen, le ruego, todos estos acarreos, todo este bullicio, todos estos aturdimientos, todas estas caídas?

¡Bella cuestión! De lo que bebió demasiado.

¡No supo beber pues bastante, y jamás lo sabrá, ya que empieza de nuevo cada día, y ya que cada día bebe demasiado! No sabe beber pues de todo; porque saber beber consiste en beber siempre bastante. ¿Diremos sobre el escultor que sabe tallar la piedra si lo empieza demasiado o muy poco? Ése también es un mal tirador, que va demasiado más allá o se queda demasiado por debajo del fin: el saber consiste en alcanzarlo.

No tengo que decir nada a esto, se fue de nuevo el prior rascándose la oreja. ¡Usted es maligno como un mono! Pero cambiemos de intención, y dígame lo que le trae. ¿Quería no confesarse? Usted sabe que es dentro de tres días la fiesta del gran San Francisco.

¿Confesar? ¿Y de qué? ¡Y por qué me confesaría! ¿No lo hice esta mañana, como cada día, en capítulo lleno, diciendo el *confesor*? ¿Decir con todo lo alto que pequé mucho en pensamientos, en palabras, en acciones y en omisiones ¿no? todo aquel que la ley de humildad requiere? ¡Eh! ¿Puedo saber más y especificar lo que Dios solo puede conocer? ¿El detalle de nuestras imperfecciones no pertenece a la ciencia de la perfección infinita? No es escrito al libro del salmos: *¿Delicta quis intelligit?* ¿Yo mismo no sería muy orgulloso de pretender juzgarme, cuando la ley y la razón me prohíben juzgar a mi prójimo? ¿Y sin embargo es de hecho que defectos y pecados del prójimo, mucho más clarividentes investigadores y jueces más asegurados somos que nuestros, esperado que en los ojos de otros podemos leer inmediatamente y sin espejo?

¡San Francisco! ¡El que es esto! Exclamó el padre prior. ¿El examen de conciencia y la acusación de los pecados esto son prácticos desrazonables? En rodillas, mi hermano, y acúcese en primer lugar de haber tenido este malo pensamiento.

Usted juzga mi pensamiento, mi padre, y usted la encuentra mala; yo no lo juzgo en absoluto, sino lo considero buena. Usted aunque ve tenía razón.

¡Acúcese de soñar con la razón, cuando usted debería tener en cuenta sólo la fe!

Me acuso de tener razón, hizo a Maestro Francisco con una humildad cómica y golpeándose el pecho.

Acúcese también de toda su ciencia diabólica, añadió el padre; porque son sus estudios continuos que le alejan de la religión.

Me acuso de no ser bastante ignorante, repitió a Maestro Francisco de la misma manera.

¿Y dígame, continuó al prior quién se animaba poco a poco, cómo hace para evitar las distracciones durante sus oraciones?

No rezo cuándo me siento distraído.

¿Pero si la campana toca la oración y le obliga a ir al coro?

Entonces no soy responsable de mis distracciones, o más bien no soy distraído; es la campana que es distraída y el oficio que viene fuera de intención.

¡Jesús, mi Dios! ¡Qué jamás oyó lenguaje igual salir de la boca de un monje! Pero, mi querido niño, le aseguro que usted tiene el espíritu falso, acúcese.

Mi padre, es escrito: ¡testimonio Falso no dirás ni mentirás de ninguna manera! Poseyendo en efecto el espíritu falso y el juicio cojo y punzado debería acusarme de eso: tanto valdría hacerle un crimen a usted, mi buen padre, lo que su nariz (a saber, dicho sin reproche) es ligeramente chata un poco como quien dice.

(Aquí el prior se repara y abandona sus quevedos que, por fortuna, no son rotos en absoluto.)

¿Tenga, prosigue el hermano Francisco, para qué nosotros embriaguemos el entendimiento para encontrarnos culpables? ¿No debemos seguir en total los preceptos de divino Maestro? ¿Y no nos dijo que había que recibir el reino de Dios, como buenos e ingenuos chicos, con calma y sencillez? ¿Entonces, por qué, le ruego, de todo el mundo han considerado los chicos felices, y a nosotros por el Salvador para modelos propuestos como bellos pequeños ángeles de inocencia? ¿Los chicos dicen el breviario, y lo podrían de cabo a rabo recitar sin distracción? ¿Les gustan las oraciones largas y el ayuno? ¿Toman la disciplina? Tanto se hace falta; qué al contrario recen y supliquen llorando a lágrima viva y en manos juntas para que no se les dé en absoluto el látigo, y convienen entonces de buena gana que pecaron; lo que es de su parte la primera mentira, porque no son conscientes de eso. ¿Pero de donde viene, todavía le ruego, que son llamados inocentes? ¡Por desgracia! El caso es que muy despacio y buenamente siguen la pendiente de naturaleza, no reprochándose nada quién se les diera el gusto, y discerniendo el bien del mal sólo por el atractivo o el dolor. Aprenderles de la confesión a los niños, es enseñarles el pecado y quitarles su inocencia. ¿Y quiere que le diga el fondo de mi pensamiento? Creo que los novicios del convento son mucho más agitados por reproches de su conciencia, mucho más perseguidos por pensamientos impuros, mucho menos simples y menos cándidos que la juventud del campo, que vive al día y despunta no sueña con eso, jamás examinando su conciencia, de tanto c la conciencia de ella hasta nos advierte bastante cuando algo le desagrada, dejando fluir sin considerarlos los flujos del arroyo y los días la juventud, unas veces laboriosa, y otras alegre, cuando le gusta a Dios, enamorada: nos casamos y despunta de ofensa; Los chicos vendrán al bien: luego cuando Dios querrá devolvernos la llamada a él, cuando nos llama: lo temeremos mucho menos todavía al fin que al principio, estándonos acostumbrados a gustar lo y a confiarnos a él. ¿Se lo pregunto, mi padre, es este paso allí mejor, y más fácil, y el más asegurado camino para ir amablemente al cielo?

El padre prior no respondió nada; aparecía soñar y reflexionar profundamente, frotando el vaso de sus gafas con trozo de su escapulario.

Entonces sabidos, mi padre, persiguió Maestro Francisco, confesémosle, le quiero; confesemos nos uno a otro, y recíprocamente nosotros acusamos, no de ser hombres y de tener las debilidades del hombre, porque tales Dios nos hizo y tales debamos nos ser para ser bien; acusemos nos de querer sin cesar cambiar y perfeccionar la obra del Creador, acusemos nos de ser monjes; carteles nos me mismo hicimos, y debamos nos responder todos los vicios, todas las imperfecciones, todos los ridículos que arrastra este estado opuesto al voto de la naturaleza. Por cierto digo todo esto sin atentar contra el mérito sobrenatural de seráfico San Francisco: pero cuanto más su virtud fue divina, menos fue humana. ¿Y locura no grande de pretender imitar aquel quién está por encima de la camada de los hombres? Todos estos grandes santos tuvieron sólo una culpa, es haber dejado a discípulos.

¡Qué impiedad! Exclamó el prior juntando las manos. He aquí de cual bullicio usted alimenta la cabeza de los novicios de aquí, y veo bien ahora que el hermano Paphnuce tiene razón cuando les prohíbe hablarle. ¡Pues bien! En esto hasta, mi padre, perdón todavía si le contradigo, pero son más bien los novicios quienes me sugieren los

pensamientos que he aquí. ¿Y, por ejemplo, que hace aquí al pequeño hermano Lubin? ¿No le parece seráfico como un demonio, con sus grandes ojos malignos, su nariz bribona y su boca burlona? ¡El bello modelo de austeridad que hay que presentarles a las mujeres y a las chicas! ¡Me le consagro al diablo si ellas todas ya no le miran de reojo, y si los papás y los maridos no tienen un miedo mortal! Me es opinión que usted daba a este pequeño niño raro un permiso bien de forma, y que regresa a los campos arar, y bajo el descanso bailar y volar a Pérotte o Mathurine. ¡Los veo de aquí enrojecer, envidiarse y estar orgulloso! ¡Oh! ¡Los alborozos buenos y santos del buen Dios! ¡Y que todos los corazones buenos son felices de estar en el mundo! ¿Ve el campo totalmente bañada por sol y como embriagada por luz? ¿Alternativamente piensa cantar los grillos y las gaitas? Cantamos, bailamos, cuchicheamos bajo el frondoso; los viejos se revigorizan y hablan de su joven tiempo; las madres se ríen de todo corazón a sus chicos, que se revuelven sobre la hierba o les suben a los hombros; los jóvenes se buscan y se codean sin fingirlo, y el chico dice bajito a la joven chica de las pequeñas palabras que la hacen totalmente feliz y totalmente contenta. ¿Entonces, cree que Dios no sea entonces como las madres, y no mire la felicidad de sus niños con amor? Le digo que la madre eterna (es divina Providencia que los paganos llaman natural) se regocija más que sus niños cuando se gozan. ¡Vea como se abre y como se ríe de floreciente belleza y de cariñosa luz! ¡Como su alegría resplandece en el cielo, se llena en flores y en follajes, brilla sobre las mejillas que colorea y circula por los vidrios y por las venas con bueno pequeño vino de Anjeo! ¡Vive Dios! ¡He aquí a cual oficio jamás faltará hermano Lubin, y me hago fiador de su fervor! Usted es triste, mi padre, y el cuadro que le hago le recuerda que somos unos monjes.... ¡Entonces muy pues, no hagamos a otros lo que no se le hubo debido hacernos a mí mismo, y reenvíe a hermano Lubin!

¡Hermano Lubin pronunciará sus votos el mismo día de San Francisco! Dice una voz chillona y nasal al mismo tiempo que la puerta del prior se abría con violencia. Era hermano Paphnuce quien había oído el fin de las intenciones del Maestro Francisco.

Hermano Francisco le hizo una salvación profunda al prior, que no se atrevió a devolverle a él y que era tembloroso como un alumno cogido en falta; luego una nueva salvación a hermano Paphnuce que le respondió sólo por una mueca horrible, y se retiró grave y pensativo, automáticamente escuchando la voz chillona del Maestro de novicios que acobardaba sin duda el pobre prior a los quevedos, y le daba a entender la necesidad urgente de adelantar en un año, a pesar de su promesa formal, la profesión de hermano Lubin.

III

MARJOLAINE

Sin embargo el oficio acabado de los monjes, mientras que dos o tres buenas viejas terminaban su padre nuestro, no sin remover la barbilla, como si él y su nariz mutuamente haya sido desafiado, gentil y rubio pequeña jovencita de edad de diecisiete años se quedaba también bien devotamente delante de su silla, arrodillada, y levantaba de cuando en cuando sus grandes ojos bajados para mirar del lado del altar. Ella era rosado como un querubín y

tenía los ojos monos y dulce como los debe tener la Virgen María misma; no obstante, en esta dulzura, brillaba yo sabe a cual ingenua sino totalmente femenina malicia: tal me representaría de buena gana señora Eva, preparada para morder el fruto defendido, sin creer él misma que toca a eso: ¡naturaleza, por desgracia! ¡Tiene tanto por su propia debilidad de propensiones al pecado!

Entonces, si nunca pecados pueden ser amables y hermosos, tales deberán ser sin disputa los pecados tiernos de Marjolaine. Marjolaine es la chica del valiente Guillermo, el cercado de Chesnaie; su madre está loca por eso, tanto le encuentra gentil; y el papá, que no dice todo lo que piensa en eso, se complace en entender y ver estar loco la mamá. Todo el mundo se le grava en la casa la sonrisa de Marjolaine, y si da el aire de hacer ascos, toda la casa es apenada. Es su pequeño mohín que hace las nubes y sus ojos que hacen el sol; es reina en el cercado: también su falda es siempre limpia y sus cofias siempre blancas; su talle esbelto es ceñido en una blusa de surco azul, y cuando, durante la semana, viene a la iglesia de los hermanos, siempre da el aire de ser endomingada. Nadie sin embargo se burla de ella; ¡ es tan amable y tan gentil! Y luego por otra parte las niñas de los alrededores tendrían la culpa bien de ser celosas, Marjolaine jamás va al baile, Y los enamorados, ya despedidos más de una vez, no se atreven ya más a hablarle. Le gusta sólo a la misa donde a vísperas, con tal que esto sea en la iglesia de los monjes; y sin embargo no tiene ni el aspecto triste de una devota ni el ojo pudibundo de una escrupulosa. ¿Por qué pues, no contento del oficio que acaba de acabar, está a rodillas la última, cuando las viejas mismas hacen un signo de cruz y se van?

Vayamos, Marjolaine gentil, levántese; he aquí hermano Lubiri quien viene para arreglar las sillas, porque es su vuelta hoy de barrer el santo lugar; se para cerca de la joven chica y parece temer desarreglarla; levanta la mirada, sus miradas encontraron a los del novicio, va a hablarle; ¡ pero primero sube a la cabeza para ver si alguien no lo mira, y, a la entrada de la verja del corazón percibe a hermano Paphnuce!...

El hermoso niño hace su signo de cruz y se levanta; lentamente se va y sin volverse; pero, sobre su banco, olvidó el libro de horas de su madre. Hermano Lubin se lo percibe, toma el libro, luego parece recoger a tierra y devolver a eso una imagen que sin duda había caído de allí; luego cándidamente y los ojos bajados, lo trae a Marjolaine, que lo recibe con una reverencia profunda.

Hermano Paphnuce pone mala cara y avisa a hermano Lubin de continuar su obra; luego, acercándose a Marjolaine:

Joven chica, le dice sobre tono bastante poco cariñoso, no hay que quedarse en la iglesia después del oficio; ¡vaya a trabajar cerca de su madre con el fin de que el demonio de la ociosidad no le tente, y ruegue a Dios que le perdone su pecados de coquetería tanto siempre eres adornada y pellizcada como una condesa!

Habiendo apostrofado así a la joven chica, hermano Paphnuce le dio la espalda, y se iba totalmente confusa, el corazón grueso de haber sido llamada presumida; el hermano Lubin se volvió para verla salir, y él también, cerca de tiene puerta, le echó a escondidas una mirada a hermano Lubin que se volvió rojo como una fresa y que se echó a arreglar la iglesia, calentándose a la tarea y no avanzando a nada; porque dos o tres veces comenzaba la misma cosa y más quería parecer totalmente ocupado por los cuidados que tomaba, más hubimos podido ver que su pensamiento era en otro lugar y que su corazón fue totalmente

distraído y enturbiado. Entonces, sin embargo se volvía a pequeños pasos, caminando hacia el cercado, Ella Marjolaine la rubia, a lo largo del seto de escaramujos, fulgurantes de cuando en cuando sin soñar con eso la punta de las jóvenes ramas y que prestaban la oreja y el corazón a las aves y a sus pensamientos, que hacían armoniosamente juntos un concierto de melodía y de amor. El olor dulce de los árboles floridos y de la hierba verde añadía al regocijo del aire tibio y resplandeciente:

Marjolaine marchó sola así hasta el rodeo del cercado de Martín, a la avenida que comienza entre dos grandes perales; allí, muy segura que nadie podía verla, abrió muy rápidamente el grueso libro de horas y tiró de eso, en lugar de la imagen que hermano Lubin era considerado haber devuelto a eso, un pequeño papel cuidadosamente replegado, que abrió con celo y que contenía lo que sigue:

« Hermano Lubin a Marjolaine,

« Posiblemente hago daño bien de escribirte todavía, Marjolaine, y sin embargo mi corazón me haría reproches y no sería tranquilo si no te escribía. Mi corazón y también, esto me parece, la ley del buen Dios, quieren a la vez que te quiera, y la regla del convento me prohíbe pensar en ti, como si de aquellos que se gusta el pensamiento no nos ocupaba sin que se sueñe con eso y muy naturalmente. Pronto desde hace quince años, pienso, nos queremos: porque me llamabas tu pequeño marido cuando teníamos cuatro o cinco años; ¿creerás que lloro algunas veces cuando pienso en eso? ¡Oh! ¡El caso es que te quería bien, ves, mi pobre Marjolaine, cuando éramos con todo lo pequeños! ¿Por qué hemos sido separados por muy jóvenes? ¡Me parece que habríamos quedado niños siempre, si nos habíamos quedado juntos! Y ahora que crecimos tristemente, cada uno a solas, hermano Paphnuce pretende que es malo de mirarnos y que no hay que más quererse cuando se sea grande. ¡Pues bien! Yo, es todo lo contrario; ¡me parece que ahora me gusta más que nunca! ¡Cuánto estoy contento cuando vengo tarde al coro y cuando por penitencia se me hace quedarme después de otros a la iglesia! Porque tú también tú a menudo te quedas después de otros, y entonces sin ser observado puedo mirarte acercarme un poco a ti algunas veces, y el corazón me late entonces, no sé si es de temor o de placer, pero tan fuerte, tan fuerte, si temo encontrarme mal. ¡Oh!

¡ Marjolaine! Y sin embargo hay que quedársele al convento; hace falta pronto

¡Pronunciar mis votos! Mis padres dieron mi vida para la de mi

Hermana: mi hermana es muy hermosa también, y decimos que moriría sí

No pronunciaba mis votos, porque San Francisco sería irritado

¡Contra nosotros.-compadeceme-, oh! Compadéceme. ¡Marjolaine! Haré mis votos

¡Dentro de tres Días! »

« Hermano LUBIN. »

La pobre chica, hasta entonces tan apresurada, tan bermeja y tan alegre, palidece de repente terminando la lectura de este billete. Lo escondió en su blusa, abandonó su libro de horas, y, tomando en dos manos su delantal que llevó con sus ojos, se puso a llorar y a sollozar como un niño.

Cuando llegó al cercado, tenía los ojos muy rojos y totalmente hinchados. Se echó en el cuello de su madre diciéndole que estaba enferma. Su madre quería desvestirla y ponerla en la cama; pero se negó allí, temiendo no poder esconder bastante bien, si dejaba su blusa y su corsé delante de su madre, la misiva de hermano Lubin. Se retiró pues sólo en su

cuartito, y que dejaba entreabierto la ventana que daba al cercado de los manzanos, se echó sobre su cama, y dio una vez más un curso libre a sus lágrimas, mientras que su madre inconsolable ponía de prisa una mantilla para acudir a Basmette y consultar a Maestro Francisco, cuyo saber en medicina fue conocido en todo el país. El padre y los criados estaban en los campos, en suerte que desolada pobre pequeña Marjolaine quedó sola al cercado.

IV

LA CARIDAD DE HERMANO LUBIN

Dejando al padre prior, el Maestro Francisco había vuelto a su celda.

La celda del hermano médico estuvo situado en absoluto como otros en el interior del monasterio; era una sala bastante grande que servía al mismo tiempo de biblioteca, y que dependía de antiguos edificios del prior; una de las ventanas había sido amurallada, porque en otro tiempo servía de puerta y comunicaba con cercado exterior por medio de una vieja escalera muy musgosa de piedra, cuyos restos oscilantes todavía subsistían. La ventana que se quedaba estaba en ojiva, y totalmente sombreada por matas de hiedra que subían hasta ahí y se mecían al viento. Una cornisa de piedra en saliente, sostenido por una hilera de pequeños mamarrachos horribles puestos en cuclillas y que sacaba la lengua, pasaba bajo la ventana a cerca de tres o cuatro pies, y se relacionaba con antiguo balaustre de la escalera, entre los que no quedaban más que tres o cuatro columnitas. De la ventana de Maestro Francisco podíamos ver el paisaje más bello del bello país de Anjeo. El cercado de los monjes, totalmente plantado por viñas, descendía en aula y fue separado del camino sólo por un seto de escaramujos. Más lejos se extendían los prados inmensos, que manzanos esmaltaban en primavera de una lluvia de flores blancas y vinos rosados; luego, más lejos todavía, entre las matas oscurecidas de los grandes árboles de Chesnaie, veíamos al pie de una ladera arbolada, alegre y bien mantenidas, las casitas del cercado donde dejamos Marjolaine.

La mesa en la cual trabajaba el hermano médico estaba cerca de la ventana, y los gruesos libros amontonados servían para él para decirlo así de muralla. Obras en latín, en griego, en hebreo, fueron abiertas confusamente delante de él, a su lado y hasta sobre el suelo, donde el viento las hojeaba a su capricho. Los *Diálogos de Luciano* fueron puestos sobre *Aforismo de Hipócrates*, la *Leyenda dorada* se codeó por *Lucrecio*, un pequeño *Horacio* servía de marca a un inmenso *San Agustín*, que sepultaba el pequeño libro profano delante de sus grandes hojas amarillas y café; *Satyricón de Pétronio* fue escondido bajo el *Tratado de la Virginidad*, por San Ambrosio, y cerca de un grueso infolio de polémica religiosa fue abierto *Batracomymachie d' Homero*, cuyos márgenes fueron totalmente ilustrados, por el hermano Francisco mismo, con bosquejos asombrosos a la pluma, donde las ratas y las ranas figuraban en capuchas de monje, en cabeza cortos de reformado, en vestidos forrados de piel de gato, en caperuzas de formalista y al por mayor gorros de doctor.

Volviendo a su celda, el Maestro Francisco tenía el aire grave y casi cuidadoso; se sentó en su gran púlpito de madera esculpido, y que ponía sus dos codos sobre la mesa cubierta de papeles y de libros, quedaron algunos minutos inmóvil, acariciando en dos manos su barba

rizada y puntiaguda. Luego, volcándose sobre el expediente de su asiento, extendió los brazos bostezando, y su bostezo se acabó por un pedazo largo de risa.

¡Oh! ¡El buen monje al que van a hacer! Exclamó. ¡Oh! ¡La gloria futura de los franciscanos! ¡Como hará crecer y multiplicar la Sagrada Familia del Señor! ¡Oh! ¡La verdad parangona monjes! ¡Y cuánto las mujeres y las jóvenes se regocijarán de votos que va a hacer! Porque, si a no ningún debe todo pertenecer, ellas todas, de verdad, pueden tener esperanza de conquistar sus buenas gracias. ¡Oh! ¡Como practicará bien la caridad hacia el prójimo, y cuánta indulgencia hará ganarles a los maridos de los que confesará a las mujeres, y a los padres y madres y catequizará sus niñas! ¡Dios guarda de mal a aquellos que no dirán sobre eso nada y quiénes querrán que abrigue todo y a propósito de todo la Providencia sea bendita! Esto, veamos un poco donde estaba de allí de mis anotaciones sobre las obras de Lutero.

Sacó entonces de un escondite practicado entre la pared y ella cuenta uno
Infolio cargado de notas manuscritas que se echó a estudiar. A veces
Llamaba de la espalda de la mano sobre el libro y sonreía con una manera
Extraño diciendo a semi-voz: ¡coraje, Martín! Otras veces, él
Se encogía de hombros y subrayaba un pasaje. En un lugar donde estaba
Prediciendo la destrucción de Roma, escribió en margen: *_Corpus est quod corrumpitur et
mutatur, anima immortalis est. _* « Cuando el cuerpo es destruido, el alma es
Librada. » Luego más bajo: *_Corpus est quod corrumpitur et mutatur, anima
immortalis est. _* « El cuerpo se corrompe y cambio de forma, el alma es Inmortal. »
En otra página, todavía escribió: « hay una Roma espiritual
Así como una Jerusalén espiritual. Es Jerusalén de los escribas y de
Fariseos que ha sido destruida por Tito, y los luteranos no podrán
Jamás derribar más que a la Roma de los castrados y de los monjes hipócritas,
La de Jesucristo y de San Pedro no los teme. »

Al fin del volumen, escribió en cartas gruesas: « ECCLESIA CATHOLICA. - _Asociación
universal. _ ECCLESIA LUTHERANA. - _Sociedad del Maestro Lutero. _ » Luego se puso
a reírse.

¡Pero pronto repitiendo su seriedad y haciéndose reverente: - Pues bien! ¡Sí, murmuraba, la
sociedad universal debe respetar los derechos de Maestro Martín, si quiere que el Maestro
Martín se someta a los deberes que la sociedad universal le impone! - quemar a un hombre
porque se equivoca es santificar el error por el martirio. Todo pensamiento es verdadero por
el solo coraje de su protesta y de su resistencia tan pronto como se quiere hacerlo esclavo e
impedirlo producirse, y debemos combatir para ella hasta la muerte: porque la verdad no
teme la mentira, ella misma lo disipa como el día disipa la noche. Es la mentira que tiene
miedo de la verdad: son pues los perseguidores quienes son los verdaderos sectarios. La
libertad generosa es católica, porque sólo ella debe conquistar y salvar el universo: es
apostólica, porque los apóstoles murieron para hacerla reinar sobre la tierra. ¡La verdadera
iglesia militante, es la sociedad de los mártires!... La libertad de conciencia... He aquí la
base de la religión eterna: ¡ he aquí la llave del cielo y del infierno!

El Maestro Francisco reabrió una vez más su libro, y en un lugar donde fue hablado de la
idolatría pretendida de la iglesia romana, escribió:

¿Quid judicas si tu non vis judicari? Libertatem postulas, da

libertatem . _ - Por qué juzgar si no quieres que se te juzgue? Quieres

Libertad, da la libertad. »

Y más bajo: « cada uno puede derribar a sus propios ídolos tan pronto como él no

Los adora más. Pero, si tu ídolo es todavía un Dios para tonto

Hermano, respeta al Dios de tu hermano, si quieres que respete tonto

Incredulidad: y déjale su religión, para que no atente a tu

Vida: porque el hombre debe estimar su vida menos que sus dioses. »

Bajo otra página, todavía escribió: « protesto contra la protesta que se impone, y cuando los luteranos irán a torturar a los católicos, los verdaderos protestantes serán los mártires... He aquí la verdad: el resto es sólo de la brujería y del grimorio... ¿Pero qué responderemos a los sorbonistas, a las sutilezas de Eckius, a doctos pamplinas de Mélancton y a los argumentos a quién el diablo le hace al Maestro Martín Lutero? ¡*Solventur risu tabuloe, lu missus abibis* ! » acepto al augur, y bebamos recién, dice el Maestro Francisco cerrando su grueso libro.

Otro argumento no puede mi corazón elegir, Viendo el duelo que le mina y consume: mejor vale de risa que lágrimas escribir, Para lo que risa es la propia del hombre.

¿Dónde diablo tomé este cuarteto? Creo de verdad que acabo de hacerlo. ¡Pues agarré en el fondo de la vasija, ya que ya rimo!

De momento discretamente llamamos a la puerta, luego el picaporte giró con precaución, y la cabeza más hermosa de frailecillo que sea aun que encapuchado miró en la habitación, diciendo:

¿ Podemos entrar, Maestro Francisco?

¡Cómo! ¿Usted aquí, hermano Lubin? ¿Pero, pequeño desgraciado, sus hombros le pican?

¿Y quiere que hermano Paphnuce, mañana al capítulo, le haga dar el *Miserere* hasta *vitulos*?

Me burlo bien de hermano Paphnuce, dice el novicio deslizándose en la biblioteca y cerró sin embargo su puerta con cuidado y sin ruido; absolutamente hace falta que le hable;

¿usted sabe que debo hacer profesión dentro de tres días?

Hermano Paphnuce no me lo dejó ignorar, mi pobre pequeño hermano Lubin, y le felicito por eso de mi mejor; no es mi culpa si no es apenas.

Sin embargo el hermano Lubin se había instalado rápidamente a la ventana, y, con lágrimas al borde de los ojos, miraba del lado de Chesnaie.

Me costó bien escaparme, dice después de un silencio largo: hermano Paphnuce cree en mí en oración en la cueva de Basmette, de donde ya se desplazó la estatua pintada de la señora Santa Magdalena, para poner en su sitio la imagen milagrosa de santo Francisco, usted sabe, esta estatua de madera que se viste en verdadero franciscano, y que llora, decimos, cuando la orden es amenazada de algún peligro; ¿esto es verdad esto, Maestro Francisco?

Usted puede creerlo, ya que usted jamás lo vio, dice el hermano; me no fiaría de eso sólo si lo viera.

Por fin, me deslicé a lo largo del jardín y encontré entreabierta la puerta del prior. Me deslicé allí sin que alguien me vea y yo he aquí. ¡Oh! ¡Que necesitaba hablarle! ¡Y luego, ventanas qué dan al monasterio, no vemos Chesnaie y el cercado donde jugué muchas veces cuando todavía era todo niño!

¡Oh! ¿Sí, sé con la pequeña *Marjolaine* ¿no??

¡Cayó! Cállese, Maestro Francisco, exclamó el novicio enrojando hasta las orejas; ¡si alguien nos oía!

¡Pues bien! ¿Que comprendería? Con tal que no pueda ver, como mí, al que usted llora viendo el *closerie*, y al que usted siente al niño encantador, que se hizo una joven chica deliciosa...

¡Oh! ¡Silencio! Por favor, no me diga aquellas cosas.

¿Cómo puede adivinar? ¿Cómo puede saber?... ¡Hasta no se lo dije a mi confesor!

Si fuera su confesor, precisamente lo sabría porque usted no me lo habría dicho y usted me lo dice a mí, precisamente, porque no soy su confesor.

¿Pero, mi Dios, a quién le digo pues, mi hermano? Pero le aseguro bien que no le dije nada sobre todo.

¿No más que a *Marjolaine* ¿no??

¡Oh! ¡Pero usted es pues brujo! ¡He aquí ahora que usted sabe!...

Pero por lo demás, podría decirle bien que no. ¿Cómo haría para hablarle, puedo verla sólo a la iglesia?

¡También viene allá muy regularmente, la devota pequeña niña al nombre dulce y muy oloroso! ¿Y ¿no? le gusta mucho? ¡Entiendo de afecto fraternal y caritativo, la que el Evangelio nos manda compartir entre todos nuestros hermanos, y no nos prohíbe tampoco extender un poco hasta nuestras hermanas!

Es verdad que *Marjolaine* es muy modesta y muy piadosa.

Es tan bien amable y muy hermosa. Es esto lo que usted diría primero, si usted se lo atrevía.

¡Oh! Para esto, no sé sobre eso nada, dice el novicio tomando un aire ingenuo y bajando los ojos.

¿También usted he aquí bien decidido hacer profesión?

¡Por desgracia! Hizo suspirando el hermano *Lubin*; y dirigiendo los ojos hacia el *closerie*, abandonó dos lágrimas gruesas.

¡Hermano *Lubin*! ¡Hermano *Lubin*! Gritó en el corredor una voz demasiado fácil que se reconozca y demasiado bien conocida los novicios.

¡Oh! ¡Mi Dios! He aquí ahora hermano *Paphnuce* que me busca en el prior; ¡si viene aquí, estoy perdido!

¡Escóndase! Le dice Maestro Francisco levantándose y yendo despacio hacia la puerta.

¿Pero dónde esconderme? Detrás de esta pila de libros, me verá. ¡Mi Dios! ¡Mi Dios! ¡Que soy desgraciado!

¡Rápidamente! Diciendo hermano Francisco, se acerca; salve la ventana, ponga sus pies por fuera sobre la cornisa y escóndase en el ángulo de la pared. Tenga cuidado con caer en la vid, los *rodrigones* le harían daño.

El novicio cumple prontamente la evolución encargada por el médico, y apenas había acabado, que se pensó chocar bastante bruscamente en la puerta de la celda.

Hermano Francisco mismo abrió, y vive, como lo sospechaba bien, la figura descolorida y enfadada del terrible dueño de novicios.

¿Hermano *Lubin* no está aquí? Preguntó a *Paphnuce*.

Rápidamente, mi hermano, siéntese. Usted no es bien, le aseguro; déjeme tomar su pulso.

¡Parbleu! Esto no me asombra, hay que ir acostarle, usted tiene la fiebre.

¿Hermano Lubin no está aquí? Repitió al dueño de novicios con humor.

El Maestro Francisco se echó a reír y pidió a su vuelta:

¿El padre prior está aquí?

¿Por qué esta petición?

¿Por qué el suyo? ¿Hermano Lubin es más invisible que el hermano prior, y podría estar aquí sin que sea posible percibirlo?

Vino allá por lo menos.

¡Despacio, despacio, mi hermano! Usted me pide si vino allá, aunque usted no le haya no visto venir allá, y usted me pedía en seguida si estaba allí, aunque usted no lo atorillaba; ¿habla pues metafísicamente y en espíritu? Entonces, esté aquí en espíritu y para que haya venido allá en espíritu, a esto puedo responderle que le diré sobre eso mi sentimiento cuando la Universidad de París tendrá sorbonicamente matar gravemente la solución cuidaba de esta cuestión mirífica:

_Utrum Chimoera in vaciium bombinans possit comedere secundas Intentiones . _

Usted es siempre burlón, mi hermano, dice Paphnuce suavizando su voz, mientras que se mordía el labio y le lanzaba abajo al burlón una mirada de odio implacable; ¡deseo verle siempre tan alegre, y como al día del juicio nuestro Señor no tuviera que burlarse de usted a su vuelta!

¡Verdaderamente! ¡ Lo querría, sea sólo para verlo reírse, este buen Salvador, al que se nos pinta siempre lloroso, enclenque y mal vestido! ¡La sonrisa celebraría sus sesiones tan bien en sonido dulce y bello rostro! ¡Y sus grandes ojos siempre llenos de sangre y de lágrimas se iluminarían tan bien de un rayo de alegría franca! Me es opinión que entonces el cielo ablandado se abriría y que los pobres pecadores entrarían en eso confusamente, arrebatando extasiados y convertir por la sonrisita del buen Dios. Si aunque el gran diablo mismo no podría querer ser emocionado y llorar de eso; ¡ luego, llorando se reiría de ver reírse, y riéndose lloraría de no haberse reído siempre que gustaría y risa por muy buena, y, para el infierno como para el cielo, aquel día esto también estaría el domingo!

¡Impío! ¡Murmuró al Maestro de novicios!

Cuídese, mi hermano, dice Maestro Francisco, usted tiene bilis; sus ojos son amarillos. Tome remedios, sus funciones naturales deben ser molestadas.

De momento, una mujer se presentó tímidamente a la puerta e hizo una reverencia profunda. Hermano Francisco, en su calidad de médico hábil, tenía el privilegio único de recibir visitas de toda clase, y es por eso que le habíamos alojado fuera del monasterio, en los edificios del prior, que servían también de hostelería para los extranjeros de distinción cuando le venía de allí al monasterio. Este privilegio desagradaba mucho al hermano Paphnuce, y era allí el comienzo de su odio contra el hermano médico.

Entre, mi criada, dice hermano Francisco; justamente no estamos solos y podemos recibirle aquí. Hermano Paphnuce querrá quedarse y acompañarnos compañía.

No, dice secamente el dueño de novicios; qué no le moleste.

Usted está aparte de la regla; tanto vale ponerle en eso completamente. Voy a por hermano Lubin, porque hace falta que sepa donde puede ser escondido.

¡Buena suerte, mi hermano! Dice a Maestro Francisco. Y Paphnuce sacó, dejaba no obstante la puerta abierta.

¡Pues bien! ¿Buena madre Guillemette, quién hay de nuevo en el closerie de Chesnaie? Dicho con benevolencia el hermano médico respaldándose en la ventana.

¡Por desgracia! ¡ Mi hermano, mi pobre Marjolaine está enfermo! Esto lo tomó de regreso del oficio; es pálida, llora, quiere ser única y no quiere decir lo que tiene.

¡Hum!... ¿ La pequeña no es lejos de sus diecisiete años, pienso?

¡Oh! Mi hermano, no es aquel en lo que usted piensa. El pobre niño no sueña con mal; le gusta sólo a la iglesia.

¿El caso es que probablemente el que le gusta no va al baile?

¡Hermano Francisco! ¡Hermano Francisco! ¡Decía bajito a Lubin, escondido detrás del apoyo de la encrucijada, no diga nada, le ruego!

Tenga, la madre Guillemette, persiguió el hermano médico, hay que casar a Marjolaine.

¡Pero no! ¡Pero no! Dice a hermano Lubin.

¿Y a quién casarle, mi buen hermano? La pequeña presumida no quiere pensar hablar de nadie.

El caso es que usted jamás le habla del que querría.

¡Oh! Mi Dios, ella tendría la culpa bien de creer que le contrariaría si tuviera una inclinación, y su padre quiere todo lo que quiero. Le damos poco cosa, pero es nuestra hija única, y el closerie nos pertenece: se quedará con nosotros mientras quiera, y le consideraremos siempre bastante ricamente casada si le es según sus deseos.

He aquí que es bien y prudentemente pensado. En efecto, una chica vendida jamás será una mujer honrada, y la que se casa para un escudo engañará a su marido para un pistola, en caso que sea virtuosa, de otro modo esto será para nada.

Es muy también lo que le digo siempre a Guillermo, y me comprende bien; porque él, esto no era para mi dote que me tomó; su padre quería impedirlo casármelo y le había prohibido hablarme; el pobre chico tenía mucha pena como quería enrolarse en los francos eláteros o en otro lugar. En vísperas de su salida, por lo menos a aquel en lo que pensaba, era única en mi pequeña habitación, justamente como Marjolaine es única en este momento; había dejado mi ventana entreabierta; de repente he aquí un joven mozo que salta a la habitación y que se echa en dos rodillas llorando: vengo despedírsele, me decía de tono de voz que me aflige el corazón. Fui totalmente cogida; ¿pero por fin no pudiendo más valorarlo, le abrí los brazos y qué quiere para que le diga? Hubo que después de eso casarnos bien, porque todo el mundo les habría echado la piedra a los padres de Guillermo.

¡Eh! ¿Que habría hecho si el padre de Guillermo había hecho como Juan Lubin, por ejemplo, si le hubo consagrado a su hijo a San Francisco?

¡Oh! Sí, habría dicho que Guillermo se me había consagrado, y que San Francisco, siendo el más razonable y el menos comprometido sobre todo en el asunto, era él quien debía ceder. Y tenga, usted habla de Juan Lubin; ¡pero créase que actualmente no se arrepienta de haberle puesto a su hijo al convento, un niño por muy bello, y qué prometía ser a la vez tan dulce y tan maligno!

Me es opinión, dice Maestro Francisco, que para cambiar la resolución de Juan Lubin, bastaría que su hijo esté sorprendido como Guillermo en el cuartito de una jovencita; ¿pero el medio? El portero del convento no deja sacar a los novicios, y hasta no les está permitido venir en el prior, el solo lugar donde sea posible salir descendiendo por la ventana.

Terminando esta frase, hermano Francisco miró en el cercado por encima su hombro y maliciosamente se echó a reír: hermano Lubin había desaparecido.

Vaya, buena mujer, vaya, dice el hermano médico, la indisposición de Marjolaine no tendrá séquitos lastimosos, sino no lo deje única más tiempo, y acuérdesese de la juventud de Guillermo. ¿Dónde trabaja de momento?

Justamente está ocupado en la viña de Juan Lubin que lo rogó que se le ayude como su amigo y su cómplice, acabo de verlos de lejos pasando cerca de los grandes perales.

¡Pues bien! Vaya a reunirlos rápidamente y llévelos con usted en la habitación de Marjolaine; usted se acercará muy despacio, y si las aves están en el nido usted les tomará sin asustarles. ¡ A ver de nuevo, madre Guillemette!

¡Oh! ¡Mi Dios! Usted me da miedo. ¿Pero esto no es posible, y por otra parte cómo sabría?...

¿Tenga, madre Guillemette, dice hermano Francisco haciendo acercarse a la buena mujer de la ventana ¿no? allá, al cabo de la casita que se ve de aquí, que es la habitación de la pequeña Marjolaine ?...

Pero sí pero sí. ¡Oh! ¿Pero, qué es pues esto?

Se diría que hay alguien que le hable por la ventana... No distingo muy bien sino creo que yo veo un vestido oscuro; es sin duda la madre Fastidia o la vieja Margarita pero pues saltaron por encima el seto, ya que cerré la puerta a la llave... ¡Bueno! He aquí que entra y ello se abre ventanas que se cierra. ¿Qué es pues? ¿Qué es pues esto?

¡Decididamente, hace falta que hermano Lubin hubiera huido por encima las paredes! Exclamó al mismo tiempo la voz de hermano Paphnuce que volvía totalmente sofocado, no lo encontramos en ninguna parte.

Voy a buscarlo con usted si usted lo desea, mi hermano, y en cuanto a vosotros, madre Guillemette, despacio y de la prudencia: usted conoce el dolor y usted sabe sobre eso el remedio. Vaya rápidamente, y si usted no llega bastante a tiempo para impedir una pequeña crisis, procura que retornar al bien, y su enfermo es salvado.

EL VIGILANTE DE SAN FRANCISCO

Bajo el coro de la iglesia de los hermanos, había una cripta bastante profunda, en el fondo de la cual era el altar de Magdalena; por cada lado del altar fue figurado un hundimiento en las rocas cerrado por una verja donde se divisaba las estatuas arrodilladas y pintadas a la naturaleza de San Antonio y de San Pablo, el primer ermitaño. Frente al altar, estuvo colocado en un nicho bastante espacioso, cuya puerta historiada y dorada se abría y se cerraba a dos badajos, la estatua del gran San Francisco de Asis.

Entonces, era de uso al convento de Basmette que los monjes visitantes procesional cambian las estatuas de San Francisco y de Magdalena, al hacerle Sra Santa Magdalena entonces al patrono de la comunidad todos los honores del gran altar.

Ambas estatuas pues eran móviles y portátiles, y la fuerza de un hombre bastaba para quitarlas de su sitio y restablecerlas si es preciso. Todo esto es bastante importante anotar para la continuación de esta historia. El pueblo fue admitido sólo en los grandes días de fiesta en la cripta de Basmette, también jamás dejaba de hacerse allí fuerza milagros aquellos días.

Bajo el nicho de San Francisco había una pequeña puerta cerrada con candado y encerrada: era la puerta de las bodegas pequeñas. Estas bodegas pequeñas tenían una destinación doble, debían servir de sepultura para los muertos, y de prisión para las vivientes. La puerta fue pintada en negro con una calavera en relieve pintada en blanco, y esta inscripción en cartas góticas por encima del cráneo: *Requiescant*, luego debajo, en caracteres más gruesos: IN PACE. Es por eso que llamábamos la puerta negra la puerta de él _in pace_.

Entonces, la misma víspera de San Francisco, dos días después de las aventuras que acabamos de contar, mientras que los monjes cantaban en coro en la cripta de Basmette, un preso lloraba y se desesperaba a veinte pies al menos subterráneo, en una celda de las bodegas pequeñas.

En un espacio de cuatro a cinco pies cuadrados, sentados en una piedra gruesa que cubría una estera terrosa y húmeda, plegado en dos y la cabeza escondida en sus brazos, que apretaba sus rodillas, el pobre penitente involuntario se hubo parecido a una estatua, sin el movimiento convulsivo y regular que se le hacían hacer sus sollozos. Un pintor español hubo tomado de buena gana modelo sobre él para representar la desesperación de la condenación eterna y la inmovilidad dolorosa y atormentada del desaliento eterno.

De repente se estremeció, y alzando la cabeza prestó la oreja: sus grandes ojos negros se dilataron espanto; un rayo macilento de la lámpara suspendida en el ángulo de la cárcel todavía vino para descolorar su figura descolorida. ¡Oh! ¡Como es cambiado desde hace dos días! ¿Y quién podría reconocer allí vivaracho novicio de la Basmette, el discípulo del Maestro Francisco, este bribón de hermano Lubin?

¡Por desgracia! Su boca viva ya había desaprendido la risa y la charla clandestina; sus colores rosados se habían cambiado palidez; ¡sus ojos solos eran brillantes todavía, pero su expresión había cambiado bien! No era solamente más el fuego de la juventud que los hacía chispear a través de las lágrimas, era como el éxtasis de una visión de amor, o más bien era de allí sólo la memoria; porque al sueño dulce había sucedido un despertar tan horrible, porque el pobre novicio vacilaba entre dos pensamientos y se preguntaba si su sueño de amor no era la realidad, y si esto no era para haberse dormido demasiado feliz que luchaba ahora contra una quimera espantosa.

Que lo había hecho estremecerse, era el canto de los monjes en la cripta, cuyo lento salmodia resonaba sordamente por encima de su cabeza.

¡Más duda, exclama, son mis funerales! Morí y enterrado para siempre el voto de mi padre no pudo ser revocado. Hace falta que lentamente muera aquí para conservar los días de mi hermana... ¡Oh! ¡Marjolaine, Marjolaine! ¡Me hubo sido más dulce de morir para ti!

Y dejando recaer su cabeza sobre sus brazos y sobre sus rodillas, se puso a llorar tan amargamente como sus lágrimas fluían hasta tierra.

De repente le parece que un ruido sordo se hace cerca de él en la muralla: algunos fragmentos de salitre y de espuma blanca caen en su cabeza desnuda; se levanta una vez más con espanto y mira fijamente la muralla no se equivoca: una piedra gruesa misma se mueve y parece querer salir del sitio donde es sellada. ¡El novicio da un gran grito oh maravilla! La muralla le responde, y una voz sacada de las piedras le llama muchas veces por su nombre: ¡hermano Lubin! ¡Hermano Lubin!

¿Quién me llama? Dice el preso muy tembloroso. ¡Oh! ¡Si usted es un muerto, no desciende aquí con sus ojos huecos y sus grandes brazos de esqueleto, usted me mataría de pavor!

No más morí que usted, dice la voz, más acercada, tírele esta piedra que se pone en movimiento, y tiene cuidado que le derriba sobre los pies; usted lo pondrá despacio a tierra, y si usted piensa venir alguien a la puerta de su cárcel, usted la devolverá a su sitio lo más limpiamente posible. Haga rápido y no tema nada.

Hermano Lubin no se lo hizo decir dos veces, porque parecía reconocer bien esta vez la voz del que le hablaba. Se levanta pues prontamente, y viendo la piedra que sale de misma de su sitio, la tirada, la sostiene de sonido mejor, porque era pesada, y le hace deslizar hasta tierra. Entonces por la abertura que viene, de hacerse, ve pasar una cabeza y esta cabeza no tiene nada horroroso para él; porque, como se atrevía apenas a esperarlo, es el del Maestro Francisco.

¡Por fin! ¡Exclama el hermano médico con su acento siempre alegre, ustedes he aquí pues, maestro zorro! ¡Y no es sin dificultad descubrimos su madriguera! ¡Pobre chico, lloró bien! ¡Es muy pálido! ¡Pero coraje, coraje! Es mañana la fiesta, y es mañana la Marjolaine gentil se llamará Sra Lubin.

¡Que dígase allí, mi Dios! ¿Y por dónde viniste aquí? Dice a hermano Lubin totalmente espantado.

Esto, antes de que le responda, me da sus noticias, dice el Maestro Francisco; porque en el convento se habla diversamente de su aventura. No le vi de nuevo en absoluto desde que usted desapareció de mi ventana detrás de la cual fuiste escondido. ¿Cómo pues le sorprendimos, como lo contamos, en la habitación de Marjolaine? ¿Y por qué le pusimos en esta cárcel, usted que es todavía sólo un novicio, y que, por consiguiente, no puede ser castigado para haber infringido sus votos, ya que usted no lo hizo?

¿Mi hermano, me perdonará? Diciendo hermano Lubin muy confuso, era el amigo de infancia, el pequeño marido de mi pobre querida Marjolaine, pensé decir que estaba enferma y usted no sabe todo aquel a quien esto me causó de inquietud, porque es a mí quien era causa de eso. La misma mañana, le había escrito que haría mis votos dentro de tres días. Cuando pensé decir que sufría, ya parecí verla muerta, y también tuve ganas de morir; pero creí entonces que mi solo deber era despedirse de él y repetirle una vez más: ¡es para mi hermana, Marjolaine, es para mi hermana y para el voto de mi padre, que debo consagrarme a Dios, yo que querría ser que a usted! ¡Oh! Por piedad, perdóneme y no muera, Marjolaine; qué todavía le vea algunas veces a la iglesia, rezar por mí que no me atreveré más mirarle.... Entonces, si usted quiere morir, me deja abrazarse una vez más como lo hacíamos, sin ofender a Dios, cuando éramos chicos; luego, uno cerca del otro, reposemos, rogando Que a dios nos mata juntos... He aquí lo que quería decirle, y he aquí lo que le dije; porque, sabiendo que era única, y encontrando la ocasión por muy bella, me deslicé a lo largo de la cornisa, descendí por la vieja escalera, que estuvo a punto de hundirse bajo mí, luego atravesé el seto del cercado y fui toda corriente hasta la habitación de Marjolaine... ¡Oh! ¡Si usted había visto como estaba triste! ¡Y a esta tristeza por muy grande, qué alegría súbita sucedía viendo! Lloró conmigo, la mitad de la pena, la mitad de la alegría; Nos abrazamos como cuando éramos niños, pero olimos bien que en aquel tiempo todavía no habíamos sido separados, también no nos abracemos entonces con tanto placer. Era ahora un

sentimiento tan dulce, que esto casi nos hacía daño a fuerza de hacernos felices. Marjolaine de una sola de pronto palideció y vaciló... ¡Oh mi Dios! Dice, me parece que me voy... Moriré bien por lo menos feliz... ¡Marjolaine! ¡Marjolaine! Exclamé llorando. Y la tenía en mis brazos, perdiendo la cabeza, sabiendo sólo hacer, y que me lo abrazaba pesar de me mil veces todavía para hacerla volverle. Me parecía también que la cabeza me giraba y que iba a estar enfermo; pero no pensaba en eso, me ocupaba sólo de Marjolaine ... Llegué por fin a desatar su cordón y a aflojarla un poco; si aunque entreabrió los ojos y hace un gran suspiro.... Cuando de repente su padre y el mío entraron con la madre Guillemette. No sé por qué fui muy vergonzoso, porque no hacía nada malo; y sin embargo me riñeron, como si todo esté perdido. Mi padre y la madre Guillemette hasta se interpusieron para evitarme bastonazos que quería darme el padre de Marjolaine... «Vayamos, vayamos, decían, hay que casarlos rápidamente y todo será dicho: hermano Lubin es todavía sólo novicio. » Mi padre entonces habló de su voto; pero la madre Guillemette le dijo esta frase que retuve bien, porque me asombraba mucho: « San Francisco no puede querer que una chica honrada sea deshonorada. » ¿ Por qué pues Marjolaine sería deshonorada? ¿Porque fui despedirme de a él? ¡Me parece bien que no hicimos nada de mal juntos, a menos que sea un crimen por muy grande como de abrazarse! ¿Y sin embargo no naturaleza, cuando gusta mucho? ¿Y los chicos hacen pecados, cuando abrazan todas sus fuerzas sus madres o sus hermanitas? Hay en todo esto algo que no comprendiera, mi buen hermano Francisco, y era para rogarle que usted me instruyas un poco, si usted lo podía, si quería siempre ir verle, a pesar de hermano Paphnuce, que me lo impedía... Por fin, éramos de allí, y todo el mundo parecía de acuerdo; pero mi padre quiso devolverme primero la abadía para despedirse del padre a prior. Hermano Paphnuce se encontró allí: Puso fuego y llama, amenazó mi pobre padre de la condenación eterna, le dijo que San Francisco solo, por un milagro auténtico, podía soltarle su voto, y que, el día de ahí celebrara, una misa sería dicha a esta intención. Mi pobre padre no se atrevió nada a decir, porque usted sabe que es devoto y que su conciencia se enturbia bastante fácilmente. Pues me dejó, a pesar de mis oraciones, en las manos de este malo hermano Paphnuce que, sin decirme nada, me tomó por el brazo y me condujo en la cripta, donde se me hizo hacer retractación pública delante de todos los santos que se encuentran allí; luego, dejándose ayudar del hermano a sacristán y del portero, que le es totalmente consagrado, me bajaron aquí, dónde pienso que quieren dejarme morir.

Despacio, dice el Maestro Francisco; ¿la Providencia no vela sobre sus niños, y los médicos no están allí para impedir a los jóvenes morir? A éstos hay que conservar la vida que tienen días de felicidad de vivir en esta gente. No se aflija pues, hermano, desde hace tiempo velo sobre usted y no quiero que usted muera. Mucho más, quiero que usted sea feliz, y que en lugar de servir al demonio en la tristeza del monasterio, usted sirva a Dios en la alegría de los afectos legítimas y los deberes de la familia. Tenga paciencia solamente, y tenga cuidado bien con todo lo que voy decirle.

De todo lo que usted me contó, continuó a Maestro Francisco dirigiéndose al hermano Lubin, nada me asombra, y las cosas hasta ahora marcharon por el camino que había previsto: todo ahora es hacerlos llegar convenientemente y a punto. Sepa primero que cuidadosamente examiné el altar y la estatua de San Francisco, porque temo para la fiesta de mañana, por parte de hermano Paphnuce, alguna superchería en manera de milagro falso, para devolver el espíritu de buenas gentes y obligar a su padre a pagar su voto.

¿Esto es posible? Dice a hermano Lubin.

No solamente posible, pero muy-probable, y de más muy-fácil, si no poníamos en eso buena orden. He aquí lo que descubrí. La estatua de San Francisco es hueca, para ser de un transporte más fácil, y se adapta sobre el altar por medio de cuatro armellas de hierro que sujetan los pies. Ahora, el altar también es hueco, y apretamos allí los candelabros y los cirios de recambio. Se abre por una puerta situada del lado izquierdo y quien se cierra con la ayuda de un pequeño cerrojo. Entonces, en la grada superior del altar, justa entre los pies y bajo el vestido lánguido de San Francisco, hay una pequeña trampa, un justo de la que pasar la cabeza, en suerte que una persona escondida en el altar podría muy bien, sin ser visto, y gracias a la cavidad de la estatua, hacer hablar a San Francisco mismo, para hacer admirarse a más de veinte leguas a la redonda.

No se inquiete por todo esto: esto me mira y me encargo de eso. Solamente, tan mañana, como lo espero, venimos buscarle para presentarse al altar y hacerse escoger entre los votos de religión y vuestra amable prometida, se ocupe de ponerse en rodillas del lado izquierdo y de cerrar la puerta del altar al cerrojo, sin que se lo perciba, si usted observa que sea abierta.

Si, contra todas mis previsiones, no se venía buscarle, he aquí lo que usted tendrá que hacer. Sepa que desde hace tiempo soñaba librar al primer desgraciado que la religión falsa de los monjes condenaría al suplicio de él _in a pace_, y que aproveché para esto de la libertad bastante grande de la que gozo en el convento, gracias a mi reputación doble de predicador y de médico. Entonces, he aquí lo que encontré.

Hay detrás de la iglesia, en el cercado del viejo cementerio, un pozo más o menos desecado o del menos lleno de cieno bastante espeso, que en otro tiempo, decimos, fue el espanto universal del convento y de todo el país, esperó que por la boca de este pozo se oyera los suspiros de las almas del purgatorio. Reflexioné sobre esta crónica y observé que el fondo del pozo no debía serle lejos de las bodegas pequeñas de _in pace_.

Pues comencé por echar en el pozo todo lo que pude recoger de haces de leña, de tablas viejas y hasta una barrica gruesa, para peligrar menos de encenagarme allí descendiendo.

Luego sujeté fuertemente al margen varias cuerdas guarnecidas de nudos. Me ocupaba de hacer toda esta obra sólo la perjudica, o mientras que los hermanos estaban en el oficio, luego me ocupaba de recubrir la abertura del pozo con las tablas viejas que habían sido puestas allí desde un tiempo inmemorial.

Llegué así a descender sin demasiados peligros en el pozo y a subir también. Iba allá y volvía de allí sin ser percibido, porque la pared del viejo cementerio es muy fácil escalar, y separa sólo en este lugar los edificios y los jardines del monasterio de con cercado del prior.

¡Es verdad exclamó hermano Lubin soy bastante tonto de no habérmelo percibido!

Orientándome bien, continuó a Maestro Francisco, encontré el lugar que había que atacar y comencé un conducto subterráneo que iba del fondo del pozo a él _in pace_; y, en efecto, después de haber cavado cerca de dos o tres pies en la tierra, encontré la toba: era la muralla de su cárcel.

Había dejado mi trabajo en este estado, cuando su encarcelamiento de estos últimos días me hizo sentir la urgencia de continuar mi obra; pues aumenté mi subterráneo, quite despacio las piedras, y llegué por fin afortunadamente hasta usted.

¡Oh hermano Francisco, usted es mi ángel salvador! Rápidamente, hay que sacarme de aquí... Quiero verla de nuevo, quiero calmar Marjolaine.

Paciencia, joven hombre, hace falta que usted se quede hasta mañana. El hermano Paphnuce, al que interpele esta mañana al Capítulo, respecto a su encarcelamiento, declaró que había querido asustarle solamente para hacerse volver en usted mismo (a); mañana, su familia y la de Marjolaine serán reunidas cerca del altar de santo Francisco, y su padre vendrá para pedir la absolución de su voto. Lo que desea hermano Paphnuce, es para que no sea absuelto de eso y para que usted hiciera profesión: pero prometió devolverle aquel día en las manos de su familia; si cumple su palabra, vendremos buscarle, y me encargo de todo el resto; si, al contrario, el día de mañana pasaba sin que se hubo venido librarle, usted retirará todavía dos piedras, y usted pasará por aquí: usted encontrará en el pozo las cuerdas totalmente preparadas, y usted se salvará entre sus parientes. Ahora, silencio. Devuelva la piedra a su sitio, haga un poco de lodo con agua de su cántaro, y tape los intersticios de modo que se pueda ver sólo ha sido desarreglada, y a mañana.

¡Oh! ¡Hermano Francisco, mi padre, mi salvador, al que le abrazo!

¡Despacio! ¡Despacio! ¡La peste sea del pequeño niño raro, qué estuvo a punto quitarme el mango el cuello! Haga rápidamente lo que le dije, y sea sabio.

Hermano Francisco había desaparecido, la piedra fue devuelta a su sitio, y hermano Lubin, ya totalmente consolado, pensaba vagamente en la belleza de Marjolaine, cuando pensó rechinar una llave en la cerradura herrumbrosa de la puerta de su cárcel.

¿Ya venimos librarle? Exclamó; pero retrocedió helado por espantado cuando vive a tres hombres cubiertos de vestidos negros, y cuyas cogullas puntiagudas dejaban ver sólo los ojos.

Ellos todos tres tenían antorchas en la mano, y además uno tenía un crucifijo, el otro una cuerda y el tercero un paquete envuelto con ropa blanca. Hermano Lubin creyó que él vio a tres fantasmas o tres verdugos. Pensaba que se venía estrangularlo, y que el paquete blanco que se llevaba era su mortaja.

¡A mi socorro! Exclamó. ¡Mi padre! ¡Maestro Francisco! ¡Marjolaine!...

Una risa siniestra le respondió.

¡Despójelo de este santo vestido que fue indigna de llevar! Dice la voz del que llevaba el crucifijo.

Lubin reconoció esta voz: era el de hermano Paphnuce.

Ambos asistentes se apoderaron del novicio, a pesar de sus oraciones y sus gritos, y le despojaron de su vestido religioso.

Ahora, dice Paphnuce presentándole el crucifijo, haga un acto de contrición.

¡Oh mi Dios! ¡Que va pues a llegarme! ¡Dice a hermano Lubin, usted quiere matarme!

Va llegarle algo mucho más horrible que la muerte, dice el Maestro de novicios: usted ya perdió, por su falta, el santo vestido de religión. Tenga, tome esto, añadió poniendo al

que tenía una cuerda la ropa vieja del novicio, el que hizo en seguida un paquete; y usted, le dice al otro, muestra delante de este pequeño desgraciado su librea de ignominia... ¡ Oh! ¡Usted cree que usted va a morir! Usted lo querría, posiblemente, para sepultar su vergüenza en la tumba. Pero, no, usted no morirá... Vamos devolverle solamente su ropa secular, y dejarle a su reflexiones: ¡ puedan traer una conversión saludable! Usted renovará mañana su retractación pública delante del altar de San Francisco.

¡_Deo gratias! _ dice el novicio; ¡él escapé guapa, y me considero bastante feliz de haberse librado de allí a aquel premio!

VI

EL MATRIMONIO MILAGROSO

El día siguiente, las cortinas de la cama de la Aurora fueron todavía perfectamente tirados, y esta vieja diosa mitológica que se rejuvenece cada mañana tomando baños de rocío e iluminándose de bermellón, dormía todavía profundamente cuando las campanas de Basmette, sacudiendo en las nubes sus carillones a gran vuelo, despertaron a las pequeñas aves e hicieron palpar dos jóvenes corazones que no dormían.

La puerta de la pequeña habitación de Marjolaine se abrió despacio y dejó llegar la luz de una lámpara hasta sobre las enaguas blancas de la joven chica, que se había levantado sin luz y ya comenzaba a vestirse.

¿Te levantas pues, mi pobre niño? Dicho entrando a la madre Guillemette.

Marjolaine entonces corrió por los brazos de su madre, que, poniendo su lámpara sobre una arca, le sonreía con lágrimas en los ojos, y ellas ambas se cogieron mucho tiempo abrazadas, no pudiendo hacer otra cosa, ni encontrar nada para decirse, pero llorando en silencio, y merendando no sé cual alegría triste en este derramamiento doloroso.

La madre fue la primera que se esforzó por hablar para reconfortar y consolar a su querida hija.

¡Vayamos, buen coraje, Marjolaine, buen coraje! Te creo: sé que eres inocente: los hombres no comprenden esto; pero, otras mujeres, nosotros sabemos bien lo que es que de gustar y ves, Marjolaine tienen como bello decir y hacérselo un crimen es la cosa más bella de la vida.

Marjolaine se echó entonces en los brazos de su madre, las mejillas encendidas y los ojos brillantes, y lo abrazó una vez más toda su fuerza para agradecerlo por lo que acababa de decir. Vengo ayudarte a arreglarme, querido niño, todavía me deja cuidarte como hacía cuando eras con todo lo pequeña: todavía déjame dividir tus grandes cabellos sobre tu frente, y alzarlos detrás de tu cabeza. ¡Vayamos, enjague pues las lágrimas que enturbian sus ojos, señorita, si usted quiere que mamá os encuentre hermosa! ¡Ríete un poco pues para que se vea sus hermosos pequeños dientes blancos y tan bien ordenados! ¡Pero, verdaderamente, esta ropa blanca y bordada conviene en usted encantar, y usted daría celos a verdaderas señoritas del castillo! Déjeme hacer ahora y no mire, es algo que le guardara y que yo mismo quiero atarle sobre su bello pequeño cuello blanco que abracé muchas veces.

¡Oh! ¡Qué, madre, una cadena de oro el suyo!...

¡Sí, pequeña Marjolette pues bien! Usted todavía llorará.... ¡Haces un grueso suspiro! ¡Oh! Vaya, no temas nada, te gusto tanto que no sabría llegarte desgracia: estás bajo la protección de la Virgen, la Maestra de todas las madres; y si San Francisco, que jamás tuvo niños, quiere mostrarse duro, el buen Dios, que es nuestro padre a ellos todos y que no le niega nada a María, su digna madre, lo hará entrar en razón bien.

Mientras que la criada Guillemette se afanaba alrededor de su hija, un tinte de púrpura había invadido el horizonte, y las hojas de vid que temblaban a la ventana se coloreaban de un reflejo de rubí y de oro; los pequeños ramos de nubes anaranjadas y lila se esparcían en el cielo, como se ve brotar las hojas de rosas de las canastas del Corpus Christi. Las campanas, que habían dejado un instante de cantar maitines, como para hacer sitio al gorjeo infinito de una multitud de aves, se recuperaron a repicar cada vez más y con una voz más clara, como chantres después de beber. Su música, esta vez, era más alegre y se refería menos al ensueño. Todo el campo floreciente, verdoso y totalmente matizado de flores, diamantado de rocío y recogido en el velo de gasa o todavía se envolvía la frescura de mañana aspirada por un sol dulce, parecía una joven novia o por lo menos una chica encantadora de honor en su bello vestido de banquete. Golpeamos entonces varios pequeños golpes a la gran puerta de Closerie. Guillermo, a la mitad vestido, se apresuró a abrir, y vivimos aparecer Sr. y Sra Juan Lubin con Mariette, su nieta.

Mariette era un niño encantador de edad de doce años, viva, graciosa y avisada. Sus bellos cabellos castaños caían en rizos naturales sobre sus hombros. Le habíamos puesto para aquel día un vestido blanco totalmente simple, como les lo vemos sobre los cuadros a los pequeños ángeles que le presentan flores o incienso a la Virgen. La nieta tenía también su sonrisa dulce y confiada, este puro emblema de la verdadera oración, y una corona de vinos rosados blancos terminaba su semejanza con estos castos pequeños amores de la leyenda cristiana.

La madre Guillemette, oyendo la llegada de su cómplice y de su cotilla, salió para irles a recibir; y, mientras que los grandes padres conversaban y lo platicaban entre ellos gran misterio y en voz baja, la pequeña Mariette, ligera y furtiva como la bella pequeña ardilla, se había deslizado de puerta en puerta hasta la habitación de Marjolaine ; entró en eso sobre la puntilla, y vino de una sola de pronto sorprenderlo y abrazarlo de toda su fuerza, en el momento en el que la pobre jovencita iba a recuperarse a llorar.

Buenos días, gran hermana; ¡como tú he aquí valiente y bien engalanada! ¡Eh pero! ¿Yo también yo soy bella ¿no?? ¡Qué felicidad! Es hoy mi hermano va a salir de este convento feo, donde se aburría siempre, y luego dejará rechazar sus cabellos, y será mucho más bello; ¡sin contar que no llevará más este vestido moreno, y que se vestirá de hombre como otros! ¡Y tú, Marjolaine, como estaré contenta cuando serás mi hermana! Porque tú jamás me haces rabiarse, y eres por muy buena como gentil. ¿Pero por qué pues totalmente no vas de blanco y no tienes un bello ramo al cinturón? Voy a buscarte uno, y te haré una corona blanca como la mía...

No, resto, dice Marjolaine reteniendo en sus brazos amable hermana del hermano Lubin, luego que la toma sobre sus rodillas, se esforzó por sonreírle: pero no podía abstenerse de soñar que este niño sería posiblemente un obstáculo invencible a su felicidad, y lágrimas resbalaron, a pesar de ella, hasta sus labios sonrientes, como a veces en un

bello día de primavera vemos, por un capricho de las nubes, derribar gotas gruesas de lluvia sobre las flores presumidas y resplandecientes, que se abren al sol.

¡Pues bien! ¡Pues bien! ¡Lloras! Dice a la pequeña Mariette con un acento infantil de reproche cariñoso. ¡Oh! Sí, sé bien. ¡Es porque mi hermano ha sido castigado y porque hermano Paphnuce le dijo a mi padre que, si te casabas a Lubin, San Francisco me mataría! Pues no lo escuches; ¡es un villano malo! Hermano Francisco, el médico, es mucho más gentil que él, y me dijo ayer, cuando lo encontré volviendo de la escuela, cuando los santos del paraíso son buenos como el buen Dios, y cuando jamás matan a las nietas y luego, me dijo algo bajito al que no quiero decir, porque le prometí que lo haría y que no le diría sobre eso nada a nadie. También estaba muy contento cuando se fue de allí, y me dijo consagrándosele un pequeño golpe de sus dos dedos a la mejilla: ¡va, querida niña, sé muy sabio, y di a Marjolaine que tuviera buena confianza y que todo estará bien! Aunque ves pues no hay que llorar... Vayamos, ven, ya que estás listo; nuestros papás y nuestras mamás están en la gran habitación, es pronto el tiempo de irse.

La iglesia de los franciscanos era muy endomingada de colgaduras, totalmente deslumbradora de pequeños ángeles y de candelabros dorados, totalmente nublada de incienso, todo pomposo Ya flores y totalmente resplandeciente de cirios: la escalera giratoria que descendía a la cueva de Basmette fue festoneada por guirnaldas de follajes, cuyo olor fresca y verde ligeramente se refería en la cabeza. Sobre el altar de la cripta, veíamos a San Francisco, inmóvil, la capucha bajada y las manos escondidas en las mangas de su hábito. Los monjes fueron reunidos en dos coros y terminaban de salmodiar el oficio de prima, mientras que el padre prior, vestido en una alba que le hacía parecerse a un paquete de ropa blanca, rematado por una manzana gruesa y roja, estaba a punto de comenzar la misa. La afluencia del pueblo era grande; porque el ruido confuso del que había pasado y la espera de algo extraordinario había corrido por todos el país circundado. El movimiento fue pues universal y los cuchicheos ganaron poco a poco, cuando se vive entrar la hermosa Marjolaine, que escondía su adorno de boda bajo una mantilla amplia de color sombrío, y que, por turno enrojecido y pálido, tenía los ojos constantemente bajados y parecía respirar sólo apenas. Cerca de ella era su madre, que le hablaba bajito, como para hacerle animarse, y la pequeña Mariette, que se estrechaba contra ella y le tomaba las manos para acariciarlos, sonriendo a pobre afligida con una gracia encantadora. Detrás de este grupo, arrodillados y que rezaba con un gran fervor, eran Guillermo el compinche y el cómplice Juan Lubin.

Todo el mundo esperaba sin saber qué, cuando hermano Paphnuce pareció acompañado por un hermano lego, que llevaba un brazado de cirios de cera amarillos, se les distribuyeron a todos los monjes, luego la puerta negra de él *_in pace_* se abrió, y todo el convento, dirigido por el Maestro de novicios, descendió en las bodegas pequeñas cantando con una voz lúgubre y lenta el salmo *Miserere*.

Un murmullo de consternación y de espanto recorrió la asamblea. Algunas viejas se dijeron bajito que hermano Lubin había muerto sin duda. Marjolaine fue obligada a sentarse y tiritó como si se haya sido a mediados del invierno; la pequeña Mariette misma se inquietó y tuvo casi las lágrimas con los ojos tenidos mirando del lado de la bodega pequeña donde se pensaba prolongarse siempre el canto de los monjes; por fin los vivimos volver a levantar la cruz de los entierros en cabeza. El hermano Paphnuce tenía sobre sus manos extendidas el

hábito y el cordón del hermano Lubin, que vino para depositar sobre el altar: luego detrás de él entra a ambas filas de monjes que llevan los cirios, apareció hermano Lubin mismo, vestido del vestido secular y conducir por dos hermanos lego, ataviados con la cogulla de los penitentes, para devolver la escena más terrible. Marjolaine necesitó, para no desvanecerse, toda la fuerza que le devolvía la presencia de su querido. Hicimos poner a hermano Lubin en rodillas en medio del coro.

Hermano Paphnuce entonces comenzó una exhortación que se parecía bastante a un exorcismo. Gritó y gesticuló, echó agua bendita sobre el novicio y roció de eso liberalmente el lado de la muchedumbre donde se encontraba la joven chica. Luego, después de haber abierto a su grado el cielo con todas sus alegrías y el infierno con todas sus uñas y todos sus cuernos, rogó a hermano Lubin escoger entre el paraíso y la condenación eterna, entre la sociedad seráfica de San Francisco y la afección criminal de una criatura.

Hermano Paphnuce se entregaba con mucha libertad a todos los ardores de su elocuencia, que había observado con mucho gusto la ausencia del Maestro Francisco, la ausencia de la que no podía adivinar la razón, sino la que lo ponía infinitamente más a gusto, porque las miradas y la semi-sonrisa de astuto médico lo molestaban habitualmente más que no se sabría decir, y hacían espirar sobre sus labios la mitad de todos sus sermones.

Hermano Lubin se recogía para responder, cuando la pequeña Mariette, deslizándose entre dos monjes, acudió, sin tener miedo de nada, para echarse en el cuello de su hermano; luego arrodillándose cerca de él, sin que alguien quisiera a impedirlo, pronunció con una voz clara y argentina estas palabras, que le había sugerido sin duda el hermano médico:

« Bondadoso San Francisco, le rezo por mi hermano, que le sirvió
Durante doce años, para conservarme la vida y hacerme crecer;
Ahora, es en mi vuelta, y me le consagro para rendir
¡Libertad a mi hermano! Sé que usted es bueno y que usted no hace
Morir los niños. Usted quiere solamente que sean muy prudentes y
Qué les gusten mucho el buen Dios. ¡Oh! Se lo prometo, gran San
Francisco, permita pues que mi hermano sea feliz, y yo usted
¡Agradeceré cada día por mi piedad y mi sabiduría! »

Todo el mundo fue conmovido, exceptuado los monjes. Las mujeres lloraban, y Juan Lubin secaba con su mano sus lágrimas gruesas a los rincones de sus ojos. Hermano Paphnuce hacía una mueca fea; impuso silencio de un gran gesto de su mano ósea, y que mostraba la estatua del santo patrón:

Es a San Francisco que se hizo un voto, exclamó; es San Francisco quien debe decidir. La gloria de nuestra orden no necesitó más un milagro para instruir a los pecadores y jamás fortalecer a los que agravian; me atrevo a creer que nuestro santo patrón no nos lo negará... ¡ Pero primero, que hermano Lubin mismo nos diga lo que escogió!...

Y el maestro de novicios buscó por el acento de su voz y las rodaduras de sus ojos que intimidan al joven hombre.

Hermano Lubin retuvo en uno de sus brazos a su hermana Mariette a la que se quería alejar de él, y, volviéndose del lado del pueblo, extendió su otra mano y dice sólo esta palabra:

¡Marjolaine!

La joven chica entonces se levantó toda tembladera de emoción, y se adelantó para reunir a su novio al altar.....

¡Pare! Gritó a hermano Paphnuce de una voz tonante, y que se volvía del lado de la estatua del patrono:

¿Gran San Francisco, continuó de tono solemne, bendecirá este matrimonio?

¡No! Respondió una voz que aparecía salir del mismo pie de la estatua.

Todo el mundo dio un grito de pavor: Marjolaine bamboleado y va a caer; hermano Lubin aterrado se apresura sin embargo a sostenerla... ¡Pero he aquí bien otra maravilla y otro tumulto!... ¡Todo el mundo lo vio! La estatua se movió; ¡ esta vez es a ella qué habla!

¡Cállate, Satanás! Dijo. Y la vemos contener un instante bajo su pie, luego renfoncer en tierra horroroso cabeza de monje, que nadie pudo reconocer tanto fue desfigurada por el espanto... Hermano Lubin se había ocupado, según la recomendación de Maestro Francisco, de cerrar con cerrojo la pequeña puerta del altar. Luego ya San Francisco extiende sus dos manos sobre la joven pareja:

¡Acerque, mis niños, dice, le bendigo y le caso!

Difícilmente nos daríamos cuenta del estupor general y de la mistificación de los monjes. El padre prior se había caído de espaldas y había roto sus quevedos; hermano Paphnuce había huido y se codeaba totalmente con aquellos a los que encontraba sin poder abrirse un paso; los monjes, pálidos y que creían soñar, habían recaído, unos sentados, otros en rodillas, otros la cara contra tierra. La muchedumbre daba gritos que echan por tierra la iglesia. ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Toque las campanas, toque! Y una parte de los asistentes, corriendo al campanario, había puesto en movimiento todas las campanas. Las parroquias próximas no tardaron en responder, y todo el país estuvo en alarma. Veíamos sobre todos los caminos sólo a tropas de gente que acudían hacia Basmette; varios fueron armados, pensando que bandoleros habían atacado el monasterio; otros aportaban agua, como si se haya tratado de un incendio; Pero ya grupos numerosos contaban en los alrededores la batalla grande y maravillosa que se había entregado en la cueva de Basmette entre el diablo en persona y la estatua milagrosa de San Francisco. Varios habían visto llamas brillantes salir de ojos del demonio y una luz celeste rodear de repente al santo patrón de la orden seráfica; ya era ruido por todas partes sólo del matrimonio milagroso de Lubin y de Marjolaine. Salieron de la iglesia de los monjes aclamados triunfalmente y casi asfixiados por la muchedumbre. Les hacíamos tocar ramos artificiales y rosarios como a reliquias; Marjolaine, quitada su mantilla y totalmente bermeja de emoción y de pudor, aparecía en todo el pedazo de su felicidad y de su fresca adorno. La pequeña Mariette le había puesto en la cabeza su propia corona de vinos rosados blancas, y el ex noble hermano Lubin no podía cansarse de mirarle así. El padre Juan Lubin abrazaba de todo su corazón a la pequeña Mariette, que no tenía ganas de morir, y daba por aquí allí por apretones de manos a sus vecinos, no sabiendo más ni lo que hacía ni lo que decía, pero delirante y lloroso de alegría. Una muchedumbre inmensa los acompañaba gritando: ¡milagro! Aplaudiendo y cantando canciones de boda, mientras que una muchedumbre todavía más numerosa, siempre engordada por los curiosos que llegaban de todas partes, se apresuraba y se asfixiaba en la cripta para ver la estatua milagrosa.

Fue entonces el momento crítico, y el pobre San Francisco verdaderamente se encontró en peligro. Era imposible contener a esta muchedumbre maravillada, todo el mundo se

arrojaba hacia el altar, tomaba la estatua por las piernas y le arrancaba colgajos de su vestido para hacerlo reliquias. Son gritos que no se entienden; unos dicen que el santo está vivo y que tocaron su carne; una mujer que le abraza las piernas, pretende que le sintió estremecerse... Por fin, el furor de las reliquias va tan lejos, que el pobre San Francisco va a ser casi totalmente despojado por sus ropas al gran perjuicio de la modestia; pero él mismo previene este peligro y juzga salvarse por una continuación de nuevos milagros; empuja un gran pedazo a reírse y salta a bajura de su pedestal, su capucha cae sobre sus hombros y deja ver al descubierto la figura inteligente y burlona del hermano médico, Maestro Francisco. ¡Nuevos gritos de sorpresa! Unos lo reconocen y se echan a reír a su vuelta; otros hacen signos de cruz y piensan ser hechizados; pero el número más grande se obstina en tomar al hermano Francisco por una estatua milagrosa; consigue hacerse paso que gracias al vigor de sus puños y gana a grande apenas la sacristía de la iglesia, donde se encierra de dos vueltas, mientras que las campanas continúan tocando carillón triple, mientras que la muchedumbre se admira de más mucho más mucho, y mientras que las buenas mujeres se reparten los colgajos de su hábito, tan devotamente como hubieron podido hacerlo para parcelas de la verdadera cruz.

VII

LOS JUECES SIN JUICIO

Vueltos de su primera emoción, los monjes que habían conseguido mal que bien rechazar a la muchedumbre y cerrar las puertas de la iglesia y del convento, se habían reunido al capítulo, y comenzaban a comprender en toda su enormidad la algarada de hermano Francisco. El culpable fue vigilado en la sacristía, donde se había refugiado. El padre prior, que en el fondo de su alma no podía abstenerse de querer al pobre hermano médico, parecía consternado y secaba de cuando en cuando sus pequeños ojos rojos y lacrimosos; solamente no sabría decir si la emoción sola devolvía sus párpados húmedos, o había que atribuir una gran parte de su ternura que pestañeaba a la ausencia de sus quevedos.

Otros monjes, especies de capacidades gruesas y digestivas, siempre eran del parecer del padre prior, el cual jamás se atrevía a tenerle una opinión en presencia de hermano Paphnuce.

El Director de novicios se declaró al acusador del Maestro Francisco, y pidió que fuera juzgado acto continuo, e inmediatamente castigado por las penas más rigurosas. El padre prior no se atrevió decir a nada; los antiguos opinaron con la voz y los jóvenes de la capucha a guisa de gorro. Pues estuvo decidido que el culpable sería traído en el acto, e interrogado en capítulo lleno.

Dos gruesos rechonchos de hermanos legos hicieron el oficio de arqueros, y, después de un instante de ausencia, volvieron con Maestro Francisco, al cual habían atado las manos como a un muy grande criminal.

¡Por desgracia! ¡Exclamó entrando, vea la inconstancia de los hombres! ¡Me tratan ahora en criminal porque me adoraron en seguida, y todo mi crimen sin embargo es no ser un palo!

Hermano Paphnuce lo miró con una alegría solapada que hasta no procuraba disimular, y avisó a los que lo conducían a hacerlo poner en medio del capítulo sobre el banquillo de tribulación.

¡Mis hermanos, dice entonces el maestro de novicios saludando a la derecha y a la izquierda, acuso al hermano Francisco aquí obsequio de ateísmo, de magia, de excitación al desenfreno, de herejía, de profanación y de sacrilegio!

A estas palabras, todos los monjes aparecieron estremecerse; varios se santiguaron, otros lanzaron al acusado de las miradas de indignación y de horror; el padre prior levantó la mirada y las manos al cielo, luego dice sobre una voz totalmente temblorosa de emoción:

Hermano Francisco, no creo que usted pudiera defenderse; no obstante, si usted tiene algo decir, le está permitido hablar. ¿Y primero, que responde a la acusación de ateísmo?

El acusado bajaba la cabeza y parecía no poder responder.

¿Llora? Dice al prior.

No, dice el hermano alzando por fin la cabeza y haciendo un esfuerzo, pero quería abstenerme de echarme a reír porque hubo sido inconveniente.

¡El miserable! Gritaron a todos los monjes.

Gracias, mis hermanos, dice el Maestro Francisco saludándolos. Ahora, padre prior, es a usted que voy a responder. Me acusan de ateísmo; pero esta acusación es absurda y bárbara.

Absurdo, porque mi creencia en Dios está en mí y porque ustedes no son los jueces. Los paganos acusaban a los primeros cristianos de ateísmo, porque no les veían en absoluto adorar a los ídolos de oro, de plata, de mármol, de piedra o de madera: sin embargo ser sin ídolos, esto no es ser sin Dios: ¡al contrario! ¿El gran Maestro no dijo que Dios era espíritu y que hay que adorarle en espíritu y de verdad? Oro, el espíritu de Dios puede sólo juzgar el espíritu del hombre, porque sólo él penetra: y en cuanto a la verdad, no lo juzgamos, es a ella quien nos juzgará a todos. Su acusación pues es absurda, desde el momento en que quiero decirles: ¡creo en Dios!

Digo también que es bárbara. ¡Y, en efecto, qué crueldad no sería esto que de citar en juicio a un hombre que habría perdido los ojos, para reprocharle por ser ciego y por no ver el sol! ¿Pero Dios no es el verdadero sol de nuestra razón y la luz de nuestro pensamiento? ¿Puede tener allí una vida intelectual y moral de aparte del que es? ¿El ateísmo, si le hubiera posibles, él no sería el más espantoso de enfermedades morales y como un letargo del alma? ¿El hombre quién habría caído allá sería digno de compasión menos, a pesar de todo sería esto por su culpa, y le hará un crimen de su desgracia? No castigue la enfermedad, sino avise de eso las causas. No desfigure la imagen de Dios, no preste sus errores a la verdad eterna, ni sus cóleras a la bondad suma. Haga para la que la creencia en Dios sea siempre el consuelo y la felicidad del hombre, y jamás nos fiaremos de eso. ¡Tengo que responderle pues que no soy ateo, Dios gracias! Pero que, si le fuera por desgracia, esto no le pertenecería de criticármelo: porque sin duda usted sería causa de eso.

¡Muy bien! Dice al hermano Paphnuce. No se toma el trabajo más hasta de disfrazar su impiedad. ¡Hermano Pacôme, escriba que justifica el ateísmo, y que blasfeman las prácticas de nuestra religión santa!

El Maestro Francisco se encogió de hombros.

Vengamos, dice el padre prior, a la acusación de magia.

¡Oh Gaspar, Melchor y Baltasar, venga a mi ayuda! Dice a hermano Francisco.

¡Creo, dice Paphnuce, que acaba de invocar a los demonios!

Me encomiendo a los tres Reyes magos, repitió al acusado, y los ruego que se responda para mí, ellos que leían el futuro en el cielo y que sabían los nombres misteriosos de las estrellas; ¡ellos qué, del fondo de Oriente, saludaban el astro nuevo cuya influencia iba a cambiar el cielo y la tierra, y qué se atrevieron a calcular el horóscopo de un Dios hecho hombre! ¿No conocían las relaciones del mundo visible con mundo invisible, ellos a los que presentimiento divino hablaban en sueño? ¿Y no sabían las propiedades secretas de los metales y la virtud mística de los perfumes, ellos que le ofrecieron al niño más grande que Salomón el oro, el incienso y el mirra?

¡San Francisco! ¿Que dice allí? Se exclamó hermano Paphnuce; dios nos perdona por haberlo escuchado. ¡Escriba, hermano Pacôme, repita tinta, si usted no lo tiene más, y escribe, rápidamente escribe sus nuevas blasfemias! ¡ Se atreve a decir que los tres magos eran unos brujos!...

¿Así, dice el padre prior, reconoce el crimen de magia?

El crimen de magia no existe, respondió el Maestro Francisco con dignidad.

La ciencia de la naturaleza y de sus armonías escondidas formado parte de la verdadera teología, y es por eso que el Verbo hace a hombre, después de haber llamado alrededor de su cuna a los pobres y los simples que venía para salvar, quiso ser adorada por los magos, que representaban la realeza futura de la ciencia, y que eran, delante del Dios hecho hombre, los embajadores del mundo nuevo y del reino futuro del espíritu.

La ciencia inviste al hombre de poder, y con la ayuda de este poder puede hacer bien o del mal. Entonces, interroga los enfermos que me curé, los espíritus débiles que alumbré, los esclavos de la superstición a los que libré, los pobres a quienes di a entender a Dios haciéndoles bien, y usted no tendrá más el derecho luego de acusarme del crimen de magia.

No comprendo, dice el prior.

Y todos los monjes que sacudían la cabeza, avisaron que no comprendían más.

Pasemos ahora, repitió al padre, al más evidente y a el más vergonzoso de sus pecados públicos: usted favoreció los malos deseos de un novicio, y usted le ayudó a volverse de su vocación santa para contraer un matrimonio escandaloso.

La obra de carne desearás
Que en matrimonio solamente,

Respondió a hermano Francisco. ¡Hay pues malos deseos sólo aquellos que no tienen como objeto un bono, casto y legítimo matrimonio! Tales son los deseos de los pobres reclusos que se arrepienten de la imprudencia de sus votos, y es de aquellos que quise preservar la inocencia del hermano Lubin, que Dios no había creado para ser monje, sino bien para ser granjero bueno y honrado, bien querido por su mujer y un día padre de familia. ¿Cree que la castidad pueda quedar en una alma forzada al celibato y quien sin cesar se asfixia o quiere asfixiar sus deseos sin cesar renacientes, como las entrañas de Prometeo? ¿No en el monasterio que se ensaña después del corazón aislado y desolado del mal monje el buitro

implacable de las pasiones impuras? Y llamo a mal monje aquel que, por atractivo superior, inmenso e irresistible, Dios no le apeló para siempre y separado de la gente; Privilegio solamente algunas almas santamente exaltados y enamorados del ideal. Entonces, éstos solamente pueden seguir los rastros de Antonio, de Hilarion, de Jerónimo; porque atractivo poderoso los lleva allí, y porque no es necesidad para forzarlos y de cercas y de disciplinas forzadas, y de bodegas pequeñas donde se los entierra vivos. En cuanto a otros, digo que son las almas más impuras, más libertinas y más incurables que estén en el mundo. Los más impuros, porque su concupiscencia es incurable en lo sucesivo. Los más libertinos, porque su imaginación, excitada por la ignorancia y por constreñimiento, atraviesa los límites de lo posible y se crea todo un infierno de desenfrenos inauditos y extravagantes y contra naturaleza. Los más incurables, porque los remedios sólo irritan el dolor. Piensan en el horror del pecado so pretexto de arrepentirse de eso, y sólo estimulan las titilaciones implacables y sólo renovar las orgías fantásticas. ¡Oh! ¡Desgracia al orgullo humano, qué se hace cadenas eternas jamás profiriendo las palabras de y de siempre! Qué tales expresiones escapen del éxtasis del amor divino, son más bien aspiraciones que votos: y si más tarde la humildad cristiana reconoce la debilidad humana, Dios no sabría castigarnos por haber divisado la eternidad bienaventurada y por recaer sobre la tierra: ¡pero nos castigaría si nos obstinábamos en querer sobre la misma tierra dar una eternidad a nuestros errores, porque sería la eternidad del infierno!

¿Así usted condena los votos de castidad? Le dice al hermano Paphnuce a hermano Francisco.

Sí, cuando son forzados o inconsiderados, o sorprendidos por artificio.

Hay que muy poderosamente ser iluminado de Dios, y por consiguiente bien asegurado por el futuro, para prometerle, sin ser insensato o criminal, que se llevará hasta el fin una vida angélica y sobrehumana. ¿Que diría sobre un hombre que prometería de no estar enfermo jamás y de no morir jamás por accidente?

¡Pero el árbitro libre! Se exclamó un monje.

Precisamente, dice hermano Francisco, es el respeto al árbitro libre que debe impedirnos contraer empeños que encadenan con él, y que, si presumimos de nuestras fuerzas, necesariamente le arrastrarán a caídas irremediables.

Escriba, dice hermano Paphnuce, que censura los votos de religión, y pretende que los monjes no tienen su árbitro libre, lo que es una herejía monstruosa y abominable.

¡Nosotros he aquí, dice el padre prior! ¿Y qué tiene que responder ahora, le acusamos de ser heréticos? Encontramos en su celda los libros diabólicos de execrable Lutero, comentados y anotados por su mano. Usted se entrega al estudio de griego y usted lee a los autores profanos, como hacen los reformadores pretendidos en nuestros días. En lugar de dar al convento y de emplear, para el ornamento de la iglesia, su honorarios de predicador y de médico, usted los emplea para comprar un montón de libros mágicos, que el enemigo de nuestra salvación debe sólo conocer, y del que un monje hasta no debería sospechar la existencia. ¿Cuáles bellos discursos va a hacernos para justificarle a todo esto?

Verdaderamente, dice el hermano Francisco, no sé aquí que responder; porque no comprendo muy claramente la acusación. ¿Los latinos y griegos pues son mancillados por herejía hasta tal punto que no se pueda estudiar sus libros? ¿Pero nuestros oficios pues no están en latín?

Sin duda, dice el padre prior: ¡pero griegos son unos cismáticos!

Los de ahora, se lo concedo: en cuanto a los antiguos.

Ésos era peor bien; adoraban a los demonios.

Lo cierto es que San Basilio, San Juan Crisostomo, San Gregorio de Nazianze y San Atanasio escribieron en griego.

¡No es lo que hicieron de mejor! ¡Pues bien! ¡Qué! ¡Usted se echa a reír!...

¡Sí, me río!

¡El caso es que usted es herético!

Así como *Kirie eleison*.

¿Que quiere decir?

¡Agioso Theos! agios a thanatos! eleison ymas! _

Esto se encuentra en el oficio de la Semana Santa. ¿Pero qué lo concluye?

Que usted es absolutamente incapaz de juzgar si tengo la culpa de comprender griego, y sobre todo hasta cual punto soy culpable de este crimen.

No es en absoluto precisamente saber griego que eres acusado, pero de servirse de eso para autorizar sin duda sus herejías, como hacen los iconoclastas y los luteranos.

¿Pero usted habla de herejía, mi padre, sabe usted bien que usted habla griego?

¿Quién? ¿Yo? ¡Por ejemplo! ¡Dios me preserve de eso!

Herejía viene de griego y quiere decir división, separación. Los herejes son pues los que dividen la Iglesia de Dios y los que se la separan en fracciones opuestas las unas a otros. Entonces, escúcheme, por favor:

¿Aquellos quiénes excomulgan, en lugar de devolver y de instruir, no son los artesanos verdaderos y solos de divisiones, de separaciones y de cismas? ¿No son los verdaderos promotores de herejía y los herejes más peligrosos? Entonces, lo declaro aquí y lo declararé siempre, quiero lo que Jesucristo quiso, la gran unidad divina y humana, la asociación universal, porque es lo que quiere decir el nombre de Iglesia católica. ¿Y si, en el fondo de mi corazón, yo mismo sospechaba el menor germen de herejía, lo sería bebe mucho amontonado, y, como el Fénix, yo mismo querría quemarme para renacer en el uno. - ahora, va a limpiar mis palabras, a interpretar mis acciones, a torturar mis intenciones, a enturbiar mi brebaje y a manchar mi tonel? ¡Atrás, gazmoños! ¡Les tomo por herejes! Porque a los cristianos buenos del buen Dios gustan la concordia y la paz, siempre piensan en el bien, no juzgan con el fin de no ser juzgados, y no tienen la costumbre de las sutilezas contenciosas, como dice el apóstol San Pablo. ¡Oh! ¡A cuántos sectarios hubimos devuelto por la dulzura y la razón, que alejamos para siempre por la persecución y el anatema! Todo hombre puede equivocarse; ¿pero quiere forzar a un hombre que traiciona su pensamiento y que profesa lo que no cree? Y, si usted lo mata porque no quiere hacer una retractación hipócrita, usted convierte su error en razón, porque muere de esta libertad de conciencia que Dios se nos consagró a ellos todos, y que es la base de toda religión y de toda moral. Era un extravagante posiblemente, y usted lo hizo a un mártir. Su sistema no es más un ensueño, es una doctrina establecida por la sangre; ¡son los perseguidores qué fundaron el Cristianismo, y son los inquisidores que edifican las herejías!

Tenga, me represento siempre la verdad como un gigante a quien una muchedumbre de murmuradores dan guerra, y el que no se preocupa de eso de ninguna manera; porque todos estos pequeños abortos no sabrían herirlo. Hasta tiene cuidado con tragárselos totalmente creídos cuando los encuentra escondidos bajo alguna hoja de ensalada; y cuando, arreglados en línea alrededor de él, hacen furor con gran cantidad de artillería, sacude sus

cabellos riéndose, y hecho caer pintándose los carbones de bola que se le lanzó; he aquí el verdadero retrato de la fuerza y de la superioridad intelectual y moral, y quiero un día esbozar el carácter en un poema del género de *Batracomyomachie*; ¡porque los enemigos del sentido común y de la razón son sólo unos abortos a los que hay que reírse, y que conviene ridiculizar para todo castigo de su locura!

Vos mismo es un loco, dice hermano Paphnuce; ¡pero vea lo que se atreve a decirnos y lo que tenemos la paciencia de escuchar! ¡El mito, los gigantes, los soldados comidos en ensalada, y gente que pintándose hace llover balas de cañón! ¡Qué estupideces! Escriba, hermano Pacôme, que insultó a la gravedad del Capítulo, y que había acusado la Inquisición santa de ser la fundadora y el sostén de las herejías. ¡Usted ve, mis hermanos, si tenía razón de desafiarme de este hombre!

Los monjes dieron entonces signos no equívocos de su indignación y dieron el aire de estar perfectamente convencidos de la herejía del hermano Francisco.

Ahora, continuó al Maestro de novicios, el hecho monstruoso de profanación y de sacrilegio sólo demasiado ha sido comprobado, que demasiado desgraciadamente evidente y público, para que valga la pena de ser comprobado o discutido...

¡Sin duda, interrumpió a hermano Francisco, y la prueba es de allí que el hermano sacristán no es aquí, y que se le encontrará sin duda todavía cerrado en el altar, donde quería desempeñar el papel de San Francisco, y donde lo forcé por volver con confusión y contusión, después de muy bien y muy convenientemente haber representado merced a Satanás!... ¡Oh! ¡Hermano Paphnuce, he aquí pues sus supercherías! ¡Y usted engaña así el buen pueblo fiel con milagros falsos! ¡Pues bien! Cumplí mi deber de médico y de sacerdote: remedié el dolor, exorcicé al demonio, y le hice confesar su mentira. No justifico lo que mi astucia tuvo de irregular y de intrépido; siento que el culto divino hubiera sido turbado, pero compadezco al verdadero culpable, porque no comprendió bien sin duda toda la enormidad de su acción. No pido que se lo castigue; deseo que la confusión le sea saludable; Porque usted comprende bien que el pobre hermano mismo sacristán, que ahora posiblemente todavía no volvió de su espanto, no se determinó a esta acción fea, y que en virtud de la obediencia santa debe traer todo el honor al que de derecho.

¡Silencio, desgraciado, silencio! Gritaba a hermano Paphnuce de una voz enronquecida durante todo este discurso; pero la voz clara y firme del Maestro Francisco dominaba la Siena, y el acusado se paró sólo después de haber dicho todo.

El Maestro de novicios se encendió por cólera; balbuceaba palabras incoherentes, y empujaba una especie de grito gutural y angosto; fue obligado a sentarse.

Durante este tiempo hermano Pacôme redactaba la fórmula de la sentencia y lo hacía pasarle al padre a prior, que, por falta de quevedos, no pudo leerlo, sino se la reenvió a hermano Paphnuce.

Se refería que las vísperas de los muertos serían cantadas después del oficio

Por las días, para el alma de difunto hermano Francisco, que iba a ser

Inmediatamente, y para siempre sepultado en él *_in pace_*.

Los monjes fueron consultados: miraron al prior, que miraba a hermano Paphnuce, y todo el mundo condenó.

Estuvo decidido que el hermano médico sería cerrado en la misma cárcel, de donde algunas horas antes se había sacado a hermano Lubin.

Hermano Francisco, riéndose por lo bajo, pareció profundamente afligido.

Le ordenamos arrodillarnos en medio del Capítulo y pedir perdón, apreciando la mano un cirio encendido.

Señor, mi Dios dice cuando estuvo en esta postura humilde, le confieso mi locura, y le pido perdón haber hecho lo que usted defiende en su Evangelio, donde usted dijo: « no siembre las perlas delante del cerdo; porque los pisotearían, y su furor que se volvería contra usted a usted desgarrarían.

Le pido perdón de la ignorancia y de la maldad de estos monjes; porque viví en medio de ellos, y habría debido tratar de convertirlos o dejarlos.

Le pido perdón haberles hablado seriamente y serme hecho así tan ridículo como si había querido dar lecciones de metafísica a calabazas.

Me reprende sinceramente, y le prometo tratar en lo sucesivo de iguales a gente sólo por esta risa inextinguible que, según Homero, hace la felicidad de los dioses, y que debe ser, según yo, la panacea universal de los filósofos.

Porque la risa es un acto de fe: las lágrimas son la penitencia de duda o la creencia falsa. Es la lluvia triste que se forma; cuando vienen para condensarse los vapores de la ilusión.

Desde muchos millares de años, el sol ve las desgracias de la gente, y se ríe siempre en primavera.

¡La tierra está plena de cadáveres, y se ríe siempre palpitante de una vida nueva y rejuvenecida, año tras año, por el lujo de su nuevo adorno!

La vid llora bajo el hierro que lo talla: pero pronto las lágrimas son secadas cuando el sol cicatrizó su herida: ¡se desarrolla entonces en pámpanos y en racimos bermejos, hincha de alegría y de risa franca sus racimos numerosos y redondeados, y vierte a flujos en la copa el olvido de las penas, las amistades francas, la despreocupación de todos los dolores, la concordia de la tierra y la tranquilidad del cielo!

¡No es en absoluto esto lo que había que decir! Se exclamaba hermano Paphnuce.

¿Tiene algo pedir antes de ser separado para siempre de sus hermanos? Le pidió con una voz temblorosa el padre prior casi conmovido.

Pido una taza de vino fresco, respondió hermano Francisco: porque he aquí más de una hora que me seco la garganta que habla inútilmente.

VIII

LA TARDE DE LAS BODAS

A pesar de la indignación de los monjes, el matrimonio de Lubin y de Marjolaine no había sido conducido menos a buen fin. Que los jóvenes estuvieron casados por San Francisco o por hermano Francisco, que no era santo, sino que era sacerdote, la bendición nupcial no había sido válido menos de allí en la opinión de toda la asamblea, y los vecinos y amigos

no habían faltado a la fiesta que se había improvisado bajo los grandes árboles de Chesnaie. ¡Dios sabe si el día fue bien empleado y si pareció larga a ninguno tiene importancia de los convidados! Los jóvenes novios solamente esperaron por la tarde con impaciencia, pero no obstante sin demasiado aburrimiento, porque se apresuró de todos modos para distraerles; y por otra parte tenían mucha alegría al corazón a se entra mirar y a ponerse en contacto furtivamente la mano, que parecían tener un sueño demasiado bello y que tenían miedo despertarse.

Cuando la tarde vino, guirnaldas de follajes y de flores habían sido tendidas en el claro de Chesnaie; mesas fueron levantadas a la redonda para los bebedores, y el césped del medio, destinado al baile, fue alumbrado por faroles de todo color. El sonido de las flautas y de los tamboriles parecía concordar con cuchicheo de declaración dulce sobre el césped, los gritos alegres de la mesa, la música de los vidrios y de los frascos entrechocados, el clo de las botellas y la voz de los pedazos de risa.

Sin embargo Leandro Lubin no fue absorbido tanto en su alegría como él
Ello vuelve ingrato hacia su bienhechor, y que obliga al hermano
Médico; era mucho inquieto a causa de lo que podía haberle llegado;
Porque conocía bastante el rencor de Paphnuce y la debilidad de
Prior. Pues había despachado a mensajeros a mensajeros a Basmette,
Para inquirir con habilidad al Maestro Francisco cerca del hermano portero,
Que, tres diferentes veces, había asegurado no saber nada. Sobre él
Por la tarde pues, después de haber bailado bien sobre el césped a los pífanos y a
Tamboriles, mientras que los jóvenes novios, dejados un instante a
Ellos mismos, miraban por todos los lados estrechándose la mano sin
Decir nada, y probablemente soñaban con escaparse para ir lejos de
Todas las miradas causar un instante todavía más a su gusto, he aquí que uno
Joven chico totalmente sofocado acudió cerca de Lubin, y le rindió
Cuenta de todo lo que acababa de ver y de oír. Escuchando cerca
De una pequeña ventana tostada que daba a la capilla subterránea,
Había pensado cantar *De profundis*, luego los monjes habían dicho
Tres veces voz brillante: *¡Requiescat in pace!* Y el canto tenía
Parecido descender y perderse en las bodegas pequeñas. Algunos instantes después,
Había oído a los hermanos volver a levantar, puertas abrirse y cerrarse,
Luego la voz del prior que decía: « mis hermanos, que este ejemplo terrible
Se entere de usted a respetar su vocación y a desafiarse de vanidades de
La ciencia. »

No le hizo falta más a Leandro Lubin para comprender todo; da un gran grito, se levanta indignado y llama en voz alta toda la boda. Las charlas alegres se interrumpen, acudimos, nos colocamos en círculo, estudiamos unas otras para escuchar al novio.

¡Es una indignidad! Como exclamamos todo con una voz.

¡Hay que salvarlo! Dice Marjolaine.

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Repite la asamblea muy entera, hay que salvarlo! ¡Hay que salvarlo!

¿Pero cómo hacer? Dice a Lubin.

Hay que ir ellos todos en Basmette pedir otra vez a nuestro hermano médico, y, si se nos lo niega, amenazar con prender fuego al convento, dice uno de los más determinados, al que el vino había demasiado calentado un poco la cabeza.

¡Despacio, criadas gente, despacio! Dice entonces una voz que hizo estremecerse a todo el mundo; no se exponga de este modo a tener altercados con la justicia. ¡La justicia no favorece ya demasiado a la pobre gente cuando tienen razón, sino los golpea sin piedad cuando tienen la culpa!

Al mismo tiempo, un personaje que se había acercado despacio apareció en medio de la asamblea, que le acogió con grandes gritos de asombro y de alegría. Leandro Lubin se echó en su cuello, y Marjolaine le presentó su frente para ser abrazado, a los grandes aplausos de toda la boda. Era Maestro Francisco en persona.

¡Eh qué! Dice al antiguo hermano Lubin; ¿pues no le encerraron, como lo creía, en su bodega pequeña fea y mortuoria?

Tan hecho bien, dice Maestro Francisco, y le reemplacé en la cárcel donde usted pasó tres días. Esperaban dejarme bien allí más tiempo y no sospechaban que me había prevenido por anticipado de la llave de los campos.

¡Oh! Pero ¡es verdad! exclamó Lubin; ¡no pensaba más en el pozo desecado, en el conducto subterráneo y a la escala de cuerda! ¡Oh! ¡Que es bien hecho, y como deben ser bien cogidos!

¡Viva el hermano Francisco! Gritó a todo el mundo.

¡Viva todo el mundo! ¡Dice a hermano Francisco, Vayamos, vayamos, del corazón al baile! Qué cada uno prosiga su cada una; percibo allá frascos que se aburren. ¿No me invita a la boda? ¡Heno de los monjes qué no saben reírse, y que maldicen los placeres honrados! ¡Sean benditos y diviértanse! ¡Virtud de hábito! ¡Creo que ustedes padecen de melancolía! ¡Y alegre! ¡Alegre! ¡Alegre! ¡Vayamos! ¡Vayamos! ¡Y dzig, y dzig, y dzig don don! ¡Qué hará cabriolas mejor! ¡Qué se reirá de mejor corazón! ¿Quién el primero y más valientemente me hará cabeza el vaso en la mano? ¡No totalmente a la vez, ahora! ¡Coraje! ¡Es bien, y beban en total, es fresco! ¡Oh! ¡Como hace espuma, el bribón! ¡Como se ríe en el vaso con su pequeño aspecto bermeja! ¡A ustedes, cómplice Guillermo! ¡Traguéenseme aquel vaso, es una poción contra la sed!

El humor alegre del buen hermano había devuelto a todo el mundo en tren: los bailes, las canciones y las intenciones menudas de los bebedores empezaron de nuevo cada vez más; pero ellos todos se apresuraban en círculo alrededor del hermano médico, que se había hecho el alma de la fiesta y como el fogón de la alegría franca.

Hermano Francisco, como le decíamos de todas partes, en los intervalos de la música y del baile y cuando los jóvenes cansados se reposaban alrededor de él, - hermano Francisco, ustedes usted cuenta tan bien, díganos la pequeña historia.

Lo quiero, dice el Maestro Francisco; escuche todas sus orejas:

« Hay aquí muy lejos de un bello país que se llama el reino de Utopía; vamos atravesando allí Océano fantástico por encima de la isla Sonante, y dejando a la derecha el país de Papimanes, siempre grato y bendito de Dios, y a la izquierda las regiones desoladas de Papefiguière, donde el pueblo ara y trabaja inútilmente, porque es siempre el diablo quien saca provecho de la cosecha.

Pues, en este bello país de Utopía, que es vecino del reino de los Faroles, hubo un pueblo que se consagró por completo al servicio de Dios, en caso que sea escatimado por una enfermedad mortal y muy epidémica que assolaba entonces todas las comarcas de alrededor.

Entonces, el pueblo fue no solamente no solamente escatimado, pero todavía, por una bendición totalmente especial, todos los habitantes parecían reflorar de salud, de fuerza y de bellos niños, con un lujo maravilloso. Sin embargo se trataba de cumplir el voto general, y no era una pequeña confusión: porque se trataba ni siquiera de llevar una buena conducta ordinaria, nos le habíamos consagrado a Dios, es decir a la perfección. Y sin embargo el pueblo entero, los hombres, las mujeres, los niños y los viejos, no podía hacerse a monje.

Buenas gente resolvió consultar para este sujeto al hechicero famoso Merlin, que vivía en aquella época. Porque ni su cura, ni su obispo, ni el mismo papa, habían sabido nada responderles quiénes el satisfizo.

Merlin, que pasaba justamente por aquel tiempo por la capital de los Faroles, acogió bien a los embajadores de los aldeanos, y les dice que para servir a Dios en perfección, había que unir juntos virtud de pobreza y honor de riqueza, y vivirle en familia al *convento* en *una libertad regular*. Lo que pareció a los enviados tres contradicciones enormes; en suerte que, no pudiendo conseguir Merlin otra respuesta, se volvieron en su casa bastante misticados y mal contentos.

Los antiguos que habían oído la respuesta de Merlin, y no podían comprender nada allí, decidieron que esperando mejor, se doblaría los diezmos, y que se ocuparía de edificar un convento donde podrían hacerse monjes a los que sentirían a eso el deseo.

Eran de allí cuando el gran Pantagruel, un gigante famoso, pero todavía no bien conocido, porque un abstractor de quintaesencia, llamado Maestro Alcofribas, se ocupa solamente ahora de recoger sus hechos y gestos y de componer una historia, el gran Pantagruel, digo, atravesó el país de Utopía volviendo de la guerra contra los Embutidos feroces, y pensó hablar de la confusión de los aldeanos y de la respuesta del hechicero célebre. Fue en seguida en el pueblo a cuestión, y, habiendo reunido a toda la población alrededor de él, he aquí el discurso que les apreció:

¿Por qué piensa, mis niños, que Dios no solamente le hubiera conservado la vida, pero todavía le dé un aumento bermeja y floreciente salud? ¿Por qué bendice sus matrimonios por una fecundidad sin igual? ¿Esto es para que usted deje sufrir a sus hijas y sus chicos, trabajando para la Iglesia que no lo necesita? ¿Esto es para dividir a sus familias y encerrar en prisiones voluntarias las mejores de sus niños? ¿Cree que usted servirá a Dios perfectamente agobiándole de trabajo para alimentar la ociosidad de algunos reclusos? ¿Entonces, sabe cual servicio Dios pregunta a hombres? Él mismo no necesita nada, siendo el ser soberanamente perfecto y soberanamente feliz; pero porque nos quiere, necesita nuestra felicidad, y hacernos bien y a otros, he aquí el verdadero servicio que nos pregunta y quién le gusta. Entonces, ahora escuche y comprenda bien el oráculo de Merlin: Quiere que usted uniera honor de riqueza con virtud de pobreza, es decir que usted llegaba a la abundancia por el trabajo, de la misma manera que los monjes piensan llegar a una perfección más grande por la oración que hacen en común y para el interés general. Entonces, usted sabe que el trabajo es también una oración Trabaje pues todos juntos y unos para otros, con el fin de que cada uno saque provecho de esfuerzos de ellos todos. Qué cada uno le aporte a la asociación

su pequeña esquina de tierra y sus brazos, será la buena forma de consagrar usted y su bien a la Iglesia, porque la verdadera Iglesia, es la asociación, no le desagrada de allí, y no la casa de piedra donde los socios se reúnen. Así, en lugar de un pequeño campo, mal expuesto posiblemente y de una cultura difícil, cada uno de usted poseerá todos los campos cercanos, y, la cultura que se hará uniformemente y por todos los cuidados y todos trabajos reunidos, le producirá ciento para uno. Cada terreno será empleado según su valor, y el que habrá aportado un menor capital suplirá allí por un redoblamiento de actividad y de industria. Así ellos todos serán ricos y practicarán sin embargo las virtudes de la pobreza. He aquí para el primer oráculo de Merlin.

Ahora, quiere que usted lleve en familia la vida del convento; y piense sólo en esto quiera obligarle a cantar maitines, porque, viviendo en cuidado del hogar, usted tendrá otros cuidados de tomar. Pero vea lo que hacen los monjes, y por qué serían felices, si pudieran tener mujeres y niños y vivir en una libertad regular. El caso es que, en su casa, todo se hace en común; tienen sólo una cocina, que un refectorio: gran economía de fuego y de confusión; porque basta un cocinero para levantar la sopa de cien personas. Los monjes siempre son bien vestidos y bien alojados, porque habitan grandes edificios dispuestos para alojar una sociedad, y porque tienen una guardarropa, donde se ocupa de tener vestidos y escapularios de recambio. ¡ Entonces, vean, mis niños, cuánto más feliz y mejor cuidados serían ustedes si, en lugar de hacer cada uno en su pequeña esquina un miserable cocina, ustedes estaban seguros de encontrar en una gran sala muy limpia, bien aireada y totalmente sombreada por verdor durante los calores, un alimento sano, abundante y bien preparado! ¡ Si, en lugar de vivir en pobres chozas, confusamente con sus rebaños, ustedes habitaban una granja inmensa, bien mantenida y bien edificada! ¡ Pues bien! A esta granja no costaría más a construir que costaron sus cabañas, si ustedes querían emplear todos juntos la mano. Luego, como en los conventos, hacemos trabajar a cada hermano según su gusto y su ciencia, cada uno de ustedes escogería el trabajo que le gustaría mejor y que creería que él podría cumplir mejor; por otra parte, la sociedad lo vería a la obra. Así, más celos ni de rivalidades: Cada uno estaría contento con su estado, y las ganas haría sitio a la más laudable emulación, cada uno que se esforzaría por hacer mejor en interés de ellos todos y por merecer más estima. Así, poco a poco el bienestar general y la unión de ellos todos eliminarían los vicios; no habría más perezoso; porque todo hombre es bueno para algo, tendría que sólo guardar los rebaños; y por otra parte la pereza sí viene del desaliento de la soledad, de escasa estima y otras. La embriaguez desaparecería; porque todo el mundo solo bebería vino por discreción y se habituaria así a beber siempre bastante, jamás demasiado, y, además, que serían felices, ninguno necesitaría aturdirse por la bebida. El robo se volvería imposible entre hermanos tan unidos y que trabajarían juntos en interés de ellos todos. La avaricia desaparecería también, porque nadie tendría miedo para el futuro; Luego no habría más malos matrimonios, cada uno que se uniría libremente al que le gustaría, a la carga solamente para él de hacérselo gustar; más perjuicios de nacimiento, más diferencias de fortuna entre los amantes; el amor solo, vuelto puro y legítimo, vuelto perfectamente casto volviéndose verdaderamente libre, el amor solo hará las uniones y las hará duraderas. Por lo tanto más malos gobiernos de la casa, más adulterios, más venganzas, más hasta de infidelidades; porque el amor libre no sabría mentir: la mentira es el arte de los esclavos. Los más perfectos siempre se querrán como bellos tortolillos; los menos perfectos habrán menos perfeccionado amores, sin deshonar de familias; porque cada uno encontrará su cada una, y el amor no tendrá más los ojos fijos. Por lo menos

podrán dejar de ser amantes, sin cesar para esto de ser queridos como hermano y hermana. Entonces todo convertirá en usted, como de alrededor de usted, y ustedes se harán unos hombres nuevos: Que era vicio cuando cada uno de usted era único se hará virtud cuando usted será juntos. El orgullo se hará nobleza de alma; la avaricia, la economía social; la envidia, la emulación en el bien; la gula, el buen uso de la vida; la lujuria, el amor verdadero; la cólera, el entusiasmo y el calor en el trabajo; ¡pero no habrá más pereza!

Habiendo hablado así a los aldeanos boquiabiertos, Pantagruel mismo les dio un gran montón de dinero para los primeros gastos de su empresa, y quiso dirigir la reconstrucción del pueblo; todas las barreras fueron derribadas, arrancamos los setos y trasplantamos los setos, volvimos a trazar los caminos, y, según el consejo de ellos todos y la experiencia de los sabios, guarnecemos vides las laderas y sembramos las planicies; pronto todo el pueblo no fue más que una gran casa que se parecía a la vez a una granja, a un convento y a un castillo. Ríos fueron dirigidos donde eran los más necesarios: roturamos, escardamos, trasplantamos: todo se hacía jovialmente al ruido de la música y las canciones, los que eran trabajadores menos fuertes y duros, pagando así su escote en divertido y animando a otros; Las mujeres y los chicos trabajaban también cada uno que seguía sus fuerzas, y era placer de verles, empujando pequeñas carretillas o unciendo los perros a pequeñas carretillas, que cargaban malas hierbas o piedras, las que se quitaba la tierra. Era el verdadero cuadro de la edad de oro, y si el padre Adán haya vuelto de limbos en aquel momento, no hubo sentido el paraíso terrestre.

Así fue cumplido el voto de los habitantes del pueblo de Thelema; se volvieron totalmente más ricos y más felices que señores, y sin embargo quedaron laboriosos y simples como los pobres buenos del Evangelio. La virtud se les volvió tan fácil como hasta no le daban más el nombre de virtud: la llamaban libertad y felicidad.

El hermano Francisco dejó de hablar, y su auditorio parecía no haber dejado de oírle. Varios tenían lágrimas en los ojos, y ellos todos parecían soñar como si hayan escuchado a lo lejos alguna música deliciosa... Por fin exclamaron todos: - Hermano Francisco, nuestro Maestro; ¡hermano Francisco, nuestro amigo, queremos vivir entre nosotros como los habitantes de Thelema!

¡Por desgracia! Dice al hermano médico, no tenemos los cuartos aquí de Pantagruel, y no tenemos la felicidad de vivir en el bello país de Utopía, donde se puede hacer todo lo que quiere con tal que esto sea bien. ¡No hable a nadie de todo esto, les llamaríamos heréticos, y aparta la hoguera! No digan que se lo dije; soy sospechoso de herejía ya bastante; ¡paciencia, mis niños! Más tarde, y vivir para ver; antes de trasplantar, hay que roturar y arar. Mientras tanto llevemos con paciencia nuestro mal, porque el mal trae el bien, y riamos mientras podamos, porque reírse hecho más de aunque a la sangre de llorar. ¿Y, sobre esto, paséenme del pio, porque ya gano ella pía, esta gran enfermedad de la isla Sonante, que es el país de las campanas y de los monjes, que, al fin de su vida, se transforma ellos todos en aves para haberse habituado demasiado a cantar?

Terminando estas palabras, Maestro Francisco tendió su vaso e hizo frente a los más resueltos; la noche fue adelantada en, las luces lentamente se apagaban y las estrellas centelleaban en el cielo puro. Los jóvenes novios se habían esquivado durante la historia del buen hermano; algunos grupos se habían hundido bajo la sombra de los robles y habían

desaparecido. Varios campesinos, sobre todo viejos, dormían derribados sobre la hierba soñando con país de Thelema, y no se encontraba ya más bastante gente para dar de baja el baile; los músicos, los jugadores de tamboriles y de flauta, se acercaron al Maestro Francisco, y, arreglando en línea todo lo que se quedaba de frascos, le llevaron un desafío alegre. Entonces vidrios de tocar, vino de fluir y de hacer espuma en los vidrios, e intención alegre de correr, hasta que el Maestro Francisco, victorioso, hubo acostado a todos sus antagonistas por tierra, no muertos ni hasta precisamente ebrios, pero bastante quitados la sed y alegremente adormecidos.

IX

EL ÚLTIMO CAPÍTULO Y EL MAS CORTO

Sin embargo una gran desunión se había manifestado entre los monjes. El prior, que censuraba en secreto la severidad de hermano Paphnuce y que temía su influencia, había alborotado bajo mano a todos los de su partido; abrimos el altar de Basmette del que hermano Lubin no había dejado de cerrar con cerrojo, como lo dijimos, y encontramos allí al hermano sacristán más muerto que vivo, que nos creía condenado y pedía perdón con todo lo alto haberse hecho el instrumento de las picardías de hermano Paphnuce. El prior reunió por la tarde un conciliábulo de monjes donde Paphnuce no fue admitido, y estuvo decidido que se sacaría al Maestro Francisco de su prisión para oírlo una vez más. El prior mismo se transportó pues y bajó en él *in pace*, llamó al Maestro Francisco, y nadie le respondió; por fin abrió la puerta de la cárcel, y no encontró allí a nadie.

La evasión del preso lo alarmó todavía más que todo el resto; temió el furor de Paphnuce y el escándalo de este asunto, y volvió muy sofocado contarles a los monjes lo que llegaba.

Fue decide todo con una voz que hermano Paphnuce sería encerrado desde esta misma noche en él *in pace*, y que se le escogería una cárcel más impermeable que el del Maestro Francisco, pero que, para el hermano médico, se desinteresaría de él donde querría y sin decir nada, para no hacer escándalo.

La sentencia secreta de los monjes fue ejecutada en el acto, y cuando
Comunidad se acostó, el malo Paphnuce fue encerrado, como él lo
Merecía bien, en la celda más negra y más profunda de
in pace.

El día siguiente, como se abría la iglesia de madrugada, vivimos entrar en las tinieblas a un hombre que parecía cargado de una guirnalda de follaje y que vino suspenderla de la entrada de la cueva de Basmette. Pensamos que era un aldeano quien quería dar prueba de devoción.

Pero cuando el día hubo venido, vivimos con asombro una guirnalda de hojas de roble entrelazada por frascos quebrantados, por vidrios todavía bermejos, por ramos a medias marchitados, por ligas perdidas al baile, luego algunas flautas y algunos tamboriles llevados furtivamente a los aldeanos adormecidos sobre el césped.

Alrededor de este trofeo singular, serpenteaba una banda de pergamino sobre el cual se leía al por mayor caracteres de una escritura bella y grande:

EX VOTO DEL MAESTRO FRANCISCO RABELAIS.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

LA SEGUNDA PARTE

I

LOS DIABLOS DE LA DEVINIÈRE

El país más dulce que se abra bajo el cielo más dulce de Francia, cada uno sabe que es Turena; y si es en todo esto que florece jardín, nombrado Turena, un pequeño nido bien protegido donde puedan incubarse en paz y tranquilamente dar de comer a sus pequeños, todas las aves de buen augur, es la buena vieja ciudad pequeña de Chinón. Fundada a la inclinación de una ladera muy cabelluda de bosques, se mira en Viena que viene mimarle los pies, y se encuentra todavía hermosa a pesar de la vejez de sus paredes y las arrugas de sus aguilonos, porque sabe el secreto de belleza de las buenas madres, y el amor de sus niños no deja de rejuvenecerla.

¿Quién creería que esta ciudad bienaventurada fuera una hija de Caín? Nada es verdad más, sin embargo, si hay que creer su viejo nombre de Caïno y su leyenda más vieja todavía. Según esta leyenda, Caïn, arrepintiéndose y buscando por todo el mundo una tierra ignorante de su crimen y un cielo que pudo mirar sin espanto, encontró sólo en nuestra bella Turena la naturaleza bastante indulgente y el cielo bastante apaciguado. También se durmió, por primera vez, de un buen sueño sobre los bordes de Viena, su pensamiento triste que se mecía a las voces mezcladas del río y del bosque que cantaban como dos nodrizas. A su despertar creyó que él se sintió perdonado, y quiso edificar en este mismo lugar una jubilación para morir allí. Así es como Chinón tuvo origen y fue como bendito abadía donde el diablo se hizo a ermitaño en la persona de hermano Caïn.

Entonces, como todas las ciudades célebres del mundo tienen sus monumentos y sus maravillas, sería inconveniente de mencionar a Chinón sin hablar de la Bodega pintada el año cabaret de la Lamprea: era en el buen tiempo el verdadero templo de la divinidad serena, bermeja y retozona, que se cubre de pámpanos, se ilumina de heces y urge el racimo en dos manos; allí también, y no en otro lugar, se encontraba el asiento de este oráculo de la divina botella cuyas respuestas jamás eran dudosas, y del que los pronósticos siempre estaban seguros. Descendíamos allá por cien marchas, ni más ni menos, divididas por diez, veinte, treinta y cuarenta, según la tetrada de Pitágoras. Por encima de la puerta, hecha en ojiva y totalmente festoneada por pámpano y por hiedra artísticamente cincelados en la piedra y pintados luego a la naturaleza, se veían tres esferas superpuestas, figura plena de misterios y de secretos horribles, resumiendo toda filosofía y simbolizando a la vez todas cosas divinas y humanas. La esfera de abajo era más ancha, la superior más rolliza, la de arriba más pequeña, pero más vivamente coloreada. La esfera de abajo comunicaba con la de la altura por la intervención de la del medio. Abajo era el depósito, arriba del todo el frasco precioso donde se recogían los espíritus, y entre dos el alambique sabio donde se elaboraba divino licor. La esfera de abajo era un tonel, la esfera del medio ancho y prominente barriga, y la esfera superior por fin era la cabeza de Baco que se reía a través de los pámpanos y las uvas, las cuales hacían en su frente una diadema más divina que las

nubes y las estrellas que cuelgan en matas y en racimos sobre los negros cabellos de Júpiter.

Sobre el tonel leíamos en cartas góticas: *aquí bebemos*; sobre la barriga se retorció una leyenda en bandolera donde se podía leer: *aquí vivimos*; y por fin, sobre la misma frente de Baco descubríamos entre las hojas estas palabras más de manera legible trazadas: *aquí nos reímos*. Así, por tres veces tres palabras y cuatro sílabas se resumía en números sagrados toda esta sabiduría jeroglífica, según la cual el cielo era sólo un eterno sonreír, la vida humana un trabajo de digestión panteística, y la materia un vino en ebullición donde el espíritu sube y donde las heces descienden, el totalmente apretado y contenido por los círculos planetarios bajo las duelas del firmamento. ¡Que de profundidad y de ciencia en el estandarte de un cabaret!

No era en absoluto así un cabaret ordinario como el hostel de la Lamprea, tan nombrado todavía como recuerdo de su primer estandarte, que fechaba del tiempo de romanos, grandes aficionados de lampreas, como lo saben bien los que leyeron la historia de Vedius Pollion. Ahora, el esclavo de Vedius Pollion, lo mismo el que está a punto de ser comido tan bien por la morera o las lampreas, habiendo siendo franqueado por Augusto, vino para refugiarse en las Varas y se establece posadero a Chinón. Allí, para vengar a la pobre gente a la que los grandes señores romanos hacían comer a las lampreas, juró hacer comerle lampreas a la pobre gente; y muy bien supo efectuar por dirección lo que por fuerza abierta inútilmente había tentado a Espartaco, uno de sus antepasados, incluso su abuelo, si se cree la leyenda herrada: los pobres, para poco dinero se festejaba muy bien; asegurándose así su amistad y les practica; Los ricos todos pagaban para otros y eran más mal servidos, no sin una gran diligencia burlona y fuerza reverencias paternalistas, y muy a menudo les servía culebras para anguilas, mientras que el menú popular de los vividores fue siempre bienvenido, bien visto y bien tratado al hostel de la Lamprea. Aseguramos que el liberto tabernero albergó a Ovidius Naso, cuando este poeta, bien favorecido en nariz y favorecido por los amores, atravesó las Varas para irse en el exilio, tomando, como se dice, el camino de los alumnos; y bien hubo querido permanecer mucho tiempo en Turena. Se quedó no obstante mucho tiempo para llevarse luego los pesares del dueño y sobre todo de la ama de la casa, que, como recuerdo del pobre exilado, dio una nariz desmesurada al niño al que dio a luz, aproximadamente nueve meses después de la salida del poeta, la nariz que se quedó en la familia y se transmitió de hijo mayor a hijo mayor y de generación en generación.

Al primer tabernero de la Lamprea sucedió Bibulus Oriflant, que, el primero en las Varas, hizo reposar al Judío que erraba a principios de su viaje; porque lo hizo tanto reírse por un cuento de su modo, porque lo forzó de sentarse, desabrochándose el vientre y cogiéndose los costados; y se habría quedado muy bien allí, hubo sido sólo el trueno gruñó y sólo los cinco céntimos perpetuos faltaron de repente en el bolsillo del israelita.

En Bibulus Oriflant sucedió Gorju el cantante, que fue el deán de los trovadores de Francia e hizo el viaje de Roma, del que tuvo que arrepentirse, porque se casó a la vez allí y niño, aquel con la que se casó encontrándose allí grueso en el momento de su matrimonio, para haber probado demasiado las bromas de un hombre de cartas, nombrado Luciano, nativo de Samosate y poco considerado los augures.

En Gorju el cantante sucedió Siffle-Pipe-le-Franc-Gautier que, en artículo mortis, fue bautizado por San Cristófo; y así es como el dominio de la Lamprea contaba también y

rememoraba con gran reconocimiento a su primer barón cristiano. Pero, en cuanto al culto de Baco, la Cava pintada quedó siempre pagana, porque jamás el buen vino fue bautizado allí. Deducir todo a la longitud la genealogía de los grandes pontífices de este templo de la alegría sería cosa instructiva ciertamente, útil posiblemente, pero seguro fastidiosa. Lo abandonaremos pues, y nos bastará con decir que en el momento en el que van a pasar los hechos relatados en esta nueva crónica, la Cava pintada y el hostel de la Lamprea pertenecían por derechos de sucesión legítimos a Maestro Tomás Rabelais, boticario de Chinón y señor de la Devinière, hombre honrado, pero muy degenerado de la alegría de sus abuelos, tanto los monjes, atentos a su decadencia de edad, le habían engañado y casi entorpecido del miedo del gran diablo de infierno; si aunque el pobre hombre, después de haberle consagrado a su hijo único a San Francisco, en el convento de Fontenay-le-Comte abajo Poitou, de donde el joven Rabelais se había ido a Basmette, cerca de Angers, no había querido pensar hablar más, a consecuencia de malos informes que se lo habían sido hechos, y se iba muriendo entre el padre nuestro y las tisanas, no queriendo más ver que monjes, y para esto hasta, con alguna razón posiblemente, considerándose rodeado de diablos.

No necesitamos decir que el devoto boticario, renunciando desde hace tiempo a la profesión de tabernero, no vivía más en la Lamprea; se había retirado, como en una ermita, a su finca en aparcería de Devinière, cerca de Seuillé, del que escuchaba sobre todo y quería a todas horas recibir y consultar a los monjes. Devinière estuvo situado a una buena legua de Chinón, entre Tisé, Cinais y Chavigny, enfrente de Roche-Clermaud; era una gran casa aislada en medio de los campos, encerrada en una pared doble, la de su jardín y el de su cercado; porque tenía un pequeño jardín de árboles frutales y un gran cercado plantado por vides. Ahora, este cercado convenía maravillosamente a los monjes buenos de Seuillé, cuyas posesiones se extendían desde Lerné y Coudray hasta las paredes de Devinière. Está seguro que era una bella pequeña esquina de tierra que bendice, y que tan notable aumento de vendimia no podía contrariar en nada la sed de los padres venerables.

Mientras que Maestro Tomas era enfermo a Devinière, el cabaret de la Lamprea valoraba por su sobrino, joven hombre de vividor poco agudo, sino grande. Dos criadas, y un gran perro, componían a todo doméstico de la Bodega pintada; entonces, es el tiempo, creo, ahora, que yo entro en materia y que yo que yo comienzo nuestro relato.

Un caliente día de la bella temporada, hacia las dos de la tarde, aproximadamente ocho días después del milagro de Basmette, del que hablamos en la crónica precedente, un viajero, todo cubierto de polvo y bastante mal en punto, se paró delante del umbral de la Bodega pintada y saludó el estandarte filosófico con toda la apariencia de un respeto profundo; luego sacudió su sombrero blanqueado, sus gruesos zapatos y sus anchas calzas, y se echó a bajar lentamente los grados mirando atentamente las pinturas a fresco cuyas paredes de la escalera fueron condecoradas.

Era « un arco incrustado con piastra, pintado en « fuera bruscamente de un baile de mujeres y sátiros acompañantes del viejo Silenos que se reía sobre su asno », como dice un autor del tiempo. La obra no era delicada ni buscada de invención, sino la composición era ingenua y la ejecución valiente, el artista que no tropezaba delante de ninguna dificultad, pero que los salvaban a las mil maravillas, o mejor ellos saltando a pie juntillas; allí, la inexperiencia del pincel no tenía nada tímido, y podía, a fuerza de audacia, hacerse aceptar a menudo como un capricho del talento. Era sobre todo en el lujo de los arabescos y en la enroscadura

infinita de las achicorias, los acantos y los helechos, que se revelaba la fantasía del pintor, siempre más loca a medida que se acercaba por las bajuras a la escalera, como si las emanaciones mismas de este antro profético hubieran dibujado sobre la muralla todas las alucinaciones de la embriaguez, o más bien, como si el pintor se haya embriagado gradualmente a medida que descendía, y había dejado el pincel sólo cuando su mano no había sido seguro más bastante para tener hasta el pie de su vaso.

El viajero de quien acabamos de hablar lentamente descendía siguiendo y acariciando ojos las fantasías báquicas de esta mirífica pintura. Sin embargo del fondo de la Bodega pintada montaba a la delantera de él una frescura plena con voces alegres con tintineo de los vidrios, el ruido de los platos y el gorjeo de los cántaros. El extranjero se paró como extasiado, aspirando esta frescura y este ruido, y no sé cuánto tiempo habría quedado allí, sin el gran perro de la casa, viejo servidor que se dejaba vagar en el cabaret donde se alimentaba de pizcas, hermano verdadero y mendigo, si es tenía buen corazón y jamás se acercaba a los que injustamente lo habían maltratado.

Este gran perro pues dejó de repente un hueso del que se ocupaba en un rincón, y que cumplía toda la bodega pequeña de sus ladridos alegres que cubrieron el canto de los bebedores, se lanzó a la puerta, y sobre el umbral que encontraba al viajero detenido, se levantó todo derecho delante de él las patas puestas la una deçà, la otra más allá sobre sus hombros, el soplo jadeante, la cola bulliciosa, tanto como lo permitía su edad proveya, y lamerle la figura, las manos, los pies; y de frotarse a sus piernas, y de arremolinarse alrededor de él con gruñidos de placer y de los pequeños gritos entrecortados, como si la pobre bestia haya llorado y sollozado de gusto. El extranjero, por su parte, le devolvía bien todas sus caricias.

¡Te es pues, le decía, mi pobre Lichepot, viste siempre y todavía te acuerdas de mí! ¡Oh! ¡La buena perra de amistad! ¡Allí! ¡Allí! Veamos, no mueras de alegría, como hizo el viejo perro de Ulises. ¡Oh, mi guapo, mi panza, mi gruñón! ¡Ouaf! ¡Ouaf! Es bien siempre su voz: ¡solamente es un poco rota! ¡Por desgracia! ¡Somos totalmente mortales, y tu vejez ya me envejece, mi amigo valiente, mi pobre nariz chata! ¡Como pasa el tiempo! ¡Todavía parezco estar allí, en aquella época cuando hacíamos cuidado de los hogares juntos! ¡Iba a encontrarte en tu nicho, y ellos ambos juntos, uno tras otro, jamás nos revolvíamos, al revés, en desorden, y enfado! Bebías conmigo leche en mi escudilla, mojaba mi pan en tu sopa, te mordía las orejas, me lavabas dondequiera, de cualquier modo, y estábamos perfectamente contentos uno del otro. ¡Oh! ¡Los bellos días de mi infancia, por qué son pasados para siempre!

Durante este monólogo, o más bien durante este coloquio del hombre y del perro, todos los bebedores habían subido a la cabeza, y una vieja criada se había acercado, teniendo un paño de una mano y de la otra una pinta vacía.

¡Vaya a acostarse! ¡Vaya a acostarse! Gritó golpeando el perro de su paño. Luego echando sobre el recién llegado una mirada de investigación inquieta:

¿Que habrá que servirle? Le pidió.

¡Eh qué! ¿La madre Maguette no me reconoce? Dicho a semi-voz el extranjero.

No, dice secamente la vieja, un poco confusa y que aparta los ojos.

¡Eh qué! ¿Diez años de ausencia pudieron cambiarme en este punto que no me reconozcas más, tú que me diste a menudo tan el látigo? Posiblemente no habría debido comenzar por mostrarte mi cara...

¡Silencio! ¡Silencio! Repitió a Maguette bajando la voz. Le reconozco bien posiblemente, pero no hace falta que lo diga. No hay sitio aquí para usted; ¡vaya usted de allí, vaya usted de allí!

¡Cómo! ¡Qué me vaya! Déjame pues llegar primero. ¿Cómo pues se lleva mi padre? Usted no tiene más padre, señor Francisco; nuestro viejo amo tan está furioso contra usted, al que prohibió pronunciar su nombre, y por otra parte no es más aquí; queda en Devinière.

¡Pues bien! ¿Qué hay pues, y que pide este hombre? Si es la caridad, si se le doy un pedazo de pan y si se vaya, gritó del fondo del cabaret la voz chillona de la otra criada que, en ausencia del patrón, hacía un poco a la ama.

Gracias, mi criada, dice Maestro Francisco, al que nuestros lectores reconocieron sin duda ya; gracias por su caridad, tenía derecho a eso en mi calidad de hermano mendigo, cuando estaba en casa de los franciscanos; pero le advierto que, por el momento, soy sospechoso de herejía un poco; así coloque mejor sus limosnas.

Que quiere decir este buen pedante, se exclamó la mayordoma furiosa, y que comprendía solamente que se acababa de burlarse de ella. ¿No un poco de calvinista o algún cortador de Bolsa? ¡Vayamos, atrás! ¡Atrás! Y qué salga corriendo de aquí, o voy a por los arqueros.

Váyame a querer más bien una vasija de vino fresco, y haga sitio para que entre y pueda sentarme; soy el hijo de su dueño.

¡Cállese pues, para Dios! Cállese pues, y vaya usted de allí, repetía bajito a la vieja Maguette. ¡Decir así toda altura aquel qué usted es, es querer hacerle echar a escobazos!

En efecto, la palabra no fue lanzada más bien que la criada ama gruesa se volvió roja como una cresta de gallo, y que se le cacarease como una gallina enfurecida:

¿Que dice allí, mentiroso, agresor, vagabundo? Nuestro Maestro no tiene en absoluto hijo que fuera hecho como usted. Su hijo, si tiene uno, es un santo sacerdote y un monje honrado, y no un corredor de grandes caminos. ¡Vayamos, en el camino! ¡Y qué yo no se lo dijéramos más, chusma del diablo!

Y al juntar la acción a las palabras, ella estafa se adelantaba armado de un viejo sartén.

El pobre viejo perro se arrojó entre ella y su joven dueño empujando ladridos lastimeros; mal lo tomó, porque recibió en la cabeza un golpe de la alabarda improvisada, la que el hierro redondeado no podía hacerle una herida muy profunda. No obstante, llevó en el acto la marca, no sangrienta, pero de un bello negro de hollín, y se retiró del combate aullando con tono desconsolado de voz.

Los bebedores de la Cava pintada, riéndose a carcajadas, se habían colocado en semicírculo y animaban la cólera cómica de la criada por este silbido de lengua y de los dientes con cual se excita los dogos la batalla. La vieja Maguette, bajo la influencia del miedo que le inspiraba su compañera, se había puesto también en una actitud ofensiva, y había tomado una escoba detrás de la puerta.

¡Tocando acogida hecha al hijo pródigo! Exclamaba el Maestro Francisco juntando las manos. ¡Oh! ¡Las buenas almas, y como reconozco bien los frutos excelentes del Santo Evangelio!

¡Jesús, mi Dios! ¡Diciendo la vieja, habla del Santo Evangelio! Pues es verdad bien que renegó la religión para hacerse hugonote. Que habría pensado en esto cuando era pequeño, y cuando, a verle tan goloso y tan licencioso, todo el mundo decía: « será un día un buen monje. »

¡En la puerta! ¡En la puerta! Gritaron entonces a todos los bebedores; ¡de la vaca a Es a Colas!

El Maestro Francisco estaba a punto de arengarlos, cuando una voz fuerte oyó oír sobre las gradas de la Bodega pintada, cantando sobre un aire entonces conocido esta copla de una canción báquica:

¡Del aceite de los sabios la luz es demasiado apagada Para alimentar la alegría, este pabito divino, Y si mi vientre era un farol, querría alumbrar el mundo con vino!

¡Bis! Respondieron con aplausos y aclamaciones todas las voces del cabaret.

¡Es hermano Juan! ¡Es hermano Juan! Repitieron a todos los bebedores.

El Maestro Francisco se volvió, y encontrándose cara a cara con que descendía, incitó a su vuelta una exclamación alegre y abrió sus dos brazos, en los cuales hermano Juan, el que lo reconoció en primer lugar, se precipitó todo de un arranque.

¡Le es! ¡Es buen parlante él! ¡Esto, que lo asfixio una buena vez a fuerza de abrazarlo!

¡Hermano Juan, mi amigo!

¡Hermano Francisco, mi cómplice! ¡Oh! ¡El rey del frapparts!

¡Oh! ¡La crema del penailions!

¿Siempre franco gautier?

¿Compañero siempre alegre?

¿Y la ciencia de su paternidad, cómo va?

¿Y la sed de su redondez, que lo hace?

¡Perdone! Voy a hacerte tener las noticias más recientes, el doctor, mi guapo. ¿Beberemos recién? ¡Eh! ¿Parlo, los bellos, qué es asunto aquí de escobas y de sartén? Será el tiempo de barrer cuando nos habremos ido, y a la sartén, es sobre un claro difunto y que arde bien que hay que ponerlo; entiendo con criadas blandas y rebanadas menudas de tocino para salar la sed. ¡Vayamos, rápidamente a la obra, nuestra religión santa no sufre en absoluto a los holgazanes sobre todo en materia de cocina! Mientras tanto exhibanos una vasija de la mejor. Vengo aquí por parte del reverendo prior de Seuillé.

Pero el caso es que usted no sabe que Maestro Tomas defendió que...

¡Que! ¡Que! ¡Que! Persiguió a hermano Juan empujando a ambas criadas cada una por un hombro. ¡En cocina y a beber! He aquí la palabra de paso.

Pero el caso es que nos está prohibido reconocer al Maestro Francisco si por casualidad se presentaba, y como señor no es aquí...

¡Eh! ¡Mil toneles! ¿Quién le fuerza por reconocer otra cosa que sus jamones y sus botellas, y que habla aquí del Maestro Francisco? ¿No lo reconoció ¿no?? Ya que usted lo echaba a la calle; porque así no hubo tratado usted al hijo de la casa. ¿Ahora usted lo rechazaba, porque le es desconocido y porque le parece en tripulación bastante mala? Lo conozco y respondo para él. Es el doctor Hypothadée Rondibilis Trouillogan, el

teólogo, el médico y el filósofo: ¡qué todo el mundo beba por su salud! ¡Pero qué! ¿No tengo descendiendo aquí pensado murmurar las palabras de hugonote y de vaca a Colas? Crea en mí, los niños, cuando la vaca a Colas habrá hecho a terneros usted podrá reconocerlos a un cierto parecido de familia que tendrán con usted, y libres usted será entonces mojarles la cola en el agua bendita para hacérselo limpia botellas de los que le rociarán espantando las moscas. ¡Pero, heno de los herejes y de los bebedores de agua! ¡Sepa que todo ése debe ser famoso católico y buen cristiano qué entra en la Bodega pintada, del brazo con hermano Juan des Entommures!

II

EL PADRE NUESTRO DEL HERMANO JUAN

Las palabras alegremente imperativas de hermano Juan aparecieron tener sobre todo el personal del hostel la misma influencia que el *quos ego* de Neptunus sobre los flujos revoltosos y sobre turbulentos alumnos de Eolus, es decir, sin mitología, que cada uno devolvió tranquilamente en su sitio, que la madre Maguette dejó su escoba para repetir su pinta y su paño, y que gruesa Mathurine se echó a secar su sartén y subió hacia la fresquera para cortar tocino. Hermano Juan y hermano Francisco se instalaron triunfalmente a la mesa la más aparente y mejor mantenida por el cabaret, donde se miran a platicar en voz alta, unas veces riendo a carcajadas, y otras siendo más grave y oscureciéndose la frente a manera de los doctores, pero siempre que acaban sus intenciones por brindar y beber de tanto.

El caso será bien sólo hacer ahora conocimiento más amplio con este personaje alegre, que, bajo el nombre de hermano Juan, se hacía obedecer tan bien y tan magistralmente negociar al hostel de la Lamprea.

De todos los monjes de Seullé, ninguno fue conocido más en todo Chinón que el buen hermano Juan Buinard, apodado Juan des Entommures o Entamures, porque siendo siempre el primero al ataque de las piernas de cordero más monstruosas y de las más gigantescas pastas de hígado a todos los festines de bodas o de bautismo, se le traía siempre el honor del Entamure ofreciéndole el primer pedazo. Aspiramos así como, en todas las negociaciones, las reconciliaciones y los arreglos amistosos, ninguno sabía que acercársele mejor las partes contrarias y empezar la conversación sobre las materias espinosas; y de hecho no podíamos negarle esta ventaja natural de ser hombre de buena compañía y de buen consejo, sabiendo siempre tomar las cosas del buen lado, y que fraternizaba de buena gana el menú popular; También fue venerado hasta dieciocho leguas a la redonda por los campos, y todos los aldeanos decían en modo de proverbio, cuando tenían entre ellos algunos desacuerdos difíciles de conceder bien: me remito a hermano Juan.

El hermano Buinard, para oler bien y discernir toda cosa, tenía muchas narices, sea dicho al físico tanto como al espíritu; de tal modo que hasta se lo había sospechado de alguna consanguinidad anónima con la dinastía reinante de los señores de la Devinière y de la Lamprea. No era grande, además, ni flaco, como la dicha por antifrasis y de broma la crónica de Gargantua; era, al contrario, un pequeño hombre rechoncho y rechoncho, a las cejas negras y muy surtidas, a los ojos vivos y los brillantes, a la tez fuertemente coloreada; era una cabeza del Mediodía sobre el cuerpo de un burgomaestre de Flandes. Llevaba el cinturón muy-bajo, para sostener su panza un poco más rolliza que el buen ejemplo lo exigía para un predicador de cuaresma. Su hábito fue bastante mal abotonado, y su

capucha, descendiendo, dejaba ver una cabeza totalmente despojada por cabellos y tonsurada por la naturaleza. Llevaba siempre, en su calidad de botellero de su convento, un manojo de llaves y una escarcela a su cinturón; se apoyaba marchando sobre un grueso palo que había servido en otro tiempo de manga en la cruz de la procesión, y sobre el que todavía se veía en semi-relieve algunas flores casi borradas de azucena. Siempre riéndose y en bello humor, distribuyendo de buena gana a los necesitados de las limosnas, a los chicos de las imágenes, y a los enfermos de cuentos alegres; amado por todo el mundo, fiador con cuidado hipócritas y devotos falsos, franco como el oro y fin como el ambre, pero mucho más asiduo a la botella que a su breviario, tal era hermano Juan des Entommures, uno de los mejores amigos de nuestro a Maestro Francisco alegre.

Entonces, esperando la fritura, ambos sentados a la misma mesa y que bebía por la misma pinta, entraron en dialogo alegre. ¡Oh! ¡El vino blanco gentil! Exclamó Maestro Francisco mirando de reojo a través de su vaso lleno; ¿es de Devinière sin duda? ¡Reconozco muy allí nuestras uvas excelentes racimos!

¡Bren! ¡Bren! Decía entre sus dientes a la criada gruesa que iba y venía alrededor de ellos, Devinière no es para ti.

Pero una mirada de hermano Juan bastaba para imponerle silencio, y esta hembra tan desabrido y tan altiva con todo el mundo, se sometía delante de él como una pequeña Santa Genoveva, de lo que dueño Francisco parecía un poco asombrarse.

¡Esto! Dice a hermano Juan, contemos un poco nuestras aventuras. Sólo depende de nosotros de comenzar aquí un poema épico y de darnos mutuamente el comienzo de nuestros hechos y gestos heroicos, porque aunque sospecho usted tuvo que sostener grandes combates, tanto en Fontenay-le-Comte como en Basmette.

Hermano Buinard, dice el Maestro Francisco, te reniego para mi hermano monje si me dices usted como a un extranjero; quiero contarte mis aventuras de Basmette, pero me dirás luego todo lo que sabes sobre noticias de aquí, y por qué señor Tomás, mi padre, tan es mucho irritado contra mí.

---Precisamente es, dice hermano Juan, para tus hazañas de Basmette; pero cuéntamelos, porque no soy informado bien sobre eso.

Y sobre eso Maestro Francisco le contó lo que ya vimos en *Rabelais en Basmette*.

¡Viva! Hermano Lubin, dice el monje, y recién bebamos a la salud de la Marjolaine gentil. Si nunca voy a Anjeo, quiero aprenderle de mi padre nuestro.

¡Bueno! ¿Y en qué tu padre nuestro difieren padres nuestros del mundo cristiano?

Son el padre nuestro de quintaesencia, dice hermano Juan: pero volvamos a nuestro Carnero. - he aquí que se nos aporta carnes asadas en parrilla.

¡Bien! Nuestros carneros, a lo que nos aparece, se referían de la seda para lana. Eran groseros alcanzados.

Entonces monjes enriquecidos: pero hablemos de otra cosa. ¿Quieres ¿no?, saber sobre noticias de tu padre y de tu familia, quién te hacía en seguida acoger bastante bruscamente?

Es lo que te pido, hermano Juan mi amigo, por el honor de San Benito.

Perdón, tú no necesitabas rogar a nadie. Sra he aquí préstamo que habla si lo tienes que oírme también.

Habla, dice gravemente Maestro Francisco cortando una rebanada de tocino.

Sabrás pues, dice hermano Juan, que la casa de aquí y la de Devinière son en el desconcierto más grande.

Lo sospechaba, pero vaya siempre.

Pues bien, el caso es que tu pobre padre es a la mitad loco.

¿Ya se desasíó pues la mitad de su bien a favor de los monjes?

No, pero le cuenta pronto darles con ellos todo sólo depende de hermano Macé-Pelosse, y he aquí cómo la farsa se juega:

Levanta la cortina, decir a Maestro Francisco.

Sabes lo que es que tu primo Jerónimo.

Perfectamente. Es una barrica colocada....

Sí, pero que no pierda agudo por no haber sido pleno de allí jamás.

El raro menos no sedujo a una nieta a la que ansiaba hermano Macé. El monje querría consolarse de este desengaño bebiendo de lo mejor a costa del primo Jerónimo, y le querría soplar Devinière al que le sopló a su guapa. También se apoderó del espíritu de señor Tomás, y bajo el pretexto de guardarlo en su enfermedad, no deja penetrar a nadie hasta él, esperando sin duda para que la buena persona hubiera exhalado el último suspiro para levantar la máscara y exhibir un buen testamento bien en forma, donde el querido sobrino será desheredado a causa de su mala conducta. En cuanto a tu parte, pusimos en eso buena orden haciéndote pronunciar tus votos de pobreza; pero tenemos miedo de tu vuelta, porque tu padre recibió una carta larga del prior de la Basmette, y todas las medidas son tomadas para que no llegue hasta él, si querías verle y hablarle, esperado que tu elocuencia y tu finura natural les son bien conocidas. Y ves que órdenes hasta habían sido dadas para acogerte mal aquí, donde los primeros que llegan deben ser recibidos sin embargo para su dinero.

Bien me tomó, en este caso, a encontrarte; ¿pero cómo pues tienes sobre feroz Mathurine una influencia tan prodigiosa? Creo, de verdad, que baja los ojos cuando la miras.

El caso es que soy su confesor, y además....

Bastante, hermano Juan, mi cómplice; no lo digas tanto, lo comprendería más todavía. ¿Le aprendes sin duda de tu padre nuestro?

¡Oh! Para esto, grande no cuestó; es una chica complaciente, y a menudo dice amen antes de que comience la oración. Lo hago todo lo que quiero, te aseguro, y al fondo no es mala.

En este caso, economiza bien su fondo, y le considero asistenta. ¿Pero no hablabas de una pequeña quién había sido engañada por mi primo Jerónimo?

¡Oh! Sí, la pequeña Violeta, la chica encantadora, de verdad, y que merecía mejores amores. Lo abandonó, pensando que recobraría así las buenas gracias de su tío; luego, el descontento y la pereza misma lo tomaron al cuerpo, si aunque descuida ahora a la vez y Violeta que llora en su cabaña cerca de Roche-Clairmaud, donde espera siempre para que venga tomarla para casarse con él, como se lo prometió a menudo tan, y su viejo tío, que agoniza entre las píldoras de su propia composición y los sermones de padre Macé, y el mismo hostel de la Lamprea, donde casi nunca ahora se le encuentra. Las viejas de los alrededores pretenden que corre el garou; creo que piensa en la embriaguez en lo que se dice ordinariamente sobre profetas: nadie puede serle en su

casa; y el primo Jerónimo supone que no se embriagaría tan bien con vino de la Bodega pintada. Más de una vez, en yo regresando en Seullé, lo encontré vacilando al borde de un camino, y no pienso que este tronco de la dieta o de la fiebre. ¡Deshonrado o, por otra parte, qué mal allí pensado! La pequeña Violeta no tiene que quejarse demasiado. La dejamos para la botella: es tratarla ciertamente como traté a menudo mi breviario. Oro, el breviario, como se sabe, es la mujer de la gente de iglesia.

¿Y tu padre nuestro, hermano Juan, los dejas para la botella?

No, hago, de verdad, porque el vientre de la botella es uno de los gruesos granos de mi rosario. Ves, hermano Francisco, mi Maestro, desagrado de allí a tu medicina, me pongo en la misma cadena de alegría franca mis días tales como Dios me los da, y todos los placeres que me envía, lo bendigo contándolos. Todo lo que mi mano toca de agradable de coger, sea el gollete de una botella, es decir bermejo y apetitoso racimo del bello cercado de Devinière, lo tomo por sujeto de mi oración, y devotamente agradezco por eso el cielo. Así es como desgrano la vida, tomando de buena gana por rosario esta corona de uvas que dibuja la tonsura del viejo Sileno. ¿No una buena cosa que de bendecir a Dios a propósito de todo? ¿Y el buen medio de hacer que las cosas mismas de este mundo no impiden en nada nuestra santificación ¿no? santificarlos? Te digo de verdad, Maestro Francisco, amiguito, que no canto una canción que el reconocimiento de mi alma para divina Providencia que nos da el pío no lo haga en intención un verdadero cántico, un vaso de buen vino casi me hace llorar de alegría; me parece que pruebo la misma bondad del buen Dios, y que su amor me recalienta el corazón. Entonces, soy indulgente para toda la tierra; el diablo sería sentado cerca de mí que extendería una esquina de mi hábito para abstenerme de ver su cola. ¡El grueso Mathurine mismo me parece entonces amable y bello como la más joven de las sirenas! ¿Acá, cuánto de padre nuestro ya desfilamos? Dos, tres, cuatro; descorchemos éste, y no lo haremos falta más que otro; mi padre nuestro están para uso de Roma y deben tener seis gruesos granos. Son vientres de botellas; los sufragios menudos son unos pequeños vidrios. Continuemos y no descuidemos nada.

Es muy bien, dice Maestro Francisco, estimo bastante tu padre nuestro, pero veo que hace falta que me vaya a Devinière, y que trato de librar a mi pobre padre de todo este leñador que lo obsesiona. ¿Cómo haré para llegar hasta él? Cuento contigo, hermano Juan, me servirás de introductor allá como aquí: *_clericus clericum_* sabes el proverbio. Entonces, esto no es el bien que me preocupa. No me paro aquí, quiero ir a Montpellier dónde encontraré más dinero que lo haré falta; pero, de verdad, no sabría dejar morir mi padre en las manos de aquella gente.

Lo concibo, dice hermano Juan, y te ayudaré de todo mi poder; espera para que diga dos palabras a la oreja de Mathurine.... El Bien, he aquí toda a tu servicio. Todo convino; nadie te conoce aquí. Eres un sabio de mis amigos, venido de muy lejos para verme; repetirás para esta tarde tu antigua habitación, por encima del juego de bolos, te entregaré allí todo lo que necesitas, y desde mañana vendré buscarte para ir a Devinière. ¿No? es oído? ¡Pues bien! ¿Algo más en las botellas? ¡Eh! ¡Mathurine! ¡Mathurine! Va a cumplirnos la damajuana, mi padre nuestro están acabados para hoy; ¡pasemos al último *oremos!*

III

EL SEÑOR DE LA DEVINIÈRE

El puente de Chinón reúne en la ciudad la villa de Parillé; a un cuarto de legua de ahí, siempre sobre la orilla sur de Viena, encontramos, pasando por Vaubreton, el camino de Roche-Clairmaud. Alturas de Roche-Clairmaud, descubrimos el paisaje más bello que se pueda ver; es allá dónde los campos más ricos de Francia extienden sus tapetes verdes magníficos sobre un terreno deliciosamente accidentado y totalmente adornado de ramos de bosque en medio de los cuales se desarrollan villas y pueblos. Allí, las agujas de los campanarios parecen perforar la espuma de las rocas y crecer como parietarias; más lejos, las pequeñas casas blancas se esparcen a la inclinación de una ladera y se colocan en los bordes del río como de las ovejas que descienden al abrevadero. Ríos serpentean de todas partes, y los ríos que bañan estas comarcas felices parecen querer gastar allí todas sus aguas, como si esperen morir allí, y, de hecho, en ninguna parte reflejarían la sonrisa de un cielo más dulce, y las seducciones de un clima tibio y cariñoso no los adormecerían en ninguna parte bajo orillas más encantadas. De un lado, es Viena que va a reunirse en el Loira entre Claye y Mont-Soreau, no lejos de la isla bienaventurada dónde debía elevarse la abadía de Thelema; más lejos, sobre la derecha y para atrás, hunde tranquilamente Vede, cuyo vado fue sondeado, decimos, por los soldados de Picrochole. Al mismo pie de Roche-Clairmaud pasa el pequeño río de Fresnay, que se echa en Viena, debajo de Potillé y debajo de Cinais, y que se forma de una multitud de pequeños arroyos. El campo, de este lado, es verdaderamente maravilloso: es un jardín del país de las hadas. Tan lejos como la mirada puede llevarse, vemos sólo lujo de la naturaleza y las delicias de los ojos; allí también los campanarios se multiplican y los pueblos se acercan en signo de concordia de la tierra y del cielo. Es en medio del paraíso terrestre que se percibe en primer lugar, de Roche-Clairmaud, los edificios góticos y las torres agudas de la abadía de Seuillé, totalmente rodeado de viñedos y de campos, plantados por manzanos y por perales, que se extienden, como lo dijimos, hasta el cercado de Devinière.

Es en Devinière que vamos.

Después de haber atravesado el vado de Fresnay, continuamos siguiendo a intratable el camino de Roche-Clairmaud, y en el lugar donde se cruza con camino de Seuillé, vemos aparecer, por encima de una muralla bastante alta, el aguilón más elevado del gran edificio de la finca en aparcería. Este edificio se parece bastante a una iglesia de campo, porque el primer piso está como a caballo sobre un piso bajo mucho más vasto; una pequeña casita, adosada en la misma frente de esta singular construcción, parece servir de picaporte al gran pórtico, que no existe sin embargo. Otra casita, un poco más grande y totalmente separada del cuerpo principal, sirve de jubilación al aparcerero; el primer piso de la gran casa está habitado por el señor de la Devinière.

Al día siguiente del encuentro de hermano Juan y del Maestro Francisco, el viejo Tomás Rabelais fue sentado en una butaca inmensa, cerca del fuego, a pesar de la bella temporada y el gran calor, porque siempre necesitaba tener calientes sus pociones y sus tisanas. Pues fue envuelto en un gran vestido de lana a grandes flores rojas y amarillas, un gorro de dormir hundido hasta sobre sus ojos, y las gafas atadas al gorro; uno de sus pies, todo envueltos de ropas blancas, fue extendido sobre una banqueta, porque tenía accesos de gota; apretaba sus dos manos y su barbilla un bastón a pico de corbin que parecía parodiar su nariz; una tos seca lo sacudía a intervalos; miraba los tizones de un aire descontento, y parecía reñir toda bajura los cojines entre los que su espalda y sus codos eran, según él, mal

rellenados. Cerca de él, sobre un asiento de madera esculpido y guarnecido de un antiguo terciopelo verde a clavos dorados y a ribete negro, prélassait el hermano Macé-Pelosse, el proveedor del convento de Seuillé.

Hermano Macé era un pequeño monje seco y moreno, con los ojos solapados, con la piel reluciente y el beso; sus gruesas y flojas párpados embriagados de ellos mejor sus miradas penetrantes y rencorosas: habitualmente fruncía sus labios, como para reducir la hendidura desmesurada de su boca y proteger de incógnito de un pesebre desguarnecido y descalzo; porque muy raramente los hipócritas son portadores de bellos dientes, a causa de las exhalaciones fuertes de su vida interior, que consiste bastante a menudo en un mal estómago y en un hígado atascado y enfermo. Hermano Macé tenía, además, la postura modesta y las manos juntadas en las mangas de su cuello de un bello paño fino y mal cepillado; un rosario de Jerusalén fue pasado por su cinturón estrecho de cuero, y hacía tocar, al el menor movimiento que hacía, todo un racimo de calaveras, de relicarios y de medallas milagrosas. Valoraba abierto sobre sus rodillas un grueso y un gordo libro conectado otra vez en pergamino amarillo, era la flor de los ejemplos; acababa de hacerle al viejo Tomás su pequeña lectura de mañana, y estaba de allí en el comentario.

Considere bien, decía, según los ejemplos diversos que le leí, cuánto los santos siempre aborrecieron la carne y la sangre, y las cadenas del parentesco y las ternuras de la familia. Aquí, es un santo Simeón Stylite quien, después de dieciocho años de ausencia, se niega a descender de su columna para recibir la despedida de una madre que se muere; allí, es un San Alexis quien, el mismo día de su matrimonio, deja a su mujer y sus padres, para irse mendigo y corriendo la gente. Más lejos, es un solitario piadoso quien, para obedecer a su superior, echa a su propio hijo en un pozo; ¡dios es celoso de nuestros afectos, y maltratar a aquellos a los que nos sospecharía de buena gana gustar, es darle pruebas de amor! ¡Feliz el santo niño qué cuenta para nada las lágrimas de su madre, y que marcharía sobre las canas de su padre, más bien que de pararse un solo minuto sobre el camino resbaladizo de la perfección! La religión es una doctrina de muerto que mata y sacrifica muy sin piedad.

Dios no escatimó a su propio hijo; ¡lo abandonó al suplicio aunque inocente, y tendríamos lastima de nuestros niños culpables! ¡Eh! ¡Qué nos importen los frutos impuros de la carne y de la sangre! Nuestros niños, son nuestras buenas obras, nuestras mortificaciones, nuestras limosnas a la Iglesia y nuestras oraciones incesantes. Cuyo nacimiento debe ruborizarnos recordándonos instantes de concupiscencia satisfecha, debemos dejarles ejemplos buenos que hay que seguir: he aquí toda la herencia de un cristiano. Pero para este dinero mal adquirido, para esta riqueza de iniquidad, tengamos cuidado que grita contra nosotros después de nuestro muerto perpetuando nuestros desórdenes; santifiquemos este dinero con el fin de que no perezca con nosotros; suspendamos de las columnas del templo de Dios las pieles de Bélial; muramos pobres para expiar el crimen de haber vivido ricos, y dejemosles a nuestros niños y en nuestro honor la pobreza cristiana como más grande todos los tesoros.

Hermano Macé se paró un poco para soplar al cabo de este período pesado, y, haciendo juegos de ojos de lado, espiaba sobre las rayas del padre Tomás el efecto de su arenga piadosa.

El viejo Tomás daba el aire siempre más impaciente y más preocupado.

¡Perdón! ¿Dice por fin sobre tono que hizo estremecerse al monje, si la pobreza es tan excelente bien, por qué no se lo dejaría a los monjes buenos de Seuillé más bien que en mi pendiente del sobrino? ¿Y si el dinero es una cosa tan perniciosa, por qué pues los monjes son tan apresurados en general para tenerlo?

¡San Benito! ¡ Que dígame, repitió a hermano Macé santiguándose dos veces, los monjes y los monjes siempre no son pobres en medio hasta riquezas, ya que no poseen nada en limpio, no hasta el traje que los cubre! Es en la comunidad que usted dejará su herencia: ninguno de nosotros su individuo no tendrá nada, sino ellos todos se encontrarán de allí mejor y rezarán a Dios por usted. Dar a la comunidad, es dar a Dios; porque es a Dios solo que realmente pertenece lo que todos es.

¡Posiblemente bien, hermano Macé, posiblemente bien! No sostengo lo contrario. Y usted sabe, de resto, que pretendo darle la santa abadía de Seuillé esta finca en aparcería de Devinière. Lo prometí, y no lo cumplo; pero tengo el entendimiento totalmente turbado por dudas y por escrúpulos. Usted sabe que la pobreza, que es la buena nodriza de la virtud de los santos, es una mala consejera para las almas débiles. Así yo he aquí en perplejidad que toca a mi sobrino; porque no le hablo de mi hijo, porque habría que posiblemente sin embargo asistir en la extremidad donde debe encontrarse. Pero hablemos de mi sobrino; es débil mental y perezoso de su naturaleza; si lo dejo en la miseria, se hará posiblemente a titiritero o ladrón, a la vergüenza de su familia. Usted me dice que Dios golpeó a su hijo muy amado: sin duda, pero era para abrirle luego el reino de su gloria y constituirlo heredero de su omnipotencia; Además, si le quiso someterle su propia divinidad a la muerte, era para nosotros, que somos sus niños: le gustaron bien pues los suyos, y nos da su ejemplo a seguir. No sé cómo el gran santo Simeón Stylite arreglaba su santidad con mando de Dios que nos dice honrar a padre y madre. San Alexis sabía sin duda que responder a esta palabra de nuestro Señor: el mismo que se separa de su mujer, le consagra al adulterio. Y una luz sobrenatural le había garantizado sin duda la virtud de su nueva esposa. En cuanto a este solitario que echaba a su hijo en un pozo, le felicito por no haber tenido a conservarse en aquel tiempo de un buen teniente criminal; pero de nuestro tiempo obediencia igual sería llamada por los jueces de Tournelle o de Châtelet de París, complicidad de asesinato. Son todas estas reflexiones que me atormentan desde ayer por la tarde, y que hacen que no comprendo nada más a sus historias y a sus sermones.

Usted habrá cometido algún pecado de orgullo contra Dios, dice secamente el hermano Macé; es por eso que su alma está enferma. Haga un buen examen de conciencia y renuncie a su propio juicio. Acútese de haber razonado como un hereje, y golpéese humildemente el pecho diciendo tres veces: es mi culpa.

De momento llamábamos a la puerta bastante mucho de la habitación.

Entre, dice Maestro Tomás tosiendo.

No, gritó hermano Macé, no entre, espere; ¿quién es y por qué tan da de firme usted en la puerta de un enfermo?

Hermano Macé se había levantado, y corría hacia la puerta que se abrió antes de que tuvo el tiempo de retenerlo.... Pero se calmó viendo aparecer la cara bermeja de hermano Juan.

¡Oh! Dice yendo a sentarse de nuevo con un gesto de desprecio, es este pesado de hermano Buinard.

Sabemos que los beatos les perdonen mucho más de buena gana a sus colegas la glotonería que la inteligencia. Entonces, hermano Juan que tenía vicios y el espíritu, dejaba traslucir sólo sus vicios en presencia de otros monjes, también no fue visto por ellos un hombre peligroso; se burlaba bien un poco algunas veces de prácticas de la religión, pero como se ocupaba de cuidar de la gente de iglesia y sea se mostraba muy celoso para la riqueza del convento y el buen mantenimiento de la vid, lo preferíamos así como si hubo sido virtuoso y razonador. Por otra parte, se confesaba regularmente, y si no decía escrupulosamente sus horas, pasaba por lo menos para decirlos. Evitaba por otra parte los escándalos, jamás se enredaba ni con los padres ni con los maridos, cuidaba de cabra y la col, y jamás había tenido niños; era pues un monje excelente en la misma opinión de hermano Macé.

Juan Buinard entró muy sofocado, se sentó pesadamente, aspiró ruidosamente y se secó la frente a dos o tres reanudaciones. ¡Vengo uf, vengo oh! ¡Qué calor! ¡Echaría un trago bien, pero poco! ¡ Veo aquí sólo tisanas! Vengo de la parte mi frente chorrea....

¿Quiere un vaso de agua fresca, dice hermano Macé?

No, gracias, tengo sólo hacer de ganar un pleurésie. Vengo por parte del padre prior que necesita hablar en seguida a hermano Macé, y que me envía a reemplazarle durante algunas horas, es para un asunto importante a lo que me dijo. ¡Oh! ¡Uf! Querría un vaso o dos del buen puré apetitoso.

Voy hacerle dar esto, dice el viejo Tomás, póngase a la ventana y llame al aparcerero.

¡De todo! ¡De todo! Diciendo hermano Macé, hermano Juan no necesita beber; qué diga tercera, esto lo refrescará. ¿Tenga, quiere mi breviario?

Mil gracias, dice hermano Juan, puedo servirme del breviario de señor Tomás, está en latino y en francés.

En francés, dice hermano Macé suspirando. ¡Vea los progresos de la herejía! Pronto, en casa de la gente que se considera los mejores católicos, encontraremos la Biblia en francés, y será muy entonces la confusión de las lenguas de Babel y el reinado de la bestia anunciado en el Apocalipsis.

¡Perdón! Dice bajito a hermano Juan, cuando el rey será una bestia te tomará por su primer ministro.

¿Cómo? ¿Que dice?

Digo que el reinado de la bestia no vendrá tanto que Dios tendrá ministros tan buenos.

¡Es bien! ¡Es bien! Maestro hermano Juan, usted es un halagüeño. Le dejo pues aquí; vele bien a lo que el enfermo no vea nadie, es necesario para su salud. Usted hace aportar un poco de vino, si bueno le parece, y gástelo moderadamente. Sólo voy y sólo volver.

¿Vaya, a su gusto, dice hermano Juan, no soy hecho para esperar?

Al ver de nuevo, Maestro Tomás; eche con cuidado sus malos pensamientos, y que le encuentro arrepentido a mi vuelta.

Va, va, dice hermano Juan cerrando la puerta sobre los talones del hermano Macé, trabajaré mejor que tú en la conversión de la buena persona... ¡Oh! ¡Continuó bostezando de toda su fuerza y extendiendo sus brazos, en he aquí uno que es fastidioso!

Es verdad bien lo que usted dice allí, respondió entonces el viejo Tomás que había oído esta última exclamación. Decididamente, hermano Macé me obsiona. Es un santo varón, sin duda, y lo reverencio; pero no sabe que reñirme como un niño, en lugar de aclarar mis dudas. ¡Eh! Por Baco no, me equivoco, quería decir por santo Bendito, tengo sesenta y dos años pasados. Soy enfermo, es verdad: pero no soy un imbécil. ¡Conozco

mi catecismo tanto como alguien, y no me harán _creerán accesar! Tenga, hermano Juan, no sé si usted piensa como mí, sino me parece que el reverendo hermano Macé no es tan sabio como podríamos creerlo bien: ¿que dice sobre eso? Francamente exprese su pensamiento, no se lo repetiré.

Qué sea sabio o no sabio, es lo que no le diré, y con razón. Su hijo, Maestro Francisco, se conocería mejor allí que yo, sin duda, pero usted juró verle no más, y es a un villano juramento a quien usted hizo allí.

¡Oh! No me hable de eso, hermano Juan, no me hable de eso: soy bastante atormentado para su sujeto. Ayer por la noche el aparcerero se había llevado mi diurnal para limpiar las manecillas: cuando me lo devolvió y cuando lo abrí, lo derribó una carta y no reconocía primero su escritura. Esta carta bien me dio a pensar.

¿Y esta carta venía del Maestro Francisco? Dice al monje que se hace el tonto (porque mismo era el que, víspera, había escondido la carta en el libro, mientras que el aparcerero daba la espalda.)

Si viene de él, no sé demasiado cómo, dice el enfermo, porque el aparcerero me juró, por todos los santos, porque nadie otro que le había tocado al libro, y sólo por otra parte, exceptuado a hermano Macé y ustedes, porque vemos casi cada día, nadie vino a la casa; esto me confunde, de verdad: y soy casi intentado creer que mi hijo pobre se hizo brujo, como los monjes de la Basmette lo acusan de eso.

No crea nada, dice hermano Juan. Sería más bien un milagro del cielo para hacer estallar la inocencia de un buen monje de quien se calumnia.

¿Cree esto, hermano Juan? Pero usted sabe bien que Francisco es un atolondrado que no puede quedarse en ninguna parte. ¿En el momento de sus altercados con los monjes de Fontenay-le-Comte, no consideré buenamente que eran celosos de él a causa de sus grandes estudios? Hermano Macé me hizo cambiar bien de opinión; conoce un poco a los monjes de Fontenay, y por otra parte pone en principio una máxima muy sabia: el caso es que un monje siempre tiene la culpa cuando no concuerda con sus superiores. Por fin, importa; creí que mi golfo tenía razón, e hice a propósito el viaje de Basmette para asegurarme que sería allí bien. ¡Él mismo me escribió que gozaba allí de una gran libertad, y el que era a mejor con prior y luego ya me entero de algaradas, profanaciones, impiedades!

Pero al entenderlo, sin embargo, es siempre él quien tiene razón, y sus superiores que tienen la culpa. Me escribe un montón de bellas cosas y protesta de su fe en Jesucristo y en su Iglesia, de sonido inviolable afecto para sus deberes, de su ternura para su padre. Todos los hugonotes y todos impíos dicen sobre eso tanto... Sin embargo, no sé por qué, estoy en una gran perplejidad. Desconfío del bello lenguaje, y me dejo agarrar allí; porque desde que leí, para mi desgracia, la carta de esto libertina, pruebo mucho menos los sermones de hermano Macé, y creo de verdad que en seguida razonaba contra él; ¿por fin, mi pobre hermano Juan, a quién le diré? Yo he aquí dado tirones por derecha y por izquierda; porque de un lado prometí a hermano Macé de no ocuparme nunca más de este indigno hijo, y del otro sin embargo yo debo, como en su carta lo dice muy bien, condenarle para siempre sin entenderle. Tuve la culpa de leer esta carta maldita... ¿No sé qué se movió en mis entrañas, y hace falta que se lo reconozca? ¡Sí, se lo reconoceré bajito si usted me promete que hermano Macé no sabrá sobre eso nada, pues bien! De verdad, lloré después de haber leído esta carta. Es muy difícil de no gustarnos un poco siempre, estos pobres raros a los que se vio por muy pequeños... Valore, hermano Juan, tenga, riñame, porque ya vuelvo a ser muy

tonto... ¡El bribón! ¡El pedante! Añadió al viejo alzando la voz y sollozando, que jamás quede, que no lo vea más. Lo es hecho, está acabado para siempre; ¡abusó demasiado de mi bondad!

Si sin embargo volvía de momento, dice hermano Juan, y supuesto no esté sin reproche, si venía como el niño prodiga echarse a sus pies diciéndole...

¡No! ¡No! ¡No! Gritó al viejo con cólera, después de haber secado una lágrima en la esquina de su ojo, lo lloro, pero yo el maído. No lo escucharé en absoluto, bastante me envenenó el espíritu de su carta perniciosa. Si nuestro brazo derecho nos es un sujeto de escándalo, la Escritura dice que hay que cortárnoslo; qué sea inocente, lo deseo para él; pero sus superiores lo condenan. ¡Atrás! ¡Lejos de mí el hereje, le digo a Raca!

El que dice a su hermano Raca será condenado por el juicio, dice hermano Juan.

¡Eh! No, no es esto, usted cita mal el Evangelio. Por otra parte, lo que no se le debe decirle a su hermano, le podemos decírselo bien a su hijo... ¡Aïe! ¡Aïe! ¡He aquí un acceso de gota qué me toma! ¡Oh! ¡Pedante de hijo! ¡Oh! ¡Golfo! ¡Te reniego! ¡Te desheredo! ¡Desheredo a todo el mundo! ¡Aïe! ¡Aïe! ¡Misericordia! ¡Mi Dios! ¡Confiteor! ¡Pequé! ¡Oh! ¡Perra de carta! ¡Carta maldita! Voy a echarte fuego. ¡Al socorro! ¡Me atormentan, me muerden, me queman!

Citaba mal el Evangelio, en efecto, dice hermano Juan; hay: « el que dirá: usted es, loco será condenado a la molestia y fuego. Es sin duda para esto que usted quema la carta. Usted actúa mal hacia este pobre Maestro Francisco, y el buen Dios le castiga.

¡A mi socorro! ¡A mi socorro! Prosiguió tenido gritando al viejo Tomás; hermano Juan, mi amigo, creo que voy morir de a eso; este hermano Macé no entiende nada mi enfermedad, el médico del convento tampoco. Quiero a un médico que sepa algo.

Espera, dice hermano Juan, he aquí un golpe maravilloso de azar, o mejor dicho de Providencia. Ayer, en yo refrescante a la Cava pintada, encontré a un gran doctor que llega de Persia, dónde curó a todas las mujeres y hasta los gatos y los perros del gran sophi...

¿El sophi de Persia?

A fe mía, el Gran Mogol, si usted quiere, o el gran sha. También bien, le decía que había curado a todos los pequeños gatos, probablemente son los niños de este gran señor. Para volver de allí a mi médico, es un hombre prodigioso quien resucitaría a muertos; pero no sé si querría venir aquí, porque sólo pasa en el país, y creo que hasta se irá de nuevo hoy. Y tenga, esto me recuerda que debería ir totalmente actualmente a verlo en Roche-Clairmaud, dónde debe haber venido para visitar a una persona que le es mucho recomendada; había prometido beber con él el golpe de la salida, pero no puedo dejar así a este Maestro Tomás excelente, sobre todo en el momento en el que sus dolores lo hacen más sufrir.

¿Y cómo se llama este gran médico, le ruego?

Maestro Rondibilis-Panurgius-Alcofribas.

¿Hermano Juan, es de mis amigos?

Le soy todo y a los suyos.

¿Quiere prestarme un gran servicio?

Quiero todo lo que puedo para usted.

¡Pues bien! Hace falta en seguida que usted se vaya a Roche-Clairmaud; es muy cerca de aquí. ¡Vaya rápidamente y vuelva más rápidamente todavía, pero no vuelva sólo, entiéndase! Traígame, Maestro Risibilis... Cacofribas... ¿Cómo lo llamó? Dígale que

tengo escudos al sol que hacen litera para la ciencia. ¡Diganle que sufro, que muero, que querría curar y todavía vivir poco, sea sólo para no dejar tomarle tan temprano Devinière a este hermano Macé Pelosse, y a vosotros todos, malos frocards que ustedes son! ¡Oh! ¡El pie! ¡Aïe! ¡Aïe! ¡Aïe! Corran rápidamente, hermano Juan, ustedes son un monje valiente y excelente, y los monjes no son de malos frocards; ¡pero corran, por el amor de Dios!

Usted va a hacerme asuntos con hermano Macé, dice Juan Buinard rascándose la oreja. Me prohibió dejarle único y dejar entrar a alguien. Usted sabe bien que le vigila, para que no se venga desviarle de sus buenas disposiciones para el convento.

¡Me vigila! Dice al padre Tomás furioso y que se levanta a medias sobre su silla. ¡Oh! ¡Me vigila! Encuentro la confesión ingenua y la cosa buena que hay que saber. ¡Considera en mí pues muy bajo, y querría pues verme bien muerto! ¡El médico! ¡Rápidamente el médico! ¡Qué me cure solamente para un año, y le daré buena parte de la herencia de los monjes! ¡Despacio, despacio, mis padres buenos! Usted todavía no la tiene, la Bolsa del viejo Rabelais; ¡y la uva de Devinière posiblemente no madurará todavía este año para usted!... Esto no es a usted que hablo, hermano Juan, mi amigo excelente, y usted lo beberá siempre conmigo mientras usted quiera, si nunca todavía puedo beber... Vaya rápidamente, y diga pasando a Guillermo que lo saca del fresco; usted beberá por su vuelta. Pero no pierda un instante, le ruego.

Voy allá pues, dice hermano Juan; también bien me había sido penoso de dejar irse este doctor famoso sin verlo de nuevo. ¿Pero si hermano Macé vuelve mientras que no estaré allí?...

Tome la llave de la gran puerta; usted la cerrará saliendo, y le dice a Guillermo de subir aquí: quiero que no abra a nadie antes de vuestra vuelta. ¡Oh! ¡Me vigilan! ¡Estoy muy contento de enterarme de él! ¡Pues bien! Hermano Macé guardará la puerta por muy bueno parece; y por otra parte posiblemente no volverá de tan temprano.

Vayamos, voy a hacer toda diligencia; pero, si usted me lo cree, despide despacio a hermano Macé sin echarlo a la calle; jamás hay que enfadar a un santo varón, esto hace bizquear al buen Dios. ¡Sobre todo guárdeme el secreto!...

Corra rápidamente pues y no tema nada: ¿me toma por una urraca miserable?

Le tomaría más bien por un ruseñor ciego, cuando la gota le chantajea; porque usted se queja entonces como debía quejarse Philomèle cuando fue resfriada. Corro sin pararme, y no habrá mi culpa, si pronto no le traigo a Panurgius Alcofribas.

Desde la mañana, el Maestro Francisco esperaba a hermano Juan en una cabaña a medias escondida en un macizo de verdor, al pie de Roche-Clairmaud. Esta cabaña era la de una pobre huérfana, la chica de Santiago Deschamps, el jornalero se mata trabajando. La nombrábamos Violeta, a causa de su modestia, y posiblemente también porque era buena y hermosa como las pequeñas flores de marzo. Parecía también perfumar todo alrededor de ella de sencillez y de frescura, viviendo único y escondida, floreciendo en secreto bajo la frondosa, al pie de la montaña, llorando al rocío de amor, y bajando despacio la cabeza. ¡Pobre pequeña Violeta Deschamps!

La cabaña de la huérfana era totalmente pobrete y ruinosa por fuera, limpia y bien mantenía dentro, tanto como lo permitía la indigencia de la joven chica. ¿Pero por qué llamarle joven chica todavía? La pobre guapa no es ella ya más, y su cara cambió sólo para entristecerse y

palidecer. Sólo y sin protector casi a la salida de la adolescencia, primero había languidecido por la sed de amor; porque era un pequeño corazón valiente, más delicado y más cariñoso que mismos no nos esperamos comúnmente encontrarlos al pueblo, sin experiencia al juzgar ninguno, y de todo; había ayudado muy rápidamente a engañarla el primero que se había dado el pasatiempo. Pero para encontrar sólo un pasatiempo que engaña uno también criada y niño generoso, había que ser un bruto o un malo; Jerónimo precisamente era ninguno de los dos: era un perezoso y un borracho.

Cada oveja con su pareja, dice un proverbio trivial. Sin embargo, a pesar de la sabiduría de las naciones, la simpatía algunas veces, y el amor muy a menudo, acercan a polos opuestos naturales como eran los de Violeta Deschamps y del tabernero de la Lamprea.

Se le había puesto por otra parte por los lazos del agradecimiento; el señor de la Devinière había pagado las deudas de Deschamps, para impedir para que su casita sea vendida a su muerte. Jerónimo había sido el mensajero de su tío, y se había hecho al mediador en este asunto de beneficencia, por bondad de corazón primero, luego después por interés de codicia. Era hablador siempre alegre y grande; la joven chica estaba triste y tímida. Por no tener nada mejor, se le acostumbró y creyó que ella le gustó, porque lo engalanaba de todo lo que ella misma imaginaba de más agradable. Se le había dado por fin con los ojos cerrados y sonrientes a su quimera, como estas jóvenes viudas que creen en sueño que ellas tienen el marido al que sienten, y se despiertan abrazando su travesaño.

En la época en la que pasan los hechos de este relato, Violeta Deschamps ya se había despertado, pero su mal sueño de amor desgraciadamente le había dejado otra cosa aunque el desencanto y la viudez: las pruebas de su debilidad habían aparecido bajo la forma de un bello niño. El señor de la Devinière despiadadamente le había retirado su protección, a instigación del malo hermano Macé, que primero había tratado él mismo de proteger a la huérfana, y había sido puesta por ella en la puerta de su cabaña en consecuencia de una conversación un poco viva que habían tenido no sabemos demasiado sobre cual sujeto. Jerónimo había dejado poco a poco de venir para ver Violeta tan pronto como él daba comprometida, y se había contentado con enviarle socorros, que negó con orgullo, diciendo que sabría vivir de su rueca y morir de hambre más bien que de aceptar nada del que no estimaba más. Así, tanto la fortuna la bajaba, como su alma se cogía elevada y orgullosa, y como en aquel tiempo las costumbres de la edad de oro todavía parecían haberse retrasado y como olvidadas en los campos de Turena, esto no era sobre la pobre chica que generalmente se hacía recaer la reprobación; y todavía castigarla por haber sido si desgraciada habría parecido a buenas gente de la Roche-Clairmaud algo demasiado cruel.

El Maestro Francisco, revestido de un vestido amplio y negro, la cabeza hundida en un gorro profundo a la Luis XI, y la mitad de las rayas escondidas por una barba blanca postiza, primero había dado miedo grande a pobre abandonada; pero le había hablado tan despacio a través de la separación absoluta diciéndole que era un médico y un viejo; sus palabras eran a la vez tan benévolas y tan bien dichas, que Violeta entreabrió despacio la puerta.

¿Es médico? Dice, entre si es la Providencia que le envía: porque hoy no me siento bien, y ahora tengo miedo morir; mi vida no me pertenece más sólo.

El Maestro Francisco entró gravemente y se sentó cerca de la joven mujer; la miró atentamente, le tomó el brazo, luego paseó su mirada alrededor del pobre cuartito; sonríe

entonces con amargura, y que traslada su mirada sobre Violeta, sorprendió dos lágrimas preparadas que se escapan de sus grandes ojos negros.

¿Acaso todavía le gusta? Le pidió en voz baja y de su acento más dulce.

A esta cuestión, Violeta se estremeció.

¿Quién pues? Pidió con una voz temblorosa.

El que os hizo madre.

Dejemos en paz a los muertos, dice la mujer bajando los ojos.

El médico a la barba blanca pareció asombrado a su vuelta, el Maestro Francisco estuvo sorprendido en efecto con encontrar en una condición tan modesta esta dignidad de cara y de carácter. Admiraba esta flor rara y preciosa perdida en los campos y herida por el pie de un grosero. La respuesta de Violeta apareció hacerlo un momento reflexionar, luego, tratando de sonreír:

Los muertos no vuelven, dice, y los infieles pueden volver algunas veces.

¿Qué es lo que de ser infiel? Diciendo la joven madre, gusta o no gusta; y cuando se gusta, es para la vida. Me caí como lo pueden hacer los que marchan durmiendo, he aquí todo.

No le critico nada a nadie, porque es a mí quien me soy herida... Hablemos de otra cosa, señor doctor: soy madre y querría alimentar a mi niño; pero temo que la languidez que me consume seque pronto mi leche. ¿Que hay que hacer? ¿Que me ordena?

¡Por desgracia! Dice al doctor meneando la cabeza, si tenía el poder de proporcionarle el objeto de la orden, le ordenaría ser feliz.

¿Feliz, no soy él? Exclamó Violeta Deschamps, cuyos ojos negros se animaron. Y corriente hacia las cortinas de Sergio que escondían su cama, las sacó con vivacidad y descubrió a un chico que dormía envuelto con pobres mantillas; ¡usted ve bien, doctor, continuó, que el buen Dios me visitó y que Navidad pasó por mi cabaña! Y diciendo esto, agarraba despacio y con cuidado el pequeño totalmente adormecido, y que lo levantaba sobre sus brazos, quedaba totalmente ocupada de mirarlo, y no parecía más acordarse que Maestro Francisco era allí, tanto era enamorada de su querido pequeño niño de pecho.

El Maestro Francisco se levantó y la saludó profundamente sonriendo y diciendo:

Le saludo, usted, que eres bendita entre las mujeres; el Señor es con usted, y el fruto de su pecho es bendito.

Usted tiene razón, decir simplemente Violeta; el buen Dios está en el corazón de las mujeres cuando miran a su primer niño. Habría querido quedar bien virgen siempre como María; pero, qué Nuestra Dama me lo perdone, me encuentro todavía más feliz de ser madre cuando miro a mi pobre querido pequeño Jesús.

¿Así, usted perdona a Jerónimo?

¿Qué es lo que Jerónimo? ¿No conozco a aquel hombre?

¿Cómo pues se nombra entonces el padre de este niño?

En el cielo, se llama Dios, dice la joven madre, que de momento era sublime, y en mi corazón, se llama amor. Concebí a este niño porque me gustó, y me equivoqué primero; pero en lo sucesivo no me equivocaré más, porque éste lo conozco, y se formó cerca de

mi corazón. Era él a quien quería y a quien buscaba: lo encontré y no me separaré de eso más.

Y Violeta ataba ávidamente sus labios a la frente de su hijo. De momento, los colores de la salud habían reaparecido sobre su cara; sus ojos brillaban por un pedazo extraordinario; era bella como una joven novia que recibe la primera sonrisa de su marido, cuando sus ojos se encuentran por primera vez a su despertar del día siguiente; pero de repente Violeta palidece y fue obligada a sentarse; apenas le quedaba bastante fuerza para presentarle el pecho a su niño que se despertaba, y que abrió su pequeña boca bermeja a manera atenta cuando esperan el beso.

¡Pobre madre! ¡Decía bajito al hermano médico, como está lejos de este animal de Jerónimo! Pero el sentimiento en su casa es demasiado exaltado; morirá de amor maternal; su niño le chupará el alma. ¿Cómo el tabernero de la Lamprea lo hubo comprendido? Ella misma no se conoce, y lo observo como un fenómeno de la orden moral. Tales no son de verdad las mujeres ordinarias, y es una felicidad para los cuidados de la casa, porque los hombres tendrían que refundir, y ninguna esposa posiblemente se dignaría apartar los ojos superiores su primer niño para reconocer a su marido. El mundo se parecería a la república de las abejas; las mujeres gobernarían todo, y los pobres abejones de maridos serían echados a golpes de agujas y de husos. El cetno entonces jamás degeneraría en rueca; pero la rueca se arrogaría cetno. Pobre Violeta Deschamps, no eres de este mundo; ¡Y cuando tu hijo no te necesitará más, tu vida se perderá en la Siena! No quiero considerar en ti sabio; porque no me reiría más, y he aquí ya que lloro. Te tomo por una paradoja: lo veo y no creo en eso.

Después de estas reflexiones del pensador, el médico aconsejó despacio Violeta calmarse, y evitar mientras para que pueda las divagaciones del pensamiento y las emociones demasiado vivas del amor.

Duerma, le dice pasándole la mano delante de los ojos; duerma, apacíguese, sea tranquilo, refresque su sangre, para que la leche del querido niño sea dulce y pura. Soñaremos con su niño y con ustedes; viva para él, y deje reposar su alma, vamos a trabajar para usted.

De momento, hermano Juan vino para llamar a la puerta de la casita.

Le pertenezco, dice el Maestro Francisco.

¿Al que me quiere este monje? Pidió Violeta con inquietud.

No le quiere nada; viene buscarme para el señor de la Devinière que está enfermo.

¡Oh! Hizo Violeta con dulzura, soy enfadada de eso, porque fue bueno para mí.

El señor de la Devinière es mi padre, dice el Maestro Francisco quitando un instante su gorro y su barba larga que devolvió en seguida; o por lo menos era mi padre. Sé que fue riguroso para usted como para mí. Quiero que deje de reconocer a su hijo, y que reconozca el suyo; ¡ya lo adopto en su nombre, este querido niño! ¡Pero qué! ¡Nos pone mala cara! ¡Llora, se niega a mamar! Vayamos, creo que usted va a ponerlo en nuevas mantillas, y salgo bastante a propósito, Crea en Mí, querido niño, viva sobre la tierra, ya que hace falta y sepa bien qué el pequeño viven ni siquiera amor maternal. Usted tiene un corazón valiente y comprendo bien su todo el orgullo, y le felicito por lo que la desgracia no le baja. Usted sufre sin embargo, y usted está en languidez: es del pesar para el pasado, de la dignidad herida para el obsequio y de la inquietud para el futuro.

Reposate en nosotros, todo se arreglará, y si usted cree una buena vez que su niño será feliz, no serás enfadada de haberle dado a luz. Le hará las veces de todo, y usted será orgullosa si saca provecho de sus cuidados. Al ver de nuevo pronto; le dejó, arregla el pequeño.

Sacó y cerró la puerta.

¡Pues bien! ¿Le dice hermano Juan, a quién dice sobre la nieta?

Digo que la nieta es una gran mujer.

Pero no ya por muy grande, esto me parece.

De la cabeza a los pies, no; del corazón en la cabeza, sí.

Se parece en este caso a estas divinas botellas al cuello largo que cierran los vinos del Mediodía. Para mí, en las botellas, prefiero el vientre que el gollete; en las aves de corral prefiero la grupa que el cuello, y en las mujeres prefiero el corazón que la cabeza.

¡Pero qué tiene usted pues, Maestro Francisco! Usted he aquí todo visionario y muy pensativo: ¿quebramos en el gozo? Viva la bota de Santo-indulgente, señor doctor, usted llevará a solas el gorro verde, si bueno le parece; por el momento me depara, y sostengo que vale más reírse.

Pienso como tí, hermano Juan, y dejo una vez más de decirme *usted*. Quiero tomar todo en risotada, pero lloramos de risa algunas veces, y creo que acabo de llorar.

¡Oh! ¡*Lacryma Christi!*... Pero, apresuremos, el viejo gotoso nos espera; padre Macé es depositado en la puerta, y, por otra parte, no vendrá en absoluto. Le preparé de la actividad el monasterio y en otro lugar, tendrá de qué ejercer su celo y posiblemente su paciencia, si Dios se lo conoce un poco.

Déjame decirte *usted* para acostumbrarme allí: no eres más el hermano Francisco, usted es el gran Doctor Rondibilis Panurgius Alcofribas, médico del Gran Mogol y otros gatos de Persia. Usted posee sobre todo recetas infalibles para la curación de los gotosos.

Albaradim Gotfano deehmin brin alabo dordio falbroth ringnam abaras, dice gravemente el Maestro Francisco.

Pare, dice hermano Juan. No haga en absoluto venir a los diablos antes de que estemos en la habitación de la buena persona, porque si deben entrar con nosotros, jamás querrá hacernos abrir la puerta.

Tardan bien en venir, decía el viejo Tomás agitándose en su butaca. Guillermo, pues va a ver si vienen no, viérteme primero de esta tisana en mi copa medieval... ¡Al diablo el imbécil! Es demasiado caliente, hay un frío en este cántaro; no, no en éste, es el agua de mi remedio.... ¡Vayamos, bien! ¡Ya derriba todo en la ceniza! ¡Oh! ¡El enfermero maldito!

¡Perdone! ¡Murmuraba bajito al grueso Guillermo, yo sumas el aparcerero de la Devinière, y yo no seamos boticario ni médico!

¿Que hablas de boticario? Dice al viejo gotoso que detestaba casi tanto esta palabra como el del tabernero. Creo que me dice injurias.

¡Yo! Creo que se llama a la puerta, y esto no es desgraciado, tanto usted se vuelve intermitente y difícil. Es sin duda hermano Juan quien vuelve. Justamente ya entra; ¡tenía pues la llave de la gran puerta! Un gran brujo muy negro entra con él, he aquí que suben. Usted no me necesita más, me vuelvo a cuidar mis bestias.

¡Vaya, y para que el cielo te confunda! Tus bestias tienen como más agudas que tú.

Decididamente hará falta que hermano Macé me encuentre algún criado inteligente; soy demasiado aislado aquí. Me encierran con este alcaraván, quieren matarme más rápidamente.... Entre, hermano Juan, entre, a señor médico, y perdone si no me levanto; usted ve que este cojín y estos trapos me tienen por la pierna.

Antes de entrar, el Maestro Francisco había colocado en equilibrio sobre su nariz un par ancho de gafas verdes para disfrazar sus ojos. Lentamente entró y sin hablar, tomó el brazo del enfermo, le tomó el pulso, hizo dos o tres muecas, se encogió de hombros muchas veces, levantó los dedos como si escribiera en el aire, vierta el contenido de la vasija a tisanas en el hueco de su mano, lo husmee, lo pruebe, ponga el resto haciendo una nueva mueca más expresiva que otras; luego, avisando a hermano Juan, que se cogía la barbilla para no reírse, de acercarle una butaca, se acercó a una mesa, se sentó, puso ambos codos sobre la mesa, tomó su cabeza en sus dos manos, y apareció meditar profundamente.

Hermano Juan, mi amigo, le dice bajito el gotoso al monje que se le había acercado, me repensó, o poco se hace falta, de haber hecho venir este pagano. Me es opinión que está en comercio con diablo. ¿Vió como sin decir nada adivinó mi enfermedad y la burrada del médico de Seuillé? ¡Oh el hombre sabio! Pero temo que hubiera pecado allí de consultarlo; tengo miedo para que me diga demasiado sobre eso, y tiemblo de interrogarlo.

Todavía no dijo nada, observó hermano Juan.

Es lo que prueba su gran saber: un ignorante habría hablado en primer lugar. ¿Pero cree que no hubiera dicho nada? ¿No vio brillar sus gafas, y su gran bigote moverse mientras que me tomaba el pulso? Sus dedos me tienen como quemado la mano. Debe ser el diablo o uno de sus emisarios. Querría decirle irme. ¡Atras, Satanás! ¡Santa Brigitte, rece por nosotros!

Si es el diablo, es un buen diablo; lo conozco, dice hermano Juan.

Sin embargo, he aquí el doctor que se levanta, hace dos o tres vueltas por la habitación, luego una voz magistral:

Qué se lleve estas drogas, dice mostrando las tisanas, que se corre estas cortinas y que deja el sol entrar.

Hermano Juan se apresuró a cumplir la orden, y el sol que brotaba a través de los enrejados de las ventanas, inundó de su reflejo de oro la habitación polvorosa y ahumada.

Haga aportar de la ropa blanca, vino en frascos muy claros y los bienes brillantes, y flores para esta chimenea.

El viejo Tomás no volvía de su sorpresa. Nos burlamos de mí, se decía él mismo. Creyó pues interpelar al doctor en términos científicos, tanto como lo podía su propia ciencia de boticario, sobre las virtudes de las medicinas; hasta balbuceó algunos barbarismos latinos, o por lo menos que aspiren al latinismo; pero fue tan atolondrado unas respuestas que recibió en bello francés lleno de expresiones técnicas, en latin cicerónico, y mismo en griego convenientemente pronunciado, que se inclinó totalmente asombrado delante de la ciencia del doctor.

Sin embargo, por los cuidados de hermano Juan, la habitación del enfermo había tomado un nuevo aspecto; un mantel blanco había sido extendido sobre la mesa, frascos brillantes como rubís añadían al pedazo de la ropa blanca la alegría de su reflejo bermejo.

Flores aportadas por los niños de Guillermo guarnecían la chimenea y las viejas arcas. El padre Tomás le pidió al médico lo que significaban todos estos preparativos.

Hay que celebrar bien, su curación, dice el doctor, y renovar un poco este apartamento del que voy a rejuvenecer al Maestro.

Usted va a rejuvenecerme, dice el viejo Tomás.

Ya vea, dice el Maestro Francisco, descolgando y presentándole un espejo bastante pesado que fue suspendido en un rincón de la habitación.

El viejo Rabelais tenía en efecto los ojos más brillantes que de costumbre, su frente parecía alegrarse, y el reflejo de los frascos puestos sobre la mesa cerca de él parecían iluminar sus mejillas.

Haga ahora aportar agua ligeramente perfumada por menta, continuó al médico, y lávese de allí las manos y la cara. Suelte su cabeza y su cuello de este gorro y de estas ropas blancas, ponga un poco de vino sobre este pañuelo, y usted moja ligeramente de allí las sienes y la palma de las manos; aspire el olor de este frasco; ¿no es ya mejor? Piense ahora en los bellos días de su juventud: ¡son lejos los buenos mozos! ¿Se acuerda del tiempo cuando le gustó la que se hizo señora Rabelais? ¡Dios la bendiga, la buena querida alma! No engendraba la tristeza. ¡Recuerde sus canciones, cuando mecía sobre sus rodillas a su grueso mofletudo de niño, su pequeño Franciot al que le gustaba ver tanto, cuando tomaba su gran vaso en dos manos y se sumía allí la nariz y los ojos para sorber la última gota!

¿Pues lo conoció? Dice al viejo Tomás totalmente asombrado.

La ciencia hace saber toda cosa, dice gravemente el médico.

¡Pues bien! Usted debe saber que el pequeño Franciot se hizo un mal sujeto y un raro que jamás veré de nuevo y he aquí lo que me enterrará pronto.... ¡Aïe! ¡Aïe! Creo que mi gota me repite.

No, no será su hijo quien le enterrará. Los monjes de Seuillé no quieren que cumpla este deber, dice el doctor fingiendo leer el destino en la mano izquierda del enfermo.

¡Hermano Juan, usted habló! Exclamó entonces el viejo Tomás.

No es siempre en mi interés, dice el monje. Pero de verdad, el caso es que me es penoso ver que hermano Macé querría enterrarle viviendo. Yo le prefiero que su herencia.

¿Pues hizo su testamento? Le dice al doctor al Maestro Tomás.

¿La muerte, según usted, pues no venía bastante rápidamente? Usted lo llamaba todas las maneras: ¡ esta habitación transformada en tumba, estas medicinas que hay que hacer vomitar a Satanás, su confesor siempre colgado de sus lados como un rosario de tontería, y su testamento ya devuelto posiblemente entre las patas de este buen raminagrobis!...

No, no todavía, está aquí, dice el enfermo; pero prometí sobre el santo Evangelio que se lo devolvería cuando vendrá pedírmelo.

Muy bien. ¿Entonces acá, ahora, usted quiere curarse o morir?

Quiero curar, si es posible, y más antes que podrá.

¿Se conformará en todo punto mi orden?

Lo prometo, porque ya me parece que usted me hizo un gran bien.

Le ordeno pues, dice Maestro Francisco, cambiar absolutamente de régimen, y alejar de usted todo lo que puede sentir la enfermedad. Hay que cambiar de aires, de colchón, de butaca, de habitación, si puede, y sobre todo de confesor.

¿Por qué de confesor?

Porque, si soy bien informado, el suyo está enfermo y de un malo aliento. Usted podrá repetirlo cuando serás curado; mientras tanto usted tiene hermano Juan, que es bermejo y muy alimentado, usted puede consultarle con sus escrúpulos de conciencia.

Preferiría a alguien más sabio y más severo, dice el viejo haciendo el mohín.

¡Pues bien! ¿Quiere que le envíe a uno de mis grandes amigos que viaja conmigo y que se encuentra de momento a Chinón? Es el reverendo padre Hypothadée, profesor en teología, que va a Roma para alumbrar la conciencia del papa, y matagraboliser la reconciliación del papahigos.

Lo quiero ver, y recomendando por usted puede ser sólo un hombre sabio.... ¡Oh! ¡Si mi bribón de hijo había querido estudiar!

¡Cómo! ¡Su hijo no estudiaba! Pero había pensado decir que los monjes de la Basmette lo habían echado a causa de su gran saber.

No crea nada, doctor; huyó después de haber cometido sacrilegios, y si se volvió sabio, es en la ciencia de los borrachos. ¡Qué jamás se me hable de él!

Sea. Pero cálmese y trate de distraerse. Piense en la salud más bien que en la enfermedad, en la vida más bien que en la muerte; tenga delante de usted tanto que usted podrá las imágenes de la juventud; evite todo lo que puede llevarle a la impaciencia, y para esto, en lugar de hacerse servir por el grueso aparcerero Guillermo, escuche lo que dice la Escritura Santa en alguna parte, en los libros sapienciales: « donde la mujer no está en absoluto el enfermo ansía. » Usted Hace cuidar por una mujer, y que sea joven y gentil, para regocijarle mejor el espíritu. La belleza por otra parte es hecha para dar buenos pensamientos; es una imagen de Dios y una confusión para la fealdad del diablo.

¿Pero qué dirá hermano Macé?

¿No me dijo que usted se remitiría a mi doctor Hypothadée? Voy a buscarlo y lo devuelvo. Me encargo también de encontrarle a una enfermera. Espero que usted sea contento de mi elección.

¿Le conduciré? Dice a hermano Juan.

No, quédese aquí, y vele por el cumplimiento de la orden.

Luego, acercándose a su oreja, tenga cuidado sobre todo que hermano Macé llega sobre este entre acto.

No tema nada, dice hermano Juan, le hice enviar por el prior al castillo del señor de Basché, sobre una opinión falsa que el señor era enfermo y quería confesarse a hermano Pelosse. Creo que será recibido; ¿porque conoce al señor de Basché?

Sí, sí, dice hermano Francisco, el que adoba tan bien del chicaneaux. Estación en los hombros de hermano Macé.

A él el cuidado de sus hombros; a usted el cuidado de la buena persona. ¿Pero cómo devolverás al doctor Hypothadée?

Lo enviaré sólo. Hermano Juan, amiguito, habrías debido él adivinar.

LA RUECA DE PÉNÉLOPE

El doctor Rondibilis Alcofribas había hecho cerca de cien pasos yendo a lo largo de la muralla del cercado de Devinière, y había llegado al punto donde el camino de Seuillé se cruza con de Roche-Clairmaud, cuando vive venirle un quídam bastante malo en punto, que aparecía estar allí para esperar a alguien. Este hombre era « bella de estatura y elegante en todo lineamiento del cuerpo, pero tanto mal ordenados, que parecía ser escapado por perros, o mejor se parecía un recolector de manzanas del país de Vara. » Maestro Francisco, al que acabamos de citar aquí, miró atentamente esta figura, creyendo encontrar allí algo de conocimiento; y de hecho, el quídam tenía, en cuanto a Rabelais, un parecido de familia tan pronunciado, como hubo sido difícil de desconocerle mucho tiempo para uno de los suyos. Aparte que marchaba un poco empujando el vientre adelante y dejando calva su cabeza como el Sileno de la Cava pintada, tenía en toda su persona un cierto aire de distinción mal guardada. Sus miradas un poco apagadas podían pasar por muy dulce con muy poca buena voluntad; y es lo que explicaría la ilusión de la pobre Violeta que, en un bello día de primavera, se había puesto más hermoso este bribón de todas las ternuras de su alma, y se había puesto a agradecerle de amor.

Ya reconocimos a este bribón de sobrino que tenía entonces por su tío el cabaret de la Lamprea, o más bien que le dejaba administrar por esta criada gruesa en las manos rojas, hecha principal en su casa, al gran provecho de hermano Juan.

¿Señor doctor dice tomando un aire mimoso, y reajustando los botones de su jubón, usted viene de Devinière?

¿Me vio sacar? Dice a Maestro Francisco.

¿Cómo se lleva mi tío muy honrado, señor Tomás Rabelais de la Devinière?

¿Que entra le pedírselo a él mismo?

Jamás me dejarían llegar hasta él. ¿Usted pues no sabe que el condenado de hermano Macé Pelosse pero usted no conoce posiblemente a hermano Macé Pelosse, el gran celador, o me le consagro al diablo, de la religión de San Benito? Se apoderó del espíritu de mi tío y de su puerta, usted debió verlo; es un pequeño hábito amarillento y solapado, que no saca la habitación del enfermo. Le dio la palabra al aparcerero Guillermo, que es todo a su devoción desde que muriendo su mujer se confesó al hermano Macé; lo que, creo, la mató ocho días antes de la peste, tanto el hermano tiene mala boca. Usted comprende bien sin embargo, señor doctor, que quiero saber noticias de mi tío, y que no querría dejarlo morir sin serme reconciliado a él.

¿Que pues le hizo?

¡Nada, sobre mi honor! Pero hice, creo, algo a una pequeña a la que protegía sin darle jamás, aunque sea casi nuestra vecina. Pero usted debe saber bien todo esto, doctor, ya que usted pasó algunos instantes en su casa, en Roche Clairmaud, antes de venir para ver a mi tío. Todo se sabe muy rápidamente en el campo.

¿Fui en efecto esta mañana a casa de una bella joven mujer quién acaba de dar a luz, hace un mes apenas, a un niño bello como un Cupido y una cortadura como Baco. es a usted es el padre?

Pero es según. Esto dependerá mucho de mi tío. ¿Dígame, sin embargo, es muy bajo?
¿Tiene la fiebre? ¿Habla? ¿Guarda cama?

Es según, dice a su vuelta al doctor sonriendo, esto depende mucho de su sobrino que le rejuvenecería, dice (es de Maestro Tomás que hablo), si él, el sobrino, quería tomar una conducta más regular. Pero hablemos, por favor, de esta pobre Violeta. ¿Cómo diablo, sujeto grande malo que usted es, usted pudo seducir y engañar uno tan sabio y chica por muy buena?

¡Bueno! No es a mí quien lo seduje. No me halago de eso, y lo considero más seductora que yo de todas maneras. En cuanto a engañarla, me abstuve bien de eso, y si no le convenía, mismo era el que se equivocaba. ¿Tomé una nariz de cartón para ir a verla? ¿Exageré la elegancia de mis braguetas? ¿Le propuse quemar juntos cirios delante de sSnta Nytouché? Punto. Quise hacer con ella un trancón de queridas heces. Pero jamás pude alegrarle el corazón. Dejándose abrazar lloraba. Por la tarde, cuando era cerca de ella y cuando quería retozar, me imponía silencio y pasaba horas mirando las estrellas apretándome la mano, mientras que del otro me asfixiaba sobre mi boca de los bostezos desmesurados. En honor, es muy gentil, pero también por es demasiado fastidiosa.

Qué la deje usted tranquila.

¡Eh! ¿Que me dejaba en descanso? ¿Me es mi culpa si durante dos meses y medio sus ojos me hicieron subir a la cabeza?

---No, sin duda, pero es bien su culpa si usted lo abandonó después de haberle hecho madre.

Pues bien, es lo que todavía le engaña: no lo abandoné; es a ella quien no quiere más verme.

¿Lo ofendió sin duda?

¡Oh! Mi Dios, no; ella misma se ofendió percibiéndose al fin que bostezaba a no apreciarlo más cuando me quedaba mucho tiempo cerca de ella.

Pensó entonces que le molestaba.

Probablemente; ¡y vea la injusticia! Molestar a la gente, es causarles perjuicio; pero quererles el aburrimiento que se les causa; ¿no hacer pagarles la multa a aquellos quiénes son pegados?

De verdad, dice excepto él Maestro Francisco, aquel chico no es tan tonto que habíamos querido decírmelo bien.

Le dijimos que era tonto, dice Jerónimo que había entendido este mirándolo bien semi-voz. ¿Quién le dijo esto, Violeta, posiblemente? Si le es, se lo perdono; me vio muy tonto en efecto cuando arrullaba el amor en sus rodillas como una tórtola enferma; y luego, cuando iba a verla, siempre tenía miedo sentir el vino, y no bebía. Entonces, cuando no bebí, soy tonto como un cántaro que perdió su asa. Pero, a propósito de cántaro, hablemos de mi tío, por favor.

Joven hombre, aunque sueñe usted es de su familia.

Sueño mucho con eso, y me inquieto fuerte salud del viejo padre Tomás; porque usted sabrá que hago valer el cabaret de la Lamprea para su cuenta y que, todo bien ordenado, no me quedan un cinco céntimos de beneficio.

Sobre todo cuando usted acaba de beber.

¡Cuando acabo de beber! ¡Oh! ¡He aquí la gran palabra suelta! Aunque veo le hicieron mi retrato, y sea usted sabe sobre eso longitud de nuestros asuntos. ¡Así, a oírlos, bebo! ¡Mientras que empujo la delicadeza hasta negarme, a la Bodega pintada, una sola botella del vino de mi tío!...

Es lo que se me dijo. Pero aspiramos así como usted es menos escrupuloso fuera de la vivienda, y sea para una botella que usted vende en su casa, usted bebe cinco en los cabarets de los alrededores.

¡Cinco! ¡Oh! ¡Los calumniadores! Siempre procedo sólo por tres, seis, nueve y doce; son números sagrados, como dice Paracelso.

¿Conoce las obras de Paracelso? ¡De verdad, usted me asombra!

Jamás leí a Paracelso, como el bien usted puede creer, y hasta no sé lo que era; pero encontré algunas palabras sobre lo que decía sobre números en una página que había servido para envolver, para garantizarlo a aves y moscas, un racimo grueso de pino.

¡Vea como la ciencia siempre es buena para algo!

Sin duda, y querría ser pasante por muy grande como ustedes, sea sólo para saber si mi querido tío ya pensaría hacer una palabra de testamento.

Creo, entre nosotros, que piensa en eso, dice misteriosamente Alcofribas.

¿Y les da todo a los monjes de Seullé ¿no?? ¡Hasta Devinière, hasta el cabaret de la Bodega pintada, de donde voy a ser echado como un intruso!

No sé nada de sus disposiciones testamentarias; pero pide ver a Violeta Deschamps y su niño al que guarda como un bello pequeño Jesús, dejándolo ver a nadie. Voy de este paso a su casa para decidirla venir. Hago una indiscreción le diciéndoselo, pero usted me aparece un vividor y un buen bebedor, y me siento totalmente dispuesto a obligarle.

¡Mil gracias! Doctor, beberemos juntos; y esta tarde nos reencontraremos bien, ya que sé en cual lugar de Chinón usted tomó vivienda, y que hermano Juan es de sus amigos; hasta volveré hoy a la Cava pintada a propósito para usted. ¿Pero pues va a ver esta pequeña Violeta? ¡Pobre chica! ¿Es muy hermosa ¿no?? ¡Un poco triste solamente, e ideas! Así como no se lo tiene. Tiene que considerarlo loca; pero su locura no es divertida, es daño; habla sólo por sentencia; lo diríamos hechizada. Querría sin embargo verla de nuevo bien y su niño... Pobre pequeño, que hasta no divisé desde que está en el mundo... Escuche, doctor, quiero que usted le hable para mí; ya que mi tío quiere verla, yo quiero lo que quiere mi tío. Dejé de ver Violeta porque nuestros amoríos desagradaban a mi tío; Todavía no me perdonó, y la desesperación después ella esto el tiempo se me lleva a través de todos los cabarets del país. Me alejo sólo de la Bodega pintada, que me recuerda demasiado vivamente la memoria de mi buen tío... ¿Pero es posible que pida ver Violeta? Va a hacerle alguna ventaja para ir en contra de mí y provocarme con insolencia. ¡Pobre chica! ¡Pensé casarme siempre con él sin embargo! No lo cree, y esto no es verdad menos de allí. Es el tonta gordo de Mathurine también quien me volvió. ¿No quiere también que me caso con él, ése? ¿Que se casa con hermano Juan? Voy con usted, doctor, vayamos a Roche-Clairmaud, quiero ver de nuevo a mi pobre pequeña Violeta.

No querrá hablarle.

¡Pues bien! Usted le hablará para mí. Prométale....

¿Qué?

Que me casaré con él si mi tío le da una buena parte de su bien.

Pienso que será tocada por su bono querer.

Usted puede contar con mi gratitud, doctor, si usted toma mis intereses en este asunto, añadió el cómplice Jerónimo haciendo aspecto de registrar a su escarcela.

¡Así pues! Dice a Alcofribas desdeñosamente adelantando tendiéndole y la mano detrás de la espalda como un verdadero médico de comedia. Pero no había nada en la escarcela del tabernero, y creyó que él salió de un mal paso poniendo su mano vacía en la del

doctor la que lo retiró precipitadamente diciendo una vez más: ¡Así pues! Luego el Maestro Francisco continuó su camino apretando el paso de un aire disgustado, mientras que el primo Jerónimo seguía la pista de él suplicándole oírle.
Serás albergado mientras gustes a la Lamprea, usted estará allí como en su casa, y usted tuvo tan poco dinero que hay por ahora en mi bregues y en mi morral, nos cogeremos para bien pagado y muy honrado cuando le gustará en irse.
Me voy esta tarde misma, dice el doctor, y es señor Juan Buinard quien se encargó de mis costas.

Riñéndose así, llegaron allende el vado de Fresnay, al pie de la roca Clairmaud.

Quédese a distancia, vivamente dice el Maestro Francisco, hablaré para usted, pero no acerque: he aquí la cabaña de Violeta; es sentada en el umbral.

En efecto, la joven madre fue sentada delante de su puerta, su chico dormía acostado sobre sus rodillas, protegido el sol por unas pequeñas mantillas muy blancas. Hilaba con precaución su rueca, cantando a semi voz una Navidad cuyo estribillo era:

Duerma, guapo,
Duerma, gentil
Pequeño niño.

Sonríe melancólicamente viendo volver el doctor. En cuanto a Jerónimo, se había escondido detrás de un grueso árbol.

¡Pues bien! ¿Dice al doctor, nos volvemos pues menos salvaje? Tomamos poco sol, y no escondemos más al pequeño Jesús que he aquí en el fondo de nuestra casita.

No, dice Violeta con dulzura, sé bien ahora que nadie quiere tomármelo. Tenía miedo en los primeros días que un hombre pretendió ser el padre de mi niño, quien hubo sido una gran mentira, porque es el buen Dios quien me dio a mi niño en consecuencia de un bello sueño que hice. ¡Todavía soy aquel qué era antes, ya que no quise a hombre, y ya que ningún hombre me quiso! ¡Todo aquel quien quedó verdadero de mi hermoso sueño de amor, te es, mi bello niño querido! Y Violeta rozó de sus labios la frente apacible de su niño.

¿Ahora, añadió, por qué lo escondería? No tengo vergüenza de él; ¡ estoy orgullosa de eso! Hace falta bien que lo muestre al sol para que el sol lo recaliente y lo acaricie. A todo cielo le debe gustarle y hacerle graciosa acogida, ya que es el niño del buen Dios.

¿Querida Violeta, dice el Maestro Francisco un poco emocionado, usted no sería muy contenta darle un nombre a este pequeño ángel?

¡Oh! ¡Ciertamente! Dice ingenuamente a la madre; quiero hacerlo bautizar.

Si tardé hasta ahora, es porque temía hablar a Sr. cura, porque jamás comprendo nada a lo que los sacerdotes me digan, y me parece siempre que me ven un loco.

Soy sacerdote y le comprendo. Me encargo del bautismo, pero esto no es de esto que quería hablarle. Usted sabe que delante de la ley un niño, para ser legítimo, debe llevar el nombre de su padre.

Lo llamaremos pues *Amor engañado*, dice tristemente la joven mujer... ¡Oh! No sin embargo, no engañado; ¡ya que era mi niño a quien deseaba! Si este querido guapo debe

llevar el nombre de su padre, habrá que darle el más hermoso de todos los nombres del buen Dios.

Veo que usted no perdona al que le engañó. ¿Pero si era arrepentido, y que regreso a casarse con usted, lo negaría?

¿Quién pues? Decir Violeta, como saliente de un sueño.

Yo, dice entonces Jerónimo saliendo de repente de su escondite y echándose bastante torpemente en las rodillas de la joven mujer.

¡Mi niño! ¡Tenga cuidado! ¡No toque a mi niño! Dice levantándose con precipitación.

¡Imbécil! Dice a Maestro Francisco, usted estropeó todo; ¿quién le rogaba que usted venga aquí?

Violeta había vuelto a su cabaña y había cerrado su puerta.

¡Pues bien! ¡Mucho peor! decía Jerónimo: hace falta que le hable. Y llamaba apelando:
¡Violeta! ¡Querida pequeña Violeta!

¿Al que me quiere, señor? Jerónimo dice una voz del interior.

Pedirle perdón, Violeta, y hacer mi paz con usted.

No tengo nada perdonarse, y no soy en guerra con nadie.

Déjeme trabajar y usted va de allí.

Violeta, mi pobre Violeta, tengo muchas culpas hacia ti, pero quiero reparar todo.
Reconoceré a tu niño.

¿Cómo reconocería a mi niño? Usted jamás me conoció, y yo, cuando creí que yo le conocí, es que le tomaba para otro.

Usted aunque ve divaga, dice entonces el primo volviéndose del lado de Alcofribas.

El doctor no lo escuchaba y se paseaba delante de la puerta teniendo su barba larga en una de sus manos, y murmuraba bajito: « ¡sublime, sublima natural! ¡Excepción rara qué confirma la regla!... ¡Cuánto vas a hacerme despreciar a las mujeres!

No tema nada y ábranos, Violeta, dice por fin a su vuelta; si Jerónimo le es desagradable, se irá.

Violeta abrió de repente la puerta, pero no tenía más su niño; lo había depositado sobre su cama y había cerrado las cortinas.

Apareció sobre el umbral de su cabaña con una cara tranquila.

No temo a señor Jerónimo, dice; ¿por qué me apenaría? No somos nada uno a otro. ¿ Por qué todavía piensa en mí, cuando no pienso más en él?

El caso es que me inquieto por usted, dice descaradamente el borracho. Hace falta bien que usted viviera, y su rueca no puede bastar para usted y su niño.

Señor, respondió Violeta, no me ruborice recordándome que recibí en otro tiempo algunos socorros de su tío. Él mismo debió sentir no haberme aportarlos podido. No obstante, no le critico nada; lo que llegó, Dios lo permitió. En cuanto a vosotros, permítame no conocerle más.

¿Pero por fin, cómo podrá elevar a este niño, si no tiene un marido? ¿Y cómo hará para que su hijo no sea toda su vida un bastardo?

¡Un bastardo! Dice a la joven mujer con altura. ¡Los bastardos son los niños qué ruborizan a sus madres, los niños de las mujeres que se vendieron a hombres a los que no querían!

Los bastardos, son los niños quienes horrorizan a sus mismas madres. ¡El mío es legítimo, porque me gusta y estoy orgullosa de eso! Tuve bastante amor para justificar y ennoblecer su nacimiento. Este amor, lo daba al que no podía recibirle ni hasta comprenderle; ¡quedé pues entera! Querré a mi niño para dos. Tengo sin duda un amante o un marido en alguna parte, en el cielo posiblemente: ¡no sé, pero siento que existe, ya que me gusta de tanto amor! Es a ése que pertenece el alma que salió de mi alma, es él quien prohijará a este niño de mí sola, este niño que me vino como me olvidaba soñando con mi querido verdadero. Usted se ríe, señor Jerónimo, y usted no comprende nada a lo que digo. ¿Usted aunque ve usted no es el padre de mi niño, y sea jamás pude ser nada para usted?

La pobre pequeña tiene la fiebre, le dice bajito Jerónimo al doctor; es una continuación de sus lechos probablemente, porque antes era lejos de hablar así. Era una joven niña totalmente dulce y totalmente tímida.

En efecto, dice Maestro Francisco, la encuentro un poco exaltada.

Retírese, crea en mí; su vista le hace daño; haríamos mejor posiblemente sus asuntos su ausencia.

Me le encomiendo y me voy. Adiós pues, mala Violeta.

Gracias, señor Jerónimo, y no le moleste más para mí.

El tabernero de la Bodega pintada lentamente se alejó, y acercarse el Maestro Francisco a la joven madre:

¿Niño le dice, donde sacó usted estas ideas extrañas? ¿Y por qué es sin piedad para un hombre a quién usted podría posiblemente hacer mejor? Usted el confieso, pensé en el respeto que se debía a la Virgen María viéndoos tan orgullosa de querer bien a su querido niño, y considero en usted pura de corazón y virgen de alma, lo que le ennoblece como mujer y como madre. ¿Por qué pues estarías en todo semejante al divino modela a mujeres? ¿En lugar de despreciar los niños que los aumenta elevándolos sobre sus brazos? Se lo digo, Violeta, sus ideas están locas, porque son a la mitad sublimes; usted quiso ser amante y usted fue sólo madre, usted hasta le era para el que no era digno de usted, porque semejante a la mujer que quiere al chico, cuando todavía no puede pensar en ella ni conocerle, usted revestía la pobreza de su naturaleza de todas las riquezas del suyo; ¿Es pues porque la miseria de su protegido pareció más grande que usted debió dejar de ser generoso hacia él? Un amor como Suya, Violeta, siempre se equivoca sólo cuando se cansa. Usted no puede posiblemente más ser la amante de Jerónimo, sino usted todavía podría ser su madre, y extender hasta sobre él un poco de este amor que usted tiene como su niño.

Si Jerónimo fue desgraciado, abandonado o enfermo, dice Violeta bajando la cabeza y secando una lágrima, me consagraría de buena gana para él.

Lo creo sin dificultad, usted debe ser el buen ángel de los que sufren.

La gente de los alrededores me consulta bastante de buena gana cuando están enfermos; no sabría decir si es que me suponen un poco a bruja. Pero simplemente les doy los consejos que me vienen al corazón, y soy feliz de su ser útil.

¡Pues bien! ¿Si le proponía devolver la paz en la conciencia de un viejo, reconciliar a una familia, curar posiblemente a un enfermo, vendría conmigo?

Iría: porque usted ganó toda mi confianza.

Venga pues a casa del señor de la Devinière. Camino que hará me le explicaré por qué o más bien espéreme aquí, porque hace falta primero que regrese en Chinón, y que yo allí cambio de traje; dentro de la una hora estaré aquí, y le tomaré conmigo; trataremos de procurar que su día no esté perdido.

¡Oh! Qué esto no le inquiete, cuando pierdo un día a visitar a enfermos o a llorar, recobro velando por la noche lo que perdí el día.

Es porque usted es indispueta, querido niño, usted gasta el hilo de oro de Parques sobre la rueca de Pénélope. Déjeme hablarte de padre; soy sacerdote y tengo el derecho; soy médico y usted me consultó; soy hombre por fin, y usted me emocionó todo; también, delante de usted sólo, y para la sola vez de mi vida posiblemente, dejo la máscara de broma y de risotada que me hice para robar la franqueza de mi cara a la malevolencia de los hombres; más tarde nos conoceremos mejor posiblemente, y si no puedo entonces hacerle reírme conmigo, vendré para llorar tenga usted. Voy a volver disfrazado de teólogo, y tendré mucha desgracia si usted no se ríe poco mi traje y mi aspecto. Le diré, caminando con usted hacia Devinière, por qué soy forzado por hacer esta mascarada. Es deber puro de amor filial.

¡ Pues bien! Pues, voy esperarle, dice Violeta, e iré con usted dónde usted me conducirá.

VI

LAS SENTENCIAS DE HYPOTHADÉE

Una hora no había pasado que el Maestro Francisco que ha cambiado de barba, se ha peinado con una caperuza un poco grasa y sustituta sus gafas por un guardia-vista de tafetanes, vestido, como Janotus de Bragmardo, por un liripipion en el anticque, llevando bajo el brazo a un grueso y un gordo infolio que más mucho olía, pero no mejor que rosas, llegó en Violeta Deschamps y le explicó de sonido mejor al personaje de Hypothadée, al que iba a hacer cerca del viejo Tomás. La confianza ya se había establecido entre ella y él, porque las almas por encima del vulgar se comprenden tan pronto como se encuentran. La joven mujer se explicó al hombre agudo por qué habitualmente se cogía cerrada, no hablando a nadie, porque nadie hablaba como ella. El Maestro Francisco supo entonces que el pobre jornalero a Deschamps no había nacido en estos bellos campos de Turena, y que su lenguaje y sus maneras vulgares con los profanos escondían en la intimidad de sus entretenimientos con su hija la más perfeccionada distinción; pero que siempre lo había instruido a no tener ninguna cuenta del que fuera en el mundo, preocupándose solamente de lo que debía ser. Violeta no sabía más sobre eso, y su padre sabía el secreto sin duda que se había llevado muriendo.

Creo lo que yo adivino, dice Maestro Francisco; era sin duda uno de los hombres de quienes el espíritu de futuro atormenta, y que tienen miedo de mismos. ¿Pero por qué, él que sabía tomar tan bien la apariencia de las ideas comunes, no le daba una lección en medio de este mundo?

Lo quería, dice Violeta, pero prefería las ideas de mi padre; y luego no creía que él moría sin duda tan temprano.

¡Pobre digno hombre! Murmuró al Maestro Francisco, abandonado a las angustias del pensamiento y al cansancio del trabajo, no debía contar con la duración de su candela; la quemaba por ambos trozos.

Al hacer camino para la finca en aparcería de Devinière, el Maestro Francisco también se confiaba a Violeta, y le hablaba de sus proyectos para el futuro. Tenía sólo un fin, la libertad de su conciencia; que una esperanza, la independencia de su pensamiento. Esperaba alcanzar, a fuerza de dirección, la impunidad de la inteligencia y del talento. Violeta fue vivamente emocionada y apretaba despacio a su niño contra su pecho; porque se puede haber supuesto bien ya que el chaval no había sido dejado único en la cabaña.

Por otra parte, decía el Maestro Francisco, le quiero darle el bautismo. Encontraremos para él sin duda a un padrino a Devinière. Quiero dar buena suerte a lo que le gusta mejor.

Llegando a casa del viejo Rabelais, el Maestro Francisco, hecho el doctor Hypothadée, dio a su voz una lentitud solemne y un acento un poco nasal que perfectamente le disfrazaban, y le impedían parecerse en nada al del médico Alcofribas.

Si se me pregunta dónde había tomado estos disfraces diversos, responderé que hermano Juan mismo los había tomado, mediante un pistole, en casa de un predero de Chinón, y secretamente los había llevado a la vivienda de la Bodega pintada, en la habitación del Maestro Francisco.

El reverendo padre Hypothadée pues fue recibido por hermano Juan, que le condujo a la habitación del enfermo; en cuanto a Violeta, la hicimos sentar en una habitación del piso bajo, hasta que el viejo Tomás voltea verla. El aparcerero Guillermo no comprendía nada a todo esto, y se preguntaba si se iba a devolver a su propietario en nodriza. No obstante, no decía nada, pensando que todo se hacía de acuerdo con los monjes de Seuillé, ya que hermano Juan des Entommures parecía dirigir todo el asunto. Llevaba con paciencia pues todo, y sacaba provecho de la orden que había recibido de exhibir vino de la bodega y de rellenar los frascos de la mejor, para merendar un poco si el piso se conservaba bien y no olía a moho.

Durante la ausencia un poco larga del Maestro Francisco, el hermano Juan había alegrado los espíritus del viejo gotoso en él contaba historias que se ríen. Le había dicho, entre otras cosas, a la de este campesino el que le fue médico pesar de le, y el que cura a la chica del rey sólo rascándose la altura de las piernas delante de un claro difunto, luego reunió a todos los enfermos de la ciudad y les hizo gritarles a ellos todos que fueron curados, sólo proponiéndoles quemar al más enfermo de ellos, y de poner su ceniza en tisana para la curación de otros. El viejo Tomás reía a carcajadas, porque el acceso de gota fue pasado; Y la seguridad del doctor, que había prometido curarlo, el aspecto nuevo de su vieja habitación, el gran aire ebrio de sol y totalmente perfumado por los olores de la bella temporada, la memoria de su joven tiempo, y no sé cual envidia, cuyo viejo mismo se asombraba, de sacudir el aburrimiento que habían hecho más pesado en su cabeza cubierta del capuchón del hermano Pelosse, todo esto regocija a la buena persona, y, como nada es mejor para los gotosos que de distraerse y de reírse, como la enfermedad de vejez se agrava siempre por la pena, naturalmente resultaba que la orden de Rondibilis ya operaba maravillas.

Dios nos proteja, hermano Juan, mi gran amigo, dice el ex boticario, secando en la esquina de su ojo una lágrima de alegría; veo bien ahora que el doctor, su amigo, es un gran hombre, y que no cura a sus enfermos por pamplinas; creo que los padres buenos de

Seuillé no vendimiarán todavía este año en el cercado de Devinière. Beba por mi salud, mi buen hermano; si me atreviera, bebería una gota: pero, a propósito de gota, no quiero enfadar el mío. ¡Pasará, mi grueso amigo, pasará, nuestro padre en Dios, y entonces haremos queridas heces! Hermano Macé no tendrá nada. Pero he aquí bien mucho tiempo que el doctor Alcofribas tarda en volver; ¿no habría encontrado más a Chinón al reverendo Hypothadée?

Creo más bien que es cansado, y que se reposa: he aquí mucho camino que hace hoy. Entonces, posiblemente, le habrá estado parado a Chinón por algún otro gotoso de buena calidad. Hay que compartir bien con sus hermanos los recursos que Dios nos envía, y usted es cristiano demasiado bueno para querer del alivio para usted sólo. Pero creo que he aquí; mueva, voy a abrirle.

Un momento después, hermano Juan introducía a Hypothadée.

Quién la paz sea en esta casa, dice entrando al teólogo de una voz grave y lenta; vengo por parte de mi docto colega el Doctor Rondibilis Alcofribas, que se quedó a Chinón para cuidar al dueño del hostel de la Lamprea, alcanza repentinamente de apoplejía.

¡Qué! ¡Dicho el viejo Tomás, mi sobrino! ¿El desgraciado peligra?

He aquí sin embargo la continuación de su mala conducta. ¿El doctor lo cree en peligro?... Había previsto bien que todo esto acabaría mal. ¡Vayamos! No necesitaré más desheredarlo, y si muere de eso le perdono.

Pueda al buen Dios, nuestro Señor, punza perdonarle su pecados a una condición tan dura, dice saludando a Hypothadée.

Señor nuestro Maestro, repitió a la buena persona Rabelais, le hice mandar para que usted me saque de toda perplejidad aguda; con el fin de que la naturaleza obre sin obstáculo para mi curación, según el bono querer de nuestro Doctor Rondibilis. ¿Y primero, dígame si no piensa que el bien amontonado durante toda la vida de un hombre le sea una carga pesada a su muerte?

La muerte nos libera de todo, excepto de nuestras malas acciones y nuestros méritos.

¡Por desgracia! Mi padre, precisamente es esto que me asusta. Cuando moriré, habré sido rico, y nuestro Señor gritó: ¡desgracia a los ricos! Es por eso que pensaba librarme de todo antes de morir, con el fin de salvar mi pobre alma por la virtud de pobreza.

Lea a San Pablo, le dirá que la pobreza voluntaria no es nada sin la caridad que lo vivifica.

Es para esto que resolví dar limosna de todos mis bienes a los pobres monjes de Seuillé.

He aquí una caridad que me parece poco caritativa.

¿Por qué pues?

Usted quiere salvarse por la pobreza corriendo peligro de perder a los monjes buenos por la riqueza.

¡Pero, que quiere usted que haga! No quiero más pensar hablar de mi golfo de hijo, y tengo un sobrino que es un mal raro; enriquecerlo sería poner el dinero del buen Dios en la escarcela del diablo.

¡El dinero del buen Dios, dígame! ¡Oh! ¡Oh! ¿El que es esto? ¿No sabe cómo nuestro Señor llama al Dios del dinero? Le nombra *Mammon*, y diviniza de allí de la iniquidad. No conozco, para mí, otro dinero del buen Dios que los treinta denarios al precio de los cuales se lo vendió, y los cuales sirvieron luego para abrir el hostel de la muerte; es Haceldama, el campo de la sangre, la sepultura de los extranjeros.

¿Que dice pues a su vuelta, mi padre? ¡Qué! ¡El dinero pertenece al diablo! ¿Pero no el dinero quién paga la bomba de las iglesias y los sacramentos que se da allí? Porque si está prohibido vender los sacramentos, se los dan gratuitamente a los que voluntariamente dan alguna limosna a la Iglesia santa. Entonces, con el fin de que los fieles no sean embarazados, las tarifas son fijadas por anticipado, y todo se hace para la gloria de Dios.

No lo desconvengo; porque, en mi calidad de teólogo ordinario del papa, soy ante todo el niño sumiso de la Iglesia. Judas fue un gran criminal de vender a su Maestro, porque la Iglesia infalible todavía no había autorizado este comercio. Ejercía sin carta patente. Por otra parte, ahora, como usted dice, no vendemos más a Jesucristo, lo damos para dinero, y es muy diferente; y luego, a estos cambios muy generosos, es la Iglesia santa que pierde, ya que el dinero es sólo estiércol del diablo, para el cual nos da al buen Dios y todas sus gracias.

Usted dice bien, Maestro Hypothadée; ¡oh! ¡Que usted dice bien! Por lo tanto, voy a darles ciertamente todo mi dinero a los monjes buenos, ya que el dinero es sólo estiércol de Satanás: la cuestión era sólo saber si, para mi salvación, de buena gana se harían el palafrenero del diablo. Hermano Macé ya me calmó sobre este punto.

¡Vea la caridad del santo varón! ¿Pero no teme engañar de eso, señor Tomás? ¿Es caritativo, una vez más, de poner a su prójimo en peligro? ¿No tiene miedo que este dinero es un peso la conciencia del hermano Macé?

¡Oh! Tanto se hace falta; que al contrario aceptará de buena gana para su convento, no solamente todo mi dinero contante, pero todavía Devinière y hasta la renta del hostel de la Lamprea; asegura que cuanto más el convento se vuelve rico de bienes, más los hermanos son pobres agudos, y que es allí realmente lo que el Salvador recomienda.

Hermano Macé es, a lo que veo, un conoedor por medio de pobreza agudas. Prefiere que los monjes se embriagan que de tener mala intención, y saca maravillosamente la conclusión del argumento *_qui bene bibit bene dormit_*. Volvamos a su sobrino: ¿he aquí pues completamente desheredado?

¿Y es justo ¿no?? ¡Un borracho!

¡Un libertino!

Sí, que seduce a las nietas.

Y quien no se casa con ellas.

¡Oh bien, sí! Le dejaría sólo de querer casarse con ellas.

¿Le faltaría sólo esto para ser excusable ¿no?? En efecto, el matrimonio repara la ofensa hecha a Dios y a los padres.

¡Padres! ¡Oh bien, sí! La mocita no lo tiene; es una huérfana.

Al cual usted sirvió de padre; me contaron esta historia.

¿Pero es verdad bien que usted él jamás dé?

¿Quién?

La pequeña Violeta Deschamps.

¡La vi con todo lo pequeña, y no creía entonces que creciera para hacerme toda esta pena! Después, no vino una sola vez a ni a Chinón ni a Devinière; ¡mi bribón de sobrino se encargaba de dármele noticias, pero me escondía bien a las que le concernían, el lascivo! Total, me engañaron bien, los solapados.

¿Cómo también encargaba a su sobrino, un joven hombre, un mal sujeto, de ver en su casa a su pequeña protegida? ¿Esto no era enviar al lobo a la jubilación de la oveja?

Mi Dios, nosotros otras criadas gente de Turena, creemos en el mal sólo cuándo llegó.

¿Pero entonces usted lo repara?

¿Qué reparar? ¿Y qué quiere que repare? ¿El honor de una chica? Es una joya que jamás se reconcilia. Por otra parte cada uno debe responder de sus faltas, y tengo bastantes míos. Perdónenos nuestras ofensas como perdonamos a los que nos ofendieron, dicen el padre nuestro.

Pero en todo esto nadie me ofendió, al que sepa.

¡Pues bien! ¿Entonces, por qué le encarga de castigar?

Mi bien me pertenece, señor nuestro Maestro, y puedo hacer lo que me gusta, dice aquí el viejo Tomás impacientado.

Muy bien, señor; he aquí que es hablado. Y si todos los penitentes decían también, punto sería necesidad de tantos doctores para dirigir las conciencias. Hago lo que bono me parece; he aquí que responde a todo en materia de moral. El buen Dios no diría mejor. Usted no necesitaba, en este caso, hacernos venir; voy, por favor, regresar en Chinón y le reenviaré al médico.

No se enfade, veamos: quiero hacer lo que me pertenece el mejor uso posible; y ya que todo nos viene de Dios, es a Dios que querría rendir lo que me vino de él. Aunque huelo es el gran propietario, y sea somos sus pequeños granjeros. Cuando morimos nos hace vomitar, y no nos llevamos nada que un viejo paño, cuando nuestro heredero nos lo da. ¡ Esto está muy triste, doctor!

Sí, triste para el mal rico, y consolador para el pobre Lázaro que debe tener su vuelta y regocijarse, mientras que el otro va a llorar y a rechinar dientes; todo esto es dicho en parábola y se realizará de verdad; es por eso que los sabios que prevén el futuro se horrorizan del bien mal adquirido, y prefieren vivir privados de todo que de morir ladrones.

¿Es pues según su opinión, nuestro dueño, todos los ricos son unos ladrones?

¡Oh no! Porque usted sabe que lo entre en el reino del cielo mientras que pase de camellos por el hoyo de una aguja. Esto es palabra de Evangelio.

Volar es tomar lo que pertenece a otros.

O guardarlo.

Pero muchos ricos no le tomaron nada a nadie.

Muchos guardan del superfluo, mientras que los pobres carecen de lo necesario. ¿Que diría sobre un hermano que desperdiciaría el resto de su pan después de haber comido, mientras que su hermano al lado de él moriría de hambre?

Diría que era un mal corazón, pero estaría en su derecho.

Posiblemente. ¿Pero si su hermano espirante se incorporaba en el delirio de una última convulsión y quería estrangular a su verdugo antes de morir, que diría sobre ése?

¡Oh mi Dios! ¡Usted me da miedo! Pero diría que era una bestia feroz, que hay que encadenar con él y colgarlo.

¿Con todos sus cómplices?

Sin duda, si lo tenía.

Muy bien. Habría que colgar entonces con asesino al que lo habría exasperado y provocado un crimen; pero el hambriento pobre ya habría muerto y se preocuparía poco de la horca; se quedaría, señor, el bello comedor que tendría dinero para pagarse una cuerda nueva. Habría mucho mejor hecho de dar el pan a su hermano.

Doctor Hypothadée, me parece que estas declaraciones tienen no sé que siente la herejía. Sin embargo yo he aquí muy perplejo y trémulo. No quiero en absoluto llegar a la

puerta del cielo con una joroba de camello. Les doy todo a los pobres, y los verdaderos pobres buenos son los monjes, rezarán por el descanso de mi alma.

Y beberán su buen vino por su resurrección futura.

¡Amen! _ no podré entonces justificarles.... ¡Es una cosa triste que la muerte! ¡Oh! ¿El doctor Rondibilis? ¿Dónde está el doctor? Ya regresan; creo que mis accesos de gota van a repetirme.

¿Por qué también piensa sin cesar en estos habladores de *Réquiem*? ¿No le parece que colocar su herencia entre sus manos, es como si usted le daba por anticipado su medida al sepulturero? Dé o más bien restitúyale a Dios su fortuna, algo mejor; ¿pero si todavía le gusta poco la vida, por qué busca a su Dios bajo la figura de la muerte? ¡Viva la juventud, la salud, la belleza, la vida! ¡ Son las verdaderas imágenes de Dios! ¿ Mire este sol, le toma por un hereje? ¿Es católico si nunca se le fue, porque es algo más universal que la luz? ¡ Pues bien! ¿Le encuentra la cara macilenta de hermano Macé? ¿No se ríe mejor que hermano Juan? ¿No es resplandeciente y bermejo? Cada día se rejuvenece y se despierta, como un bello chico, en las ropas blancas de dama Aurora, que lo hace jugar con rosas y le pasa entre los rizos nacientes de sus cabellos de oro una mano totalmente húmeda de rocío; El rocío es la savia de los rosas; su nombre atestigua su parentesco, y el divino rosado del frasco hace reflorar las mejillas y los labios de los viejos. Los rosas de la juventud son bellos ver también sobre las mejillas de las jóvenes chicas y de los chicos. Que hágase como el buen Salvador le gustaba a quien verse rodeado de chiquillos y de jóvenes madres. Decimos que mujeres lo seguían por todas partes, y que abrazaba a los chicos. Esto me recuerda que no vine sólo, y que una joven mujer esperaba abajo para que le guste en hablarle. Es el Maestro Alcofribas quien lo escogió y que le envía a él para cuidarle. Prefirió para esto a otro una nodriza joven y bella, porque ésa sabe cómo hay que cuidar a un viejo que cuida a un pequeño niño de pecho; y luego, por otra parte, se trata de rejuvenecerle, y es a un pequeño hermano de leche que el doctor va darle. ¿El reverendo Dom Buinard quiere decir bien a la joven dama de montar?

Llámeme hermano Juan des Entommures, dice Dom Buinard, respondo sólo a aquel nombre.

Un momento después la joven mujer fue introducida; su belleza y su modestia aparecieron hacer una impresión viva sobre el viejo Rabelais, que en su juventud había pasado para querer mucho a las mujeres. Violeta se apresuró cerca del viejo, acordándose que había querido el bien en otro tiempo de él; pero se abstuvo bien de decirle su verdadero nombre, porque el Maestro Francisco le había hecho la lección en el camino, y se había apoderado completamente de su espíritu.

El viejo no olió sin estremecerse de gusto, sus pequeñas manos delicadas sostenerle la cabeza, arreglando sus cojines detrás de su espalda; Hypothadée, durante este tiempo, tenía el pequeño en sus brazos y desarrugaba su frente magistral meciéndole, como hubo hecho una buena nodriza.

Me parece, dice el padre Tomás, que veo plácida Virgen María venir él misma a mi socorro, y que para remover mis cojines, dio a su hijo a guardar a Sr. San José.

San José está de exceso en el asunto, dice el falso Hypothadée, no soy carpintero de armar, ni novio, ni nada de esto que fuera el gran San José. ¡Pero la joven mujer que he aquí verdaderamente es la imagen viva de la madre de Dios, y este niño! ¿Que dice sobre

eso, buena persona Rabelais? ¿No es hermoso como un verdadero buen Dios recién nacido? ¡He aquí una imagen de Dios más graciosa que hermano Pelosse!
Con vengo con usted que hermano Pelosse no es bello, y veo que usted le conoce. ¡Pero, gran Dios! Pienso en eso; ¡va a volver! ¿Que dirá? ¡He aquí de bellas calaveradas! Cómo impedirlo recoger y explicarle por qué al doctor Alcofribas... ¿Pero hermano Juan se encargará de eso ¿no?, hermano Juan? Y usted, señor nuestro Maestro Hypothadée, usted tiene una lengua dorada, yo cuenta con usted para apaciguarle. Tenga, tome esta llave, abra este cajón, tome en el rincón a la derecha un paquete de pergamino, es mi testamento. Juré le devolvérselo; se lo daremos cuando vendrá, y consentirá de buena gana en todo.

VII

VENDIMIADO POR EL DIABLO

Estábamos de allí sobre estas intenciones menudas, cuando, en el mismo cercado de la finca en aparcería, un ruido horrible oyó oír. Eran gritos asfixiados reforzados por tumultos confusos de cascabeles y de campanillas; con voces que tenían nada humanos se agregaban a todo este alboroto: ¡Hho! ¡Hho! ¡Hho! ¡Brrrourrrs, rrrourrrs, rrrourrrs! ¡Hou, hou, hou! ¡¡Socorro! al socorro! ¡Drelin din din! Un humo que huele lo sufre y la resina entraba al mismo tiempo por las ventanas.

¿El que es esto? Exclamó el viejo Rabelais. Violeta corrió a su niño.

He aquí, no tema nada, dice el Maestro Francisco; no sé lo que significa esta farsa. Resista mucho su pequeño; saco y voy a ver lo que es.

¡Gran San Benito! Dicho hermano Juan, que se había puesto a la ventana; es hermano Macé Pelosse asaltado por una legión de diablos; lo persiguen en el cercado como los del misterio de la tentación persiguen al compañero de San Antonio.

Dueño Francisco avisaba del ojo a hermano Juan para saber si esta broma venía de él; pero doró a Buinard parecía francamente e ingenuamente asombrado primero, luego el rojo de la cólera le montó a la cara.

¡Saquean la viña! Exclamó. Espere, espere, bandoleros de diablos, le daré a las orejas y le aplastaría los cuernos. ¿Dónde está mi palo de la cruz?

¡Hermano Juan! ¡Hermano Juan! ¡A mi socorro! ¡Misericordia! Gritaba de una voz lánguida y desesperada a hermano Pelosse, cercado por los diablos y que tropezaban a través de las cepas derribando los rodrigones.

Hermano Juan, mi amigo, decía el viejo Tomás, Maestro Hypothadée, mi padre espiritual, vea aquí mi grueso libro de horas, apórteme a él, cierre bien la puerta, quédese cerca de mí, y recitemos juntos alternativamente los Salmos de la penitencia.

¡Penitencia! Dice a hermano Juan; será el tiempo de hacerlo cuando el piot carecerá de nosotros el año próximo. ¡Viva Dios! ¡El bello cercado de Devinière! ¡La viña que alimenta la Bodega pintada, el mejor vino de Turena! Los diablos no lo asolarán impunemente; ¡lo juro por el honor de San Benito! Maestro Hypothadée, quédese aquí para calmar a Maestro Tomás; póngase solamente a la ventana y míreme hacer, usted va a ver como oigo los exorcismos.

Diciendo esto, pone su hábito en bandolera, agarra su palo de la cruz que era cordiforme de serbal, se precipita fuera de la habitación, y casi en el mismo instante lo vemos caer en el cercado como el rayo. Los diablos que perseguían a hermano Macé eran todo caparazón de pieles de lobo, de terneros y de arietes, paseantes de hueso de carnero, de cabezas de perros, de chatarras, de cadenas y de utensilios de cocina; fueron ceñidos por correas gruesas de las cuales colgaban de gruesas címbalos de vacas y campanillas de mulos, valoraban en mano y agitaban en el aire de palos largos y negros llenos de cohetes; otros llevaban tizones largos encendidos sobre los cuales ponían de cuando en cuando puñados plenos de azufre y de resina a pólvora. Eran la gente del señor de Basché quien, a instigación de su dueño, hacía este monje, y había venido para esperar al monje sobre el camino de Seüllé, cerca del cercado de Devinière, en la que el hermano Macé buscaba vanamente un refugio. Pues allí pisoteaban la viña, rompiendo los botones, derribando las cepas, ahumando y haciendo amarillear el pámpano, cuando hermano Juan, más formidable que Sansón armado de la mandíbula de asno, se arrojó sobre ellos sin decir estación, y que llamaba sin razón a través de, era pesada como plomo y tupido como delgaducho, envió a los primeros a los que encontró con la cabeza abajo y los pies abrigo la cabeza, rastrillar las piedras con su dorso. Hermano Pelosse más muerto que vivo había caído la cara contra tierra y no se atrevía más a levantar la cabeza, hermano Juan des Entommures salvó valientemente por encima él dio y con una nueva furia a los desgraciados diablillos, que comenzaban a huir y a mirar del lado de vino de Oporto. El palo de la cruz que se arremolinaba en el aire como el ala de un molino, parecía llamar por todas partes a la vez, de aquí, de ahí, de estuco, de talla, en las cabezas, en los brazos, en las piernas, en las barrigas rellenas de estopa, en las uñas que llevaban las antorchas y las antorchas, haciendo robar la madera en pedazos y el fuego en nubes de chispas; a unos colgaba pasando su nariz postiza y descubría la cara chata de un pleutre, a otros ellos derribaba los cuernos, y que quitaban su peluca de cerda, desnudaba el cráneo calvo de un cocinero cuya mujer tenía amantes. Las campanillas tocaban seco bajo el hornos, como armaduras al asalto cuando llueve unos leños y piedras; uno que huye apreciando dos manos su cabeza; el otro que brincaba sobre una pierna y hacía mueca lastimosa, se iba gritando su rodilla; el otro se le esquivaba a cuatro patas y recibía del pie del hermano Juan un argumento a posteriori; Otro el que quería subir sobre un árbol, se consideraba en briscada por el palo terrible, que le alcanzaba a falta de su altura de calzas; ¡ era una derrota general! Diablos jamás fueron tan bien apaleados.

El campo de batalla, fue cubierto de máscaras, de tizones apagados, de antorchas quebrantadas, de cuernos rotos; los fugitivos derribaban sus pieles de bestias para correr más rápidamente, varios echaban sangre por las narices y se embadurnaban toda la figura queriendo secarse; algunas muñecas fueron pisadas, algunos huesos magullados, algunos sesos asombrados; ¡ no está en absoluto de victoria sin carnicería, cuando es la fuerza que triunfa! Hermano Juan verdaderamente daba el aire de Alcide. Rojo y al chorrear la frente un sudor noble, los ojos chispeantes de relámpagos, la boca soberbia y sonriente de desdén, respetaba la viña indispueta en los esfuerzos más grandes de su cólera, y que sabía dirigir sus golpes para no alcanzar a la joven anche a medias quebrantada. Aseguramos que fue menos atento para la espalda de hermano Pelosse, y que protegiéndolo de exceso cerca, dejó algunas veces su palo olerle las costas: El pobre Macé, que murió ocho días después de apartamientos de su sobrecogimiento, jamás habló de esta circunstancia y se encontró entonces demasiado feliz de ser librado, para enredar así sobre los excesos de celo del monje y sobre los tropiezos del palo libertador.

He aquí ahora, si usted quiere el saber, cómo había sobrevenido este algarada.

El señor de Basché era un vividor, una especie de conde Ory, que conservaba las tradiciones de Villon, y hacía reflorar a los compañeros de la franca libé. Grande gastoso, comía como Panurge su trigo en ciernes, y que jamás pagaba sus deudas, a menudo andaba en dimes y diretes con una joven. Los que querrán saber cómo les trataba tienen que sólo releer atentamente los capítulos 13, 14 y 15 del cuarto libro de Pantagruel. Vivía por muy bastante mal con los monjes de Seuillé, con los cuales tenía proceso, pero si era uno al que detesta por encima ellos todos, era sin disputa este hermano Macé desgraciado. Podemos juzgar de su asombro y al mismo tiempo de su alegría maligna cuando este monje, engañado por un mensaje falso de hermano Juan, llegó al castillo de Basché, y dice que venía para oír la confesión del señor. Los criados quisieron primero echarlo riéndosele en las barbas, pero el señor mismo de Basché abrió su puerta, e introdujo al monje en su gabinete; luego, so pretexto de ir a prepararse en el oratorio, vino para reunir a su gente en el patio, les dice disfrazarse diabólicamente e ir a esperar al monje cerca del cercado de Devinière; entrante, luego cerca del hermano Macé, se excusó por confesarse, alegando que los diablos lo atormentaban y echaban de su memoria la memoria de sus pecados.

Si usted quería consagrarse a mi sitio y responder para mí a los malos espíritus, encontrarían a quién hablar, y serían obligados a huir en el mar Muerto. ¡Porque jamás se atreverían a asaltar a un personaje por muy santo!

Hermano Macé, halagado en su amor propio de santo varón, se empeñó un poco inconsideradamente; el señor de Basché entonces lo agradeció, lo festejó, ordenó que se le había hecho comer y beber, y en sus alimentos hizo mezclar polvos capaces de exagerar los efectos naturales del miedo que le había preparado al pobre frocard, luego lo devolvió muy satisfecho, y no esperando nada menos que lo que debía encontrar.

Mientras que hermano Juan derribaba así las fuerzas del infierno, el viejo gotoso, muy tembloroso, decía a doctor Hypothadée falso:

¡Déme la absolución, nuestro amo, van a venir para buscar mi pobre alma! ¡Oh! ¡Cómo querrían tomar más bien a la de hermano Macé! ¡ Mi pobre cercado! ¡Mis bellas viñas! ¡Me arrepiento, *confiteor!* Hice mal de dar mi bien la hora estos monjes. ¡Vea qué compañía traerán en mi cercado, y para qué será la vendimia! ¡Acerquese, mi guapa, protéjame, con su chico inocente! ¡Maestro Hypothadée, sálvenos! Rehago mi testamento en su favor, si usted exorciza a estos diablos, no quiero perjudicar a nadie: convierta a mi tunante de sobrino, y le daré la parte, solamente, para Dios, librenos.

¿Usted quiere, dice el Maestro Francisco, hacer todo lo que le diré?

Diga rápidamente, y que estos diablos se vayan. ¡Oh! Mi Dios, oigo gritos y lamentos; retuercen el pescuezo sin duda a hermano Juan y a hermano Macé.

Tome a este chico en sus brazos; ¿ cree ¿no?, a la virtud de la inocencia contra el infierno?

¡Creo en eso, creo en eso! Pero haga rápido.

¿Que va pues a hacer? Dice Violeta.

Usted va a ver, respondió Hypothadée; es un encanto infalible para echar al diablo de las casas, e introducir allí la gracia de Dios. Maestro Tomás, recítenos su *credo*.

De buena gana.

Y el viejo Tomás pronunció toda la fórmula.

El Maestro Francisco, acercándose entonces a una pila, mojó allí sus dedos, y, sacudiéndolos tres veces sobre la frente del niño:

Tomás Francisco, dice, te bautizo en nombre del Padre, en nombre del Hijo y en nombre del Espíritu Santo.

Luego, repitiendo el nuevo bautizado de los brazos de su padrino improvisado, y que lo eleva como una imagen santa;

He aquí, dice, cómo el buen Dios se muestra a los hombres; adore al hermano recién nacido del Salvador.

De momento el ruido había cesado en el cercado, todos los diablos eran en fuga, y hermano Juan se ocupaba de hacer mojar ligeramente con aguardiente las contusiones de hermano Macé, el cual, por ciertas razones, debía también hacer cambiar la camisa y las calzas.

El viejo Tomás fue conmovido hasta las lágrimas; se admiraba, y se inclinaba de mejor que podía delante del pequeño ángel que le presentaba el Maestro Francisco.

Usted ve, le dice el doctor, que acaba de salvar su viña, y que los diablos no son allí más. ¿Maldiría a su sobrino, si le hubiera prestado tal servicio con una inocencia igual? ¡Oh! ¡El raro! ¡Respondió al padre Rabelais, que es él todavía un chico inocente como éste! ¡Decir que lo vi nacer!... (Y aquí la voz del viejo se ablanda.) Creía que a falta de mi golfo de hijo esto sería él quien me cerraría los ojos... Sra he aquí sólo ahora y no quiero más pensar hablar de mi hijo, ni de mi sobrino, ni de hermano Macé... ¿Cuál es el padre de este querubín?

Su padre murió, dice Violeta, bajando los ojos.

¡Pues bien, lo adopto! Para que continúe protegiendo mi casa contra el infierno. ¿No, Maestro Hypothadée? Ya soy su padrino, y no quiero defendérmelo; haré más, seré su padre adoptivo. No sé por qué gusto, y me parece que mi corazón es totalmente removido a su vista. Por otra parte, echó al diablo de aquí, es justo que la casa le sea un día. Bien se lo había consagrado a este hermano Pelosse maldito, que acaba de traer a eso todo el infierno.

Le apruebo, dice Hypothadée, hechas rápidamente, porque los diablos volverían posiblemente. Escribamos en dos palabras su voluntad, para poner todos sus bienes bajo la salvaguardia de la infancia santa. Tenga, he aquí vitela y tinta; yo haré la fe de bautismo.

Escriba usted mismo (a), firmaré, dice el viejo Tomás. Tuve tanto por miedo de estos diablos, que tengo la mano totalmente temblorosa.

El Maestro Francisco se echó a escribir.

Un instante, dice Tomás Rabelais cambiando de opinión; ¿de quién este niño es el hijo? De Dios, dice gravemente Hypothadée. De Dios, que acaba de adoptarlo por el bautismo, y del Maestro Tomás Rabelais, que le adopta por religión, y para santificar su vida, elevando a un niño de Dios, que recibió el bautismo entre sus brazos. Valore, he aquí el acto, firme.

Pero hermano Juan no vuelve, observó el viejo.

El caso es que los diablos posiblemente no son alejados todavía bien, o posiblemente lo guardan en rehén.

De momento llamamos a la puerta bastante mucho de la habitación. El viejo Tomás se estremeció.

¿El cerrojo es puesto? Dice sobre una voz pasmada. No abra, les son.

¿Quién está allí? Dice a Hypothadée.

Es hermano Macé y su compañía, respondió de fuera hermano Juan imitando su voz.

¡Atrás! ¡Atrás la compañía! Exclamó el viejo gotoso. Me le consagro a la Virgen Santísima, representada por esta joven madre, le doy todo a este pequeño ángel, y al que su inocencia nos protege. Dé rápidamente, voy a firmar.

Pero abra pues, gritaba el hermano Macé con un acento lastimero.

Rápidamente ahora, mi padre, deme la absolución, dice el viejo; ¿satisfice para mis pecados, que todavía me queda hacer?

Bendecir a su sobrina y abrazar a su pequeño sobrino. Su bien no sacaré a su familia.

¡Lo que tiene que decir! Exclamó el viejo Tomás totalmente asombrado.

¡Pero abra pues! ¿Murieron? Gritaba a su vuelta a hermano Juan de su voz natural.

¡Oh! Es nuestro amigo hermano Juan, dice Hypothadée. Estamos en paz con Dios y con los hombres. Ahora podemos abrir.

VII

EL ANTIGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO

Hermano Juan, en actitud de triunfador romano, su palo de la cruz sobre el hombro y el sujetando de una mano el hermano Pelosse pobre, entró en la habitación, haciendo un gran ruido de tocatas.

¡Baoum! ¡Baoum! ¡Flauta! ¡Tonelete! ¡Tonelete! ¡Sitio al vencedor del Filisteo y a su ejército! No mire para esto la mandíbula de hermano Macé; para vencer a los diablos de infierno no jugamos la mandíbula: ¡es el palo de la cruz qué los echó con la ayuda de las buenas oraciones del Maestro Tomás aquí obsequio y del gran doctor Hypothadée!

Von, von, vrelon, von, von, hablaba atropelladamente a hermano Macé, queriendo hablar y temiendo escupir sus dientes.

¡Atrás! ¡Atrás! Gritaba al viejo Tomás; usted, siente el tostado. ¡No me toque, usted saca uñas del diablo!

Dios nos esté en auxilio, dice Maestro Francisco; valore bebes este vaso adivinador fresco, nuestro hermano, esto le fortalecerá el corazón y le soltará posiblemente la lengua. Pero hermano Macé que había percibido Violeta y su niño, hizo intento de querer salir, y, como nadie le retenía, volvió sobre sus pasos, se abandonó pesadamente en una butaca con suspiros que ponen en movimiento las vigas, juntó las manos naciendo hacia el cielo de las miradas desconsoladas, y miró a dueño Tomás con furor.

¡Vea, vea, doctor Hypothadée, nuestro Maestro, es todavía hechizado! Respiró diablillos; me parece que lo veo sacar por sus ojos, por su nariz y por sus orejas. No lo deje, hermano Juan, él resista mucho; ¡tengo miedo que se echa sobre nosotros! Aun vi a un cristiano tan feo. Va a darnos alguna suerte. Maestro Hypothadée, cántele una palabra de exorcismo. Debe haberse vuelto herético para que el diablo se le ate así. Hágale besar mi relicario.

¡Eh! No, decía Maestro Francisco, hermano Macé es buen cristiano, renunció a Satanás, a sus bombas y a sus obras; prometió y todavía lo hace castidad, obediencia y pobreza; ¿no es verdad, señor mi hermano?

Hermano Macé avisó de la cabeza que era verdad.

¿Al que le querían los malos espíritus? Continuó al doctor Hypothadée; no es pagano ni judío y cree en la Escritura santa. Respeta el Antiguo Testamento y cree en todas las promesas ello contenidas; ¿pero prefiere el Nuevo, y se adhiere de todo su corazón a todos los artículos que cierra, no es verdad, hermano Macé? Hermano Macé que se ahogaba para decir sí, y esputando sangre dos o tres veces, avisó todavía de la mama que era verdad.

El Antiguo Testamento, dice el doctor Hypothadée, es sólo una figura de los bienes que vienen, es la convocatoria de las promesas entre las que se hicieron indignos aquellos a los que fueron hechas. El segundo, es la reconciliación del padre con su familia, es la adopción del hombre nuevo, es el niño devuelto legítimo de la mujer por la destrucción del pecado original; ¿usted lo cree como mí, y usted lo aprueba de todo su corazón, no es verdad, hermano Macé?

Es ¡Verdad! tosió hermano Pelosse que se había decidido a tragarse un vaso de vino.

Oh bien, dice el reverendo Hypothadée, veo que nos entendemos y que usted es buen cristiano. Se lo hago decir, para calmar a Maestro Tomás a quien su aventura de hoy con los diablos parece haber causado escrúpulos. No me fío de usted, porque le conozco de reputación y soy sobre que lo que acabo de decir sobre ambos Testamentos, usted estaría dispuesto a firmarlo.

De mi sangre, masculló a hermano Macé buscando una segunda vez la saliva roja de sus encías.

Lo creo por cierto de todo mi corazón; ¡pero se lo probaremos a aquellos qué podrían no fiarse de eso, con el fin de que este asunto de diablura que va a hacer ruido en el país, converse a persona de escándalo, haciendo sin razón sospechar de la fe de un monje muy venerable, De Ahora, sabidos! He aquí lo que escribo y lo que usted va a firmar:

« Yo, hermano Macé Pelosse » (y a medida que el Maestro Francisco pronunciaba Estas palabras, los escribía sobre el mismo revés del pergamino que Viejo Rabelais acababa de firmar) « monje y procurador de la abadía De Seuillé, con el fin de que nadie sospeche de mis intenciones, lo declare Presencia de, etc. (aquí fueron nombradas las personas presentes), que Creo en la existencia de dos testamentos, la Antigua y la Nueva: yo Reconoce que el Antiguo era una figura y contenía promesas y Amenazas de un padre que quería devolver a sus niños; creo que Nuevo Testamento revocó el Antiguo, y rindió al hijo del hombre Pecador, lavado por el bautismo de los pecados de su padre, todos derechos a La herencia del padre de familia, haciéndolo miembro de la sociedad de Cristianos y de la Iglesia santa católica, apostólica y romana, En la fe de la cual quiero vivir y morir. »
¿Que dice sobre esta fórmula?

La firmo con los ojos cerrados, chapurreó hermano Pelosse, la gloria de San Benito y la confusión de todos los diablos.

¡Amen! Dice a Maestro Francisco tendiéndole el pergamino y presentándole la pluma. Hermano Macé releyó la profesión de la fe de los ojos y lo firmó.

El viejo Tomás, que había comprendido todo este apólogo, no pudo retenerse de reírse.

Nos cogemos pues en lo que dice el Nuevo Testamento, dice mirando Violeta.

Sin perjuicio, no obstante, del respeto que se debe al Antiguo, dice hermano Pelosse con esfuerzo.

Ciertamente, dice Hypothadée, y que agarra sobre le ruega dios cerca de la cama dos grueso entregar conectados otra vez en pergamino gótico, puso en uno la donación hecha anteriormente todos los bienes del viejo Tomás a los monjes de Seuillé, y en el otro lo escribe a favor del hijo de Violeta, firmando por Rabelais el padre y refrenda por Macé Pelosse.

Respeto al Antiguo Testamento, dice presentándole el primer volumen al procurador de Seuillé, creemos que nosotros lo honramos como lo merece, devolviéndolo entre sus manos. En cuanto a nosotros, el Nuevo Testamento basta para nosotros, añadió devolviendo el segundo volumen con escrito que contenía, en las manos de Violeta.

Hermano Macé, sospechando un poco tarde algo, abrió precipitadamente la Biblia que se acababa de devolverle: el primer testamento de Tomás Rabelais cayó de allí, a la estupefacción del monje. Los pedazos de risa de los asistentes le hicieron adivinar todo el resto. A esta vista, a este pensamiento, olvida todos sus dolores; se levanta, pinta de verde, sus ojos llamean; no sabe al que ponérselo primero: El Maestro Tomás es asustado por anticipado por el sermón que su antiguo confesor va a hacer.

¡Hermano Juan, usted me engañó! Exclama por fin Pelosse con explosión...

Pero, a esta primera palabra, se para, se retuerce, él mismo se repliega.

¡Oh! Soy envenenado, exclama con una voz que sale apenas del gáznate.

Usted no es él único, dice hermano Juan haciendo intento de taparse la nariz, y me mismo es quien me seré engañado, cuando creí que yo le hube hecho cambiar en seguida de ropa blanca.

¡Llévelo! ¡Llévelo! Gritó a todo el mundo todo con una voz.

Ahora, dice Maestro Francisco o Maestro Hypothadée, como querremos llamarle, abrimos a nuestra vuelta el libro que escogimos, y hacemos una pequeña lectura.

Abriendo entonces el volumen en el lugar que había marcado deslizando la fe de bautismo del pequeño Francisco, leyó con una voz distinta y las más dulces inflexiones la historia del niño pródigo. El viejo Rabelais atentamente lo escuchaba, y hasta secó una lágrima que deslizaba en la esquina de su ojo.

Gracias, dice a Maestro Hypothadée apretándole la mano; comprendo lo que usted quiere decir; usted verdaderamente es un hombre de Dios, y usted me puso hoy en gran paz conmigo. Usted me hizo un hijo al lugar del mío que se perdió; le agradezco por eso, y me siento alegre como el padre de familia de la parábola. Me considero rejuvenecido de diez años, y el doctor Rondibilis tenía razón cuando hablaba de rejuvenecerme. ¿Pero por qué pues no viene? Decimos que cuida a mi sobrino que está moribundo. Envíele a alguien a Chinón decirle a mi sobrino que muera en paz y que le perdono; pero sobre toda cosa que se me devuelve aquí al doctor Rondibilis Alcofribas.

Debo decirle la verdad, repitió humildemente a Hypothadée: esto no es cerca de su sobrino que está ocupado de momento mi amigo sabio médico Alcofribas: cuida en un sotabanco de Chinón a un pobre viajero llegado últimamente de Anjeo en la tripulación más lastimosa; es un pobre huérfano de la religión quien lo desconoció, y de la casa paternal que le rechaza; es un niño pródigo quien pregunta en cuál condición podría esperar el perdón de su padre.

A este discurso, la frente del viejo se había oscurecido:

Qué me pruebe sentir arrepentirse por una mejor conducta, dice, y lo recibiré posiblemente; ¡qué estudie y qué se haga un médico como Rondibilis, o un teólogo y un sabio como Hypothadée, y lo recibiré con los brazos abiertos!

Que no quede por eso, dice Maestro Francisco.

En seguida, derribando su peinado de sorbonista y su vestido superior saca de su bolsillo una barba blanca y quevedos, he aquí el doctor Rondibilis, dice; usted acaba de ver a Hypothadée, y ahora, añadió quitando el resto de su atavío y su barba postiza, he aquí el pobre Francisco Rabelais, que se echa a los pies de su padre, al que no mereció la furia.

¿Que hizo entonces el Maestro Tomás? Justamente lo que había hecho bien antes de él el padre del niño pródigo. Lloró de alegría, abrió sus brazos, y abrazó tiernamente a su hijo. Todos los asistentes fueron emocionados por esta escena como convenía al ser; hermano Juan lloraba riéndose y se echaba un gran vaso de vino, cuando un nuevo personaje al que no se esperaba se precipitó en la habitación; y quedó totalmente asombrado y como petrificado delante de este grupo de reconocimiento mutuo, de paternal alegría y de regocijo filial.

IX

LA DOTE DE LA DIVINA BOTELLA

El ruido de la invasión de los diablos en el cercado de Devinière ya se había difundido a lo lejos a la redonda, y el sobrino del Maestro Tomás había sido instruido de eso uno de los primeros. No ignoraba tampoco la presencia de Violeta Deschamps y de su hijo cerca del enfermo, porque no se alejaba apenas aquel día de la morada de su tío, atraído el que era por no sé cual olor de testamento que le daba apetito. Aprovechó pues desde el momento en que el aparcerero el gordo Guillermo, todavía totalmente revuelto por lo que acababa de efectuarse, abandonaba a pesar de él de sus costumbres de salvajismo y dejaba entrar al cercado a la muchedumbre de los vecinos acudidos al ruido del combate; sacó provecho de eso, digo, para deslizarse entre los curiosos y llegar inadvertido hasta la habitación de su tío, donde precisamente entró como el padre y el hijo se abrazaban.

¿Y yo pues? ¿Y yo? Gritó a Jerónimo. Me es opinión que llego a propósito, y ya que se abraza aquí, punzando necesito llorar mucho tiempo mis pecados y gritar misericordia.

¡Oh! ¡Botella santa! ¡Como el doctor es rejuvenecido! Encantado de verle, primo; no le habría reconocido. ¡Pues bien! ¡Mi tío, a mí vuelta ahora! ¿No quiere abrazarme?

Pare, señor, dice el viejo Rabelais lloroso y risueño, la mitad severa, la mitad a la vez de haber visto de nuevo a su hijo, porque el sentimiento paternal acababa de despertarse y de manifestarse tanto más vivamente en su corazón, porque lo había comprimido más tiempo; pare, le dice a su sobrino mostrándole Violeta; póngase primero en rodillas

delante de esta mujer encantadora y trate de obtener su perdón, si usted quiere tener el mío.

De verdad, mi tío, no tengo otro deseo; y puede decirle que le ofrecí para casarme con él; me negó con desprecio: ¿que quiere que le diga?

En rodillas, te digo, y pídele perdón.

No tengo que perdonarle nada a señor, dice Violeta; si cree que él hace algo para mí casándose conmigo, tengo el derecho a agradecerlo y a no aceptar lo que vería beneficio. Me gusta dar más que recibo, y jamás aceptaré la mano de un hombre a quien no podría dar mi corazón en cambio. La gente dirá que soy deshonrada porque no ganaré el perdón su estima al precio de la mía, pero creo más mi conciencia que el mundo, y me entristeceré poco de ser deshonrada para él si soy honrada por ella.

¿Entiendes, golfo, como habla? ¡Pero es pues una hada o una princesa disfrazada quien este tesoro de pequeña mujer! ¡Imbécil! ¡Qué había encontrado una sortija por muy hermosa en su dedo y qué le perdió!

No lo merecía, dice el golfo un poco conmovido.

He aquí por lo menos una buena palabra, dice el viejo Tomás.

¡Perdón! ¿También, por qué es tan severa después de haber sido por muy buena? Continuó a Jerónimo: tiene como más aguda que yo, lo veo bien. No soy menos un bonachón; si quiera sólo ponerme en sus rodillas para hacer la paz, lo haría muy en seguida; pero ya probé y no conseguí. El doctor, o más bien el primo, porque aunque veo es la misma persona el primo pues me había prometido hablar para mí...

Y es lo que hice, dice Maestro Francisco: Violeta me respondió que si usted estuviera desgraciado y abandonado de todo el mundo, todavía se le consagraría.

Dijiste... ¿Dijo esto, señorita Violeta? ¡Oh! Tenga, crea en mí si usted quiere, soy mal sujeto, es posible; ¡pero no tengo un mal corazón!... ¿Por qué no quiere llamarse Sra Rabelais? Usted sabe bien como el mundo es tonto. Si esto no es para mí, haga esto por lo menos para ti. Le dejaré tranquilo mientras usted quiera, y hasta no entraré jamás en su casa si usted no me lo permite... ¿Tenga, ve bueno he aquí ahora que las lágrimas me vienen con los ojos pues soy tonto también, yo? Pues bien, tanto peor: tengo tiempo de ser un tuno, quiero ser honrado hoy... Véase, hace falta que se lo diga tenía primero ideas interesadas hablándole de matrimonio; porque verdaderamente soy un pedante y jamás supe lo que usted valía... ¡Pues bien! Tenga hoy, Violeta, nada que de verse tan dulce y tan bella, con este pobre querubín que debía llamarme su padre esto me revuelve todo el corazón hechas a mí lo que usted querrá, Violeta, y lo que mi tío le da todo; ¡usted lo merece todavía más! Si usted quiere mi nombre, se lo daré; pero usted será libre de echarme a la puerta como un perro embarrado, si no reparo por mi conducta todas mis culpas hacia usted... Violeta, su mano solamente en signo de perdón, y que me esté permitido ser padre por lo menos una vez y abrazar a nuestro querido niño.

Violeta lloraba y miraba a Maestro Francisco.

Acepte por lo menos su promesa, dice sonriendo el ex médico Rondibilis, y dele poco tiempo para corregirse. Ya que usted es mejor que él, es a usted le debe de la indulgencia: el buen Dios nos espera bien, él: ¿por qué no esperaría a Jerónimo?

Pues bien, eso es dice el viejo Tomás, corrígete, mi chico, y veremos más tarde. Sra Violeta no te necesita, por otra parte, para dar un nombre en su pequeño: ¿se llama Francisco-

Tomás Rabelais, entiendes? Y si no eres digno de servir para él de padre, es a mí quien quiero ser el suyo. Trata de hacer bien a la Lamprea, vigila un poco más tu farmacia; pero sabe bien que todo esto pertenece a Sra Violeta, que te dará allí parte si te vuelves sabio. Haz en suerte, por fin, que todavía pueda quererte. Porque para darle a un marido en pintura, gracias por ella, mi grueso; el matrimonio da siempre derechos, y más bien que de desposársela a un corredor y a un borracho, yo mismo me casaría más bien con él.

¡Viva, el padre Tomás! Dice al hermano Juan. Nosotros todos bailaremos a la boda. Creo, de verdad, que bailaré allí también, dice el padre Rabelais, tanto soy regocijo reencontrándome en familia. ¡Oh! ¡Mis golfos de niños! ¡Mon Franciot! ¡Mi bella pequeña Violeta, a la que querría tan desde hace tiempo, si lo había conocido antes! ¡Y tú mi pequeño recién nacido! Usted he aquí toda cortadura, muy sustentadoras y la sonrisa sobre los labios; ¿cómo todavía sería enfermo? ¿No vamos más a separarnos ¿no?? ¡Es sin embargo el pobre Francisco que nos devolvió todos felices! ¡Y yo qué escuchaba los informes de estos monjes falsos de la Basmette! Vea como aumentó, el golfo; ¡y como tiene el aire maligno! Se me parece un poco ¿no?, pero se parece más a su madre. Sépase que es médico como Santo Tomás, y teólogo como Hipócrates... No tan hecho... ¡No sé más lo que digo y embrollo todo, mientras soy alegre! Todavía abrázame a mi gran hijo.

¿Esto, que haremos para él? ¡Por desgracia! No podemos casarlo ni dotarlo; pero ya que no está más en el convento, podemos darle algo.

Cuento bien allí, dice el Maestro Francisco: deme totalmente su amistad.

En cuanto a quedarse aquí, esto no es posible en absoluto; soy conocido en el país, no de figura, pero de nombre, los monjes podrían proseguirme allí. Por otra parte soy médico sin haber tomado mis grados, y no quiero que un asno aprobado por alguna facultad poco difícil venga tratarme para de charlatán. Me voy mañana a Montpellier, dónde espero que le haga honor a mi familia y a mi nombre. Si usted quiere probarme su bono querer, concédame solamente a perpetuidad un pequeño sitio a la Cava pintada y aquí, en Devinière; pero consérveme siempre una botella de la mejor y de más recién.

No faltaremos allí en absoluto, dice Jerónimo; y quiero que la botella sea hecha a propósito y permanezca siempre expuesta como una reliquia en el lugar más noble de la bodega. La haré guarnecer cinceladuras y pinturas; será célebre en todo Chinón, y, antes de que sean algunos años, quiero que haga milagros.

Lo hará, dice hermano Juan; ¡reconciliará a los padres divididos por interés, rejuvenecerá a los viejos, gaudira y regaillardira el humor de los gotosos, acercará a los enamorados, incluso vendrá posiblemente hasta resucitar a los muertos! Consolará a los viudos y será la mujer de los solteros; pero es el cercado del padre Tomás que abastecerá la dote.

La idea es bella, dice el Maestro Francisco, y la Cava pintada debe ser más célebre en lo sucesivo que el santuario de Apolo Delfico; porque es el buen vino que descubre la verdad, y por lo tanto devuelve oráculos. ¡Sea pues el divina botella mi fortuna y mi novia! Tiene abrazos que jamás engañan, sus amores jamás carecen de calor, su glou glou, jamás de franqueza. Es en sus vapores dulces que dejaré el cuidado de disipar las nubes de la ciencia y de la filosofía. ¿El vino no es hijo de la luz? ¿No allí el rayo del sol devuelto potable que buscaban todos los alquimistas?

Cuando de todos los primeros semillas
Todavía dormían bajo un limón cenagoso,
Cuando del caos el abrigo tenebroso
Flotaba sobre el agua de las charcas de ranas frías,
Sobrevino el amor, que embriago el caos
Y de néctar embadurnó el trono.
El viejo dormilón entonces se volvió borracho,
Y de la tierra separó las aguas.
Para guardarlos más tiempo sin beberlos, los saló, si se cree la historia.

Así nació este abismo de los mares,
Que vive más tarde nacer Venus, más bello
Que su azul, y a menudo más cruel
Que la tormenta y los precipicios amargos.
¡Todavía una sorpresa! Exclamó el viejo Rabelais maravillado. ¡Mi hijo es ni siquiera teólogo y médico, todavía es poeta, y hace hacia por muy hermoso como los de Maestro Villon!

Hago, dice el Maestro Francisco, mucho más; sé hacer la cuerda fina, trenzar del junco, cortar la viña, escurrir el queso y descascarar nueces. ¿ Pero a propósito de eso, no es el tiempo de poner la mesa? Vamos a cenar en familia, y mi estómago será curado para mi viaje de mañana. ¡Señor mi muy honrado padre querrá ser el rey del festín, Violeta será la reina y hermano Juan será botellero!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

La TERCERA PARTE

EL VIOLINISTA DE PUEBLO DE MEUDON

I

UNA TARDE A LA CASA DEL CURA

Era el pie más bello de la viña que se hubo visto desde Noé, torcido, nudoso y vigoroso como los miembros del viejo Atlas; él mismo parecía estrujarse para hinchar más abundantemente sus uvas; adosado a la vieja pared negruzca y musgosa que todavía decoraban acá y allí algunos pedazos de columnas, cedía bajo sus ramas poderosamente atadas y desplegadas en abanico, sombreadas apenas por algunas hojas aclaradas; colores amarillo como el oro o rojos como el vino, sus racimos plenos, rollizos y prensados las unas contra otros, se parecían en el seno de la naturaleza con sus ubres innumerables. Las unas a medias escondidas bajo lo que se quedaba de hojas, eran frescas, rollizas y floridas, otras menos vergonzosos y más arriesgados al sol, soltaban sus granos puestos moreno y a medias hendidos donde brillaba un jugo más dulce y más rubio que una miel. Parecían azucaradas al ojo, y nada que los ve se los saboree en idea.

Esta vid, el Maestro Francisco lo había plantado, ella venía del cercado de Devinière y se había aclimatado en el pequeño jardín de la casa del cura de Meudon. Sobre la pared sombreada por sus ramas, el lagarto por la tarde correría deslizándose como una flecha a través de las hojas, o dormía a los rayos tibios, levantando con voluptuosidad su pequeña cabeza de serpiente; el caracol, llevando concha en la espalda como un bello pequeño peregrino de Santiago, se paseaba arrastrando allí su cola; las moscas canturreaban, las aves revoloteaban, sin que alguien quiera a asustarles, porque todo el mundo era bienvenido en la casa del cura de Meudon.

Cerca de esta viña, bajo una cuna formada por ramas de lila y de las matas de hiedra, una mesa fue levantada. Sobre esta mesa, veíamos todavía un plato de frutos, una copa medieval del bueno viejo tiempo y una gran pinta a medias plena de sidra, porque el buen cura casi reservaba siempre su vino para sus enfermos; luego escribía, hojas dispersas y un bastante grueso cuaderno sobre el cual, tiene hubo podido leer en escritura bella y grande:

LAS AVENTURAS DE PANTAGRUEL

LIBRO QUINTO

Un hombre fue sentado a esta mesa. Era un sacerdote de estatura bastante alta, en la frente ancha y entrecana, en la mirada maliciosa y dulce, su barba cortada en horca descendía entre ambas puntas de su alzacuello siempre blanco, pero un poco acurrucado. Fue vestido de una sotana abotonada a la mitad, un broche puesto un poco de defecto, se le echaba sobre él detrás de su cabeza y dejaba a desnudo su gran frente tranquila y pensativa. Era nuestro amigo Rabelais; de una mano tenía una pluma, del otro desgranaba un racimo de uva o arrugaba sin soñar con eso, alguna semilla de nuez: terminaba su postre y escribía una página de *Pantagruel*.

Alrededor de él, cloqueaba, trotaba, jamaba y cacareaba todo el pueblo menudo del corral. Las gallinas venían entre sus pies para recoger las migajas de su pan, y entonces se ocupaba de punza desarreglar sus pies que se hubieron ido, por miedo de herirles o de darles miedo.

La puerta del jardín fue abierta, y una media docena de niños jugaban y se arrastraban sobre el umbral. Un grueso perro se revolvía con los más pequeños que lo abrazaban piernas y brazos, riéndose a corazón al mezclar alegría, y los rizos de sus cabezas rubias a sus pelos largos negros y sedosos. Ellos todos avanzaban poco a poco hacia la mesa del buen cura, sin fingirlo y como si un imán los haya atraído. Pero un personaje grave, a la panza respetable y en el trocen bermejo, los reprendía del ojo cuando se reían demasiado fuerte o cuando avanzaban demasiado cerca, era el sacristán del Maestro Francisco, quien cumplía además, a cerca de su persona, las funciones delicadas de cocinero y de botellero.

El Señor Buinard era el guardián fiel de su patrono, y cumplía el cuidado de hacerle respetar, mejor que el perro de la casa del cura, el animal un poco perezoso y despreocupado de su naturaleza, luego de humor demasiado fácil para los mendigos y los chavales.

De repente sin embargo, esto buenazo animal (es el perro que queremos decir), se echó a levantar las orejas y a ladrar de toda su fuerza. Dom Buinard se levantó entonces del banco donde estaba sentado como absorbido en la contemplación de la vid o del Maestro Francisco, porque que uno es si cerca del otro, no se podía saber exactamente, lo que miraba con tanto

amor. Maestro Buinard, digamos , se levantó, amenazando el perro de un paño que apreciaba la mano, y que miraba curiosamente hacia la puerta donde pronto se presentó un personaje cubierto de polvo, como un viajero que viene de lejos. Era un joven hombre desconocido en el país, y que Dom Buinard no recordaba jamás haber visto.

Era un chico de talla media ataviado como un alumno de Montaigu, es decir bastante pobremente; no era menos guapa y de orgulloso aspecto: poca regularidad, pero mucha energía en las líneas, la frente ya un poco calva, aunque sea todavía joven; la mirada dulce y pensativa, el aire de un hombre que estuvo muy triste, pero que no es él más, y que si es preciso todavía sabría reírse como los bienaventurados del buen Homero, dominado no obstante por alguna preocupación absorbente como la piedra filosofal o la realización de bendita abadía de Thelema.

Apenas este recién llegado hubo contemplado a el Maestro Francisco que había alzado la cabeza viéndole entrar, que le corrió los brazos abiertos con la impetuosidad de una ráfaga de viento: ¡le es, por fin! ¡Lo reencuentro! ¡Mi padre! Mi amigo, mi salvador, el Maestro Francisco. ¡Eh qué! ¡Usted no reconoce a su antiguo protegido! Al hecho hace diez años por lo menos que usted me vio. ¡Pero le reconozco bien a mí! Usted apenas cambió; también por qué cambiar cuando se es bien...

¡Eh pero, dice el cura de Meudon apareciendo recordar de lejos una memoria qué abría toda su cara en una sonrisa alegre, me parece, al contrario, que te reconozco bien, dueño bribón, eras el hermano Lubin!...

Silencio, Maestro, y no me llame más de este nombre maldito. Me llaman a Guilain el violinista de pueblo, y tenga, sufra ahora que repita mi instrumento que deposité en la puerta, me parece que ya los niños van a vagabundear alrededor y temo un poco para mi pobre violín su gusto precoz por la música.

Era el tiempo, en efecto, porque los chavales habían abierto la caja depositada sobre el banco en la puerta de la casa del cura, y el más intrépido ya había sacado de eso el arco del que comenzaba a se esgrimirá como de una espada en dos manos.

Guilain, después de haber repetido su bien de fuerza viva y haber apretado, para castigo, un bueno grueso beso la mejilla rosa del pequeño paladín, volvió con su violín sentarse cerca del Maestro Francisco.

Durante este tiempo, hermano Juan o Dom Buinard, porque era nuestro antiguo amigo quien se había hecho el mayordomo del cura de Meudon, hermano Juan había descendido a la bodega y había traído una gran pinta de vino fresco.

Vayamos, hermano Juan, dice el Maestro Francisco, no se haga el delicado, y venga para brindar con nosotros, le presento a mi antiguo alumno, un amigo de juventud, que va a contarnos toda su historia.

Permita que primero hablemos de usted, dice Guilain. Caro buen Maestro, usted al que se persiguió tanto, y al que reencuentro feliz mientras que puedo creer las apariencias. Me hablaron ya bien de usted, porque desde hace tiempo le busco. Fui a su persecución, a Montpellier, a Roma y en otro lugar. Por todas partes la gente honrada le quería, los hipócritas le decían a brujo y el menú popular hacía cuentos que no lo acaban más.

Por el divina botella, dice Rabelais, voy pues pronto a ser santo, ya que los buenos me canonizan, los diablos dan rabia, y las buenas mujeres hacen mi leyenda.

Es verdad más que usted piensa, repitió a Guilain; y de todo lo que se me dijo, crea que recibí como buen dinero sólo la mitad. Así me dijeron que en Montpellier, habías llegado disfrazado en grosero, y que habiendo sonreído a los discursos de los rectores de la facultad, le invitaron irrisoriamente a decir su opinión; que entonces, usted tiene delante de ellos, disertado en bello latino y en griego convenientemente acentuado, en el dialecto más puro, de todo lo que le es posible al hombre de saber...

Y del bien otra cosa, interrumpió a Rabelais riéndose. Pero persigue esta declaración, amable.

Luego, que has sido recibido doctor por aclamación (¡quién era allí para gritar más alto que otros!) luego que la facultad le encargó de sus asuntos y se encontró bien de allí (de esto no dudo); pero añadimos que se disfrazaste de vendedor de orviétan, y que por una serie de farsas dignas todo lo más de un titiritero, usted obtuvo para ella todo lo que usted quiso de Sr. Canciller Duprat.

El vendedor de orviétan es de exceso, dice Rabelais, pero para la verdad de la aventura te lo haré leer el relato en mi Historia de Pantagruel.

Créase pues que no lo leí, persiguió Guilain. Sé a qué usted se refiere: se trata de Panurge que habla todas las lenguas delante del hijo de Gargantua y que cautiva así su atención, lo que le valió más tarde su amistad.

Dices verdaderamente, frailecillo de mi corazón, pero termina.

De todo lo que precede, a parte de la farsa que usted desapueba, nada me asombra. He aquí manteniendo el lado absurdo de la leyenda.

¡Ho! ¡Ho! Dice a Maestro Rabelais acodándose en la mesa y devolviendo su broche de lado.

Me dijeron que su gran reputación de médico que se había difundido por todas partes, un gentilhombre del patio, cuya chica tenía los colores pálidos, le había hecho venir en último extremo después de haber consultado a todos su colegas. Ellos todos se ponían de acuerdo que ordenan una poción aperitiva, pero no ningún había sabido sobre eso dar convenientemente la fórmula. Lo que sabe, usted hizo poner un caldero sobre el fuego con agua, en la cual usted hizo hacer una infusión y hervir todas las llaves viejas de la casa, asegurando que nada es aperitivo como las llaves ya que abren todas las puertas. Luego, que usted hizo reducir esta infame decocción de roya, que usted la hizo seriamente tomar a pobre joven enfermo, y, para que la historia sea completa, añadimos que fue curada.

¿Y eso es pidió Rabelais, a quién jamás quisiste creer?

El medio de suponer la posibilidad de una burrada igual cuando se le conoce.

Guilain, mi amigo, hablemos de burradas mientras gustes delante de hermano Juan que no es un asno, delante de hermano Juan que podía ser un grueso prior, hasta ver a un abad mitrado, y que me cobró cariño hasta el punto de querer ser mi servidor bueno y fiel; pero delante de otros, jamás: no hay que en absoluto hablar de cuerda en la casa de los colgados.

¿Que quiere decir, hizo a Guilain?

Quiero decir que la historia es verdadera, completamente verdadera, más verdadera que el resto. La joven chica fue curada, no porque las llaves son aperitivas, pero porque son de hierro. Ahora, la sangre del pobre niño estaba endeble y enferma porque le faltaba hierro.

¡Hierro en la sangre! Se exclamó Guilain; pero creía que todas las enfermedades de la sangre se curaban solamente por la virtud de las simples.

Son los simples que hacen correr aquel ruido, dice Rabelais. Pero la verdad es que los cuerpos se alimentan del menos perfecto, y se curan por el más perfecto, en especie. Así los vegetales se alimentan de la tierra, menos perfeccionada que son, y se curan por las sustancias animales; así los animales todos, y sobre todo el más perfeccionado, que es el hombre, se alimentan de vegetales, y deben buscar su curación en la naturaleza mineral, más perfecta y más duradera en la serie de los cuerpos formados por las influencias del sol. ¿Había que decirle a estas criadas a gente que, en casa de su hija, las debilidades de Venus necesitaban la influencia de marzo, y que en su casa la linfa, o el agua mercurial de la vida, necesitaban la cópula del azufre luminoso, cuyo calor se concentra sobre todo en el hierro? Hubo sido hablar en alquimista y me hubieron denunciado infaliblemente como necromántico y brujo.

Usted es siempre mi gran Maestro, respondió Guilain inclinándose.

Pero continuemos mi historia o más bien la suya. Leí que se habías hecho el amigo del cardenal del Bellay, y que usted había hecho con él el viaje de Roma. Fui allá, esperando encontrarle, pero usted venía para irse, tomando el camino de Lyon. Era desconsolado, pero le seguí siempre.

En Lyon, ruidos misteriosos se difundían sobre su cuenta. Habías estado parado, decíamos, y tratado en preso de Estado. Hablábamos de complot contra el rey y la reina. Esta vez usted no me dirá que la historia era verdadera.

Verdadera en cuanto a la detención, dice Rabelais, falso en cuanto a la historia del envenenamiento. He aquí el hecho:

Me había ido de Roma precipitadamente a consecuencia de un encuentro pasajero con el Cardenal.

Que le dejó irse sin dinero, interrumpió Buinard.

Esto es verdad, continuó a Rabelais; pero los grandes, cuando honran los pequeños de su amistad, les hacen también el honor de creer que jamás necesitan nada. Persigamos. Llego a Lyon, y me reposo en una hostelería; allí, grande confusión para pagar. Tenía para toda fortuna que el manuscrito de la crónica gargantuina, el bosquejo de mi *Gargantua*.

Era más precioso que oro, se exclamó hermano Juan.

Cállate, mayordomo, dijo riéndose el Maestro Francisco, tu celo se te lleva demasiado lejos, y los posaderos de Lyon ciertamente no hubieron sido de tu opinión, si no había tenido la idea de agarrar a parte del joven chico de mi huésped, y de hacerle escribir en grande secreto sobre el sobre de mi manuscrito:

LOS MISTERIOS DE LA CORTE DE FRANCIA.

Le recomiendo callarse, habla, yo he aquí denunciado. La gente de justicia para dar prueba de celo me hace vigilar en el hostel, donde continúo haciéndome servir bien; mi equipaje es visitado, mi paquete embargado, lo enviamos a París, y la gente del rey que no comprende nada a mis perendengues aliviados, se los envía al rey mismo, que lee el manuscrito, se ríe de allí como un dios de Homero, le relee, y se ríe todavía más de allí; por fin, se informa de mí y ordena que se me devuelva París con todo tipo de cuidados y de consideraciones; me presentan a él, me interroga, me toma en amistad, me elige como uno de sus médicos, y me

recomienda tan bien, como puede hacerlo un rey, es decir de manera todopoderoso, que yo he aquí provisto de dos beneficios y limpiar por Meudon, para servirte.

Ahora vas a decirme por qué me buscabas, y lo que puedo hacer para ti. Vas a hablarme de ti, de lo que te hiciste, de tu mujer, de tu Marjolaine gentil: ¿por qué no es contigo?

Aquí la cara de Guilain se volvió seria y ligeramente palidece.

No tengo más mujer, dice.

¡Oh! ¡Pobre amigo! ¿Habría muerto?

Sí, muerta para mí, muy muerta, porque no me quiere más. Olvidó todo, me dejó prestándome culpas quiméricas. Pero, cuando una mujer renuncia a los deberes del matrimonio, no renuncia para esto a la caperuza que le presta el nombre del marido; y cuando estas damas se mostraron cobardes y crueles, es muy naturalmente a nosotros quienes debemos ser responsables de eso.

Hubo aquí un silencio de algunos instantes. Una lágrima rodaba en los ojos de Guilain, y Rabelais bajaba los ojos de un aire apenado, no atreviéndose a interrogarle más.

Había sido elevado entre los monjes, repitió a Guilain haciendo visible esfuerzo; había sido en vísperas de hacer mis votos, y el nombre de hermano Lubin me había quedado como la mancha original. Por otra parte, no había aprendido a pensar, ni a hablar, ni a trabajar como otros. Estaba cabizbajo a la velada; nos callábamos y cuchicheábamos cuando entraba. Acabo por no ver más a nadie, y la Marjolaine presumida no se acomodaba con esta soledad. A menudo la veía engalanarse suspirando, y cuando le pedía para quién, decía que era para mí; pero los ojos desmentían la boca. Luego, si quería abrazarlo, se volvía diciendo: « ¡Fue!

¡Villano, usted tiene la cabeza de un monje y sus vestidos sienten el hábito! »

¿Por qué pues precisamente me había querido cuando era monje? ¡Oh! El caso es que entonces era para ella el imposible, el sueño fantástico, el fruto defendido. Mientras los niños vean al escaparate de un vendedor un bello juguete que se les niega, lo ansia de todos sus ojos, de todos sus gestos, de todas sus lágrimas; pero, si una vez se lo da, el objeto de tantos votos pierde todo su prestigio. ¡No era tan raro pues, ni tan deseable ya que se podía tenerlo! ¡Juguetes! ¿Hay muchos otros, y cuando se los posee para los que son buenos? Al quebrantar.

Marjolaine me quebrantó un día, y me encontré único en el mundo. Se fue con un viejo caballero de industria que le prometía hacer su fortuna y producirlo al patio. Segura por otra parte, decía, que el mundo respetaría su honor y encontraría su conducta irreprochable, porque su protector era viejo y feo.

Durante uno tiempo, creí que iba morir de eso, pero me burlé de usted. Somos ingratos cuando somos felices; la desgracia nos devuelve la memoria. Pensé en su ciencia tan extensa y tan profunda, en su independencia aguda; a su serenidad olímpica, y resolví reencontrarle y hacerme a su discípulo. Mientras tanto me eché a leer, a estudiar. Leí y estudié mucho. La venta del pequeño muchos mis padres, muertos poco tiempo después de mi matrimonio, me abastece los medios de vivir un cierto tiempo parado. La tristeza me dio el gusto de la poesía, esta música del pensamiento que adormece el corazón chantajeando las lágrimas. Aprendí a tocar el violín; compuse canciones y improvisé su melodía. Así mi dolor se apaciguó.

Me fui para reencontrarse. Mi primera parada estuvo en el bello país de Chinón, en vuestro verde y abundante Turena. Allí, tuve la felicidad de conocer a una joven mujer cuyo corazón noble jamás olvidaré, ni grave y melancólico cara. Ella también había sufrido bien, pero era madre, y el sentimiento delicioso de la maternidad la consolaba de todas sus penas. Adivinó los míos, me habló como usted me habría hablado, pero con otra gracia que la suya. No me cansaba de oírlo, y si no había temido para ella las malas lenguas del país, me parece que jamás habría querido no dejarla.

Pobre querida Violeta, dice Rabelais, le reconozco muy allí.

Tenemos razón un poco de creerle a hechicero, querido Maestro, porque usted adivina a las mil maravillas. Es su prima quien me recibió con bondad cuando le dije cuánto le quería. Hablamos de usted con admiración, con respecto y luego lo dejé para continuar mis búsquedas. ¿Por qué daría más él? Está casada, es madre y comprende el deber mucho mejor que el sentimiento y el placer.

En Montpellier, conocí a un viejo hombre al que se consideraba loco, porque había penetrado los misterios de la naturaleza; me habló de analogías, simpatías equilibradas y proporcionales. Comprendía todo, porque mi inteligencia se había aumentado durante las torturas de mi corazón. La verdadera ciencia está como un vino delicioso que cae gota a gota almas violentamente estrujadas. Comprendí las leyes ocultas de la luz y el gran teclado de las armonías; trataba de hacer decir a mi violín todo lo que mi pensamiento se atrevía a alcanzar, todo lo que mi boca no se atrevía o no podía revelar. A menudo, la tarde, tocando el violín al claro de la luna, he sido intentado tomar al pie de la letra todas las fábulas del antiguo Orfeo; me parecía que la luna se inclinaba para escucharme. La veía más gruesa, más brillante, más cerca de mí, le veía una cara dulce y maternal que me recordaba la de la buena Violeta, el viento se callaba de repente en los árboles, los perros callejeros venían para saltar en círculo alrededor de mí, porque mi violín hablaba todas las lenguas de la naturaleza. Su música repetía la de las estrellas, acariciaba el viento, cuchicheaba a los árboles de las cosas verdosas y plenas de savia; cantaba a los animales del campo los misterios del instinto y los arranques de la vida. Era algo universal, sublime o insensato; yo mismo acababa por embriagarme, olvidaba todos, no me sentía más vivir y cuando me volvía me encontraba bañado por lágrimas.

Es muy bien, dice el Maestro Francisco, pero es como esto que se vuelve loco.

Simplemente pase por brujo, replicó Guilain. Por el Mediodía somos curiosos y crédulos.

Fui espiado. Afirmamos que les daba la señal a los brujos para ir al sábado, y que era el gran violinista de pueblo del baile de los lobos.

Temiendo algún lance desagradable me apresuré a irme a Roma. Viajaba por peregrino, tocando el violín y cantando cánticos a lo largo de los caminos, pero a veces el arco arrastraba la mano, el cántico acababa por una canción, y todo mi devoto auditorio me seguía bailando. Era luego al que me albergaría. Así es como por uno del sol más bello del año (era el día del Día de San Juan), sobre la plaza de un pueblo de Provenza, delante de la iglesia, había comenzado a cantar al patrono de día:

Del buen San Juan he aquí la fiesta,
Pastor, ten cuidado a tu rebaño.
Pon a nombre guirnaldas
Del pequeño cordero más hermoso.

Plato de las cintas a tu báculo,
¡He aquí el día de año nuevo más bello!
¡Demósnoslo! _(bis_).
Del bueno santo Juan he aquí la fiesta,
Bailemos en honor de San Juan.

Después de esta copla, que acababa ya demasiado alegremente para un cántico, no encontré nada mejor que canta que esto:

He aquí la temporada de las cerezas,
Por medio de pequeños ramos;
Luego pronto serán puestas
En hermosas cestas muy presumidas.
¡Oh! ¡Las golosinas encantadoras!
¡Joyas de los días de año nuevo más grandes!
¡Dénoslo! _(bis_).
He aquí la temporada de las cerezas,
Cerezas del Día de San Juan.

Con sus labios casi iguales
Nuestras niñas y nuestros chicos
Las suspenden de sus orejas,
Las mezclan a sus cabellos rubios;
Derriban en su camisa
Cuando se agitan bailando...
¡Dénoslo! _(bis_).
He aquí la temporada de las cerezas,
Cerezas del Día de San Juan.

A tu gorrión, gentil Annette,
No lo ofrezcas entre tus dientes;
Porque tu labio, otra cereza,
Recibiría besos mordaces.
Qué sus alfileres sean bien puestos,
Vírgenes al fruto doble y encantador...
¡Dénoslo! _(bis_).
He aquí la temporada de las cerezas,
Cerezas del Día de San Juan.

A las aves hagamos la moral
Para que no se atrevan comer a todo.
Sobre el árbol ponemos el abrigo sucio
Y el sombrero de un viejo pastor.
¡Los maniqués son unas tonterías!
Silba un viejo mirlo inteligente.
¡Demósnoslo! (_bis/_).
He aquí la temporada de las cerezas,
Cerezas del Día de San Juan.

Apenas había acabado, que bello y risueño joven chica, a las trenzas negras, abundantes y brillantes, como las gruesas uvas del Mediodía, me vino con sus dos manos morenas totalmente plenas frutos que había cantado. « Tenga, dice en la habla regional tan dulce de Provenza, usted los mereció bien. » Los niños, por su parte, estos hermosos pequeños comediantes de la naturaleza, dirigían mi canción y bailaban todas sus fuerzas con cerezas en los cabellos; chicos subían sobre los árboles y recogían en manos plenas las perlas gruesas y rubicundas del cerezo; las niñas tendían sus vestidos para recibirlos, sin preocuparse demasiado de mostrar un poco sus rodillas. Annette, a pesar de mi recomendación, tomaba una cereza entre sus labios y parecía desafiar los gorriones; pero su amigo Colin no les dejaba el tiempo de acercarse y trataba de morder el fruto defendido. Todo acaba por un baile general, y, cuando quise irme, me pusieron a nombre una corona de hojas de cerezo enriquecida por matas gruesas de las cerezas más bellas del país. Santo Juan jamás fue, para que sepa, tan alegremente celebrado.

Guilain, mi amigo, dice Rabelais, tú no es limpiado como mí, sino yo te encuentras pasado Maestro en devoción desde luego y en buena teología.

Usted me hace honor, querido Maestro, también, como se lo decía, hice el viaje de Roma. Una gran tristeza me tomó a la vista de estas ruinas y de estos palacios. Pasaba días, senté en pedazos de columnas, no pensando en nada preciso, pero el alma oprimida como de una montaña de cosas vagas. Miraba los monjes ir y venir a través de estos grandes monumentos, como las ratas y los lagartos entre las piedras del Coliseo. No me atrevía, por la tarde, a tocar a mi violín, como si hubiera tenido miedo ver el polvo agitarme, las tumbas abrirse, y de sacar a bailar las sombras.

En cuanto a los habitantes del país, me parecían semejantes a esta gente adormecida que va y que viene soñando. No me atrevía a dejarles oír los sonidos alegres de mi instrumento encantado, por miedo de despertarles; porque entonces hubieron enrojecido de mismos delante de los pedazos de la antigua Roma, y se habrían encontrado demasiado desgraciados.

En Roma, como por todas partes, encontré su nombre popular, pero en ninguna parte le comprendimos bien. Le tomamos por un bufón, porque sobre las alturas serenas de la filosofía donde usted vive, usted tiene el coraje de risa de todo. Así me contaron de manera muy ridícula su primera entrevista con el Santo Padre...

¡Oh! Perfectamente sé lo que dicen, exclamó Rabelais; hay una verdad, pero no dicen todo. He aquí cómo las cosas pasaron: el cardenal mi dueño acababa de besar a los pies del papa, era mi vuelta. Retrocedo en lugar de avanzar:

¿Pues bien, lo que es pues, dice el papa?

Muy San Pedro, le digo prosternándome, es que es imposible que sea tratado con tanto honor como el cardenal mi Maestro. ¿Que puedo hacer cuando le besó los pies?

Todo el patio romano se puso a reírse; el papa mismo había sonreído graciosamente.

El Maestro Rabelais me dice, pensamos hablar de su mérito y usted quiere que seamos en condiciones de apreciar su espíritu un poco satírico y maligno. Comprendemos su confusión.

Pero, añadió, que no quede por eso. Cuando el tamaño comienza abajo, hay que subir para descender. Usted puede besar nuestro anillo.

El cardenal apretó los labios. Por la tarde, no me dirigió la palabra. Vi que fue herido por el favor que había recibido en su presencia. El día siguiente, me riño bajo el pretexto más débil; lo saludé entonces profundamente sin decir nada, y volví a Francia sin dinero, como sabes. Te conté el resto. El rey, más tarde, me reconcilió al cardenal, que quedó mi protector y mi amigo.

Entonces aca, Maestro Guilain, ya que nosotros he aquí reúne, no quiero más que dejes mi casa del cura, a menos que gran envidia te tome a ahí en otro lugar, porque el reglamento de mi casa es el de la abadía de Thelema: « haz lo que querrás. » Desde luego así como recibo allí solamente sólo a las personas de bono querer. Comprendo que no quieras ser llamado más hermano Lubin, aquel nombre te trajo mala suerte. Siente el hábito, como decía tu enemiga encantadora; cálmate, no te hablaré más ni de ella ni monjes de la Basmette; pero debes necesitar descanso. Un último vaso de este viejo vino y volvamos, comienza a hacerse tarde.

Mientras que hablaban, en efecto, la noche había descendido, no toda negra, pero resplandeciente de estrellas. La luna blanqueaba los pámpanos despacio agitados por un viento fresco y daba a los racimos, hace poco tan bien dorados, blancura da mate plata, la hierba se volvía sombría y húmeda, un ruiseñor, escondido en un gran árbol vecino, preludiaba a la romanza de cada noche. Hermano Juan se apresuró a quitar la mesa y encendió la lámpara en la sala baja de la casa del cura. Rabelais se levantó, y, la mano apretada sobre el hombro de Guilain, se dirigió hacia la casa.

II

LA PLÁTICA DE RABELAIS

Entonces, el día siguiente era el domingo, y más de un día de gran fiesta para los feligreses de Meudon. Era la fiesta de San Francisco el patrono de su buen cura. Ellos todos tenían pues las flores al ojal. La iglesia fue engalanada como a los grandes días, los santos bien quitados el polvo parecían regocijarse en sus nichos, les habíamos atado ramos a las manos con cintas de todo color cuyos trozos muy recién y con coquetería mostrados flotaban como banderolas. La iglesia estaba plena cuando la misa comenzó, el duque y la duquesa de Guise precedidos de pequeño paje que llevaba sus libros de horas habían entrado en su capilla. Un criado de señora de Guise había aportado desde la gran mañana para engalanar el altar dos vasos magníficamente dorados con gruesos ramos, las flores más preciosas y más raras.

El oficio se le hacía a Meudon, desde que el Maestro Francisco fue limpiado, con gravedad y decencia. Punto de chantres gritones y mal ataviados, punzado por monaguillos descarados, polisonante durante el servicio divino y chillón sus versículos o sus responsos con aullidos de perro que se azota. Rabelais había puesto orden en todo esto. Él mismo les daba a sus monaguillos de las lecciones de llano canto y les hacía el catecismo. Sermoneaba y reprendía a sus chantres, permitiéndoles ser borrachos que después de vísperas y jamás antes. Hermano Juan se ocupaba de la sacristía, tocaba las campanas, hacía a diácono a la

misa, cantaba al atril a vísperas, parecía multiplicarse tanto tenía de celo y de actividad y se encontraba por todas partes. Rabelais no le exigía sea en ayunas, sino le recomendaba ser circunspecto y no beber jamás más una botella por la mañana. También iba todo para mejor.

El cura de Meudon entró aquel día en la iglesia precedido por un nuevo acólito. Era Guilain quien tomó sitio en una de las sillas de coro del coro donde pronto atrajo todas las miradas. Dijimos que era bello y bien hecho a su persona, y luego cantaba con una voz tan plena y tan dulce que sólo se creía siempre que sólo entendía sólo. Cuando vino el momento de la plática tomó el libro de los Evangelios, y subió en el púlpito detrás del buen cura para presentarle el santo libro si es preciso.

Rabelais era bello ver en púlpito, tenía una de estas figuras que atraen el respeto y la simpatía de ellos todos cuando aparecen en medio de las asambleas, una luz doble y interior parecía alumbrarlo: el de un buen espíritu y de un buen corazón.

« Criadas gente dice comenzando su plática, criadas gente donde está usted, no le sabría ver, espere que calzo mis gafas. Entonces, bien; ahora le veo, Dios le bendiga y yo también, y para que tenga nosotros todos en alegría.

« La gente dice ordinariamente que cuando el diablo se hubo vuelto viejo se hizo a ermitaño, de donde viene el proverbio. Aun no lo pude saber, por no tener a quién yo bien informar y sobre por qué y sobre cómo, todo lo que sé, es que conocí a ermitaños que, haciéndose viejo se hacían diablos.

« Punzado fue así de seráfico padre San Francisco del que hoy nos juergueamos. También no quedaba en absoluto solitario y recluso, lo que está contra el voto de naturaleza. No es bueno que el hombre sea sólo dicho el *Génesis*. Pero se agregaba a la muchedumbre de la pobre gente, instruyéndolos, consolándolos y a los que se consagraban ellos ejemplos valientes de coraje en la pobreza.

« ¡Más severo que un filósofo estoico, él mismo tenía para todas las criaturas que bonachona y benevolencia sin iguales; llamaba sus hermanos y sus hermanas no solamente los cojos, los roñosos, los ribaldos, las mujeres pecadoras y el béguines, pero todavía los animales, los elementos, el sol, la luna, la estrella. - oh! ¿Mi hermano el lobo decía un día las lágrimas con los ojos, cómo eres bastante cruel para comer a mi hermana la oveja?

« Un día que hubo salido de su convento, vive o más bien divisó detrás de un frondoso a dos jóvenes que se abrazaban. Punto buscó al buen santo si eran de sexos diferentes y si la malicia del diablo podía encontrar allí tomada. Jamás soñaba con mal. ¡Dios sea bendito, dice continuando muy suavemente su camino, veo que todavía es la caridad sobre la tierra!

« ¿Cree, criadas gente, que esté triste y ceñudo en su conservación como ciertas buenas almas de aquí, que, en lugar del padre nuestro del Evangelio parecen buena nota siempre el padre nuestro del monje y continuamente ponen mala cara a la naturaleza de lo que los hizo tan feos y tan tontos? ¡Oh! ¡Que en el! El buen San Francisco a menudo componía cancioncillas piadosas, las cantaba de buena gana y bailaba hasta a veces en caso de necesidad como hizo en la ciudad cierta de Italia y quiero contarle su historia.

« Usted sabe que italianos pasen por vindicativos y rencorosos, siempre divididos por familias enemigas y por facciones rivales: así estuvieron en otro tiempo y son todavía Güelfos y gibelinos, es decir los que querían que el papa fuera el emperador y los al

contrario que quieren que el emperador sea el papa. Gente fácil que hay que conceder al fondo, la cosa que es sólo de bonete blanco a gorro blanco, no éramos sólo tiene como bello querer para que el sol sea la luna y que la luna sea el sol, siempre mientras el mundo sea mundo, la luna y el sol serán y quedarán el sol y la luna.

« Pues en la ciudad de Italia, el nombre de la ciudad no hace nada a la historia, todo el mundo era en guerra: la mitad de los habitantes detestaba la otra mitad. El día fue tomado para venir de allí a una explicación. ¿Sabe cómo? Con piedras, palos, espadas y otros argumentos de esta fuerza. He aquí las partes en presencia, unos de un lado del sitio, otras del otro, midiéndose del ojo, cada uno que remanga sus mangas y prepara sus armas.... Ya de repente, en el espacio dejado vacía entre ambas bandas enemigas, llega un monje, la guitarra en la mano, melodioso y bailador. Este monje era San Francisco. Todo el mundo lo mira, le escuchamos, y he aquí lo que les cantó:

« Señor, querría alabarle y bendecirle, pero no soy nada delante de usted. Soy pobre, soy endeble, soy ignorante y no sé el arte de decir bien; me gusta sin embargo la elocuencia del cielo, admiro el tamaño de su obra. ¡Es alabado por las grandes cosas que usted hizo, seas honrado por todo aquel qué es armonioso y bello!

Sé bendito por mi hermano el sol, porque es radiante y espléndido, pero también porque es dulce e indulgente: modera el pedazo de sus rayos para no quemar la pobre pequeña hierba que florece, da su luz a los malos para mostrarles el camino del bien e invitarles a arrepentirse; mira en piedad a los hermanos que se odian y también les distribuye su luz como si desgarre en dos, para les compartírselo, su abrigo rico del paño de oro.

¡Sé bendito, mi Dios, por mi hermana la luna, porque es vigilante y silenciosa como una mujer piadosa a su hogar, no aconsejando la guerra ni el odio, pero devolviendo en el camino al peregrino retrasado y divertido sobre el mar el corazón del pobre marinero!

Sé bendito, mi Dios, por mi hermano el fuego, no porque arde, pero porque recalienta las manos de los pobres viejos.

Sé bendito por mi hermana el agua, que lava las heridas del pobre herido, y que parece llorar diciendo: ¡por desgracia! ¡Cómo los hombres pueden afligir y desgarrar a sus hermanos los hombres!

Sé bendito, Señor, por todo que es bueno, por las memorias que olvidan
Las injurias, por los corazones a quienes les gusta y que perdonan, por las manos
Que echan la espada y que se extienden para unirse, por los enemigos que
Se acuerdan que son hermanos, que la sangre del Salvador fluyó para
Ellos todos, y que enrojecen de sus furores y que se acercan
Espacio unos de otros, los que se asombren por fin de mirarse con
Malevolencia, que extienden sus brazos unos hacia otros, tampoco
Para pelearse, pero para abrazarse.... ¡Oh Dios, sé bendito! Sea
¡Bendito! »

« San Francisco cantaba así, las rayas iluminadas, los labios sonrientes, los ojos llenos de lágrimas. Poco a poco ambos partidos se habían acercado y hacían círculo escuchándolo; cuando hubo acabado, todas las espadas fueron devueltas a la funda y los enemigos se abrazaban.

« ¡Oh criadas gente, a la que veo tan bien cuando calcé mis quevedos, cuando tenemos ahora un San Francisco cuya guitarra sea la bastante poderosa para tocar la oreja dura luteranos, calvinistas, casuistas y sorbonistas! ¡Oh! ¿Janotus de Bragmardo, tú quién naciste para ser un hombre y que deberías saber de San Francisco que los borricos hasta son tus hermanos, cual cántico nuevo te decidirá y te hará humildemente rezar por tu hermano extraviado Mélancton? ¡Pelearse a propósito de Evangelio no locura furiosa, cuando el Evangelio quiere, enseña y muestra sólo caridad!

« Disputas de religión van a parecerse a estos litigantes de la fábula, que han encontrado una ostra, lo hacen partir con los dientes en Perrin Dandin y se reparten las escamas.

« Felices y prudentes son los que hacen el bien sin disputar, hicieron un descubrimiento maravilloso.

« Vosotros, mis feligreses buenos, ustedes son totalmente católicos y no sienten en nada la herejía, de lo que me regocijo del fondo de mi corazón.

Pero si había entre usted alguna levadura de rencor, si ellos todo
Familias no están de acuerdo, si existen unos enfurruñamientos entre hermanos
O entre marido, le convido hoy, día de San Francisco
Al reunirle después de vísperas bajo los cenadores de arbustos delante de la puerta de
Casa del cura. Brindaremos por eso juntos por la unión de todos los corazones,
Y he aquí detrás de mí mi amigo Guilain quien, con su violín y sus
Cancioncillas, nos dará posiblemente una buena representación de
Milagro de San Francisco. »

Así sea, murmuró alegremente la asistencia.

Luego Rabelais terminó gravemente y convenientemente la misa. Cuando fue a la sacristía para dejar sus ornamentos, encontró allí a señor y señora de Guise que lo cumplimentaron con su prone, añadiendo que señor Pierre de Ronsard había perdido mucho de punza oírle. Porque el poeta visitante que sabe que era la fiesta del cura, no había venido en absoluto aquel día a la iglesia de su parroquia y se había ido de allí desde la mañana a oír la misa a París.

III

EL REY DEL RIGODÓN

Pero, ya que te digo, querida, que no es un violinista de pueblo natural, que es un diablo disfrazado, y un jugador de violín del baile de los lobos.

¿Cómo lo sabes?

¿Cómo lo sé? ¿Eh, no estoy de Montpellier? Fue bien conocido allí, va, y poco se hizo falta para que sea quemado como conviene; pero un bello día Lucifer se lo llevó y no encontró de allí más vestigio.

¡Jesús, mi Dios! ¿Y cómo se le reencuentra ahora a Meudon?

Cállate, hablemos más bajo.-Tu sabe bien lo que dicen los reverendos padres, tiene que saber que nuestro cura es sospechoso de herejía.

¿Vayamos, vayamos, que gruñe allí, las viejas, mientras que todo el pueblo está en baile?

¿Ve agitarse toda esta juventud? ¿No lo consideraríamos endiablada?

Usted encontró bien la palabra, es muy endiablada que hay que decir.
Vayamos, la madre, no hay que guardar rencor a la juventud porque se divierte; fuimos jóvenes también.
Desgraciadamente, para nuestra salvación eterna y dicha una de ambas viejas santiguándose.

El que interpelaba ambos sempiternos era un grueso granjero con los cabellos largos y entrecanos, con la barriga rolliza. Era el Maestro Guillermo.

Era el gran amigo de hermano Juan.

Hermano Juan, de momento, mucho se atareó alrededor de las mesas donde tomaban un refresco los danzantes, porque se había puesto mesas alrededor de los cenadores de arbustos.

Rabelais había hecho aportar una pieza de vino de su bodega, y Dom Buinard distribuía el brocs.

Guilain había preludiado sobre un aire simple y dulce, un poco triste mismo como el campo en otoño, luego su arco se había animado, el otoño se rehacía una primavera a fuerza de uvas, los vendimiadores cantaban, la cuba se desbordaba, las caras se iluminaban, luego pensábamos gritar la prensa y la vendimia borbollar. Eran sólo canciones de bebedores que tanteaban el vino nuevo; eran las musas embadurnadas heces. Luego la embriaguez se volvía lúcida, el oráculo de la divina botella dejaba oír su última palabra: ¡brinde! Guilain entonces es la sibila sobre el trípode, su cara pálida se ilumina, profetiza, canta y he aquí más o menos la canción que improvisó:

LA CANCIÓN DE GUILAIN

AIRE: *Flons-flons.*

Cumpliendo sus vidrios,
El gentil Rabelais
Decía a sus colegas
Marot y San Helaba:

Brindemos pues, ella se reirá donadme,
Alegre, alegre, alegre,
Ella se reirá don dé,
Brindemos pues, ella se reirá donadme,
Y flon flon flon,
¡Ella se reirá muchachota gordinflona!

A pesar de las pamplinas,
Personas que escupe mucho de latino;
Somos unos faroles
Cuyo aceite es el buen vino.

Brindemos pues, etc.

El sistema del mundo, voy le explicárselo:

Es una mesa redonda,

Dónde se viene para brindar.

Brindemos pues, etc.

De la buena naturaleza,
El pecho que nos espera
Es una fuente pura
De néctar indulgente.

Brindemos pues, etc.

Hay malos hermanos
¿Hay una gente agriada?
Rápidamente llenemos sus vidrios;
Luego, cuando serán grises.

Brindemos pues, etc.

Gracias al vino caritativo,
Van más ello pensar;
Y pronto bajo la mesa,
Irán a abrazarse.

Brindemos pues, etc.

Uno cree y la otra duda,
Los dos tienen del bono;
El más fino ve allí gota,
El más simple tiene razón.

Brindemos pues, etc.

Usted pasa sobre la tierra,
Jovencita y chico;
La chica con un vaso,
El otro con un frasco.

Brindemos pues, ella se reirá donadme,
Alegre, alegre, alegre,
Ella se reirá donde.
Brindemos pues ella se reirá donadme,
Y flon flon flon,
¡Ella se reirá muchachota gordinflona!

Al estribillo, los vidrios se chocaban a compás, los aplausos, las risas montaban a los desnudos, pronto la alegría ganó poco a poco, el violín canta como un ruiseñor, y todo el mundo baila; ¡dejamos las mesas, derribamos el brocs (no tema nada, estaban vacíos!) Cada uno agarra su cada una, los viejos hasta se les regocijan y vuelan a las abuelas. No es más una ronda, es un vértigo, todo gira, los árboles bailan, las estrellas hacen pasos chispeantes y humean arrastrando su cauda. La luna parece piruetear como un trompo grueso de plata. Todos los perros del pueblo comienzan por aullar, luego saltan por encima las separaciones

absolutas y vienen para agregarse a la fiesta. Ambas viejas que gruñían en un rincón se echan a gritar al brujo y al lobo, pero la ronda, que se esparce y se reforma, les alcanza, les encierra, les invade. Hermano Juan, que bailaba con su broc falta de jovencita, encuentra a una de las arpías; y así como por la noche, donde todos los gatos son grises, en cambio todos los cabellos grises son negros, le toma por una joven mujer, pasa el asa de bronce en su brazo izquierdo, se lleva a la vieja estrechada en su brazo derecho, y cambio brusco como un asno que cocea sacudiendo sus dos cestas. El Maestro Guillermo, el amigo de hermano Juan, toma a la otra hada venerable. Las malas cotillas se defienden primero o hacen aspecto de defenderse, luego el baile les reanima, la poesía de la fiesta les coge. Hermano Juan y el Maestro Guillermo pasando cerca de una antorcha que arde colgada a la orquesta de Guilain, ven los monstruos que sacan a bailar, y los sueltan gritando como si hayan visto a todos los diablos. Pero las viejas son lanzadas, no se pararán más, se ponen uno al otro con frenesí, y bailan a enaguas volantes, a cofias sueltas, a cabellos grises flotantes, a piernas regordetas. Los observamos, nos los mostramos, nos reímos, nos paramos, hacemos círculo para verlos. Aplausos unánimes los animan; El violín de Guilain hecho saltar y brincar notas temblorosas y gangosas, dos intrépido danzantes se paran por fin, y huyen amenazando con el puño y jurando que se vengarán del violinista de pueblo de desgracia que los hechizó mucho tanto.

IV

EN CASA DE SEÑORA DE GUISE

No sabría probar, decía gravemente Pierre de Ronsard, todas las intenciones de borrachera. Sienten a su villano y su rufián. Prefiero la cara femenina y coronada de pámpano de Baco, que la panza del viejo Sileno; pero a la belleza varonil del vencedor de la India, prefiero radiante figura de Patarean y los anillos crespos de su peluca de oro. He aquí Ronsard que, para asediar el paraíso de borrachera, va a amontonar palabras pesadas como montañas, dice sonriendo Rabelais.

Ronsard le lanzó al buen cura una mirada formidable.

Serán pesados posiblemente, dice levantando su bigote, cuando serán un peso como mármol eterno la ceniza de los hacedores de chocarrerías.

---Entonces podremos escribir arriba: aquí yace la chocarrería asfixiada para siempre bajo poesías de mármol. La broma es fría, convéngalo, pero es cada vez menos ligera.

Estas intenciones se efectuaban al castillo de Meudon, en el salón de Sra duquesa de Guise. Curiosa como conviene a una chica de Eva e indulgente como podemos serle al campo, había querido ver de cerca al violinista de pueblo fantástico cuyo ruido era por todas partes a los alrededores. Según una invitación expresa, Rabelais había traído a Guilain que decía palabra, y sobre todas sus orejas escuchaba la discusión comenzada entre el príncipe del poeta y el filósofo de los príncipes.

Señor cura, dice Sra de Guise, le pido gracia para Ronsard. No lo enfade, porque usted no sabría más sacar de él luego una sola palabra de razón; cuando se enfada, pindarise. Y cuando Ronsard pindarise, Apolo se enfada, dice Rabelais.

Señor Rabelais, cuando pindarise, yo no creo que él enfada a Apolo, sino de seguro no ofendo a Dios como ciertos curas que embriagan a sus feligreses y luego les sacan a bailar hasta medianoche el baile de los lobos con violín del diablo.

¡Oh! ¡Oh! Guilain, dice el cura, esto es un paquete a tu dirección. ¿Que vas a responderle al señor de Ronsard?

Le responderé, dice Guilain, que se puede mucho ser poeta sin ser mucho caritativo; pero que es daño, porque la poesía, siguiendo yo, siendo la música de los corazones buenos, está triste separar así la música de la canción.

No creía, masculló a Ronsard entre sus dientes, que se vino entre las duquesas para enfrentarse por los villanos. Luego habiéndose levantado, saludó profundamente y salió.

Desinterésese de él, dicho riéndose la duquesa, soy acostumbrada a sus despropósitos. Estoy hasta bastante contenta que se haya ido; conversaremos más a nuestro gusto. Entonces esto, Guilain, estamos solos y usted no tiene que temer aquí nada. ¿Francamente dígame si es verdad que usted entiende algo del grimorio, y que su violín saca a bailar a los lobos?

Mucho mejor que esto, señora, saca a bailar las malas lenguas.

En cuanto al libro mágico, lo conozco de otro que el libro de la naturaleza, y reconozco que lo descifro un poco.

El libro de la naturaleza es bueno, repitió a la duquesa, pero nuestros doctores pretenden que el de los Evangelios es mejor. ¿Es buen cristiano, Guilain? Sé que usted va a la misa y le vi allí; ¿pero va también a confesión?

Señora, dice Guilain, he aquí señor mi Maestro y mi cura. Le pertenece de responderle.

De ningún modo, se exclamó Rabelais; la confesión es un misterio, y si usted se confiesa, es sólo usted tiene el derecho a decirlo. ¿La teología no nos enseña que, a pesar del mando de la Iglesia, la confesión es obligatoria sólo para los que se sienten cargados de algún pecado mortal? ¿Iré pues, yo, a encuentro de sus secretos, a desenterrarlos y a declarar a quién no le sabe, que usted posiblemente pecó mortalmente? Esto es entre Dios y usted, y sólo puede, si bueno le parece, instruir de eso señora duquesa.

Entonces, dice Guilain, a esta cuestión tan delicada, pido el permiso responder con acompañamiento de violín.

¡Oh! Usted es encantador, dice la duquesa, y usted previene mi deseo.

Deseaba con ansia pensarle hacer hablar su instrumento maravilloso.

Tocó; uno de su gente apareció.

Qué se vaya a la casa del cura por el violín de Guilain, dice.

El violín aportado, Guilain, improvisando música y voces, cantó la canción que he aquí:

LA CONFESIÓN DE GUILAIN

En Rabelais, sí, voy a confesión;
En Rabelais, que supo convertirme,
Voy a contar mis errores de juventud,
Cuyo pesar se parece a arrepentirse.

Cuando para mí el horizonte se vuelve sombrío, Me gusta llorar los sueños de un bello día,
De mis pecados me gusta saber el número:

La penitencia es encono del amor. (_Bis _)

Acusándome de una locura tierna,
Veo enrojecer a menudo al buen pastor;
Dice bajito: ¿Era hermosa?
¡Buena razón para excusar al pecador!
Le respondo: la encontraba por muy bella,
Que abjuraba la virtud sin vuelta.

¡Oh! ¡Dice al sacerdote! Hay que rezar por ella, La penitencia es rencor del amor.
(_Bis _)

Quando le digo: mi padre me acuso,
De haber dudado contra mis intereses.
Me responde: es posiblemente una excusa;
¿Mi pobre niño, lo hacía a propósito?
No; pero siempre guardé la esperanza, La virgen, al cielo, celebrará mi vuelta.
Pues amela, y haga penitencia,
La penitencia todavía es el amor. (_Bis _)

Quando le digo: me gusta un poco la botella, nace al cielo de los ojos preparados que hay que llorar:

¡No abjuremos el jugo dulce del emparrado, Bebamos De allí menos para saborear mejor!
Recordemos que a la abstinencia santa, Del apetito debemos la vuelta;

A pequeños golpes, bebamos por penitencia, La penitencia todavía es el amor. (_Bis _)

Si le digo: todavía quiero a una mujer,
Pero es un ángel, un ideal,
Y este amor es un culto del alma
Que difunto Platón mismo hubo aprobado.
Me responde: no mucha confianza,

El espíritu es pronto, pero la carne tiene su vuelta;
Diga tres veces, para su penitencia La penitencia todavía es el amor. (_Bis _)

Es extraño, dice la duquesa cuando Guilain hubo acabado, esto se parece a las ideas de Clemente Marot, pero esto no es de su lenguaje. Hay allí una musa inculta, y verdaderamente gala, que promete mucho. En cuanto a su devoción, debe ser católica; porque me parece que asustaría mucho la rigidez de señores hugonotes. ¿ Pero en qué piensa en eso nuestro cura?

Pienso, dice Rabelais, que Guilain es un penitente bastante malo, y que exagera un poco lo que Ronsard, en su lenguaje a la mitad latino, podría llamar *la tolerancia* de su pastor.

La palabra me gusta, dice Sra de Guise, pero crea bien que jamás será inventado por Ronsard. ¿Entonces, cree, el Maestro Rabelais, usted, tan indulgente y tan bueno, como su *tolerancia* pueda ser exagerada? ¡Oh! Señora, dice Rabelais, hablemos de indulgencia y nos entenderemos. La indulgencia es católica, es cristiana, es divina, y es en qué este desgraciado Lutero comprendió muy mal la verdadera religión. ¡Se atrevió a atacar las indulgencias! Creyó que la Iglesia abusaba de eso cuando los daba a plenas

mano. ¿ Pero la indulgencia no cumple con dolor, lo cura, y si la Iglesia y una madre, podemos criticarle demasiada indulgencia? En cuanto a *la tolerancia*, dejemos en paz esta palabra fea, y si Ronsard no lo inventa, no será por cierto a mí quien le daré crédito. Tolerar el mal es ser indiferente con buen fin. También reclamaré, señora, toda su indulgencia para la mala pequeña cancioncilla de Guilain. Para lo que pretende, lo que la penitencia todavía es el amor, esto se entiende un poco demasiado en su casa del amor profano, como esto llega demasiado a menudo sólo en el poetas y las mujeres. Pero para los cristianos buenos y fieles, seriamente tocados por la gracia de Dios, no hay que decir que la penitencia todavía es el amor, pero bien, que es un comienzo de caridad.

Lo entiendo así, caro Maestro, dice humildemente Guilain, y comparto todo punto su doctrina sobre la indulgencia y hasta sobre las indulgencias, porque esta virtud dulce que perdona debe multiplicarse como nuestras faltas. Usted habla como un sabio teólogo, y canté como un poeta un poco retozón.

Usted conquistó su perdón, dice Sra de Guise, y no se lo diremos a Sr. Pierre de Ronsard.

¿Entonces esto, Guilain, quiere dárnoslos el gusto a cambio de nuestra indulgencia?

¡Si lo quiero, señora! Pero voy rogarle en rodillas que a usted me das esta satisfacción.

¡Pues bien! Quiero que usted venga al patio. El rey se aburre y un poco se cansa de su poetas. Quiero que usted hiciera sobre él la prueba de su violín encantado. Veremos si los lobos bailan más fácilmente que los reyes.

De verdad, lo temo, señora, y no me atrevo a creer que usted orzaba hablaba seriamente.

¡Yo, aparecer el patio! Pero sueñe pues, señora, que soy un pobre salvaje, maleducado primero por monjes, luego un poco corregido, pero no civilizado, en la escuela de la naturaleza. Es verdad que leí mucho, pero la gracia y las maneras del mundo no aprenden en los libros, y temería...

¡Eh! ¿Quién le pedirá, interrumpió la duquesa, las maneras de un gentilhomme? Serás presentado al patio como el violinista de pueblo de Meudon. Le anunciaré al rey, y Maestro Francisco Rabelais querrá posiblemente conducirlo bien a eso.

¡Oh! Para esto no, señora, se exclamó el Maestro Francisco. Guilain es mi amigo, casi mi niño, y si quiere ahogarse para gustarle, no sabría impedirlo lo; pero no será a mí, por favor, quien lo echaré al río.

Estoy totalmente a las órdenes y a la discreción de señora duquesa, dice Guilain inclinándose.

¡Pues bien! Volveremos a hablar de eso, y esto no será en señor cura, sino en usted sólo que me dirigirá para esto.

Guilain, Guilain, decía Rabelais volviendo por la tarde a la casa del cura con violinista de pueblo muy pensativo, tú empeñado he aquí en un mal paso. El patio está para el poeta sin nombre y sin fortuna lo que el espejo giratorio del cazador está para las pobres pequeñas alondras. ¿Puedas no dejar en alguna red escondida las plumas más bellas de tus alas?

Pero Guilain no escuchaba o más bien no oía a su Maestro, y repetía, excepto él, el corazón grueso y la cabeza en trabajo: apareceré delante del rey.

LAS AMBICIONES DE GUILAIN

Recogiendo a Rabelais, encontró en la casa del cura una carta venida de Turena.
Era de Violeta y le anunciaba que Jerónimo, su marido, el antiguo
Tabernero de la Lamprea, actualmente señor de la Devinière, era
Bastante gravemente enfermo y deseaba ardientemente ver de nuevo a su primo. El Maestro
Francisco, decía sólo, podía curarlo. « Usted lo conoce,
Añadía Violeta, acabando, usted sabe cuánto su imaginación es
Pronta, lo que le hizo durante toda su vida a un hombre fácil
A todos los entrenamientos. Es capaz de dejarse hacerse
Muy enfermo, si cree que él no puede resistir a la enfermedad, después
Que, por el matrimonio, se hizo más bien mi niño que mi marido. Tiene
Tenido, a pesar de muchas buenas voluntades, a sufrir más de una vez de este
Movilidad de carácter; le suplico pues, caro dueño, venir
Calmar, consolarlo, curarlo. Mi hijo, al que a menudo hablamos
De vos, tendría mucha alegría que le conoce. Estoy segura que viniendo
Solamente usted introducirá en nuestra casa la salud y la prosperidad; coche
Si Jerónimo hubiera podido ser aconsejado siempre por usted, nosotros todos seríamos
Ciertamente más feliz actualmente. »
Su prima,

VIOLETA RABELAIS.

Ves, Guilain, dice el cura, al que no te sabría acompañar al patio, aun cuando sería mi deseo, y aun cuando debo irme a Turena. Te dejo aquí en compañía de hermano Juan, y me ausento solamente para algunos días, porque mi parroquia reclama mis cuidados. Tú empeñado he aquí con Sra de Guise, y no sé demasiado lo que pasará de allí. Deseo ardientemente no sea nada malo para ti, mi pobre Guilain; porque te quiero a manera de nosotros a otros sacerdotes que, jamás habiendo tenido niños, adoptemos de buena gana las amistades de jóvenes y los afectos de paternal simpatía. Te veo totalmente turbado y totalmente emocionado por lo que crees que tú eres para ti un honor insigne y un comienzo de gran fortuna. Entonces, esto me enfada interiormente más que no te sabría decir, no porque encuentre la cosa extraña, o no porque te lo haga reprocha; Pero porque pequeña y endeble anda en chanchullos de nuestro amor propio es bien expuesto a reventar cuando querrá hacerse tan gruesa como el buey. ¿Conoces la fábula de Esopo?

La conozco, mi Maestro, y agradezco de vuestras laudables intenciones, dice Guilain un poco picado, pero usted se equivoca en el motivo de mis ambiciones. ¿Si soy Orfeo rústico quiero hacerme Amphion urbano y edificar posiblemente, que sabe? Nuevo Tebas con arco de mi violín. La armonía es reina del mundo, debe mandar también a los reyes. Quiero, yo que se dice a brujo hechizar de tal suerte al rey nuestro señor, que saque a bailar el grippeminaux, los gatos forrados y todos los demás comedores del menú popular, en suerte para que la edad de oro vuelva en el mundo comenzando con Francia; qué justicia sea devuelta a ellos todos; qué hubiera lugar como ellos todos al sol y qué horrorosa miseria definitivamente sea suprimida.

¡Oh! ¡Oh! Mi, hijo y mi amigo dice a Rabelais, será cosa buena que hay que ver, porque entonces los chicos recién nacidos mismos ganarán su pan, o el de su nodriza, lo que es todo uno, y no ensuciarán más sus mantillas. Suprimirás al mismo tiempo la ignorancia, la tontería, el mal querer, ello holgazanea, que son muchas fuentes de miseria; porque

no supongo que quieras hacer trabajar a la gente honrada para alimentar gratuitamente a los pícaros y el brivón, su trabajo por otra parte no bastaría para eso; poblarás primero la tierra de hombres buenos y de gente del bien, luego dejarás las cosas ir de ellos mismas, y no será necesidad te lo juro, para que el rey de Francia quiera meterse en eso. La gran Thelema universal se edificará por encanto, mientras que tocarás tu violín con un frasco de vino fresco cerca de ti, para tomar un refresco de cuando en cuando...

¿Usted da el aire de burlarse, mi Maestro, pero esta abadía de Thelema ¿no? usted, usted lo inventó? ¿No les lo daba la idea a los campesinos de la Basmette, la misma tarde de mi matrimonio?

Tanto valía, dice a Maestro Francisco, hacerles aquel cuento que otro. ¿Qué de más divertido y de más consuelo para los hombres del siglo de hierro que los sueños de la edad de oro?

¿Así, usted no cree que se pueda suprimir la miseria?

Guilain, mi amigo, voy a leerte un viejo cuento que me regocijó tanto cuando lo oí, cuando lo puse por escrito con el fin de no olvidarlo.

Rabelais, entonces, tomó en la biblioteca un fajo de papeles, se los mostró y le leyó a Guilain lo que sigue:

EL ORIGEN DE MISERE [1]

O VEREMOS LO QUE ES QUE LA MISERIA, O CÓMO SE COMENZO, Y CUANDO ACABARÁ EN EL MUNDO

[Nota 1: este pequeño cuento digno del genio de Rabelais es sacado de la biblioteca azul.]

En un viaje que hice con algunos amigos en otro tiempo en Italia, me encontré alojado en casa de una buena persona de cura le gustaba a quien extremadamente producir algunas historietas. Retuve éste, la que me pareció digna de ser dada a luz, y como rueda sólo sobre la *miseria*, que nos había roto la cabeza antes que de contárnoslo, lo traeré tal, como se nos lo consagró para entonces, así como usted va a leerlo.

Usted criticará, señores, comenzó a nuestra buena persona de cura, de lo que le mantengo sólo de *Misere*. Cada uno, dice, tiene sus razones, y usted no sabría los míos si no se los explicaba. Ustedes son, sin duda, informados sobre eso: esta palabra *Misere* no se dice para nada, y muy poca gente sabe que este nombre es el de uno de los principales habitantes de mi parroquia, el cual ciertamente no es hombre rico, pero honrado, aunque no sea que *Misere* en su casa. ¡Es lástima que este querido feligrés tan sea poco gustado allí, él qué es conocido tanto, cuya alma es totalmente noble, qué es amigo tan generoso, tan bueno, tan preparado para servir en la ocasión, tan afable, tan cortés, por fin que les diré! Él que no tiene sonido igual en la vida, y que jamás lo tendrá.

Usted va posiblemente a creer, nos dice, señores, que lo que voy decirle es un cuento hecho sin motivo, porque aunque se habla tanto de pobre *Misere*, no se saben apenas exactamente su historia: pero le protesto, fe de hombre honrado, que nada es sincero más, ni más verdadero, y hasta dudo, en ellos todos el viaje que usted va a hacer, que usted se enteraba de algo más seriedad.

¿Le diré pues que dos individuos nombrados *Pierre* y *Pablo* que se hubo encontrado en mi parroquia, quién es medianamente grande, y que los habitantes serían bastante felices, si

Misere no quedaba allí, llegando a la entrada de este lugar, del lado de Milano, aproximadamente sobre las cinco de la tarde, siendo templados ellos ambos (como se dice) hasta los: - Dónde alojaremos, le pidió Pierre a Pablo?

A fe mía, le respondió, no conozco el terreno, no pase jamás por aquí.

Me parece, repitió a Pablo, que sobre la derecha he aquí una gran casa que parece pertenecer a algún burgués rico, podríamos rezarle, si es su voluntad, de retirarnos para esta noche.

Consiento en eso de todo mi corazón, dice Pierre; pero me parece, salvo su mejor opinión, que sería bueno antes que de entrar en su casa, de informarnos en la vecindad, cual tipo de hombre es que el dueño de esta vivienda, si tiene el bien y ha fácil; porque se equivoca bastante a menudo allí, con todas las bellas casas que aparecen nuestros ojos, encontramos para el ordinario que los que parecen ser los dueños los deben, y no tienen algunas veces un liar arriba a agarrar allí; para conocer bien a un hombre y juzgar pertinentemente de sus bienes y facultades, hay que verlo muerto; pero si esperábamos después de eso para cenar, podríamos decir bien nuestro *Benedicite* y nuestras *Gratias* en el mismo momento.

Esto sólo es demasiado común, respondió Pablo, pero la lluvia continúa siempre, voy a preguntar a una buena mujer quién lava de la ropa blanca en este foso, lo que es de allí.

¡Pues bien! Buena madre, dice a Pablo, acercándosele, llueve mucho hoy.

Bueno, le respondió, señor, esto es sólo agua, y si era vino, esto no arreglaría mi colada.

Usted es alegre, a lo que me aparece, se fue de nuevo Pablo.

¿Por qué no? Le dice, no me falta nada en el mundo de todo lo que una mujer puede desear, siendo exceptuado el dinero.

Dinero, dice Pablo: ¡por desgracia! Usted es muy feliz si usted no lo tiene en absoluto, y si usted pudiera pasarse sin eso.

Sí, le respondió, esto se llama a hablar, como San Pablo, la boca abierta.

Le gusta dar broma, buena mujer, dice a Pablo; pero usted no sabe que el dinero es ordinariamente la pérdida de gran número de almas, y que sería necesario desear para bastante gente que no jamás lo posea.

Para mí, le dice, no hago deseos iguales, lo manejo tan poco, ya que tengo tiempo ni siquiera de mirar una pieza como es hecha.

Tanto mejor, dice Pablo.

Mi fe tanto mejor usted mismo (a), le respondió. He aquí una manera agradable de hablar: si usted tiene ganas de burlarse de mí, usted puede seguir su camino, también bien he aquí su compañero que se aburre esperándole.

Nos recalentaremos por la tarde, repitió a Pablo. Pero, buena madre, no le enfade en absoluto, le ruego, no tengo intención de decirle nada quién le cause pena, y usted no me conoce, a lo que veo.

Vaya, vaya, le dice, señor, continúes su camino, usted es sólo un engatusador.

Pierre, que había oído una parte de la conversación, por el que fue mucho molestado a causa de una tormenta extraordinaria que sobrevino, habiéndose acercado:

Esta mujer debería ponerse a cubierto. ¿Cuál necesidad de mojarse de este modo? ¿Es una obra tan prensada? ¿Esto no podría devolver a la otra vez?

Coraje, dice, uno razona más o menos como el otro: ¿devolvemos la tarea del mundo como esto en su país? ¡Mala peste! Usted no conoce apenas a la gente de estos barrios. Si

faltaba, dice, mirando a Pierre, esta tarde, una cofia de noche, de todo lo que tengo aquí a *señor Richard*, no sería buena ser echada a los perros.

¿Este hombre pues es muy difícil de contentar, le pidió Pierre?

¡Oh! Señor, exclamó, es más leproso bien feo que esté sobre la tierra. Si usted lo conocía es un hombre que hay que hacerse dar una paliza para un bañoque [2].

[Nota 2: moneda de Italia que vale más o menos un sueldo]

¡Cómo! ¿Dice a Pierre ¿no? el que queda en esta bella casa que descubrimos de aquí?

Exactamente, respondió la buena mujer, y es para él para quien trabajo.

Adiós, le dice Pierre, el tiempo que hace no nos permite causar más.

Habiendo reunido a Pablo, se miran a cubierto bajo un pequeño tejadillo a cuatro no de ahí, y se consultaron juntos de lo que harían en esta ocasión. Después de haber sido a la una de hora un poco embarazados:

Veamos, dice Pierre, lo que será de allí; probemos ventura. Por muy feo que sea este hombre, posiblemente tendrá alguna honradez para nosotros; estos tipos de gente tienen algunas veces de momentos buenos.

Vayamos, dice Pablo, voy a hacer la arenga; querría de todo mi corazón haberme librado de allí, y que fuimos ya retirados. Llegaron por fin a la puerta de Sr. Richard, como se iba a poner en mesa. Chocaron muy despacio, y un criado que había venido de prisa, y había pasado desnuda cabeza al cabo del patio, se sentía mojado, les pidió muy precipitadamente lo que deseaban; Pablo, que fue obligado a llevar la palabra, le rogó con todo tipo de honradeces que él pida a su dueño si tendría bastante bondad que de concederles un pequeño rincón de su casa a dos hombres muy-cansados.

Usted toma mucha pena, les dice, mis criadas gente, pero es del tiempo perdido, mi dueño jamás aloja a nadie.

Lo creo, dice Pablo; pero háganos la amistad, por gracia, de ir a decirle que deseáramos tener bien el honor de saludarle.

A fe mía, dice el criado, he aquí sobre la puerta de la sala, háblele usted mismo (a).

¿Quiénes son aquella gente? Dijo Richard a su criado de una voz bastante elevada.

Piden alojar, respondió el otro.

¡Pues bien! ¿Pícaro, no puedes responderles que mi casa no es un hostel?

¿Lo oye, señores, no usted el ais-je no bien dicho?

Pablo que se arriesga a acercarse Richard:

¡Por desgracia! Señor, dice sobre un aire lamentable, por el mal tiempo que hace, sería una gran caridad que de darnos, por favor, un pobre retrete para reposar dos o tres horas.

He aquí gente de un gran descaro, dice, mirando a su criado; ¿ por qué dejas entrar a canallas? Vaya, vaya, dice sobre un aire que desprecia a Pablo, procurar alojar donde usted lo entenderá, no es aquí un cabaret; luego les hizo cerrar la puerta a la nariz.

El mal tiempo que continúa siempre;

¿Quiénes nos haremos? Dice a Pablo. He aquí por la noche que se acerca, si se nos recibe por todas partes lo mismo que a esta casa, corremos riesgo de pasar bastante mal nuestro tiempo.

El Señor proveerá allí, respondió Pierre, debemos, como usted le sabe tanto como yo, confiarnos en él. Pero, dice volviéndose, me parece que he aquí a dos pasos de nuestra lavandera, con la cual conversamos llegando, la cual parece bien cansada, y la cual se reposa en un límite con su ropa blanca.

Mismo es, dice Pablo.

Sería bueno, continuó a Pierre, preguntarle dónde podremos alojar.

Consiento en eso, le respondió.

Al mismo tiempo, Pablo, acercándose a esta pobre mujer, le preguntó en cuál lugar de la ciudad los transeúntes que no tenían en absoluto dinero podían ser recibidos solamente para una noche.

Querría, les respondió, que me esté permitido retirarle, lo haría de buena gana, porque usted aparece de criadas gente; soy viuda, y esto haría causar. Sin embargo si usted quiere esperar, y tener un poco de paciencia; en mi vecindad y cerca de mi pequeña choza, que está al cabo de la ciudad, tenemos un pobre buen hombre nombrado *Miseria*, que tiene una pequeña casa como todo cerca de mí, y que podrá darle bien una morada para esta tarde.

De buena gana, respondió Pablo; vaya a hacer a su gusto sus asuntos, le esperamos aquí. La buena mujer que había entrado en casa de Sr. Richard, y había devuelto su ropa blanca en el granero, volvió a encontrar a nuestros dos viajeros que ejercían toda su virtud para no impacientarse.

Sígame, dice, y marchemos un poco rápidamente, porque hay un buen trozo de camino que hay que hacer; hará ciertamente por la noche antes de que estemos en la casa.

Llegaron por fin, y este caritativo mujer que había chocado en la puerta de su vecino, muy tuvieron que esperar mucho tiempo para que sea abierta, porque la buena persona estuvo ya acostada, aunque no sea más a las seis horas y media. ¿Se levantó a la voz de su vecina, y le preguntó muy complacientemente qué había para su servicio?

Usted se me dará el gusto, le respondió, de dar a acostarme en dos pobres tipos de gente que no sabe cual lado dar la cabeza.

¿Dónde están? Le pidió la buena persona levantándose prontamente.

En su puerta, respondió.

A la buena hora, le dice, enciéndame solamente poco mi lámpara, le ruego.

Teniendo la luz entraron en la casa; pero todo estaba allí en desorden, no conocíamos allí nada en el mundo. El dueño de esta vivienda vivía sólo. Era un gran hombre flaco y pálido, quien parecía salir de un sepulcro.

Dios sea aquí, dice Pierre.

¡Por desgracia! Dice a la buena persona, así sea: necesitaríamos bien su bendición, para darse tiene cena, porque le protesto que hay ni siquiera un pedazo de pan aquí.

Importa, dice Pierre, con tal que seamos a cubierto, es todo lo que deseamos.

La vecina que bien había sospechado que no se encontraría nada en casa de pobre *Misere*, había salido muy despacio, volvió en seguida aportando cuatro gruesas pescadillas totalmente asadas, con un grueso pan y un cántaro de vino de Suze.

Vengo, dice, para cenar con usted.

Pez, dice Pierre: ¡ oh, nosotros he aquí admirablemente bien!

¿Cómo, señor, dice la vecina, le gusta el pez?

¡Si me gusta el pez! Repitió, me debe gustar bien, ya que mi padre lo vendía.

Soy muy feliz, repitió a la vecina, siendo esto de este modo, de tener un papelucho de su gusto, y que pueda dársele el gusto.

La confusión se encontró muy grande para sentarse a la mesa, porque no había en absoluto; la buena vecina fue de allí buscar uno, por fin comimos; y así como es carne sólo de apetito, los peces estuvieron encontrados admirablemente buenos; hubo sólo un dueño de la casa que no pudo participar de allí. No había sin embargo cenado, aunque esté acostado cuando esta compañía había llegado a su casa; pero le había pasado una pequeña aventura la tarde que lo había devuelto de humor muy-malo; también sólo contó sus penas, sus dolores y sus aflicciones durante toda la comida, a la que ambos viajeros fueron muy sensibles, y olvidaron nada para su consuelo.

El accidente que le había sobrevenido no era muy considerable; pero como se dice, no es difícil de arruinar a un pobre hombre. En su patio, donde se podía entrar fácilmente, teniendo allí sólo un seto que salta, tenía un peral bastante bello, cuyo fruto era excelente, y el que abastecía sólo casi la mitad de la subsistencia de esta buena persona.

Uno de sus vecinos que había acechado el cuarto de ora que no estaba en la casa, le había quitado todas sus peras más bellas, si aunque esto lo había apenado tanto por la pérdida gruesa que esto le causaba, que después de haber jurado contra el ladrón, era de despecho ido a acostarse sin cenar. Sin esta aventura, todavía corría el mismo riesgo, ya que en cada día no había podido encontrar un solo pedazo de pan por toda la ciudad.

Ciertamente tenía razón de haber de la inquietud, hay muchos otros los que se entristecerían a menos. Pablo mirando a Pierre:

He aquí un hombre le dice, que me hace compasión; tiene del mérito y el alma bien colocada, muy miserable que es, hace falta que recemos el cielo por él.

¡Por desgracia! Señor, usted se me dará el gusto bien: para mí, dice bueno Misere, parece que mis oraciones tienen bien poco crédito, ya que aunque a menudo las renuevo, no puedo salir del estado lastimoso al cual usted me ve reducido.

El Señor prueba una vez a las personas justas, le dice a Pierre, interrumpiéndole; ¿pero, mi amigo, continuó, si usted tenía algo pedir a Dios, de quién se trataría? ¿Que desearía?

¡Oh! Dice, señor, en la cólera donde me encuentro contra los bribones que robaron mis peras, no le pediría nada otra cosa al Señor, si no: _Que ellos todos los que subirían sobre mi peral ello cosechasen mientras me guste, y no puedan jamás bajar que por mi voluntad._

He aquí limitarse a poca cosa, dice Pierre: ¿ pero por fin esto le contentará pues?

Sí, respondió la buena persona, más que todos bienes del mundo.

Tu deseo será cumplido, le respondió Pierre y si el Señor a menudo hace, como es verdad, algo para sus servidores, lo rogaremos de nuestro mejor.

Durante cada noche, Pierre y Pablo efectivamente se miran en oraciones; porque para hablar de acostarse, pobre *Misere* tenía sólo una sola bota de paja que quiso cederles, pero que absolutamente negaron, no queriendo dormir fuera de casa su huésped. Al haber venido

el día, y después de haberle dado todo tipo de bendiciones así como a la vecina, que había usado de eso tan honestamente con ellos, se fueron de este lugar triste, y dijeron a Misere, que esperaban que su petición fuera otorgada; que desde ahora en adelante nadie tocaría a sus peras que a buenos estandartes, que podía atrevidamente salir; que si durante su ausencia alguien era bastante intrépido que de subir sobre el árbol, le encontraría allí cuando volvería a su casa, y que siempre podría bajarse sólo de su consentimiento.

Lo deseo, dice Misere riéndose. Era posiblemente la primera vez de su vida que esto le llegaba; también creía que Pierre le había hablado de este modo sólo para burlarse de él y de la sencillez que había tenido hacer un deseo tan extravagante. Por fin al haberse ido ambos viajeros, pasó de allí de muy distinto modo que había pensado en él, y no tardó en percibirse; porque el mismo ladrón que se había llevado sus peras más bellas, habiendo vuelto el mismo día en el tiempo que el otro había ido a un cruchée de agua a la fuente, estuvo sorprendido, volviendo a su casa, con verlo posado en su árbol, y que hacía toda tipo de esfuerzos para desembarazarse de eso.

¡Oh! Raro, le tengo, comenzó a decirle Misere de tono completamente alegre. ¡¡Cielos! él mismo dice, cual gente vino para vivir en mi casa esta noche! Oh, por una vez, continuó hablando siempre a su ladrón, usted tendrá todo el tiempo, nuestro amigo, recoger mis peras; pero le protesto que usted los pagará caro bien, por el tormento que voy hacerle sufrir. En primer lugar, quiero que toda la ciudad le vea en este estado, y luego haré un buen fuego bajo mi peral para fumarle como un jamón de Maguncia.

¡Misericordia! Señor Misere, exclamó el ladrón de peras, perdón para esta vez, lo devolveré mi vida, le protesto a él.

Lo creo bien, le respondió el otro, pero mientras que yo tú tuyos hace falta que te haga pagar bien el daño que me hiciste.

Si se trata sólo de dinero, respondió el ladrón, pregúnteme qué le gustará, se lo daré.

No, le dice Misere, punto de barrio; necesito bien dinero, pero no lo quiero en absoluto; pido sólo la venganza y castigarte, ya que soy el dueño; voy, dice dejándole, siempre buscar del bosque de todas partes y luego aprenderás de mis noticias; no pierdas paciencia, Porque tienes todo el tiempo hacer reflexiones sobre tu aventura. ¡Oh! ¡Oh! ¿ Buen mozo, continuó, le gustan las peras amurallas? Le guardaremos.

Misere habiendo ido y dejado el pobre diablo sobre su árbol, donde se daba todos los movimientos del mundo y hacía toda suerte de contorsiones para salir de eso sin poder llegar allá, se echó a lamentarse, y gritó tanto que se lo había oído de una casa próximas. Acudimos en ayuda, creyendo que en este lugar apartado podía ser alguien al que se asesine. Dos hombres que habían acudido del lado donde oían que se quejaba, estuvieron bien sorprendidos con ver éste subido sobre el árbol de la buena persona Misere, y que no lo podía bajar.

¿Eh, que diablo haces allí, cómplice? ¿Le dice uno de sus vecinos, y a quiénes bajas?

¡Oh! Mis amigos, exclamó, miserable hombre a quien pertenece este peral es un brujo, hace dos horas estoy sobre esta rama sin poderle sacar.

Te equivocas, le dice el otro, Misere es un hombre muy honrado, no es rico, sino ciertamente no es brujo: de otro modo lo veríamos en otro estado que al que es desde hace tantos años. Posiblemente el que es por permiso de Dios que permaneciste moderno de este modo para tiene ver deseado robarle sus peras. Sea lo que sea, la caridad cristiana nos obliga a aliviarte.

Diciendo esto, subieron, el uno a una rama, el otro a otra, y se miran en deber de quitar a su vecino, pero jamás pudieron venir tiene trozo; le hubieron arrancado más bien a todos los miembros uno cerca otro que de sacarle de ahí. Después de toda tipo de esfuerzos inútiles:

Es mi fe hechizada, se dijeron, no hay nada que hay que hacer, hay que advertir de eso prontamente la justicia, descendamos.

¡Se miran en efecto en deber de saltar abajo, pero cual fue su sorpresa para esta pobre gente de ver que no podían tampoco remover que su vecino!

Quedaron de este modo hasta las veintitrés horas y media 3, que la buena persona Misere habiendo vuelto con un bissac lleno de pan, y un gran haz de leña de malezas en su cabeza, que había sido recoger en los setos, terriblemente fue asombrada de ver a tres hombres en lugar de un único al que había dejado sobre su peral.

[Nota 3: es cerca de mediodía; en Italia, las horas se consideran consecutivas hasta veinticuatro, luego empiezan de nuevo por uno.]

¡Oh! ¡Oh! Dice, la feria será buena, a lo que veo, ya que he aquí tantos vendedores que se reúnen. ¡Eh! ¿Que venías hacerse para aquí, mis amigos, comenzó a pedirles Misere a ambos últimos venidos? ¿Acaso no podía pedirme peras, sin venir de este modo robármelos para mí?

No somos en absoluto unos ladrones, le respondieron, somos unos vecinos caritativos venidos a propósito para socorrer a un hombre entre los que los lamentos y los gritos nos daban lástima; cuando queremos peras, lo compramos en el mercado, hay bastante sin los suyos.

Si lo que usted me dice allí es verdad, repitió Misere, usted no valora nada sobre este árbol, usted lo puede bajar cuando usted gustará, el castigo es sólo para los ladrones.

Y al mismo tiempo a los que habían dicho ellos que ellos ambos podían descender, lo hicieron prontamente sin hacerse rogar, y no sabían que pensar en la autoridad que tenía Misere sobre este árbol.

Estos dos vecinos que estaban a tierra agradecieron a Sr. Misere de a lo que acababa de hacer para ellos, y lo rogaron al mismo tiempo que se tenga compasión de este pobre diablo, que sufría extraordinariamente desde tanto tiempo cuanto así estaba en facción.

No se ha librado de allí, les respondió, usted ve bien por experiencia que está convencido del robo de mis peras, ya que no puede bajar superior el árbol, como usted acaba de hacer; y quedará tanto que lo ordenaré, para vengarme del daño que este ladrón me hizo desde hace tantos años como no pude recoger un solo cuarterón.

Usted es cristiano demasiado bueno, Sr. Misere, repitieron a ambos vecinos, para incitar las cosas a tal extremidad; le pedimos su gracia para esta vez; usted perdería en un momento su honor, que es tan bien establecido de todas partes, desde hace tantos años como su familia queda en esta parroquia; dé tregua a su resentimiento justo, y perdónele según su buen corazón, a nuestra oración; ¿después de todo, cuándo lo hará sufrir más, será más rico?

No son ni los bienes ni las riquezas, repitió Misere, que jamás tuvieron algún poder sobre mí: sé bien que lo que usted me dice es verdadero; ¿pero es justo que hubiera sacado provecho de mi bien, sin que encuentre allí por lo menos alguna pequeña recompensa?

Pagaré todo lo que usted querrá, exclamó el ladrón de peras; pero en nombre de Dios, hágame bajar, sufro todas las miserias del mundo.

A esta palabra, Misere él mismo se dejó tocar, dice que quería olvidar su falta, y que le perdonaba a él; que para hacer saber que tenía el alma generosa, y que no era el interés que jamás lo había hecho actuar en ninguna acción de su vida, le hacía obsequio de todo lo que le había robado; que iba a librarlo de la pena donde se encontraba, pero bajo una condición que hacía falta que recordara el juramento: el caso es que de su vida volvería sobre su peral, y se alejaría de eso siempre de cien pasos, tan pronto como las peras sean maduras.

¡Oh! Qué cien diablos se me lleven, exclamó, si nunca me acerco a eso a una legua. Es bastante, le dice Misere; descienda, vecino, usted es libre; pero no regrese allí más, por favor.

El pobre hombre tenía todos los miembros tan entumecidos que hizo falta que Misere, totalmente roto el que era, el ha a descender con una escala, los otros que jamás habían querido acercarse al árbol, tanto se le referían de respeto, todavía temiendo alguna nueva aventura.

Ésta sin embargo no fue tan secreta, hizo tanto ruido como cada uno lo razonó a su fantasía. Lo que hubo siempre muy cierto, es que desde aquel tiempo, nadie jamás se atrevió a acercarse al peral del buen hombre Misere, y que él sólo lo hace la cosecha completa.

El pobre hombre se consideraba bien recompensado por haber alojado en su casa a dos desconocidos, que le habían proporcionado una ventaja por muy grande. Hay que convenir que en el fondo se trate de bien poca cosa; pero cuando se obtiene lo que desea en el mundo, esto se puede contar para muchos. Misere, contento de su destino tal como ella era, hundía su vida siempre bastante pobremente; pero tenía el espíritu contento, ya que gozaba en paz de la pequeña renta de su peral, y el que era qué había podido limitar toda su pequeña fortuna.

Sin embargo la edad lo ganaba, siendo bien alejado de tener todos sus gustos, sufría mucho más que otro; pero al haberse ido su paciencia la maestra de todas sus acciones, una alegría cierta y secreta de verse absolutamente dueño de su peral, le hacía las veces de todo. Un cierto día en el que pensaba en eso menos, siendo bastante tranquilo en su pequeña casa, pensó llamar a su puerta, nada que fue asombrado tan poco de recibir esta visita, la cual esperaba bien; pero que no consideraba tan próximo: era la Muerte quien hacía su ronda en el mundo, y que venía anunciarle que se acercaba su hora: que iba a librarlo de todas las desgracias que acompañan ordinariamente esta vida.

Sea bienvenida, le dice Misere, sin emocionarse, mirándole de una gran sangre fría y como un hombre que no le temía en absoluto, no teniendo nada malo sobre su conciencia, y habiendo vivido en hombre honrado, aunque muy pobremente.

La Muerte fue muy-sorprendida de verlo sostener su llegada con mucha intrepidez.

¡Qué! ¿Le dice, no me temes en absoluto, yo que asusta de una sola mirada todo lo que él allí de haber sido más poderoso sobre la tierra, desde el pastor hasta el monarca?

No, le dice, usted no me hace ningún miedo: ¿y cuál placer tengo en esta vida? ¿Cuáles empeños me ve allí para no salir de eso con mucho gusto? No tengo mujer ni niños (siempre tuve bastantes otros dolores sin éstos); no tengo un pulgar valiente de tierra,

excepto esta pequeña choza y mi peral que sólo es mi padre nutricio, por estos bellos frutos que usted ve que me produce cada año, y por los que todavía es totalmente encargado ahora. Si algo en este mundo fuera capaz de causarme pena, no lo tendría en absoluto de otro que un atadero cierto que tengo a este árbol desde hace varios años que me alimenta; pero como es debido tomar su partido con usted, y que la réplica no es en absoluto de temporada, cuando usted quiere que se le siga; todo lo que deseo y lo que le ruego que usted me concedas antes de que muera, es que todavía como en su presencia una de mis peras; después de eso no le pido nada más.

La petición es demasiado razonable él, dicha la Muerte, para negarte a ella; va tú mismo escoger la pera que quieres comer, consiento en eso.

Misere que había pasado por su patio, la Muerte el siguiente de cerca, giró mucho tiempo alrededor de su peral, mirando en todas las ramas la pera que le gustaría más, y habiendo puesto la vista sobre una que le parecía muy bella:

He aquí, dice, el que escojo; me presta, le ruego, su guadaña por un instante, para que lo mate.

Este instrumento no se le presta a nadie, le respondió la Muerte, y soldado jamás bueno se deja desarmar; pero miro que vale más recoger con la mano esta pera, que se estropearía si caiga. Monta sobre tu árbol, dice a Misere.

Es bien dicho si tenía la fuerza, le respondió; ¿no ve que casi no sabría sostenerme?

Pues bien, le replicó, quiero prestarte este servicio; yo mismo voy a subir allá, y a buscarte esta bella pera y esperas su mucha satisfacción.

La Muerte que había subido sobre el árbol, recogió la pera que Misere deseaba con tanto ardor, pero fue bien aturdida cuando queriendo descender, esto se encontró completamente imposible.

Buena persona, le dice volviéndose del lado de Misere, dime un poco lo que es que este árbol.

¡Cómo! ¿Le respondió, no ve que es un peral?

¿Sin duda, le dice, pero que quiere decir que no puedo descender de eso?

A fe mía, repitió Misere, son allí sus asuntos.

¡Oh! ¡Buen hombre, qué! ¿Usted se atreve a jugármese, quién asusto toda la tierra? ¿A qué se expone?

Soy enfadado, dicho sobre eso él Misere; pero a qué expóngase usted mismo (a), de venir para turbar el descanso de un desgraciado que no le hace ningún daño. ¿Todo el mundo entero no es bastante grande para ejercer su imperio, su rabia y todos sus furores, sin venir en miserable choza para arrancarle la vida a un hombre que jamás le hizo daño? ¿Que se pasea en el universo vasto, en medio de tantos grandes ciudades y palacios por muy bellos? Usted encontrará bellas materias para ejercer su barbarie. ¿Cuál pensamiento antojadizo le había tomado hoy a pensar en mí? Usted tiene, continuó, todo el tiempo de hacer allí reflexión; ¡y ya que le tengo ahora bajo mi ley, ya que voy a hacer bien al pobre mundo que usted tiene en esclavitud desde hace tantos siglos! No, sin milagro, usted no saldrá en absoluto de aquí para que no lo quiera.

La Muerte jamás se había encontrado en tal fiesta, y conoció bien que había en este árbol algo sobrenatural.

Buena persona, le dice, usted tiene razón de tratarme como usted haga; merecí lo que me llega hoy para haber tenido demasiada amabilidad para usted; sin embargo, no me arrepiento no, pero también no hace falta que usted abuse del poder que el Todopoderoso le da en este momento a mí. No se oponga más, le ruego, a las voluntades del cielo. Si desea que usted salga de esta vida, sus rodeos serían inútiles, le forzaré allí a pesar de usted: consienta solamente para que descienda de este árbol, si no lo mataré en seguida.

Si usted da aquel golpe, le dice Misere, le protesto sobre todo lo que hay en el mundo más sagrado, lo que con todo lo muerto que sea mi árbol, usted siempre saldrá de eso sólo por el permiso de Dios.

Me percibo, repitió a la Muerte, que entré en una casa lastimosa para mí. Por fin, buena persona, comienzo tiene aburrirme aquí: tengo asuntos a las cuatro esquinas del mundo y hace falta que se acaben antes de que el sol esté acostado; ¿quiere parar el curso de la naturaleza? Si una vez salgo de este sitio, usted puede arrepentirse bien de eso.

No, le respondió Misere, no temo nada; todo hombre que no teme en absoluto a la Muerte está por encima de muchas cosas; sus amenazas me causan ni siquiera la menor pequeña emoción, siempre estoy dispuesto a irme al otro mundo, cuando el Señor lo habrá ordenado.

He aquí, le dice la Muerte, de sentimientos muy-bellos, y no creía que una casa por muy pequeña renfermât un tesoro por muy grande. Puedes jactarte bien de eso, buena persona, de ser el primero en la vida que hubiera vencido a la Muerte. El cielo me ordena que de tu consentimiento te deje, y jamás volveré a verte de nuevo que al día del juicio universal, después de que haya terminado mi gran obra, que será la destrucción general de todo el género humano. Te lo mostraré, te lo prometo; pero sin menear, sufre para que baje, o por lo menos que despego, una reina me espera a quinientas leguas de aquí para irse.

¿Debo dar crédito, repitió Misere, a su discurso? ¿ Esto no es en absoluto para engañarme mejor quien usted me habla así?

No, te juro; pero me verás sólo después de entera destrucción de toda la naturaleza, y te será que recibirá el último golpe de mi guadaña: ¿ las interrupciones de la Muerte son irrevocables, entiendes, buena persona?

Sí, dice, le entiendo, y debo dar crédito a sus palabras, y para le probárselo eficazmente, consiento que usted se retiraba cuando usted gustará, usted tiene ahora la libertad.

A esta palabra, la Muerte que ha hendido los aires, huye a la vista de Misere, sin que después hubiera pensado hablar. Aunque muy a menudo venga al país, hasta a esta ciudad pequeña, siempre adelanta su puerta, sin atreverse a informarse de su salud, es lo que hace Misere, tan de edad sea, vivió desde aquel tiempo siempre en la misma pobreza, cerca de su querido peral, y según las promesas de la Muerte, quedará sobre la tierra tanto que el mundo será mundo.

¿Comprendes, Guilain, dice Rabelais después de haber terminado esta lectura, que los frutos de Misere son sagrados, hasta para la muerte, que no tocaría a eso impunemente? ¿Entonces, cuáles son estos frutos, si no saludables advertencias para los indolentes y los cobardes, los frutos de arrepentirse para las faltas que la miseria castiga, frutos de sabiduría para los prudentes a los que la miseria da miedo? Qué Misere, si no el perro de este gran pastor que lleva a los hombres, el perro vigilante y hambriento que muerde

las ovejas perezosas. ¿Y quieres abozalar el perro del pastor? ¿Quieres adormecerlo? ¿Quieres matarlo, quieres cortar por fin el peral de Misere? ¡Oh! ¡Oh! Guilain, tú mellarás allí tu hacha grande. Este árbol tiene la corteza dura, porque es viejo como el mundo. Es el árbol de la ciencia, del bien y del mal, y durará, puedo respondértelo, hasta el día del último juicio.

Ahora, vayamos acostarnos a . Mañana me voy a Devinière y necesito dormir esta noche. Para ti, sé que dormirás sólo de un ojo, pero podrás con toda tranquilidad terminar los bellos sueños que te veo en tren de comenzar totalmente despertado. ¡ Buenas tardes y buenas noches, Guilain!

VI

GUILAIN A LA CORTE

Rabelais se había ido desde hace dos días, cuando Sra de Guise hizo decir en Guilain de estar preparado para seguirle, y cuando la misma tarde se le imaginaría al rey. Le enviaba a chico el tiempo un bello jubón de terciopelo negro hecho a su talla o más o menos, una fresa bien almidonada, y todo lo que hacía falta para darle el aire de un aprendiz gentilhomme. Guilain olió que sería ridículo bajo este atavío; ¿pero podía ir al Louvre vestido en campesino? Por otra parte, no quería contrariar a su protectora.

Llegó al palacio del rey, marchando con muchas precauciones, para no arrugar su fresa, como si se hubo referido, como San Denis, su cabeza en sus manos; solamente su cabeza, en lugar de parecerse a la de San Denis, figuraba más bien al jefe de San Juan-bautista en lo mejor de un plato.

Fue introducido según la orden que lo había sido dada a los guardias y a los porteros de estrados; pero los criados no pudieron quererse reírse mirándolo pasar.

El rey estaba en uno de sus pequeños apartamentos; tenía alrededor de él compañía bastante numerosa de jóvenes señores y de bellas damas. Una de estas damas era la favorita del rey; fue engalanada y parecía honrada como si verdaderamente haya sido la reina, y tuviera alrededor de ella, no damas de honor, pero siguientes mucho gorgiasas y muy ricamente forradas.

Guilain, que en su vida había frecuentado poco a las damas de la gran gente y las que sirven para los hombres de la gran gente, se encontró un poco desconcertado. El rojo le montó a la cara. Esta timidez no desagradó; pero hizo circular los chistes y las sonrisas.

Esto, dice el rey, maestro Guilain, nos dicen que usted es gran violinista de pueblo, cancionista raro y un poco brujo por añadidura. No le denunciaremos a la gente de iglesia, y usted va a mostrarnos su destreza, porque tal es nuestro buen placer.

Señor, dice Guilain inclinándose... Luego parándose de repente, he aquí nuestro hombre que queda corto, endereza la cabeza y palidece mirando de un aire totalmente espantado a una de las extremidades del apartamento.

El caso es que una mirada fría y penetrante como el acero acababa de alcanzarlo en corazón lleno. Una mujer joven todavía, pero ya maquillada, bello, pero desfigurada por el odio; una

mujer rubia y amable, con una mirada de víbora en dos ojos magníficos monos, le había dicho de lejos en el reñoso:

Te reconozco.

Y él también él acababa de reconocerla era el ingrato, era la Marjolaine ambiciosa, hecha, no gran dama, pero siguiente de una gran dama, siguiente un poco principal a decir a maldicientes, porque la gran dama tenía un marido, y por muchas complacencias compraba la paz del cuidado del hogar.

A esta vista, todo se nubló en la cabeza del pobre Guilain. No quería más a esta mujer, sino se acordaba de haberlo gustado ardientemente, y quería considerarlo honrada, laboriosa y arrepentida. Ella siente, estoy seguro de eso, el mal que me hizo. Jamás volverá, porque está orgullosa y orgullosa, sino querría saberme feliz. El buen Guilain lo juzgaba así según su propio corazón.

Recupérese, Guilain, dice el rey, y tome su violín; le perdonamos a la arenga.

Guilain había olvidado todo lo que le quería cantarle al rey. Se abandonó entonces al azar de la inspiración, y que concedía su instrumento, se echó a cantar sobre un aire triste y lastimero:

EL SAPO

Dotado, como digo, del instinto profético,
Está en la gente desconocida de nosotros todos,
Un ser horrible cuyo ojo es simpático, El corazón cariñoso, los instintos puros y dulces.
Este rey proscribire de una gente que lo ignora, es el sapo ya que hay que nombrarle, animal
Triste que todo el mundo aborrece, Pobre sapo, permíteme quererte. (_Bis _)

Está sin hiel, sin odio y sin defensa
Y como nosotros, criatura de Dios.
Si le es horrible a negra compite,

El caso es que posiblemente se nos parece un poco. En vano por la noche su queja clara y tierna,
De su buen corazón procura informarnos, Nuestros perjuicios maldecimos sin oírle...
Pobre sapo, permíteme quererte. (_Bis _)

Se alimenta de vapores de la tierra,
El que absorbe y destruye los venenos,
A los colibrís no lo tuviera en absoluto la guerra, Contra la peste defiende nuestras casas.
Pero, no devuelve a la muerte, ni el odio, Tiene nuestros niños unidos para oprimirlo...

Mártir oscuro de la justicia humana,
Pobre sapo, permíteme quererte. (_Bis _)

Cavé demasiado lo que el orgullo adora, tengo demasiado mundo probado los dioses falsos;

Para no creer en las virtudes que se ignora, Y para no fiarse del error de nuestros ojos.

Tengo el amor conocido la ingratitud,
Y sobre una frente que no me atrevo a nombrar,

De la belleza vi la infamia...
Pobre sapo, permíteme quererte. (_Bis _)

Que me necesitan ellos todos, los a los que se quiere;
Son demasiado bellos para no ser ingratos, devuelvo mi culto a los altares que se
blasfema, Y mi amor a aquellos a los que no quiere.

¡Tumbas formadas de un mármol que respira, corazones de mujer dan el aire de
animarse, Luego usted siente el beso del vampiro!... Pobre sapo, permíteme quererte.
(_Bis _)

Así como a ti me echaron la piedra,
Sin conocerme y sin interrogarme;
Y benévolo para la naturaleza entera,
Habré muerto sin saber vengarme.
Tú que por lo menos, apóstol desgraciado,
Jamás intenté reformar;

Cuando deberías ser ingrato como otro, Pobre sapo, permíteme quererte. (_Bis _)

¡Oh! El animal horrible y la canción horrible, dice la favorita del rey cuando Guilain hubo
acabado de cantar, hay sólo un necromantico y los brujos del sábado a quienes pueda
gustarles a los sapos.

Y hay sólo unos sapos que puedan ellos corresponder, respondió orgullosamente mejorana.
Por cierto, dice un joven gentilhomme rizando su bigote, Guilain se pone allí al revés de
otros brujos, éstos tienen, a lo para que se asegure, siempre sobre ellos algún sapo, pero
él le esconden con cuidado. Éste tiene lo que más urge sólo mostrarnos el suyo en
primer lugar. Esto no nos rasgaste apenas.

Un pedazo de risa general acogió esta broma.

Este violinista de pueblo al que sospecho ser hugonote, ser dicho bajito otro ingenio que
habla a la oreja de su vecino, pero es bastante alto para ser oído por todo el mundo, este
violinista de pueblo acaba de decir que el sapo es un rey proscrito, o esto no quiere
decir nada, o pretendería insinuar por ahí que los reyes son unos sapos no proscritos. Lo
que sería una gran insolencia y una injuria gruesa.

El Maestro Francisco Rabelais acaba de hacernos una mala pasada con su modo
sirviéndonos a este bello violinista de pueblo, dice una dama apretando los labios.

¡Oh! Para esto, dice otro al que Marjolaine acababa de hablar a la oreja, hay que esperar
todo por parte de un hombre que, siendo joven, agarraba el lugar de San Francisco e
improvisaba matrimonios milagrosos.

Señora, dice el rey, usted no eres clemente hacia nuestro querido doctor Rabelais. Las
indulgencias del santo - enseguida borrarón todas sus locuras de juventud. No hablemos
pues más, por favor, de escándalos de Basmette y del matrimonio de hermano Lubin.

Guilain se estremeció a este nombre y se sintió preparado para encontrarse mal. Encontró
sin embargo la fuerza de decir, dirigiéndose al rey:

¿Señor, ya que Su Majestad pensó hablar de hermano Lubin, me atrevería a suplicarle
decirme aquel en lo que piensa en su matrimonio?

Pienso que una comedia sacrílega no es un matrimonio, dice el rey.

Los colores volvieron rápidamente sobre la cara del violinista de pueblo. Un relámpago de alegría brilló en sus ojos. Eran los colores y la alegría de la fiebre...

Marjolaine, gritó dirigiéndose a su enemiga confundida, adiós para siempre, somos libres. Tendré el derecho en lo sucesivo de gustar algo de mejor que los sapos.

Luego saludando al rey, repitió su violín y salió como un loco sin que alguien quiera a disputarle el paso.

VII

ENFERMEDAD Y MUERTE DE GUILAIN

Llegando a su cuartito, a la casa del cura de Meudon, Guilain metió en la cama con la fiebre. Durante cada noche tuvo el delirio. Soñaba que estaba sobre un carro de triunfo, al lado del rey tocaba el violín y pueblo inmenso seguía el cortejo bailando; pero poco a poco el rey cambiaba de figura y de traje, el carro de triunfo se hacía horroroso carreta: el rey se había hecho el verdugo. La carreta fue llevada por un demonio, que se parecía a Marjolaine, y la muchedumbre seguía cantando y bailando siempre.

El paisaje se volvía siniestro y desolado, el camino, en lugar de árboles, tenía horcas, la carreta, por fin, se encenagaba y no marchaba más. Guilain no veía más el pueblo, ni La mejorana, ni el verdugo; fue solo y abandonado en el desierto de la muerte. De repente una mujer le venía tendiéndole la mano. Esta mujer, la reconocía: era la Violeta buena y dulce; pero en el momento en el que iba a salvarlo, una voz dura oía oír y gritaba:

« ¡Vayamos! ¡Vayamos! Señora, estás casada, no le divierte de camino, va a cuidar a su marido. » Guilain entonces se despertaba sobresaltado, muy siendo tembloroso y totalmente bañado por sudor.

Entonces, fue asediado por los pensamientos más desconsoladores; ¿posiblemente había comprometido a su bienhechor, el cura excelente de Meudon podía quedarse en la casa del cura? ¿Todavía se atrevería a mostrarse a la iglesia? ¿Cómo iba a mirarlo Sra de Guise? Estaba presente en el momento de su afrenta al patio, y no había dicho una sola palabra en su favor. ¿El rey sin duda no le perdonaría por haber ofendido la siguiente de su favorita, y voltea-al perdonarle, cómo, él, Guilain, aceptaría esta benevolencia? ¿No creeríamos que sacaba provecho del favor de Marjolaine? ¿Todavía iría a correr el mundo? ¿Volvería al monasterio? Pero hubo preferido mil veces la tumba. ¡Oh Violeta! ¡Violeta! ¿Por qué hace falta que estés casada? Pues era muy único en el mundo, perdido sin recursos, exiliado de por todas partes, como el Judío errante, y se ponía entonces a soñar la tumba, en el reñoso en el fondo de su pensamiento con codicia y amor.

Y luego se tomaba de gran piedad por esta pobre joven mujer a la que había querido tanto. Ya la compadecía que no podía más estimarlo. Al amor apagado había sucedido una ternura casi paternal. Hubo querido salvarla con riesgo de su vida. Hubo querido echarse a sus pies y pedirle perdón de todo el mal que le había hecho. Pero sabía demasiado que este mal allí era el que las mujeres perdonan menos.

¡Cuánto la noche es larga cuando se es trabajado por el insomnio! Guilain pensó que, como él, el sol había sido desanimado y que no se levantaría más.

Sin duda, pensaba, el sol, traicionado por la luna, que lo habrá renegado y despreciado en presencia de todas las estrellas, habrá encontrado peleándose el corazón el coraje de decirle: « ¡usted jamás fue mi mujer! Usted es sólo una corredora de noche, encontró mi luz y lo reflejó por casualidad, luego usted me dejó en la esperanza de que un cometa más rico que yo le salpicaría de oro con su cola... » ¡Oh! ¡Pobre sol, exclamó toda altura, que debiste sufrir diciéndole sobre cosas tan tristes!

Luego, Guilain, que tenía siempre la fiebre, se puso a hacer una bella moral al sol.

Jamás fuiste una verdadera antorcha del mundo, le decía, si te dejas extinguir para la luna además o por lo menos. ¡Bello milagro, en efecto, que un astro que te hace los cuernos, unas veces a la derecha, y otras a la izquierda! ¡La luna pálida y siempre enfermo, qué, para toda nobleza, cuenta sus caprichos por cuartos! ¡Oh! ¡Sol! ¡Sol, mi amigo, verdaderamente faltas de carácter!

Luego, Guilain se levantó, coge su violín, abrió la ventana, y comenzó una música inaudita. Eran gavillas de luz, era una melodía que deslumbra las orejas, y, por simpatía, los ojos nictálopes de Démogorgon. ¿Criadas gente, creará como yo que oriente lo blanquea más rápidamente, y que las primeras pequeñas nubes doradas del horizonte se levantaron más por la mañana para oírlo? Pronto millares de aves le respondieron, y se interrumpió sólo cuando voces humanas, agregándose al concierto de las aves, aclamaron bajo su ventana, con numerosos aplausos, al violinista de pueblo de Meudon.

Guilain entonces prestó la oreja, no a los aplausos, pero a la campana de la parroquia que tocaba el tañido fúnebre de la muerte.

Sin embargo la casa del cura fue invadida: Guilain no pudo negarse a abrir la puerta. Debió sufrir los cumplimientos de las autoridades de Meudon que no habían dudado un instante de sus éxitos al patio. Luego dos jóvenes novios se presentaron, esperaban que Guilain, para darles buena suerte, no se negara a conducir la boda a la iglesia.

Vayamos, es bueno, cásese, exclamó Guilain, pienso gemir allá la campana, creeríamos que la iglesia tenía ganas de entierro. Alabado sea Dios, es sólo un matrimonio, la muerte ganará allí más tarde. Vayamos, niños, es verdad vuelvo del patio y tengo tanta alegría y benevolencia al corazón, como querría casar a todo el mundo. Parezco ver esta pintura que está en París, en el osario de los Inocentes; la muerte está en vestido de fiesta y conduce el baile del género humano y bailador de todas sus piernas nudosas y demacradas, riéndose dientes hasta las orejas que no tiene más. Rápidamente cintas y flores para el sombrero del bello violinista de pueblo, y adelante el baile macabro. ¡Verdadero Dios! Quiero que se me entierre con mi violín, para que lo encuentre en mi despertar en el valle de Josafat. ¡Qué baile quiero llevar alrededor de las tumbas del género humano qué entonces tendrán ganas de niño y que dejarán sacar vividos al sitio de los muertos que se había creído que cerraba allí! ¡Oh! Criadas gente, ustedes he aquí totalmente prohibidos por lo que en este día de boda les hablé de la muerte: ¿ustedes pues no saben que se da el nombre de muerto en el genesis de la humanidad, en el gran laboratorio de la vida? La muerte, es hablando con propiedad, esta fuente de Juventud donde se entra viejo y caduco y de donde sale con todo lo joven, con todo lo recién y muy rosa. Cuando el género humano deposita a sus muertos en la tumba, se casa la tierra, entonces la buena esposa elabora en su pecho la vida nueva, hincha de leche sus

espigas, ella misma rellena de jugo sus uvas y bailándolo y pirueteando en medio del baile de las estrellas, al sonido de la armonía de las esferas, a la luz espléndida del sol. ¡Tengan he aquí qué brilla y qué nos invita al baile! En marcha, niños, ya tengo mi violín. Escuche....

Y Guilain se echó a jugar cosas por turno tristes y alegres, lágrimas que hacer hay que reírse y risas que hacer hay que llorar era su fiebre de noche que pasaba en su violín. La comitiva llegó así delante de la iglesia y debió atravesar el cementerio donde se terminaba de devolver los últimos deberes a una difunta.

Aquí los cronistas de nuestro Guilain alteraron de manera extraña la verdad de su historia. Dijeron que el entierro y el matrimonio se habían encontrado yendo a la iglesia, y que al golpe de arco del violinista de pueblo de Meudon, el sacerdote (era un cura de la vecindad quien reemplazaba a Rabelais durante su ausencia), el diácono (era hermano Juan), los monaguillos, los sepultureros, las plañideras, todo el cortejo se había echado a bailar dejando allí el pobre cuerpo aburrirse en su cerveza, les dejaba sólo de hacer subir a Guilain sobre esta cerveza como sobre un tonel con el fin de dominar mejor el baile. La verdad es que el muerto fue enterrado, que el clero había vuelto a la iglesia y que la gente del entierro salía del cementerio para regresar en su casa cuando encontraron la boda conducida por Guilain. Así como ellos todos casi eran del conocimiento de los recién casados, se juntaron a la boda, y como también, nada predispone tan bien a la alegría que la tristeza, se observó que por la tarde habían bailado más alegremente que todos los demás. Guilain, por otra parte, los incitó a eso por una canción que se nos conservó y que he aquí:

EL AMOR Y LA MUERTE

La muerte persigue la infancia, Y el amor tiende el cepo:

La muerte conduce el matrimonio,
Es un violinista de pueblo chato.
El amor reúne las palomas,
Para doblar la parte del buitro,
Pero las flores nacen sobre las tumbas,
Y la muerte corona el amor.

Baile pues,
Agítese pues.
He aquí el rey del rigodón.

La muerte es la gran burlona,
Se ríe de todos sus dientes,
Y viene de la juventud feliz
Contar los besos imprudentes.
Pero esta imprudencia es fecunda,
A pesar de las amenazas de la suerte,
Las caricias pueblan el mundo
Y el amor se ríe de la muerte.

Baile pues,

Agítese pues,
He aquí el rey del rigodón.

De este cráneo a los dientes amenazadores,
No temamos el beso horrible;
Cabezas rubias y nacientes
Entre nosotros van a interponerse.
La calavera que dormita,
Abre una mañana sus dientes blancos,
Y se cambia verde canasta,
De donde sacan a chicos.

Baile pues,
Agítese pues,
He aquí el rey del rigodón.

Bailaron en efecto y se agitaron tanto y si aunque la aurora sorprendió, decimos, toda la boda todavía en camino. El novio, más de una vez ya, le había querido persuadirle a la novia que estaba cansada. - no, todavía una contradanza, decía ésta; y he aquí ida de nuevo, saltando, saltando y girando a darse el vértigo. Guilain mismo jugaba como un loco, y nadie observaba que tenía los ojos fijos y que era pálido como una ropa blanca.

De repente las cuerdas del violín dejaron oír un rechinamiento agudo semejante a un grito de dolor. Los brazos del violinista de pueblo se rindieron y se cayó de espaldas. Dejo a juzgar gritos y la confusión. Durante el escándalo, el novio y la novia se esquivaron, y Guilain fue traído a la casa del cura, escoltado por toda la boda.

Fue una consternación general en Meudon; pero las viejas decían bajito que había llegado al vencimiento de su pacto y que los brujos, tarde o temprano, debían siempre acabar por tener el cuello torcido.

Comenzaba por otra parte a difundirse ruidos singulares sobre la aparición de Guilain al patio. La mujer de cámara de Sra. de Guise había escuchado tras la puerta, y según lo que había creído que ella comprendía bien, cuando Guilain había querido tocar su violín delante del rey, había salido del instrumento un grueso sapo que había saltado sobre una dama y lo había hecho desvanecerse. El violinista de pueblo entonces había desaparecido, sin que puede saber por cual puerta había salido. Todo esto era muy extraordinario y daba mucho a pensar.

Hermano Juan cuidaba a Guilain a su manera y quería a toda fuerza hacerle tragarse una gran taza de vino caliente. Pero los dientes del enfermo fueron apretados y las extremidades comenzaban a enfriarse. Hermano Juan mismo lo quemaba sin poder recalentarle y bebía por desesperación todo el vino que no podía hacerle agarrar. Hubo hecho falta un médico; pero cuando Rabelais estaba ausente, no le había a Meudon. Guilain se quedó diez horas inconscientes; respiraba apenas y su pulso casi no latía, por fin no lo sentimos más a todo. La respiración acabó, las rayas tomaron una palidez de cera, los miembros se volvieron totalmente fríos. Hermano Juan le bajó el paño sobre la cara, y que juntaba piadosamente las manos sobre el gollete de una botella que acababa de vaciar hasta la última gota, pesadamente se arrodilló y comenzó *De profundis*.

VIII

LA RESSURECCIÓN

Que haces pues allí, hermano Juan, dicho entrando al Maestro Francisco que llegaba de Turena. ¡Eh! ¿Qué veo? ¡Guilain, mi pobre Guilain, mi amigo Guilain habría muerto! ¿El duelo me prosigue pues? ¿Y de qué me sirve para ser un médico hábil, si todos los míos se van sin que pueda detenerlos? Entonces esto, hermano Juan, acaba tu oración y cobarde un poco esta botella; abre estas ventanas, airea aquí. ¿De qué murió Guilain? Cómo estuvo enfermo. ¡Desgraciado! Bebiste, no sabes que responder; ¡te embriagaste mientras que este pobre hombre moría!...

¡Es la pena! Habló atropelladamente a hermano Juan.

Quítate de ahí y va a hacer pasar tu pena durmiendo. ¡Oh! ¡Mi pobre, mi pobre Lubin! ¡Porque puedo ahora llamarlo bien por su nombre, yo que lo conocí tan travieso y tan bien vivo en Basmette!

Venga, entre, querida prima, dice luego el cura de Meudon yendo a abrir la puerta. Usted es una mujer valiente y el espectáculo de la muerte no le da miedo. Venga para rezar cerca de este pobre niño que le quería. Sí, le quería, y jamás se lo hubo dicho, porque estuviste casada. No hubo procurado hasta jamás verle de nuevo. ¡Oh! Era un corazón bueno y noble, y su amor, extraviado primero, luego rechazado por una pasión de la primera edad, definitivamente había sido encantado por vuestros importantes y duraderas calidades. Venga, usted que es madre, los muertos son los recién nacidos de la vida eterna, y posiblemente todavía sienten, por lo menos por la afección superviviente, los cuidados que se da y los honores que devuelve en mantillas que vienen para irse.

Entonces una mujer de luto ordenada de un encantador joven chico entró en la cámara mortuoria. Quería reenviar a su hijo, pero la suplicó de la mirada y se quedó.

Esta mujer era nuestra querida Violeta; años habían pasado en su cabeza sin cambiar la serenidad dulce de su cara; la belleza del alma, que hace el encanto de la fisonomía, había reemplazado sobre su figura noble los atractivos fugitivos de la juventud.

¿Pobre Guilain, dice tomando la mano del difunto, por qué no nos conocimos antes? Yo también yo te habría querido.

A esta voz dulce, y a la presión de esta mano dulce, Rabelais, que estaba cerca de la cama, vive distintamente el muerto pretendido temblar un poco.

No murió, exclamó, querida Violeta; no seas benéfica a la mitad, estúdiele, sople despacio sobre su cara, ponga su mano sobre su pecho: ¡vivirá, le aseguro que vivirá!

Violeta hizo lo que Rabelais le pedía; ¡y cuánto se lo costó poco de hacerle! Violeta había sido esposa sólo de nombre cerca de Jerónimo Rabelais, y se había decidido a casarse con él sólo para regularizar la posición de su niño.

Por fin, Guilain respiró y débilmente abrió los ojos: iba a cerrarlos cuando percibió a Violeta, Violeta inclinada sobre él como un buen ángel, y que recalentaba sus manos, a él pobre moribundo, en sus criadas y era caritativo pequeñas manos.

Debilitado por su letargo largo, Guilain creía que él soñaba, y soñaba a medias en efecto. Le parecía que veía de nuevo a una antigua amiga, y que después de una pesadilla de pasión culpable y agitada, se reencontraba en el seno de sus primeros amores. Le creía que él haber gustado Violeta la primera, luego que él que él lo había dejado para indigno rival que le había traicionado y asesinado. Violeta, entonces, había vuelto para salvarle la vida; lo vendaba y lo cuidaba sonriéndole como una madre, y él también él le sonreía fundando en lágrimas.

¡Violeta, exclamó por fin, usted me perdona! Volviste. Usted me curó, voy a pertenecerle para siempre... ¿Pero, qué digo? Soñaba. ¡Oh! ¡Perdón! Perdón, señora, he aquí la razón que me vuelve, y siento mi delirio, porque entonces me atrevía decirle: ¡le quiero! ¿Por qué no me dejó morir?

Porque quiero que usted sea feliz Guilain; porque quiero pensarle decir que usted me quiere.

¿Pero estás casada, Violeta?

Soy viuda, dice indulgente mujer bajando los ojos.

IX

LA GRAN POSIBILIDAD

Cinco años después, en la misma temporada, es decir a la decadencia del otoño, El Maestro Guilain, Sra Violeta, su mujer, y su hijo llegaban de prisa de Turena para visitar ellos caro a pariente enfermo, y el pariente era nuestro amigo ilustre, el buen y sabio Rabelais.

A los primeros atentados del dolor, lo habíamos hecho transportar de Meudon en París para cuidar mejor. Pero le sabía sobre eso más a solas que todos los médicos juntos, y había declarado desde el comienzo que no se lo levantaría.

Había hecho a viva voz su testamento:

No me tengo nada, había dicho, porque los bienes de un sacerdote pertenecen a los pobres. Lo que gasta para su mantenimiento, se lo toma. Les debo mucho pues, y no pudiendo pagarles, les abandono por lo menos todo lo que se me queda.

Es el testamento tan cristiano que se disfrazó haciéndole decir:

« No tengo nada, debo mucho y les doy el resto a los pobres. »

¡Oh! ¡Queridos grandes hombres populares, cuando le viene al pensamiento alguna bella voz, no lo diga, escríbalo, hágalo imprimir en vida suya y corrija dos veces las pruebas!

Una monja hospitalaria estaba en la cabecera del enfermo; había conseguido a superiores de su orden el permiso de asistir y de cuidar a señor cura de Meudon.

A esta monja cuidadosamente le hubieron puesto las velas, según la regla de su instituto, y dejaba apenas divisar la bajura de su cara. Anunciamos al vicario de San Pablo, que le aportaba los últimos sacramentos a su colega, y pronto entró un viejo sacerdote, seco y feo, que, teniendo en mano un crucifijo, se acercó a la cama de un aire furioso como si haya querido exorcizar al diablo.

¿Sra reconoce? Dice sobre tono trágico al Maestro Francisco.

Cómo lo haría, si jamás le vi, no dije el moribundo.

Soy hermano Paphnuce de la Basmette al que usted hizo meter en la cárcel.

¡Eh! ¡Verdaderamente! Diciendo Rabelais, soy encantado de verle, esto me recuerda memorias de juventud. Solamente los míos son más fieles que los suyos, y, si no me equivoco, es a usted me había hecho meter en la cárcel y no yo que le hice poner allí.

Me pusieron allí a causa de usted y salí de eso por milagro.

Pues bien, mi hermano, usted podrá concurrir un día a la canonización de Sr. cardenal de Belley, porque es él quien hizo aquel milagro.

¿A su recomendación, posiblemente?

Si esto es, dice el Maestro Francisco, usted me permitirá no decir sobre eso nada.

Entonces, sabidos, mi hermano, dice Paphnuce atiesando el brazo y poniendo el crucifijo casi sobre la cara del Maestro Francisco, el tiempo vino para abjurar por fin sus impiedades y sus herejías. ¿Cree en la cólera de Dios? ¿Cree en los suplicios eternos del infierno? ¿Reconoce al Salvador de la gente?...

Lo reconozco a su montura, dice sonriendo el Maestro Francisco.

¿Su montura? ¿Que quiere decir? ¿Esto es en su crucifixión que usted piensa?

No, pero a su entrada a Jerusalén.

Tiene el delirio dicho Paphnuce, con una voz fúnebre. Vine demasiado tarde. Pues bien, que la justicia del cielo tuviera su curso, le mismo abandono este impenitente.

Adiós Paphnuce, dice Rabelais, usted me excusará, si no le acompaño.

El vicario salido, todo el mundo se arrodilló alrededor de la cama, y hermano Juan que no podía más valorar allí, prorrumpió en sollozos ruidosos.

¿Qué oigo? Dice a Rabelais; ¡fi, que es feo el grueso villano lloroso! ¿Sea menos divertido que hermano Paphnuce es esto así, pesado, a quien me reconfortas y a quien me regocijas el espíritu en el instante de mi último paso? ¿Que te encargas de un frasco? ¿Que bebes por mi liberación feliz? ¿Crees que no me sería mejor, ver tu cara gruesa iluminada, reírse a la botella, que destilarse todo en lágrimas?

Parbleu, dice hermano Juan enfurecido, déjeme llorar tranquilo, esto no es para su cuenta para lo que lloro, pero para el mío.

¡Egoísta! Dice l Maestro Francisco. Luego dirigiéndose a Guilain y a su familia: acérquese, niños, a los que me le despida. Jamás me indigné con nada; los malos son unos torpes, me reí de su tontería para advertirlos de eso, no nombrándolos, por miedo de enfadarlos y de irritarlos. La indulgencia y la paciencia valen más que el celo. No hay que ir, hay que hacer venir; acuérdesse de mi divisa.

¿Así, caro Maestro, dice Guilain, usted perdona a todos sus enemigos?

¡Perdonar! ¿Quién? ¿Yo? ¡Jamás! Repitió a Rabelais, alzando la voz, luego más despacio:

¡Eh! ¿Mi pobre Guilain, al que quieres que perdone? Nadie jamás me ofendió; los que hicieron mal contra mí, no sabían lo que hacían y a menudo hasta creían que ellos hacían bien. Debo agradecerlos por eso; me ejercieron a paciencia.

Usted es sublime, dice Guilain.

Y tú eres tonto de encontrar esto sublima. Voy a suponer que te consideras ofendido por alguien o por alguien y que no le perdonas.

Usted conoce a alguien, respondió Guilain, y usted sabe bien que es a ella quien jamás me perdonará.

Guilain, usted se equivoca, dice entonces una voz de mujer, que hizo estremecerse a todo el mundo. Era la monja hospitalaria, quien, hasta entonces, había quedado silenciosa a la cabecera de la cama, rogando y diciendo su rosario. Entonces levantó su velo:

Perdone a Marjolaine, como le perdona, añadió.

Mejorana murió en el mundo y la hermana María rezará por usted.

No es necesidad de decir que la hermana María era la pobre Marjolaine.

Bendiga a mi familia, señora, dice Guilain, presentándole Violeta y su hijo.

Pertenece a nuestro buen pastor de bendecirnos totalmente dicho hermana María arrodillándose.

Hijos, dice Rabelais, reñía a hermano Juan en seguida, y ya tengo las lágrimas con los ojos.

Pero, cálmese; esto no es de pena, es de alegría. Les veo totalmente reunidos en buena amistad, ustedes están en el nido de la urraca, guardan bien lo que Dios les da, es mi deseo y mi última bendición. Para mí, voy a por LA GRAN POSIBILIDAD.

¡La gran posibilidad, se exclamó Guilain! ¿Oh mi Maestro, no se fiaría de momento de la inmortalidad del alma?

No vamos a por el vacío, dice Rabelais, y cuando digo en yéndome, cuando voy a por algo, es que cuento con sobrevivir bien a mi pobre cuerpo. ¿Pero quién puede estar seguro por anticipado de sus destinos eternos?

La vida, aquí bajo, me parece una escuela donde damos una lección; lo concluyo que debemos vivir en otro lugar. Son aquí sólo ensayos y juegos de niños. Es una farsa teatral que precede el gran misterio pues bien, mis hijos, a ver de nuevo en otro lugar, y acuérdesse un poco de mí.

Y ahora:

CORRA UN VELO, LA FARSA ES JUGADA.

FIN

MESA

DEDICATORIA

PREFACIO

PRIMERA PARTE

LOS HECHIZADOS DE LA BASMETTE

I.- BASMETTE.

II.- EL MAESTRO FRANCISCO.

III.- MARJOLAINE.

IV.- LA CARIDAD DE HERMANO LUBIN.

V.- VIGILANTE DE SAN FRANCISCO.

VI.- EL MATRIMONIO MILAGROSO.

- VII.- LOS JUECES SIN JUICIO.
- VIII.- LA TARDE DE LAS BODAS.
- IX.- EL ÚLTIMO CAPÍTULO Y EL MÁS CORTO.

LA SEGUNDA PARTE

LOS DIABLOS DE LA DEVINIÈRE

- I.- EL CABARET DE LAMPREA.
- II.- EL PADRE NUESTRO DE HERMANO JUAN.
- III.- EL SEÑOR DE LA DEVINIÈRE.
- IV.- LA ORDEN DE ALCOFRIBAS.
- V.- LA RUECA DE PÉNÉLOPE.
- VI.- LAS SENTENCIAS DE HYPOTHADÉE.
- VII.- LA VENGANZA DEL DIABLO.
- VIII.- EL ANTIGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO.
- IX.- LA DOTE DE LA DIVINA BOTELLA.

LA TERCERA PARTE

EL VIOLINISTA DE PUEBLO DE MEUDON

- I. - UNA TARDE A LA CASA DEL CURA.
- II.- LA PLÁTICA DE RABELAIS.
- III.- EL REY DEL RIGODÓN.
- IV.- EN CASA DE LA SEÑORA DE GUISE.
- V.- LAS AMBICIONES DE GUILAIN.
- VI.- GUILAIN A LA CORTE.
- VII.- ENFERMEDAD Y MUERTE DE GUILAIN.
- VIII.- LA RESURRECCIÓN.
- XI.- LA GRAN POSIBILIDAD.

TRADUCION DEL FRANCES Y REVISIÓN PARA UPASIKA

AIHR2005